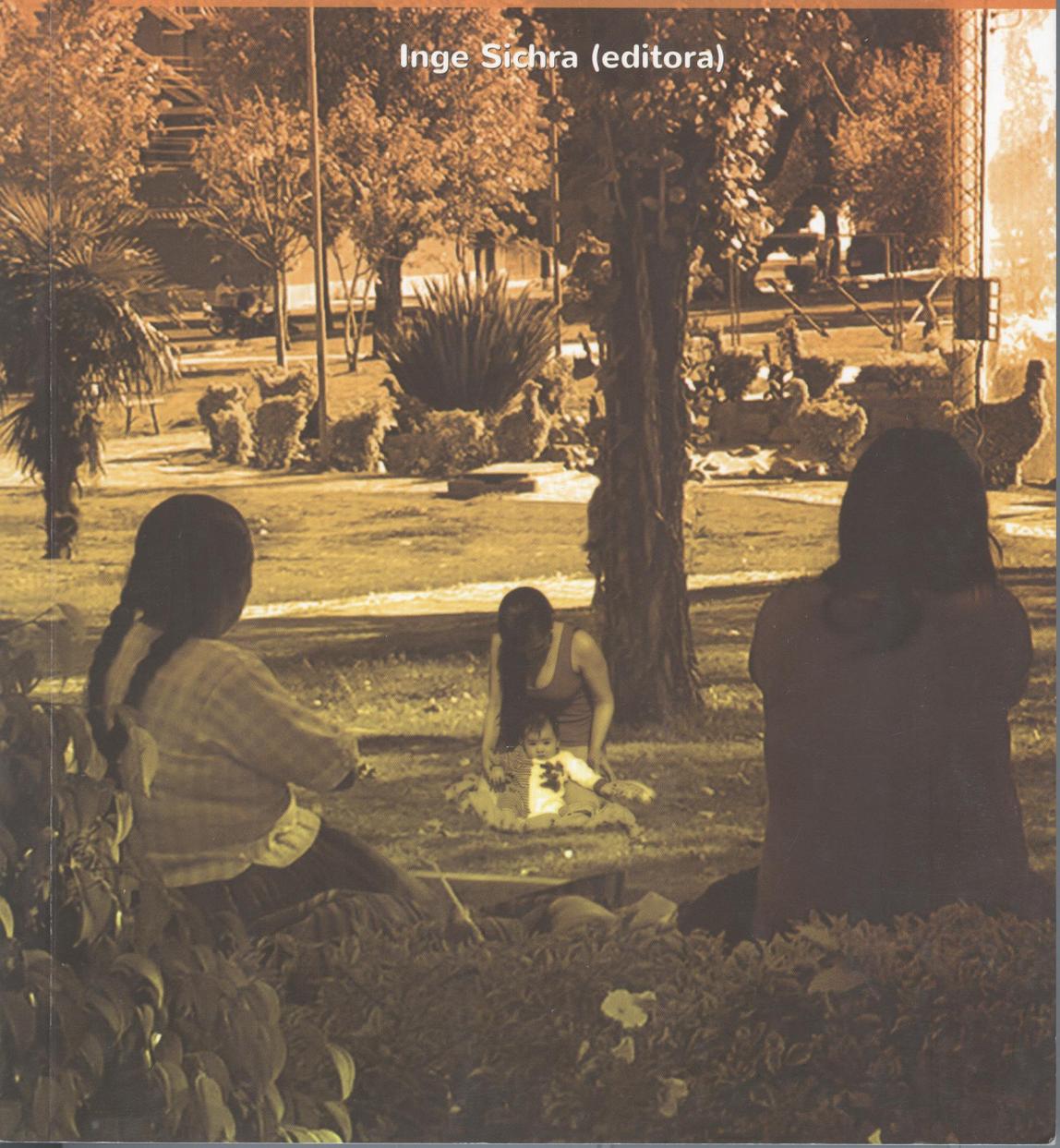


¿Ser o no ser bilingüe?

Lenguas indígenas en familias urbanas

Inge Sichra (editora)



¿Ser o no ser bilingüe?
Lenguas indígenas en familias urbanas

Inge Sichra
editora

¿Ser o no ser bilingüe?

Lenguas indígenas en familias urbanas


FUNPROEIB Andes
PROEIB Andes

SAIH

FUNPROEIB Andes
Director Ejecutivo: Guido Machaca Benito
Administradora: Nohemí Mengoa Panclas

Coordinadora y editora: Inge Sichra
Acompañamiento de edición: C. Mónica Navarro Vásquez,
Mayra Iveth Ponce Vargas

Diseño y diagramación: Daniel Aracapi Churata y Rodrigo G. Cardozo
Velasco, Mayra Iveth Ponce Vargas
Diseño de tapa: Rodrigo G. Cardozo Velasco
Fotografías: Autores de los artículos

© FUNPROEIB Andes
Calle Néstor Morales N° 947, entre Aniceto Arce y Ramón Rivero
Edificio Jade, 2° piso.
Teléfonos: (591 - 4) 4530037-77940510
Fax: (591 - 4) 4530038
Página web: fundacion.proeibandes.org
Correo electrónico: fundacion@proeibandes.org
Cochabamba, Bolivia

Primera edición: marzo 2016

Depósito Legal: 2-1-420-16
ISBN: 978-99974-843-8-3

La reproducción total o parcial de este documento está permitida,
siempre y cuando se cite la fuente y se haga conocer a FUNPROEIB Andes

Producción
Plural editores
Av. Ecuador 2337 esq. Calle Rosendo Gutiérrez
Teléfono 2411018 / Casilla Postal 5097 / La Paz-Bolivia
e-mail: plural@plural.bo / www.plural.bo

Impreso en Bolivia

Índice

Prólogo	
Luis Enrique López	7
Introducción	
Inge Sichra	13
<i>Primera parte - La lengua en primera instancia</i>	23
I. Empezando desde la cuna	25
María del Rosario Saavedra Saravia <i>Viviendo junto con nuestra lengua</i>	25
Ruth Catalán <i>¿Si no lo hago yo, quién lo hará?</i>	61
Rossmery Alejo Ruiz <i>No me dejaré ganar con el castellano, mi hijo aprenderá quechua</i>	91
Juan Reyes <i>Experiencias de revitalización de las lenguas mixteca y zapoteca con Yahir Zuriel Reyes Ojeda</i>	109
Juan Manuel Shimbucat Taish <i>Me dije: mi hija tiene que aprender las dos lenguas. Una educación consciente y planificada</i>	135
II. Nunca es tarde para la lengua	153
Epifania Guaraguara Villca <i>No es tarde, pero cuesta: enseñanza del quechua en casa</i>	153

Edna Consuelo Otondo Pary <i>Ser o no ser bilingüe: Una cuestión de decisión en el hogar</i>	167
Elizabeth Uscamayta <i>El amor, factor cultural y lingüístico</i>	191
M. Brenda Atahuichi Torrez <i>Las maestras del aimara: la abuela y bisabuela de Malena</i>	207
Segunda parte - forjando identidades	225
III. Con la lengua, la cultura	227
Marcia Mandepora <i>Nuestra lengua vive y vivirá si la hablamos siempre</i>	227
Roxana Villegas Paredes y Valentín Arispe Hinojosa <i>¿Transmisión naturalizada del quechua en la crianza de Valentina?</i>	249
Alejandra Huamán Cahua <i>Nuestra cultura y lengua quechua desde las entrañas de mamá</i>	279
IV. Con la cultura, la lengua	303
Hipólito Peralta Cama <i>De la cultura a la lengua</i>	303
Ramón Cayumil Calfiqueo <i>Nuevos sentidos de resistencia: Cómo responder al awinkamiento amenazante?</i>	333
Yapa de la editora <i>Ni una LENGUA menos, ni un MONOLINGÜE más</i>	361

Prólogo

La fuerza del cambio que viene desde adentro

No podía ser más oportuna la fecha en la que Inge Sichra cerró la edición de los trabajos de un grupo de nuestros pupilos de las maestrías del PROEIB Andes, y hoy colegas nuestros en la lucha por la dignificación de los pueblos originarios, su sabiduría ancestral y de esos conocimientos y saberes complejos que son producto de unos orígenes remotos pero también de un proceso histórico de opresión cultural y lingüística. Y ahora me toca a mí, precisamente en el día en el cual se conmemora el Día Internacional de la Lengua Materna, escribir estas líneas para presentar una obra estupenda y motivadora, en tanto trata de los esfuerzos que un grupo de profesionales, que se autodefinen e identifican como indígenas, realizan con su quehacer cotidiano para preservar y vigorizar las lenguas patrimoniales hoy subalternas, y relegadas a un segundo o tercer plano.

Apelando a sus recuerdos, retomando energía, y con la voluntad y determinación que emana de su autoafirmación como indígenas, estos profesionales aimara, awajun, guaraní, mapuche, quechuas y zapoteco se comprometen consigo mismos, con sus familias, sus comunidades y sus pueblos y asumen la defensa de su lengua patrimonial desde adentro, desde el propio seno del hogar. Y, a partir de allí, resisten y luchan contra la aparentemente invencible asimilación lingüística y defienden el derecho de sus hijos e hijas al bilingüismo, a un bilingüismo activo y radical, que incluye el uso y disfrute de su lengua ancestral amenazada. Gozan, y lo manifiestan con orgullo, cuando de los corazones y bocas de sus hijos brotan las palabras en la lengua de sus mayores; pero, para que todos se enteren de su compromiso y también de sus logros, escriben sus historias y nos las dan a conocer.

¿Ser o no ser bilingüe? *Lenguas indígenas en familias urbanas* es un libro que reúne un conjunto de 14 sesudos testimonios y ensayos, de sesgo autobiográfico, en los cuales sus autores son los protagonistas de un movimiento social en ciernes, dirigido a la recuperación de cada vez más espacios de uso para los idiomas en los que ellos o sus padres alguna vez mamaron.

Pero así como ellos echan mano del seso y recuperan herramientas de las que se apropiaron en su vida escolar y académica para compartir sus ideas y puntos de vista, al hacerlo, acuden también al cariño. Y así dan cuenta del proceso minucioso que han seguido en el cuidado de esas lenguas que reivindican como suyas y que, con cariño, quieren hoy que sus hijos hereden, críen y también amen.

Aunque lleno de detalles y circunstancias que atraen la atención del lector, debemos precisar que no estamos ante ejercicios literarios sino ante ensayos de naturaleza académica que desafían la forma cómo, desde la academia convencional, se analizan situaciones como las descritas de pérdida, recuperación, vigorización y revitalización de lenguas. Como lo destaca Inge en su introducción, los protagonistas de estas historias no requieren del soporte de quienes, desde fuera, observan, documentan y analizan estos procesos. Con convicción, ellos recurren a sus propias fuentes, a sus historias de vida, a sus propias perspectivas, para con ellas, documentar, sistematizar y analizar el sentido e implicancia de sus acciones. Y es por ello que estos ejercicios de una *práctica reflexiva* son contra hegemónicos, pues se constituyen en otras formas de describir y analizar la realidad social y sus prácticas. Por eso mismo, los autores de este libro escriben no solo con la razón sino también desde el corazón, y en su calidad de ciudadanos interculturales asumen, con determinación y consciencia, la defensa efectiva de sus lenguas patrimoniales, sean ellas hoy sus idiomas maternos o no. No es eso lo que ahora cuenta; lo importante es que las hacen, tienen, cuidan, crían y transmiten como suyas.

Como Inge nos explica en su bien lograda presentación, el proceso comenzó hace pocos años atrás desde los espacios que abre y ofrece el Programa Regional de Revitalización Lingüística de la Fundación FUNPROEIB Andesy en el marco de las maestrías de sociolingüística y de educación intercultural bilingüe (EIB) del PROEIB

Andes, de la Universidad Mayor de San Simón, de Cochabamba. Desde ese anclaje, descubrimos una preciosa veta, cuando Rosario, una graduada de la maestría en EIB y docente de la Carrera de Lingüística e Idiomas de la misma universidad, develaba uno de sus más valiosos proyectos de vida: hacer de sus dos pequeños hijos hablantes fluidos del quechua y bilingües equilibrados de quechua y castellano. Con su fuerza interior y con convicción, Rosario no solo logró sus propósitos sino que además inspiró a varios de sus compañeros y colegas a emprender esta cruzada de vigorización y fortalecimiento de aquellas lenguas que, desde la subalternidad, resisten y luchan por sobrevivir, en la boca y en el corazón de sus hablantes, ante el acoso inmisericorde y omnímodo del castellano.

A lo largo de tres años, Inge y sus discípulos han venido trabajando en este singular libro, a través de diversas etapas, comenzando por donde se debe: desde el relato oral, para dar rienda suelta a las ideas, a las motivaciones internas y sobre todo a los sentimientos y emociones; así como también para ejercitar el análisis y el juicio crítico y reflexivo. Sobre esa base, vendrían luego los talleres en los que todos ellos, en grupo, discutían y analizaban cada uno de los casos, leyéndolos con el corazón, pero pasándolos también por el tamiz de la razón. En ese proceso, debieron también reducir sus textos orales a la escritura, para discutirlos y estudiarlos, individual y colectivamente, en ese nuevo formato y registro. Gradualmente, llegarían hasta el punto en el cual ahora nos encontramos: frente a 14 inspiradores ensayos cuya intención no es únicamente dar cuenta de experiencias en curso o de proyectos de vida personales y familiares en plena realización. Sobre todas las cosas, estos 14 testimonios y ensayos están dirigidos a todos aquellos padres y madres indígenas que saben que tienen en sus manos la posibilidad de asumir, con determinación, compromiso, amor y pasión el cultivo de las lenguas en los que ellos o sus padres aprendieron a hablar, para transmitir las a sus hijos. Por esta razón, los ensayos transgreden los márgenes permitidos por los sectores dominantes y responden y subvierten el statu-quo. No podía ser de otra forma, pues se trata de 14 profesionales indígenas que, si bien habitan en contextos diferentes marcados por las historiales particulares de sus países, comparten historias comunes de racismo, discriminación, marginación y exclusión; factores que supieron superar para llegar hasta el postgrado universitario,

para desde allí y haciendo suya la herramienta ajena de la escritura invitara otros a la acción.

En todo este proceso, Inge, cual madre amorosa y vigilante, y también como profesional competente y comprometida, asumió el cuidado de la construcción y edición de este volumen. Su introducción da cuenta del cariño con el que ha acometido la tarea y el respeto con el que ha tratado la voz de los protagonistas de estas historias de realización y éxito personal, familiar y también comunitario. Reinstaurar la transmisión intergeneracional en contextos adversos en los que se valora lo ajeno y no lo propio, no es una tarea fácil. Hacerlo desde el hogar lo es menos, cuando cónyuges y parientes cercanos desaprueban las intenciones y motivaciones de una madre o un padre *revitalizador*, censurando sus acciones y coartando su libertad de expresión.

Inge recurre a metáforas culinarias para describir el texto, cocinar sus capítulos cual ingredientes para convidarnos al banquete. Al hacerlo da cuenta también de su conocimiento textil y textual, pues ha sabido bien hilvanar ideas, pasar los hilos en el telar del texto, cuidando que la tensión sea pareja y que ningún cabo quede suelto, para lograr un urdido magnífico, en cuatro secciones, a cada cual más inspiradora. Durante todo este proceso, ella nos lleva por un claro y contundente hilo rojo: si queremos fortalecer, vigorizar y revitalizar los idiomas indígenas hay que comenzar por el hogar! Tenemos que comenzar precisamente allí, desde ese lugar que la colonización ha intentado hacer suyo para sellar la conquista, y hacerse también de nuestras mentes y corazones.

Ello obliga a acompañar a hablantes y recordantes por un proceso cuidadoso y consciente de crítica y reflexión de la historia propia, aquella construida desde el calor del hogar, de forma tal que, asumiendo el dolor, la rabia y también la esperanza, se involucren en la acción y acometan con decisión sus proyectos de vida. Esto puede hacerse únicamente combinando intelecto y emoción, y haciendo del ejercicio intercultural e interlingüístico de la escritura por indígenas un espacio de transformación y creación, en cual se conjugan y complementan esas dos *razones* –la del corazón y la del intelecto– que el Iluminismo intentó separar.

Este es precisamente el espíritu que anima al Programa de Revitalización Lingüística de la FUNPROEIB Andes: llevar a

hablantes y recordantes a fortalecer su agencia, subvertir la cotidianidad construida por y desde el pensamiento homogeneizador y hegemónico, para reinscribir social y políticamente lenguas en mayor o menor grado afectadas por la colonización y sus derivados de racismo y discriminación en los que, por desgracia, han caído muchos de los portadores de culturas y lenguas mayorizadas. Este programa lleva ya tres años de ejecución, promoviendo acciones distintas pero vinculadas entre sí, en diversas comunidades y barrios de Bolivia, Colombia y el Perú. En unos casos, se trata únicamente de acciones familiares, aunque tarde o temprano terminen topándose con el espacio escolar, y exigiendo propuestas y respuestas también desde ese ámbito; mientras que, en otros, se busca que sean las autoridades comunales y los sabios locales los que lideren el proceso; y en algunos casos también intervienen algunas otras agencias del Estado. Y es que este Programa se basa en la necesidad de vincular hogar, comunidad –o barrio– y escuela, para sumar fuerzas en beneficio del fortalecimiento, vigorización y revitalización de los idiomas amerindios. Consideramos que esa triada es clave en todo proceso de revitalización lingüística, pero siempre con la convicción que el primer terreno por recuperar y consolidar, cognitiva y afectivamente, es el de la intimidad del hogar, de manera de hacer de él un territorio autónomo y descolonizado, donde la fuerza interior de abuelos, padres e hijos, su agencia y su sintonía y acción movilicen el entorno social y político imperante que hace que las lenguas indígenas se vean cada día en condición más minorizada. Creemos que solo en la medida en que los recordantes y hablantes logren despertar al idioma patrimonial en el hogar, podrá iniciarse la gesta heroica de devolución de la voz y del poder a los hablantes de lenguas originarias, movimiento al cual le tocará sumarse a la comunidad y también a la escuela, si es que esta última adopta un enfoque de derechos y se ve a sí misma como uno de los garantes de los derechos de los niños, jóvenes y adultos indígenas. Estamos seguros que, con la determinación de más y más madres y padres revitalizadores, esta utopía podrá hacerse realidad más temprano de lo que pensamos, para que, como José María Arguedas, puedan decir algún día con regocijo y orgullo: “Yo no soy un aculturado; yo... orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua. Deseaba convertir esa realidad en

lenguaje artístico y tal parece, según cierto consenso más o menos general, que lo he conseguido”.

“Que todos se levanten,
que se llame a todos,
que no haya un grupo,
ni dos ni tres grupos
de entre nosotros,
que se queden atrás
de los demás.”
Popol Vuh

Iximulew (Guatemala), 21 de febrero de 2016.
Luis Enrique López

Introducción

Este libro, hecho por profesionales indígenas graduados del programa de maestrías del PROEIB Andes, es un cúmulo de supuestos contrasentidos, o diría, contragustos.

Para empezar, su frescura: surge en el contexto académico pero se basta y sobra a sí mismo sin bibliografía – los autores son sus propias, legítimas y fundadas fuentes primarias.

Luego, la presentación del libro: reúne elaboraciones escritas sobre prácticas orales, recurriendo a un estilo concreto, personal y en primera persona.

En cuestión de planos de tiempo, son testimonios de reconstrucción de la memoria que no termina en el pasado sino cimienta el presente y desafía el futuro.

Como plato fuerte, brinda ricas historias de vida desprovistas del ingrediente de denuncia y resiliencia aunque profundamente políticas, algo característico de este género.

Se condimenta con pensamientos, reflexiones, dudas, autocríticas pero su foco es la acción.

El postre es el protagonismo silencioso y persistente de algunos irreverentes e inconformes quienes generan y provocan VOCES en lenguas cuyo silenciamiento se ha naturalizado y aceptado como un designio de los tiempos. Ante la victimización por el despojo de la identidad, el sentido de derrota o indiferencia por la herencia truncada, la apuesta por la aceptación y el ascenso social a costa de la negación de los orígenes, la búsqueda de un futuro mejor en el que “los hijos no sufran lo que hemos sufrido”, con la razón y el corazón en la mano, o diríamos, en la boca, los autores de este libro y otros intrépidos se plantean un desafío: dejar el discurso e ir a la acción. Ser coherentes con lo que predicán en su quehacer profesional y como defensores de la diversidad. Mostrar que reconocerse como indígenas no

responde a un capital económico coyuntural –reciben becas, ofertas laborales y otros reconocimientos simbólicos por declararse y mostrarse indígenas–, sino a una convicción. Esta es una postura que los impulsa a asumir su rol y responsabilidad de transmisores de sus culturas y lenguas a sus hijos en contextos urbanos.

El amor por lo propio, tan trillado como suena, es el ingrediente central del exquisito menú en sus distintas variantes que se presentan en el libro. En este caso, exacerbado por la afectividad que asiste a cada madre y padre en los cotidianos actos de socialización y crianza, de dar vida en y con la lengua. El deseo enternecedor de reflejarse y prolongarse en los hijos con la lengua es también un gesto de emancipación y recuperación del amor propio en una sociedad que impone modelos ajenos estereotipados con un nefasto poder homogeneizante.

La singularidad de estas historias de toma de conciencia, lucha sin tregua y enfrentamiento a los fantasmas personales, familiares y sociales instalados por siglos de discriminación y negación de lo indígena es que son historias de éxito. A la felicidad que sienten las madres y padres con las respuestas de los hijos a sus esfuerzos se suma la gratificación que reciben del entorno, el abierto reconocimiento de incrédulos y detractores, la satisfacción de romper silencios y despertar la lengua originaria en la familia extensa sumida en la práctica del monolingüismo castellano propio del proceso de asimilación de la migración a contextos urbanos.

Tal es el grado de desaparición de la lengua indígena de bocas infantiles que el más natural proceso de desarrollo de la facultad de habla en la primera infancia provoca sorpresa y admiración cuando se rompe una tácita convención: esa lengua es un vestigio de tiempos pasados, está bien escucharla por boca de mayores. La renovación de la lengua, su re-creación en nuevas generaciones ha dejado de ser una práctica por obra y gracia de los mismos dueños de las lenguas que la han declarado obsoleta.

Y tal es el grado de apuesta al monolingüismo en la lengua de prestigio en procesos de migración, que otra maravillosa facultad humana del bilingüismo y multilingüismo es cuestionada cuando se rompe una segunda tácita convención: si está implicada una lengua indígena, el bilingüismo “resta”, es perjudicial y revela el origen rural. Por el contrario, el bilingüismo “suma” una lengua a otra, y se considera beneficioso si implica el inglés, por ejemplo.

Estas rupturas con imaginarios convertidos en “certezas” que asumen graduados del PROEIB Andes revelan reales procesos de emancipación de la histórica dominación, son actos de resistencia, por muy singulares, individuales que sean, a la opresión cultural y lingüística. No nos puede extrañar que los hijos resulten personas fortalecidas en su autoestima y seguras de sí mismas, como reportan algunas madres en sus textos.

¿Quiénes son estos transmisores de lenguas indígenas? Son madres y padres bilingües de cuna, varios de ellos se volvieron bilingües durante su paso por la escuela a la que ingresaron monolingües en lengua indígena. Son hijos de migrantes a áreas urbanas o migraron ellos mismos a ciudades. Ellos percibieron críticamente su entorno para resignificarlo: “El contexto urbano se presenta monolingüe castellano aunque solamente por invisibilización del bilingüismo”, expresa Edna sobre su ciudad de origen y residencia, Sucre. El núcleo familiar de varios de los autores es predominantemente castellano: en algunos casos, son parejas bilingües pero en otros solamente la madre es bilingüe. Han estudiado durante dos años y medio en la maestría de Educación Intercultural Bilingüe del PROEIB Andes de la Universidad Mayor de San Simón en Cochabamba, Bolivia. Aquí experimentaron el capital cultural y económico de las lenguas indígenas al ser el dominio de estas requisito de ingreso al Programa o de egreso del mismo, por el compromiso que adquieren algunos monolingües en castellano de aprender una lengua originaria en el curso de su estadía en Cochabamba. Los autores trabajan en universidades, instituciones académicas de formación docente, instituciones educativas públicas o privadas o son independientes. Expresan que se dejaron impresionar por otros ejemplos de familias bilingües de lenguas de prestigio (francés-castellano, alemán-castellano) y por textos del área de lenguaje para motivarse y atreverse a soltar los miedos para solamente “hablar, hablar y hablar” en lengua indígena con sus hijos, como lo expresa Rossmery. Es así que se pregunta Marcia en algún momento de su formación: “será imposible transmitir la lengua indígena en un contexto castellano monolingüe?”.

¿Cómo surgió este libro?

El programa regional de Revitalización Lingüística de la Fundación FUNPROEIB Andes, que impulsa proyectos diversos de revitalización

idiomática en Bolivia, Colombia y el Perú desde el año 2013, pone el acento en acciones extraescolares que focalizan el uso y manejo de los idiomas indígenas desde el hogar y la comunidad. Uno de esos proyectos específicos es el de las madres y padres revitalizadores. En ese marco, la FUNPROEIB Andes invitó en septiembre de 2014 a un encuentro de tres días con graduados trasmisores de cultura y lengua indígena en la familia para el intercambio de experiencias y plasmarlas por escrito.

El “Taller de escritura de experiencias de revitalización lingüística familiar” convocó a padres y madres del sur de Chile, sur y Amazonía del Perú y región andina y chaqueña de Bolivia a reflexionar sobre sus experiencias en Cochabamba. El primer día cundió la noticia y fueron apareciendo estudiantes de las maestrías de sociolingüística y de educación intercultural bilingüe en curso. Fue así que, arreglando los tiempos para poder cumplir con sus clases y participar en el taller, escuchando a los invitados y dejándose motivar por ellos, con los estudiantes fueron 22 personas las que se sentaron en el aula para reflexionar y escribir su historia lingüística y su propósito de revitalización familiar.

En el corto pero intensivo tiempo, se creó una comunidad de escritores altamente estimulada y silenciosa, que “comunicaba” con el ruidito de los teclados interrumpido por los momentos en los que se socializaban los avances de redacción.

“Sólo haciendo un alto en nuestras actividades diarias, pudimos sentarnos y describir lo que hacemos, pensamos y sentimos sobre la enseñanza del quechua a nuestra hija”, escribió Valentín sobre el encuentro. Oportunidad por demás productiva que “me ha permitido exteriorizar los sentimientos, motivaciones, frustraciones, logros y aprendizajes de manera tan detallada...me siento más conforme con socializar mis vivencias” reflexionó Rosario. La instancia de escritura colectiva permitió a Ramón “recordar y adentrarme a mis propios conflictos internos en temas identitarios y actitud hacia la lengua y las formas de superarlos”. Para Elizabeth “esta fue la posibilidad de detenernos en nuestras vidas y poder reflexionar sobre la coherencia de nuestras vidas familiares y el discurso que llevamos a la sociedad”. Y es que, como lo formula Juan Reyes, “lejos de hablar de los otros, tenemos que hacer una retrospectiva desde nosotros, ¿qué estamos haciendo para ayudarnos y ayudar a la lengua a seguir viva? Solo basta decir ‘valen más las acciones concretas que

un mar de palabras””. La colectividad de escritores fue percibida por Epifania como “un centro energizante de recarga de vibra, fuerza y vida... en el que me he sentido muy alentada, animada y acorazonada para seguir dando pasos hacia adelante y no retroceder”.

Gracias a la FUNPROEIB Andes, los participantes intercambiaron y mostraron “experiencias dignas de admirar y que pueden servirnos de motivación para ponerle empeño en nuestras propias convicciones”, en palabras de Elizabeth. Y gracias a la FUNPROEIB Andes se difunden en esta oportunidad los singulares emprendimientos de 15 protagonistas con la esperanza de “hacer que estas experiencias de revitalización lingüística a nivel familiar se amplíen de gran manera” y “para mostrar al mundo que las familias somos la mejor opción y obviamente los más, sino únicos, responsables de hacer que nuestras lenguas vivan”, como lo formuló sin ambages Rosario.

La divulgación de las experiencias relatadas ante cámara ya está en curso a través de dos videos producidos por la FUNPROEIB Andes presentados hasta ahora en Colombia, Perú y Bolivia y accesibles en: http://fundacion.proeibandes.org/index.php?option=com_content&view=article&id=15&Itemid=147

Organizando los platos de fondo

La voz a los protagonistas –este simple principio ha guiado la edición de esta obra–, en la que se respetó el lenguaje, estilo y organización de cada texto en tanto documentos testimoniales que pretenden llegar sin filtros al lector para llenar su corazón y ánimo de volverse un trasmisor de cultura y lengua, ella y él mismo.

En *la primera parte del libro*, “*La lengua en primera instancia*”, se reúnen los escritos que le dan un lugar central a las lenguas. Como no puede ser de otra manera cuando se trata de la *vida de una lengua* si esta es *lengua de vida*, la cultura no está ausente, pero esta queda en un segundo plano en la reflexión sobre la experiencia de transmisión lingüística. Dos capítulos conforman esta primera parte.

El *primer capítulo* “*Empezando desde la cuna*” comienza con los testimonios de acciones llevadas adelante por mujeres que toman una determinación sin consulta ni contemplación, únicamente en consonancia con su convicción de criar a sus hijos en la lengua que ellas reivindican como propia. Recurren a un monolingüismo radical, se

les habla en lengua indígena, simplemente. Y lo hacen enfrentándose al rechazo explícito o la indiferencia de sus cónyuges, padres, hermanos, que les llegan a decirles “locas”, aunque meses después se roben los laureles ante la admiración y aplausos de amigos, vecinos y el más diverso entorno. Son notables determinaciones de crianza en lengua indígena en un medio hostil a ese ejercicio de transmisión lingüística ya discontinuado en la familia nuclear y extensa propia, sobre todo, en contextos urbanos, que ponen en riesgo de desaparición a las lenguas.

Rosario Saavedra se alienta y nos alienta con *Viviendo junto con nuestra lengua* ;*Qallunkunanchikta munakunchik chayqa qallunchikpi kawsakuna* (Si amamos nuestras lenguas, pues vivamos con ellas). *Ruth Catalán* se hace la ineludible e incómoda pregunta sobre la responsabilidad personal ¿Si no lo hago yo, quién lo hará? Por su parte, *Rosmary Alejo* declara su propósito de desafiar el poder del castellano con *No me dejaré ganar con el castellano, mi hijo aprenderá quechua*. En estos tres testimonios de madres quechuas encontramos las vicisitudes de la “lactancia en lengua indígena”, por así decirlo, las estrategias y los aliados que buscan y encuentran, la resonancia en la familia y entorno, los logros alcanzados y su par inmediato, los siguientes desafíos.

Los relatos que siguen en este bloque son de hombres que deciden con sus parejas crear las condiciones para que sus hijos se crien bilingües, en un caso, y trilingües, en el otro. Son verdaderas planificaciones lingüísticas en la familia llevadas adelante con el explícito objetivo de no permitir que se repita la dolorosa historia de discriminación y rechazo de los padres, apostando por la convivencia y complementariedad de lenguas con el bilingüismo, antes que la “confrontación” y consecuente desaparición de la lengua más débil en un monolingüismo castellano.

Juan Manuel Shimbucat, awajún peruano, nos relata, en *Me dije: mi hija tiene que aprender las dos lenguas*, cómo buscaron los padres bilingüizar a su hija monolingüe awajún exponiéndola al castellano en la ciudad, mientras aseguran la permanencia de la lengua indígena en la familia.

Juan Reyes, zapoteco mexicano, rompe, en cambio, con el patrón de desaparición de lenguas indígenas en parejas interétnicas que recurren al castellano como único medio de comunicación familiar. En sus *Experiencias de revitalización de las lenguas mixteca, español y zapoteca con Yahir Zuriel Reyes Ojeda*, describe con lujo de detalle

las gestiones familiares y estrategias de crianza para transmitir ambas lenguas indígenas de los padres a su hijo, además del castellano.

El *segundo capítulo* “*Nunca es tarde para la lengua*” abarca los relatos de madres que se dejaron estimular por el entusiasmo de las mujeres iniciadoras del movimiento y pasaron del lamento a la acción, del pesar y remordimiento de no haber encarado la transmisión de la lengua en la cuna a su uso en la convivencia con hijos en la etapa de la pubertad. Ambas docentes de lengua indígena en educación superior cobraron conciencia que la enseñanza del quechua tiene en sus hogares el espacio por excelencia, recurriendo a frases cortas, situaciones concretas, traducciones, reflexiones metalingüísticas, otras personas, etc. Desplegando todo el afecto, paciencia y sensibilidad, mujeres experimentan la felicidad de ganarse a los púberes para la causa del quechua como segunda lengua y el efecto cohesionador de esta experiencia. Y es que la trasgresión al patrón de monolingüismo castellano y de aceptación de la lengua indígena en el hogar es un desafío aún mayor cuando los hijos tienen voluntad propia y están expuestos a los prejuicios de su alrededor.

Epifania Guaraguara, en Cochabamba, comparte, en *No es tarde, pero cuesta: enseñanza del quechua en casa*, que las dificultades provienen del rechazo de su esposo y entorno más cercano más que de sus dos hijas aprendices, quienes reconocen que la experticia de la mamá viene bien para la asignatura de lengua indígena que llevan en el colegio.

Edna Otondo, en Sucre, admite en, *Ser o no ser bilingüe: Una cuestión de decisión en el hogar*, que introducir el quechua en la cotidianidad de la familia supone descartar estereotipos y prejuicios propios, así como del contexto. Ella se plantea establecer con su hija auténticas situaciones de práctica lingüística dentro y fuera del hogar, convocando poco a poco a esta práctica a sus otros hijos y amigos de estos. Es llamativo en ambos casos el reconocimiento de extraños y conocidos que estimula aún más a las inicialmente titubeantes madres.

Por su parte, *Elizabeth Uscamayta*, desde Cuzco, establece, en *El amor, factor cultural y lingüístico*, el valor de lo afectivo en el tratamiento del quechua como segunda lengua con sus hijos pequeños. Cultivar actitudes de apego a la herencia lingüística y cultural sería un paso decisivo para mantener abiertos corazones, oídos y bocas para la lengua indígena. Espontáneas y jocosas conversaciones en y sobre el quechua de sus pequeños crean momentos de intimidad en

el hogar. También en este testimonio se percibe la productiva relación hogar-escuela cuando la madre se vuelve referente práctica y teórica de lo aprendido en la asignatura quechua y los niños asumen el apego a la lengua que perciben de su madre.

Se cierra la primera parte con el relato enternecedor de *Brenda Atabuichi* quien, en *Las maestras del aimara: la abuela y bisabuela de Malena*, lleva el “nunca es tarde” al extremo: delega a sus padres y abuela la transmisión de lengua indígena que ella misma no tuvo. Su afán por restablecer “tardíamente” la herencia lingüística con su hija resulta en dos aprendices del aimara, la pequeña Malena y su madre Brenda en un hogar que comparten cuatro generaciones. Es previsible el efecto revitalizador de esta reversión de desplazamiento lingüístico intergeneracional en la familia, donde el aimara únicamente era usado entre bisabuela y abuela en momentos de intimidad.

La segunda parte del libro comprende textos en los cuales los protagonistas van “*Forjando identidades con la lengua*”.

Inicia con el *tercer capítulo* denominado “*Con la lengua, la cultura*”, donde reunimos testimonios de trasmisión de lengua indígena como primera lengua –desde la cuna– como un aspecto de la trasmisión étnica a la que aspiran los padres, a juzgar por sus relatos. El guaraní como ingrediente de “ser guaraní”, la lengua quechua como un elemento de “sentirse y vivir como quechua”. Las medidas de planificación lingüística incluyen planificación étnica, por así decirlo, exposición a prácticas culturales de los hijos más allá de lo ritual, prácticas productivas, de comportamiento y adquisición de valores.

Marcia Mandepora, desde Camiri, en *Nuestra lengua vive si la hablamos siempre*, nos cuenta del impacto que la socialización de Añemoti en guaraní causó en él, la familia, el entorno. Como en el caso Rosario y Ruth, Marcia hizo la consulta de guaranizar a su hijo consigo misma y procedió sin hacer concesiones, buscando los espacios para cuidar que el niño pueda desarrollarse seguro de su origen, pueda experimentar y valorar lo guaraní y crecer seguro de sí mismo inserto en un contexto urbano. El relato exhala orgullo materno y tranquilidad por el logro de una audaz crianza donde el hogar y la sociedad circundante –cada uno desde su cultura– se complementan, incluyendo sus lenguas.

En *¿Transmisión naturalizada del quechua en la crianza de Valentina?*, *Roxana Villegas* y *Valentín Arispe*, en Cochabamba, ilustran

paso a paso la respuesta de su hija al proceso de transmisión del quechua y de “lo quechua” desde el vientre. Con mucho detalle recogen las creaciones lingüísticas de la niña, la construcción del lenguaje con dos lenguas a su disposición en el hogar de varias generaciones. El testimonio establece con claridad que la intención de la quechuización de Valentina es insertarla en la forma de vida quechua que los padres han tenido en su infancia, ellos sí en ámbito rural, a diferencia de la niña.

El último escrito de esta segunda parte es *Quechua desde las entrañas de mamá y nuestra vida*, de *Alejandra Huamán*, una historia de vida que abarca desde su propia infancia hasta la juventud de sus hijos. Vida que se despliega entre el campo y la ciudad, ires y venires de Alejandra sola y posteriormente con la familia en su condición de maestra rural. La declaración de amor al quechua como fuente de resistencia a la opresión lingüística es un hilo rojo a lo largo del relato, amor que busca transmitir a los hijos a través de las múltiples vivencias de una familia nuclear unida que se desplaza por la región andina. Aprendiendo viviendo, se puede denominar la estrategia de Alejandra de exponer a sus hijos a lo que ella ama y considera suyo en la plena seguridad que es lo que los hijos también amarán y considerarán suyo.

Finalmente, en el cuarto capítulo “*Con la cultura, la lengua*” dos historias abordan una perspectiva de política cultural de los padres, en la cual la lengua indígena es “sostenida” por el andamiaje de la cultura, sea porque así piensa y siente uno de los autores o por las dramáticas transformaciones socio-políticas-económicas en el transcurso de apenas unas décadas, como lo expresa el segundo autor. Las historias de vida de esta parte están redactadas en clave crítica, permeadas por convicciones de reivindicación étnica, cultural, territorial a partir del *sentido político de la identidad colectiva* quechua y mapuche. En ese sentido, son documentos de denuncia y resistencia en los cuales los *militantes culturales* presentan sus acciones recuperando, quizás más que los agentes anteriores, el discurso que las genera.

Hipólito Peralta, en *De la cultura a la lengua. Fidelidad cultural y lingüística*, relata aspectos centrales de su propia socialización, las vivencias que lo marcaron cultural, ritual y políticamente para volverse protagonista, defensor, promotor, estudioso quechua y la fabulosa disposición de involucrar a Siwar y Fernando en este proyecto de vida a lo ancho y largo de la crianza que comparte con su

compañera Alejandra. En la lectura, resalta con fuerza la herencia que asumen los jóvenes Peralta Huamán de sus padres enriquecida, claro está, por sus propias historias, deseos, habilidades y respuestas al desafiante mundo intercultural del Cusco urbano y rural. Como en el texto de Marcia, impactan las expresiones de orgullo identitario indígena de los jóvenes que nos comparten sus padres.

Marcado por el compromiso de reivindicación cultural y política, Ramón Cayumil recuerda, en *Nuevos sentidos de resistencia. Cuando el awinkamiento se asoma intensivo y amenazante*, su vida comunitaria mapuche hasta su pubertad, los intensos años de universitario urbano en pleno despertar del movimiento indígena durante la dictadura militar que prohibía manifestaciones culturales mapuches y la etapa de reconocimiento y consolidación de organizaciones indígenas cuando retornó la democracia en los años '90. Con una fuerte conciencia étnica, “el deber de enseñar la lengua a las nuevas generaciones”, es un imperativo complejo en el contexto urbano castellano monolingüe en Chile. En contexto rural, las ceremonias mapuche con su carga de espiritualidad transmitida en mapuzugun y las experiencias de vida comunitaria con la familia extensa los fines de semana brindan espacios para que Mawlikan “construya su identidad y sentido de pertenencia mapuche” y pase “poco a poco de la fase receptiva a la etapa productiva de la lengua”. El título del testimonio de Ramón no deja duda sobre la intensidad de su lucha para mantener vigentes –quién sabe hasta para cumplir– estos dos propósitos o anhelos con su hijo, inserto como está en el contexto *winka*–blanco, chileno.

Volviendo al cúmulo de supuestos contrasentidos, de eso se trata en esta obra, como pueden intuir ya los interesados estimados lectores. Nos enorgullecemos del carácter transgresor de los testimonios, de ir contra la corriente mostrando el inmenso potencial de cada individuo en la sociedad, de su capacidad de construir su entorno lingüístico acorde a su ser, sentir, pensar y actuar antes de esperar que “alguien nos solucione el problema de la pérdida de las lenguas indígenas”. Nos emociona, a la vez, la potencialidad movilizadora de estos escritos que esperamos alcance a ustedes.

Inge Sichra
Cochabamba, febrero 2016

PRIMERA PARTE



**La lengua en primera
instancia**

I EMPEZANDO DESDE LA CUNA

Viviendo junto con nuestra lengua ¡Qallukunanchikta munakunchik chayqa qallunchikpi kawsakuna!

*María del Rosario Saavedra Saravia
Quechua, Quillacollo, Bolivia*

“Si amamos nuestras lenguas, pues vivamos con ellas”

Para empezar a escribir estas líneas, me detuve a pensar en qué lengua escribiría. Fue difícil decidirme por el castellano, porque al hacerlo me siento desleal con mi lengua quechua. Empero, a pesar de haber empezado en esta lengua, por razones de alcance, opto por el castellano.

Introducción

En este escrito, cuento un poco de la experiencia tan maravillosa que estoy viviendo con mis dos hijos, Ricardo y Santiago, y nuestra lengua quechua. En este intento, describo mis motivaciones iniciales y continuas, frustraciones, planificaciones, logros y desafíos en la sociedad en general y en otras mamás quechuas en particular.

Primero quiero mencionar que la motivación inicial y más fuerte para hacer que mis hijos hablen quechua fue:

Si mis papás son quechuas y yo también, mis hijos también deben serlo

Este fue el criterio que yo tuve desde siempre para lograr que mis hijos fueran quechuas. Recuerdo que de pequeña, cuando vendía grano de cebada en la “Plaza de Papas” con mi abuela, los hijos de los que nos proveían este grano hablaban tan natural y dulcemente el quechua y con una voz tan delgada y hermosa, que deseaba tanto algún día escuchar de esa forma a mis hijos. En verdad, sentí una necesidad desde entonces. Creo que de la misma forma que ahora admiran a mis hijos, yo lo hacía con esos niños. Desde ese entonces, recuerdo que pensé en hacer que mis hijos hablaran quechua. Claro que entonces no tenía en mente las adversidades ni las experiencias tan extraordinarias que viviría.

Otra de las experiencias que me motivó fuertemente en este proyecto fue la escuela, donde con extrañeza y dolor viví que mis vecinas negaban hablar nuestra lengua quechua. Esto sucedió, por ejemplo, cuando la profesora, en tercero básico, nos pidió que levantásemos la mano las que hablábamos quechua, empero fui la única que lo hizo y me quedé desconcertada, porque el resto de mis compañeras había ocultado nuestra lengua.

Similar experiencia viví en la Universidad Mayor de San Simón, donde estudié la carrera de Licenciatura en Lingüística Aplicada a la Enseñanza de Lenguas, cuando mis compañeras que eran de provincias como Punata, Cliza, Vinto, entre otras, fingían no hablar el quechua. Yo realmente no entendía por qué lo hacían, ya que para mí, no tenía sentido hacerlo, y más bien lo que yo hacía al evidenciar esta *vergüenza lingüística* era hablar mucho más en quechua. Recuerdo que hasta a los docentes de quechua les hacía avergonzar cuando en los pasillos les hablaba en quechua, porque no me respondían en esta lengua sino en castellano. Empero, yo no desistía de hablar quechua con ellos, puesto que, a pesar de que ellos me respondían en castellano, yo seguía usando el quechua. De ahí que me empezaron a llamar como la “quechuista”, incluso tenían mi número de referencia en la Dirección de Carrera, por si había algún trabajo referido al quechua.

Estas experiencias de negación de lo nuestro me llevaron a reforzar cada vez más mis deseos de hacer que mis hijos tuviesen una identidad quechua muy fuerte, tan fuerte como para que ellos pudiesen

defenderla en lugar de ocultarla o, peor aún, negarla. De esta manera, fui construyendo los pilares de mi motivación para hacer a mis hijos quechuas, porque para mí negar nuestra lengua es negar a nuestros padres y abuelos. ¿Cómo volver a verles a los ojos, vivir con ellos, comer con ellos, luego de decirle al mundo que no los conocíamos?

El pensar en la posibilidad de que mis hijos algún día se avergonzasen de mí o de mis padres y abuelos me hizo comprender que, para que ello sucediese, solo yo sería la única culpable, ya que ellos aprenderían lo que yo les enseñase, puesto que vivirían conmigo antes que con otra persona. Por tanto, consideré que la responsabilidad de que mis hijos sintieran orgullo de lo nuestro dependía de mí y de nadie más.

Sin duda, tenía mucho miedo de que mis hijos tuviesen crisis de identidad como lo veía en muchos muchachos, pero eso mismo me hacía más fuerte porque en cierta forma estaba consciente de que había muchos riesgos si no hacía bien mi trabajo. A esto también se fue sumando que algunas de mis colegas habían fracasado en su “intento” de hacer que sus hijos hablaran quechua, y que ya no había vuelta atrás porque ellos ya eran jóvenes. Por mi formación, sabía que mientras más edad tenían los niños, mucho más difícil sería la transmisión. Por ello, muy bien sabía que no podía descuidar el aspecto de la edad en mi propósito. Subrayo “intento” porque luego de la experiencia vivida, llego a la conclusión de que se necesita mucho más que querer que los hijos hablen una lengua para que lo hagan, de lo contrario, se queda en eso, en un querer, pero no en un lograr.

Hasta aquí fueron las experiencias motivadoras para hacer que mis hijos hablaran el quechua antes de la Maestría en Educación Intercultural Bilingüe PROEIB Andes, donde me terminaron de convencer que lo realmente importante y determinante para que una lengua viva es la transmisión intergeneracional, es decir la herencia lingüística que los papás y mamás dejamos a nuestros hijos. Allí, día a día, fui reforzando mucho más el pensamiento de que el rol protagónico lo tenemos los padres y madres y nadie más; que aunque se delegase a la escuela la recuperación de las lenguas indígenas, esta no podía ni podría lograrlo, al menos por ahora, por varias razones que posiblemente jamás se resolverán.

Por tanto, me fui convenciendo de que la escuela no sería la solución a una necesidad mía, ya que a ella no le interesaba tanto

como a mí pero fundamentalmente porque no era su responsabilidad sino la mía. Además, como docente de quechua estaba convencida de que curricular y metodológicamente, el sistema educativo no estaba preparado, por lo que no podría confiarle esta tan importante tarea.

Todas estas ideas y pensamientos sobre la transmisión del quechua a mis hijos fueron además reforzados con el apoyo de mis compañeras y compañeros de la maestría en EIB, quienes al verme con mi hijo de meses de nacido en brazos, Ricardo, me recordaban que yo debía transmitir mi lengua y que no podría fallar en ello. Así también mis docentes tuvieron su rol protagónico para que iniciara cuanto antes la bilingüización de mi hijo, Cada vez que podían, me ponían de ejemplo como “la mamá transmisora del quechua”.

Con todo este apoyo en mi propósito, empero, no sentía mucha seguridad, ya que, no pude ver ninguna experiencia previa como la que yo quería realizar. Esto me asustaba porque realmente temía que, al igual que algunos de mis docentes que hablaban el quechua tanto en la Universidad como en la Maestría, sería incoherente con mi ser y con mi profesión. Puesto que yo no quería convencer a la gente de algo sin antes yo mostrar que valoraba el quechua al transmitirlo a mi hijo. Es decir, para que yo pudiese estar tranquila con mis hijos, lo primero era transmitirles el quechua, así yo podría lograr que mis hijos pudieran conectarse con mis padres y hermanos a través de nuestra lengua.

Yo realmente soñaba con escuchar algún día a mis hijos hablar quechua con naturalidad como lo hacen cuando es su lengua materna. Por eso el quechua debía ser su primera, no su segunda lengua.

Mi primera y mayor dificultad fui yo misma

Con todos los temores que relato líneas arriba rondándome la cabeza pero, a la vez, con toda la fortaleza de querer hacerlo, inicié mi tarea cuando Ricardo tenía como cuatro o cinco meses. En ese entonces, vivíamos solo los tres: Edwin, mi esposo, Ricardo y yo. Apenas había iniciado la maestría en EIB, que tanto había esperado. Sin embargo, esto me demandaba muchísimo tiempo, y con ello aumentó mi preocupación de transmitir mi lengua a Ricardo, puesto que, al pasar los meses, fue muy difícil seguir llevándolo conmigo a clases. De manera que tuve que dejarlo con mi cuñada y mi hermano;

quienes muy gentil y gustosamente aceptaron cuidar a Ricardo por mí mientras estuviera en clases.

Empero, justo ahí empezó mi mayor dilema, porque me di cuenta que tanta costumbre de usar el castellano cotidianamente, tanto en el día a día académico como con la sociedad en general, casi me habían convencido de que no podría volver a vivir en quechua. El vivir en un contexto urbanizado y haber dejado poco a poco los trabajos agrícolas y la crianza de animales como forma de vida, debido a las demandas cada vez más exigentes de la escuela, derivó en un debilitamiento de mi uso cotidiano del quechua. Por eso, cuando quise hablarle solo en quechua a mi hijo, con sorpresa y temor caí en la realidad de que el castellano se había apoderado de mí, pero porque yo se lo había permitido.

El silencio como una salida para no usar el castellano con mi hijo

Al verme en la dificultad de no poder usar el quechua continuamente con mi hijo, a pesar de habérmelo propuesto, con frecuencia me sorprendía usando el castellano. Por eso, decidí callarme para no confundirlo, pero principalmente porque no quería que nuestra lengua en común fuera el castellano.

Entonces, empezó mi mayor preocupación porque, al parecer, sería mucho más difícil de lo que había pensado. Por un lado, sumado a mi fracaso de uso permanente del quechua se añadió el distanciamiento de mi hijo, debido a mis clases y trabajos de la maestría. Por otro lado, al no vivir con mis padres y tampoco estar inmersa en una comunidad quechua sabía que me encontraba sola, eso realmente me desesperaba.

Sin embargo, todas estas adversidades me obligaron a pensar en estrategias para enfrentar mis dificultades y lograr mi propósito, pues, sabía que no podía fracasar. Eso no iba a pasar sin antes luchar con todas las herramientas que tenía pero, sobre todo, por mi pasión por el quechua. No estaba dispuesta a dar la cara y decir que había fracasado como el resto que lo había intentado. No, yo iba a luchar antes de rendirme, y si fracasaba, ése sería mi consuelo, haber hecho todo antes de tirar la toalla.

Así, lo primero que pensé fue pedir apoyo a mis padres, suegros y hermanos para que ellos pudiesen hablarle ya que sentía que

yo no podía hacerlo. Y así fue, uno a uno les expliqué que Ricardo debía hablar quechua, porque antes que nada, él debía saber quién era y así no pretender ser otra persona; que no se preocuparan por el castellano, pues, si no era por nosotros, de todas formas lo adquiriría por la misma sociedad. Y que, para lograr este propósito, Ricardo debía escuchar el quechua también de ellos y no solo de parte mía. De esa forma, les pedí expresamente que me apoyaran. Luego de esa supuesta “alianza”, me relajé un poco, porque ellos aceptaron ser parte del proceso de transmisión del quechua. Realmente en ese entonces, creí que había solucionado mi dificultad de hablar a mi hijo en quechua porque aparentemente había asegurado un entorno quechua para Ricardo, pero no fue así; al igual que yo, todos mis supuestos “aliados” habían fracasado en el uso exclusivo del quechua con Ricardo. Es decir, no habían logrado usar solo el quechua con Ricardo sino que, como yo, habían sido seducidos por el castellano.

Entonces, sí que me sentí sola en mi propósito, ya que por más veces que les recordara, les explicara y hasta exigiera, me di cuenta que no podía obligar a nadie. Entendí que era una necesidad mía y no de los míos. Si bien ellos compartían mi deseo de bilingüizar a Ricardo en quechua y castellano, ellos no tenían la responsabilidad como la tenía yo.

Por tanto, me propuse hacerlo sola y fue justamente esta condición la que me hizo más fuerte. Porque creo que si se hubiese convertido en una responsabilidad familiar, el fracaso hubiese sido compartido, pero ahora que había decidido hacerlo sola, la única responsable era yo. Por eso, sentí que no tenía excusa alguna para no hacerlo, sabía la lengua, sabía de metodología de enseñanza de lengua materna, lo único que me asustaba era el tiempo y la distancia tan cortos en el día debido a las responsabilidades de la maestría.

Escucharme y monitorearme en el uso del quechua fue lo más efectivo

Para que un niño adquiera una lengua con éxito, sabía que se necesitaba exponerlo a esa lengua la mayor cantidad de tiempo posible y que para apoyar este proceso, debían usarse otras estrategias como expresiones, movimientos, acciones, entre otras, pero todo ello siempre de manera vivencial, es decir, mientras uno vive cotidianamente.

Así que, primero, empecé a escucharme como le hablaba a mi hijo, y cada vez que escuchaba el castellano me detenía y volvía al quechua. Trataba de monitorear mi uso para que fuera exclusivo en quechua; así también trataba de no mezclar con el castellano. Esto implicaba doble esfuerzo, puesto que debía detenerme a pensar cómo lo podría decir desde el quechua y así no recurrir permanentemente a los préstamos del castellano.

En este proceso me di cuenta que, al parecer, había empezado a pensar en castellano, ya que me costaba volver a pensar en quechua para hablar desde y como quechua. Siempre me descubría pensando desde el castellano, luego me detenía a pensar cómo lo puedo decir en quechua sin recurrir al castellano, claro que esto me demoraba y había un silencio repentino en las conversaciones.

En ocasiones, me inventaba palabras, siempre tratando de que tuvieran sentido desde el quechua mismo, porque era fundamental que lo tuviera, ya que tenía que cuidar que mi hijo no fuera el blanco de incomprendiones o burlas de parte de los quechuas. Por eso debía esforzarme mucho con el tipo de quechua que transmitía. También consultaba a otros quechuas sobre algunos términos que no recordaba cómo decirlos y los usaba con Ricardo, empero, resultaba que en el quechua cochabambino no eran conocidos y él los usaba con mucha naturalidad y los que lo escuchaban siempre comentaban que hablaba un quechua distinto, un quechua puro, y no como ellos que hablaban un *quechuaño*.¹

Esto de autocorregirme lo hacía una y otra y otra vez hasta que de pronto me di cuenta que ya solo usaba el quechua con mi hijo. Pero llegué a la conclusión de que no fue nada fácil porque era una lucha conmigo misma. Paradójicamente, la que más quería que su hijo fuese quechua era la primera en no poder usarlo cotidianamente.

La segunda gran dificultad con la que tropecé al iniciar la transmisión intergeneracional de mi lengua quechua fue mi esposo, pues él, a pesar de tener también raíces quechuas y entender muy bien esta lengua me sorprendió cuando enfáticamente me dijo:

1 Variedad del quechua conocido con este nombre debido a los préstamos del castellano.

“No quiero que le hables a mi hijito en quechua, en la cancha mis amigos se le van a reír...”

Esa demanda conyugal al interior de mi hogar me dolió bastante porque sentí que al negarme y negarle a nuestro hijo la transmisión del quechua estaba negándome como quechua y negándose a sí mismo al negar la lengua de sus abuelos. Entonces, sentí que él se avergonzaba de mí por ser quechua y hablar el quechua. Quizá no lo había notado antes porque no lo había usado en el interior de mi hogar y menos aun cotidianamente.

Paradójicamente, cuando aún enamorábamos, Edwin hacía alarde de mi manejo del quechua con sus amigos y me pedía que hablara con ellos para mostrar que ninguno de ellos podría ganarme; pero todo eso era permitido mientras no fuera en nuestro hogar.

Al evidenciar su negación hacía el quechua, en principio dolida por ello, pensé en acceder a su petición. Empero, esa negación hacia lo nuestro, hacia nuestra identidad me fortaleció de gran manera ya que justo eso era lo que yo quería evitar en mi hijo.

A pesar de las negativas de Edwin, yo seguía usando el quechua con Ricardo, presionada por la idea de que si no era conmigo, no era con nadie. De esa forma, persistí en el uso del quechua en mi hogar, hecho que me generó muchas discusiones conyugales, porque mi esposo se dio cuenta que no accedía a sus demandas constantes, así que optó por “permitirme” hablarle a mi hijo según sus condiciones.

“Ya, háblale aunque sea, pero cuando yo no esté”

Esta condición de darme el “permiso” para que yo hablase el quechua con mi hijo, como si yo no fuera también la madre y tuviese los mismos derechos que él de decidir por el futuro de nuestro hijo, me dolió así como el negarme a desarrollarme como quechua. Por eso es que decidí luchar por mi identidad y la identidad de mi hijo, principalmente porque me aterraba la idea de que mi hijo me negara como madre y negara a mis padres, porque no tuviéramos una lengua en común. Pero, además, porque realmente quería que mis hijos se comunicaran con los quechuas en quechua; y no dijeran o fingieran no entenderles; yo había vivido experiencias en las que los que no hablan quechua eran distanciados y no aceptados como quechuas. Yo creía y creo que la lengua es fundamental para la identidad sobre todo cuando la lengua está tan cerca de nosotros.

Estratégicamente quise evitar las discusiones constantes con mi esposo, así que decidí acceder a su condición y le hablaba a mi hijo cuando él estaba ausente. Empero, inmediatamente sentí que estaba fingiendo por complacer a mi esposo. También sentí que esto no me llevaba a mi propósito. Y lo más anecdótico de esa experiencia fue que ya no sabía ni en qué lengua hablarles a nuestros perros, o si en quechua o en castellano, porque tenía que cuidar que mi esposo no escuchara el quechua en la casa.

Para evitar contratiempos, cuando él estaba, hablaba en castellano y cuando no, en quechua. Pero me sentía ridícula y hasta sometida por hacer eso, así que pensé cuál sería la estrategia más adecuada para hacer que el quechua viviera en mi hogar, teniendo un opositor tan rotundo y con el carácter tan fuerte que lo caracterizaba.

Dejé claro a mi esposo que Ricardo hablaría quechua, aunque no estuviera de acuerdo

En estos primeros momentos de intento de transmisión del quechua a Ricardo tuve dos dificultades paralelas. La primera, la costumbre del uso del castellano que me invadía cuando quería hablar plenamente en quechua a mi hijo, como ya lo describí antes; y la segunda, también muy fuerte, la negación de mi esposo por el uso del quechua en nuestro hogar. Estas situaciones adversas, si bien dificultaban mi desafío, también me obligaron a pensar en soluciones estratégicas para lograr mi propósito. De manera que constantemente buscaba cómo convencer a mi esposo de aceptar que el quechua viviera con nosotros.

Concluí que solo durante un enojo fuerte yo podía dejarle en claro que él no impediría que Ricardo hablase quechua. Y así lo hice, busqué el momento preciso, que fue muy pronto además, y le planteé enfáticamente que le hablaría en quechua a nuestro hijo a pesar de que él estuviera en desacuerdo, ya que si yo no lo hacía, nadie más lo haría.

Confieso que lo enfática que fui con él me dio más fuerza y seguridad, pero además, me permitió descargar toda la rabia que había acumulado con sus acciones de negación y hasta de prohibición para el desarrollo de la transmisión del quechua a Ricardo, que ya de por sí era muy difícil.

Entonces, me quedé un poco tranquila porque sentía que luego de esa discusión ya no me presionaría para que desistiera de mi propósito, y empecé a hablarle a Ricardo en quechua todo el tiempo. Edwin, finalmente, comprendió que no iba a detenerme y, a pesar de todas sus negativas, yo seguiría hablando y hablando en quechua con Ricardo.

Luego de haber superado mi costumbre del uso del castellano, la negativa y el carácter de mi esposo, cualquier otro obstáculo no importaba, puesto que, luego de eso nada más podría impedir que Ricardo hablara quechua.

Para mí la opinión que tuviera mi familia era importante, porque yo quería que ellos también fuesen los partícipes en este gran proyecto; por esa razón, y como ya sabía que ellos compartían mi sentimiento hacía el quechua, aunque no tuvieran el mismo compromiso y responsabilidad, constantemente les recordaba lo importante que era que hablasen el quechua con Ricardo.

No todos en mi familia compartían la idea de que Ricardo hablase el quechua como lengua materna porque, al parecer, salía de su esquema de los niños “normales” en contextos urbanos. Por eso me cuestionaban, particularmente mi cuñado, mi suegra y mis cuñadas, quienes aparentemente se “preocupaban” por el futuro social y escolar de Ricardo e interpelaban mi decisión con peticiones como: “En castellano nomás debías hablarle, van a pensar que es un niño del campo”, “¿y no va a tener problemas en la escuela?”, “No van a entenderle sus compañeritos, y cómo se va a jugar también” o “a ver, háblale bien”. Todas estas aseveraciones ya no me afectaban, pues venía de grandes dificultades. Así que solo los tranquilizaba explicándoles que no se preocuparan pues él sería bilingüe y no tendría problemas con el castellano ni en la escuela ni con sus amiguitos; y que sus preocupaciones eran anticipadas porque para ello faltaba mucho tiempo, ya que Ricardo distinguiría ambas lenguas sin dificultad.

Todo el día vivíamos solo en quechua

Así fue creciendo Ricardo, aprovechaba al máximo el tiempo que estaba con él. Solo le hablaba en quechua y trataba de hablarle de todo pero siempre en contexto. Hacía que él mismo hiciera algunas cosas, como por ejemplo: “riy mayllakunaykipaq, manguerata

apamuy, bañeraman churay, kunan yakuta jap'ichimuy” ‘ve a traer la manguera para que te bañes, ponla en la bañera, ahora ve a soltar el agua’. Lo hacía así porque sabía que él era el protagonista de su aprendizaje, por tanto debía ser él quien escuchara todo el tiempo el quechua para que hablara lo antes posible. Y me fui dando cuenta que hablarle y apoyar esto con acciones realizadas por mí o por él mismo era efectivo, porque él fue comprendiendo muy rápidamente.

Recuerdo que, al notar que hablaba todo el tiempo con Ricardo en quechua, aunque él aun no me respondiera palabra alguna, me veían como si fuera una loquita por hacer eso, eso que ya nadie hacía en nuestro entorno, hablar con sus hijos en quechua. Empero, esta su percepción no duró mucho porque se fueron dando cuenta que Ricardo sí me entendía, porque aunque no hablaba hacía las cosas que yo le indicaba que hiciera, y se fueron sorprendiendo cada vez más.

El quechua de Ricardo en la sociedad

Hablar en quechua con mi hijo hacía dudar de mi maternidad

Nosotros hablábamos en quechua en la casa y en la calle, incluso en el trufi siempre le hablaba a Ricardo todo el trayecto en quechua, lo cual atraía la atención de los pasajeros y transeúntes, quienes no resistían voltear a ver a esa mamá y a ese niño “raros”. Así nos hacían sentir, pero yo no dejaba que eso nos afectase negativamente, sino más bien positivamente, puesto que veía con mucho agrado cómo notaban que hablábamos en quechua.

Era muy evidente cómo nos observaban y comentaban de nosotros. Otros no resistían la curiosidad de preguntarme si era mi hijo, y cuando les cuestionaba por qué me preguntaban sobre ello, la respuesta casi siempre era la misma “porque le habla en quechua”. Me sorprendía que dudaran de mi maternidad solo por el hecho de que le hablase en quechua. Eso me hizo pensar que realmente la transmisión del quechua en un contexto urbano se había *desnaturalizado*, a pesar de la presencia tan fuerte de población migrante quechua.

Por ejemplo, en una oportunidad, cuando Ricardo ya hablaba más o menos en quechua, estábamos en el trufi hablando y dos personas ajenas entre ellas se pusieron a comentar que Ricardo no podía ser mi hijo sino mi “ahijadito”, y al hacerlo era muy notorio cómo nos

miraban y murmuraban; yo los escuchaba muy bien porque estaba muy cerca de ellos. La curiosidad de una de ellas fue tan fuerte que no resistió buscar coincidir con mi mirada en el trayecto de la ruta, y con una sonrisa expresó la siguiente frase: “¿Es su ahijadito?” “No, es mi hijo” le contesté. A lo que añadió la siguiente pregunta: “¿Y por qué le habla en quechua?” “Porque quiero que sepa dos (lenguas) en lugar de uno”, le respondí. Sorprendida fue continuando la conversación y resaltando lo bien que hablaba quechua Ricardo a pesar de su corta edad; y lo positivo que era ver a un niño hablando quechua.

Situaciones como la que describo líneas arriba vivimos muchísimas, hasta el día de hoy, 6 años después de iniciar esta experiencia, la gente continua sorprendiéndose, volteando a vernos, deteniéndose a conversarnos, pero lo más fascinante de todo es que Ricardo. Más tarde Santiago, mi segundo hijo también socializado en lengua originaria, generaban y generan que la gente hable con ellos en quechua. La gente se esfuerza por hablar quechua con mis hijos, no les hablan en castellano, mas al contrario, se acercan justamente para escucharlos hablar; y en ese intento, tratan de despertar su quechua “dormido” según lo describen ellos mismos. Como hablan con dificultad, ellos tratan de justificar que ellos sí saben el quechua porque lo habrían aprendido con sus padres o abuelos.

Lo “normal” en un contexto urbano es que solo la mamá del campo, es decir de las provincias más alejadas a la ciudad, o las migrantes que salen con poca frecuencia, hable con sus hijos en quechua. Eso me dio a pensar las experiencias que tuve una y otra vez en diferentes contextos y situaciones, cuando las personas se volteaban a vernos, cuando confundían a mi hijo con mi sobrino o mi ahijado porque hablábamos en quechua. Cuando me decían “¿(su hijito) no habla castellano?” (un señor en la tienda de mi hermana), “háblele nomás castellano, también entiende” (la profesora de mi hijo) “en castellano nomás debía hablarle, señora” (en el trufi una señora mayor) “¿es su hijito? (en el taxi el conductor).

Pero de todas estas experiencias, la que más me marcó fue durante las consultas con mi dentista Walter, quien también es mi primo, donde durante toda la consulta, nosotros como de costumbre, conversábamos con mi hijo solo en quechua, pero además generábamos que también él usase el quechua con Ricardo, aunque no conmigo. Cuando salimos del consultorio, había una señora esperando su

turno. En nuestra siguiente consulta, Walter me sorprendió con “no te vas a enojar, te voy a contar algo. La señora que estaba ahí afuera la otra ocasión, dice que se había sorprendido cuando te había visto salir de aquí y no habías sido cholita. Porque al escucharte hablar con el Ricardo en la consulta, había esperado que saliera una cholita y como no lo habías sido dice que se había sorprendido. Así, me ha hecho reír. No te vas a enojar”. Yo más que enojarme me divertí con sus comentarios porque me pareció que habíamos empezado a romper sus esquemas. Para mí, eso era positivo, porque habíamos incurrido en espacios y con personas de habla castellana. En realidad, creo que empezábamos a ganar espacios de uso para el quechua. Por eso mismo no dejamos de hablar el quechua.

“Este chiquito habla mejor el quechua que todos ustedes”

En una ocasión, en el hospital, paradójicamente, mientras yo le hablaba a Ricardo en quechua, las otras mamás de pollera, quechua hablantes, que también esperaban su turno, hablaban con sus hijos en castellano. Fue tan interesante ver las reacciones de esas mamás, cómo nos observaban y hablaban de nosotros. Las primeras que nos escucharon hablaban a las otras de nosotros y les repetían lo que Ricardo había dicho y se reían. A la vez les pedían que volteasen a vernos y nos escucharan para que se convencieran que Ricardo hablaba quechua. Y les sorprendía tanto su naturalidad y fluidez que me conversaban, y yo les cuestionaba si sus hijos hablaban quechua igual que Ricardo, y ellas respondían que no, que ellas no usaban el quechua con sus hijos sino el castellano. Y se divertían tanto con el quechua de Ricardo que le hacían hablar y no se les borraba la sonrisa del rostro. Parecía que se sentían realizadas al ver a un niño en un contexto urbano hablando quechua. En fin, por lo menos se habrán puesto a pensar que sí es posible hablar con los hijos en quechua, incluso en un contexto urbano y de temas urbanos como en el hospital.

En esa misma ocasión que llevé a Ricardo al hospital, cuando fue nuestro turno, las enfermeras me hicieron pasar a la sala donde pesaban y medían a los niños antes de pasar con la pediatra. Una de ellas me indicó que desvistiera a Ricardo. Y así lo hice, siempre hablándole en quechua, ellas al notarlo, similar a las mamás de pollera quechua hablantes, se pusieron a comentar sobre nosotros y se

sorprendían y se reían. En ocasiones, Ricardo no les hacía caso cuando le hablaban en castellano y ellas optaron por hablarle en quechua. Fue muy interesante porque en la misma sala habían niños, acompañados de sus mamás quechua hablantes y la comunicación era siempre en castellano. A mí me fascinaba experimentar cómo Ricardo de alguna forma obligaba a las enfermeras a usar quechua con él para viabilizar la comunicación.

Siguiendo con el relato de las experiencias del día en el hospital con Ricardo, cuando entramos al consultorio de la pediatra, vimos que ella estaba acompañada de varios practicantes de medicina. Allí, al igual que en todo momento, con Ricardo seguimos hablando en quechua, pero ya no fue la misma experiencia hermosa como con las mamás de pollera y las enfermeras; porque la pediatra era una mujer muy seria y hasta se mostró molesta o incómoda al escuchar que me dirigía en quechua a Ricardo; a diferencia de los practicantes que estaban sonrientes y curiosos de ver cómo Ricardo entendía muy bien lo que le decía. Fue entonces, que la pediatra muy duramente cuestionó que le hablara en quechua a mi hijo con la siguiente expresión:

Pd.:¿Qué no quiere que su hijo salga afuera? ¿Por qué más bien no le enseña en inglés en lugar del quechua?

Ro.: Ahora no me urge que aprenda el inglés. Lo que él necesita primero es el quechua para que entienda a los que hablan quechua en nuestro entorno. También le voy a enseñar el inglés pero después que hable bien el quechua.

La intervención de la pediatra fue tan torpe y hasta atrevida que bien pude haberle respondido una grosería pero preferí con mucha tranquilidad responder a su “preocupación”, ya que finalmente la creencia de que el quechua “no sirve para viajar” o “mejor el inglés que el quechua” era una construcción compartida por gran parte de la sociedad. Por lo que consideré mejor mostrar con ejemplos de que el quechua era una lengua viva, porque vivía en mi hijo. Empero, tampoco fue tan inofensivo el cuestionamiento que me hizo, ya que, a pesar de haber disimulado muy bien en ese momento, me generó un mal estar por un buen rato, y me puse a pensar que realmente había todavía una fuerte discriminación hacía el quechua, y por ende, hacía los quechuas. Puesto que pude evidenciar en carne propia que no solo a los que vestían la pollera había discriminación

sino que también hacía los que no la vestíamos pero que sí seguíamos hablando el quechua.

Esa actitud que asumió la pediatra de permitirse el derecho de tratar de interferir en el futuro de mi hijo realmente me molestó de sobre manera porque llegué a concebir que actitudes como ésa habían sido las causantes de generar la ruptura en la transmisión intergeneracional del quechua. Pero, a la vez, concluí que eso a mí no me pasaría ya que ya no había posibilidad de interferir en la bilingüización de Ricardo, luego de las dificultades tan grandes que había logrado superar. Sin embargo, me preparé muy bien para la siguiente consulta médica, pues realmente creí que sería igual o peor que la anterior oportunidad.

Paradójicamente, la próxima consulta me sorprendí tanto del cambio radical que mostró la pediatra, que a diferencia de la última vez, me fui feliz y casi sin poder creerlo, pues en esta ocasión la pediatra, al escucharnos hablar en quechua nuevamente, puso de ejemplo a Ricardo ante sus practicantes para tratar de hacerles avergonzar porque ellos no hablaban quechua, y viéndoles a los ojos les dijo lo siguiente: “este chiquito habla mejor el quechua que todos ustedes”. Y me pidió que le hiciera hablar a Ricardo para probarlo. Luego ella misma durante la consulta le habló en quechua, y afirmó que ella también haría lo mismo con su nieta. No sé si aquel día estuvo de mejor humor o habrá pensado mejor las cosas, pero llena de felicidad no me cansaba de contarle a los que podía, porque me pareció un cambio muy positivo.

“Yo he perdido buenos trabajos por no hablar quechua, tu hijo no va a tener ese problema”

Cuando en una ocasión, Edwin y yo llevamos a Ricardo al hospital, mientras esperábamos los resultados del análisis que le hicieron, el doctor, quien era muy joven, al percatarse que hablaba en quechua con Ricardo, nos felicitó a ambos, claro que él no sabía que Edwin hasta ese entonces había tratado de interferir de muchas maneras su aprendizaje del quechua. Él estaba sorprendido y feliz por Ricardo, ya que nos relató que había tenido muchas dificultades en la Universidad para pasar la materia de quechua, pero que, a pesar de ello, no había aprendido nada y que ahora en el trabajo necesitaba de esta lengua

porque había bastante población que la hablaba y que él no sabía cómo responderles. Entre todas esas sus experiencias relatadas, la que más expresamente creo que marcó en Edwin fue: “yo he perdido buenos trabajos por no hablar quechua, tu hijo no va a tener ese problema”. Recuerdo muy bien cómo Edwin, al escuchar esto, se sintió avergonzado ante mí por haberse opuesto tanto y haberme dificultado tanto las cosas. Cuando le traté de ver a los ojos, él me evadió.

Desde esa experiencia con el doctor, sobre todo, Edwin no volvió a negarse ni obstaculizar mi transmisión del quechua a Ricardo, al contrario, fue cambiando de actitud radicalmente, tanto que, al cabo de unas semanas, en un evento social, una pareja con la que compartíamos la mesa se maravilló tanto con el uso del quechua de Ricardo que no se cansaba de preguntarnos cómo, desde cuándo, por qué, entre otras. Cuando me di cuenta, yo había sido reemplazada por Edwin en dar las respuestas. Él se había puesto a explicar y describir los detalles de cómo hacer para que los niños puedan hacerse bilingües. Y les preguntaba si alguno de los esposos hablaba quechua o aimara, que esa persona debía hablarles exclusivamente en esa lengua mientras que el otro en castellano, que así lo habíamos hecho “nosotros”, etc.

Cuando me percaté de lo que estaba sucediendo en ese momento, sentí que había triunfado plenamente sobre las dudas y temores que atormentaban a Edwin cuando trataba de impedir que el quechua viviera en nuestro hogar. Puesto que, si él compartía con otros nuestra experiencia de una forma tan convencida, era porque él ya estaba convencido de que es positivo hacer que nuestros hijos sean bilingües en quechua y castellano, en lugar de ser monolingües en castellano. Sabía que, finalmente, él había podido ver las ventajas por encima de las engañosas desventajas que no lo dejaban distinguir con precisión de que siempre es mejor dos que uno. Así que, ese día fue para mí grandioso porque entendí que ya se habrían acabado las adversidades en mi hogar y que nos tocaba disfrutar de los beneficios de haber bilingüizado a Ricardo.

Edwin y su disfrute de la bilingüización de Ricardo

Edwin, quien tanto temía que sus amigos en la cancha de fútbol se burlaran porque Ricardo hablase en quechua o como él decía “no va

a hablar ni uno ni lo otro”, en una ocasión llegó y me comentó que nuestro hijo había tomado seis helados; yo sorprendida por la aparente irresponsabilidad de su parte, le reproché por propiciar ese consumo excesivo. Entonces, me explicó que no había sido él quien le había comprado todos esos helados sino uno de sus amigos; y que lo había hecho solo por hacerle hablar en quechua a Ricardo.

Recuerdo que realmente disfrutaba cuando me contaba que sus amigos, quienes ya se habían enterado que Ricardo hablaba quechua, se acercaban a hablarle y ofrecerle cosas con la intención de escucharle hablar; y que hacían intentos por usar también el quechua, burlándose entre ellos, pues Ricardo hablaba mejor que muchos de ellos.

En los eventos sociales a los que asistíamos, que por cierto fueron principalmente a los del entorno de Edwin, Ricardo no pasaba desapercibido para nadie que lo escuchara, puesto que las conversaciones terminaban siendo sobre su bilingüización y los procesos que había seguido y cómo ellos no habrían podido hacer eso; porque no lo habían pensado o porque no habían puesto atención para aprender antes el quechua. Pero estas conversaciones no eran provocadas por mí o por Edwin sino por los mismos amigos, y amigas o por los padres de ellos que veían con mucho agrado y aprobación que hubiésemos logrado hacer que Ricardo fuese bilingüe, pues la sociedad, la educación y el trabajo así lo demandaban.

En una ocasión, Edwin explicaba el proceso de bilingüización de Ricardo, y para evidenciar los resultados del proceso, me pidió que le hiciese hablar porque Ricardo tenía miedo o vergüenza de hablar con personas extrañas. Era muy evidente el orgullo que sentía Edwin al ver que su hijo era el centro de atención de sus entornos; se llenaba la boca hablando de él y las ventajas que tenía y tendría, seguramente ya había olvidado los malos momentos que me hizo pasar cuando apenas iniciábamos el proceso.

Nos hicimos famosos por hablar quechua

De la misma forma que Edwin hablaba de Ricardo a sus amigos, también mis cuñadas hablaban de él a sus amigas y colegas de trabajo. Pero, resultaba que como no era “normal” que un niño de nuestro entorno urbano y sobre todo con padres con experiencia académica

mica a nivel profesional hablase quechua, no les creían. Para probar sus afirmaciones, mis cuñadas me pedían que hiciera hablar a Ricardo para que ellas pudiesen registrarlo y con ello probar a sus amistades que en verdad tenían un sobrino que hablaba esta lengua a su corta edad.

El hecho que Ricardo hablara quechua sin lugar a dudas fue inquietando la vida de muchas otras personas así lo escucharan en vivo o no, porque al no ser regular y común, su situación no dejaba de llamar su atención. Entonces, si por ejemplo nos escuchaban por ahí o más comúnmente en el trufi, siempre me parecía que se iban con muchas cuestionantes que los intranquilizaba. Y me iba con la impresión de que ellos hablaban a sus familias y amigos de nosotros, porque en ocasiones las personas nos interpelaban para resolver sus dudas respecto a nosotros porque habían escuchado de nosotros, y nos decían: “Usted es la mamá que le habla a sus hijitos en quechua ¿no?” (Una señora en el trufi), “Ya les he escuchado varias veces hablando en quechua y les he estado haciendo un seguimiento” (conductor de trufi) o como recientemente me contaba la prima de Edwin, “Charo, mi amiga te había escuchado hablar con tus hijos en quechua y me dice: ‘oye he visto una señora hablarle bien bonito en quechua a sus hijitos y ellos bien purito hablan’ y yo le he dicho: ‘sí, la conozco, mi cuñada es’” (Prima de mi esposo).

O, en ocasiones, mis propias amigas me comentaban que hablaban de nosotros a sus familiares y amigos, y cómo ellos se alegraban y querían conocernos. Todas estas personas que habían llegado a conocer tanto de nosotros me comprometían cada vez. Ya había tanta gente que sabía de lo que nosotros hacíamos que no podía relajarme y dejar el quechua ni por un momento; ni siquiera para enseñarle el inglés como me lo pedía continuamente mi esposo. Porque no quería interferir de ninguna manera en este proceso que tanto éxito había tenido. Así que trataba de tranquilizar a mi esposo explicándole que fuera paciente, que también nuestro hijo hablaría inglés, pero que recién empezaría este proceso cuando Ricardo consolidara muy bien su quechua y que eso sería como a los cinco años. De esa manera, como ya Edwin había comprobado que logré transmitirle el quechua a Ricardo, como que no tuvo dudas de que también podría hacerlo con el inglés que por cierto le interesaba mucho que nuestro hijo lo aprendiera.



Rosario con Santiago y Ricardo descubriendo la escritura en quechua.

Nosotros no cambiamos de lengua, sino que las personas para hablar con nosotros lo hacen

Cuando salía con Ricardo a realizar cualquier actividad, nosotros seguíamos manteniendo nuestro uso del quechua sin importar que estuviéramos en contextos donde no se escuchara esta lengua, como la Universidad, los bancos, las oficinas, los hospitales y clínicas, mis clases de otras materias donde era docente, que no eran precisamente el quechua, entre otras. Y hacíamos esto sin que el contexto, el tema o las personas influyeran en nuestra elección lingüística. Este uso constante y explícito del quechua, más allá de hacernos famosos, fue determinante para evidenciar que era suficiente que un niño de un contexto también urbano se metiera en sus contextos propios de

trabajo o estudio para hacerles recordar que también ellos tenían un nexo muy fuerte con el quechua, por eso ellos trataban de acercarse a Ricardo para hablarle y hacerle hablar en una lengua que ellos mantenían en la pasividad.

Era y sigue siendo fascinante experimentar cómo las personas van recordando y reconociendo públicamente sus raíces quechuas con sus padres, abuelos, prácticas agrícolas, contextos, entre tantos otros ejemplos, que van sacando a la luz al escuchar hablar a Ricardo; como si el ver a un niño hablar la lengua de su infancia les llenara de valor para empezar a admitir su interrumpida identidad. Ya que, según sus testimonios, ellos hablaban quechua con sus padres y abuelos pero ya con sus hijos no hicieron lo mismo. Por tanto, sus hijos ya no hablaban ni siquiera entendían la lengua de sus abuelos. Empero, ahora ellos veían la importancia de hablar el quechua con los hijos para que pudiesen hablar como Ricardo. Como ellos mismos lo reconocían, el pasar del tiempo y el desuso del quechua les había estado generando el olvido de esta lengua, por lo que afirmaban que debían practicar y hasta detenerse a pensar para hablar el quechua.

Sin lugar a dudas, estas reacciones tan favorables hacia el quechua están en un plano todavía romántico, que quizá fueron producidas por el calor del momento o porque les pareció fuera de lo que se considera “normal”, ver a un niño a tan corta edad hablar el quechua con tanta naturalidad y fluidez; pero, a la vez, novedoso y hermoso, como lo calificaban ellos; que posiblemente quedará ahí sin trascender más allá, porque como lo experimenté personalmente, no resulta nada fácil volver a vivir en quechua.

Creo que esas experiencias de haber visto a Ricardo quedarán en un bonito recuerdo que seguramente lo comentarán por un tiempo para hablar bien del quechua y de lo importante de hablarles a los hijos para que aprendan, pero no traspasará al nivel práctico que sería lo ideal para aportar a la vitalidad del quechua. Empero, no deja de ser positivo que las personas vean con buenos ojos que el quechua es importante y que, por lo menos, se detengan a hablar bien del quechua.

Otros niños también deben beneficiarse con el bilingüismo

Con la idea de generar espacios para que Ricardo pudiera escuchar el quechua de otras personas, pero también tratando de que otros

niños de mi entorno inmediato se beneficiaran con el desarrollo del bilingüismo, convencí a mi madre para que le hablara a mi sobrina, Arlet, exclusivamente en quechua; no sin antes hacerle comprender que los directos responsables de transmitir el quechua a nuestros niños éramos nosotros y nadie más.

Si bien mi sobrino mayor, Ander, hijo de mi hermana menor que vive en la casa de mis padres, no hablaba el quechua sino solo el castellano, ya no podía repetirse la misma historia con Arlet, mi sobrina menor. Como mi madre era la que se quedaba todo el día en la casa con mi sobrina, para mí era ella la que debía encargarse de transmitirle la lengua, viendo las limitaciones de tiempo de mi hermana y sus prioridades laborales; además de la posible resistencia que hubiese puesto mi cuñado, si hubiese sido mi hermana la que hablara con su hija en quechua. Suposición que me permití hacer en función a la experiencia con mi esposo.

En realidad, desde que empecé a hablarle en quechua a Ricardo, jamás dejaba de pensar en qué otras cosas podía hacer para apoyar su pronta y efectiva adquisición del quechua. De manera que, en esos tantos momentos de reflexión, caí en la dura realidad de que habíamos descuidado la transmisión del quechua a Ander, por lo que yo personalmente me sentía más responsable por no haberlo notado y hecho algo para remediarlo hace tiempo; ya que mi familia, creo hasta ese entonces, ni siquiera había imaginado hablarles a mis sobrinos en quechua. Incluso, me atrevo a afirmar que si no hubiera sido madre y empezado a hablarle a mi hijo en quechua, tampoco lo habría notado, quizá también hubiese estado con la idea de que lo “normal” era que con los niños solo se habla en castellano.

Pienso que así les sucedió y les sucede a las mamás y papás que dejaron de transmitir el quechua u otras lenguas indígenas a sus hijos, pues si no hay algo o alguien que les permita hacer pensar que pudo y puede ser diferente con sus hijos, pues se dejan y se dejarán arrastrar por la corriente y no se atreverán a nadar contra ella.

Retomando con la *gestión lingüística* para Arlet, luego de las reflexiones previas con mi madre, ella comprendió la necesidad e importancia que tenía el quechua y de su rol protagónico en la concreción de mantenerlo como un nexo entre nosotros. Así que empezó a hablarle en esta lengua. Empero, como yo ya tenía la experiencia previa de que no resultaba nada fácil reacostumbrarse al uso

exclusivo del quechua en el hogar y sobre todo con los niños, le hacía el seguimiento muy de cerca y con un oído muy agudo. Y le recordaba continuamente, explícita e implícitamente, que no se olvidara de que la lengua común entre ella y Arlet debía ser el quechua. De esa manera, logré que mi madre también usara el quechua exclusivamente con mi sobrina; quien también pronto empezó a comprender el quechua. Sin embargo, ella, a diferencia de Ricardo, no hablaba en quechua sino en castellano.

En ese entonces, creí que mi madre ya había avanzado bastante y que, como Ricardo, ella posteriormente hablaría en quechua, aunque tenía mis dudas; por lo que siempre la apoyaba con motivaciones constantes y ejemplos de estrategias que había usado con Ricardo para que hablase pronto. Sin embargo, al parecer todos los esfuerzos no fueron suficientes porque, a pesar de que Arlet entiende plenamente el quechua, ella responde en castellano, empero yo no desisto ni me resigno hasta lograr que hable. Sigo insistiendo y pensando en otras estrategias efectivas que resulten en su caso porque, de lo contrario yo no estaré tranquila conmigo misma.

Una de las estrategias que uso con Arlet, y que también le pedí que aplicase a mi madre, es que, por ejemplo, si Arlet necesita o quiere algo, ella tiene que hacer el intento de pedirlo en quechua, así como ve que lo hacen mis hijos. Es decir, que ella tiene que sentir la necesidad de usar el quechua; pude verificar que con mi madre, ella no la tiene. Aunque Arlet responda en castellano, mi madre satisface todos sus deseos y necesidades sin que el quechua sea una prioridad para ello. Por tanto, el quechua no es una necesidad en su vivencia, al contrario de mis hijos, con quienes el quechua es sinónimo de cotidianidad conmigo. Esta estrategia funciona, pero para que tenga mayor éxito, es necesario que se la aplique durante todo el día y todos los días hasta que ya no haya necesidad de hacerlo, es decir, hasta que hable en quechua plenamente.

Otro de los niños que también consideré debía beneficiarse con la transmisión del quechua es mi sobrino Rafael. Por dos razones fundamentalmente: la primera, que también debía tener conexión con sus raíces; y la segunda, para que mis hijos tuviesen sus pares cercanos de convivencia en quechua. Para mí fue y sigue siendo prioridad desarrollar las condiciones necesarias para que mis hijos y otros niños quechua hablantes puedan sentirse “normales” por

ser quechuas. De esa manera, generar que otros perciban que el quechua es una lengua totalmente viva y que no hay necesidad de seguir ocultándola o negándola.

Por tanto, a mi otro sobrino, Rafael, tampoco lo perdí de vista en cuanto al desarrollo de su quechua, pues gestioné su bilingüización. Paulatinamente fui, más que convenciendo, recordando a mi hermano que también él debía hablar el quechua con su hijo. De la misma manera, al percibir que mi cuñada estaba totalmente de acuerdo en que los niños hablaran quechua desde pequeños, traté de que ella tuviera una directa participación en la bilingüización de su hijo, a pesar de que ella no hablara el quechua. Lo que hice fue convencerla de que ella debía ser la guardiana para que mi hermano no descuidara ni olvidara hablarle en quechua a su hijo. Es decir, que su rol consistía en ser como la conciencia lingüística de mi hermano para acompañar y asegurar el proceso. Estrategia que resultó efectiva porque mi hermano le había estado hablando en quechua a su hijo, aunque no plenamente, pero él mismo ya está comprendiendo. Hecho que comprobé hace poco y sin querer, cuando mi cuñada, mi sobrino, mis hijos, mi hermano y yo estuvimos a bordo de su auto camino a su casa. Descubrí que él hablaba en quechua con su hijo y éste le entendía. Vivir ese momento para mí fue de gran sorpresa y alegría. Así que quise saber más al respecto y emocionada les pregunté cómo lo habían hecho y desde cuándo habían empezado. Él me respondió que le hablaba en quechua, aunque no siempre, pero que sí lo hacía; acotando a la respuesta, mi cuñada comentó que con frecuencia ella le recordaba que lo hiciera. Entonces, les comenté que me habían sorprendido y que no descuidaran el proceso para que el mismo tuviera mayor éxito.

Actualmente, mi sobrino, Rafael, tiene dos años y siete meses. Él aún no habla el castellano y entiende bastante del quechua. Lo afirmo porque yo le hablo en quechua siempre y aunque aún no me responde de manera oral, sus acciones indican que sí comprende los mensajes. En ocasiones aplico estrategias metodológicas para generar necesidad de uso del quechua en él y funcionan. Sé que no tardará mucho en hablar porque evidencí que mi hermano no se conforma solo con que responda físicamente sino que le exige que hable en quechua.

Otro aspecto a favor es que, actualmente, Rafael está cotidianamente con mi madre, quien a exigencia mía, a todos los niños que

se quedan en la casa les habla en quechua. Empero, a pesar de estos progresos comunicativos en quechua, sé que no puedo bajar la guardia para lograr que haya más y más niños bilingües en quechua y castellano.

Otras mamás que también emprenden el desafío de transmisión intergeneracional

Ya son seis años desde que inicié mi tarea de hacer que mis hijos hablaran el quechua, y desde entonces hay una serie de lugares y contextos en los que nos hicimos realmente “famosos” por vivir exclusivamente en quechua. Al parecer, rompimos el esquema preestablecido para niños y mamás en y para los contextos urbanos. Tanto que, si bien muchas personas se resistían a satisfacer sus curiosidades de por qué nosotros hablábamos en quechua en esos contextos tan dominados por el uso del castellano, otras personas al enterarse y conocernos en persona, más allá de interpelarnos con sus miradas y cuestionantes, como comúnmente lo hacían, habían empezado a replicar esta experiencia en el interior de sus hogares, con sus propios hijos.

Esta es la experiencia de algunas mamás, que con éxito van logrando que sus hijas e hijos también puedan disfrutar del derecho lingüístico y cultural de estar conectados con sus familiares, así como con sus semejantes quechuas.

Considero que si nuestros hijos no hablan quechua es porque nosotros no lo quisimos, sea deliberadamente o no, el asunto es que nosotras y nosotros somos los directos responsables de transmitir nuestras lenguas, porque son justamente eso, nuestras, por tanto, nosotras y nosotros debemos heredarlas a nuestros hijos. Si bien las condiciones para su concreción todavía no son las más adecuadas por la marcada subordinación del de nuestras lenguas respecto al castellano, también debemos considerar que por lo menos en un nivel legal y simbólico se ha avanzado bastante para que nuestras lenguas puedan ser desarrolladas. Más bien, el hecho de sacarlas de su escondite generaría las condiciones más óptimas para que otros al escuchar y presenciar su uso pudiesen también animarse y luchar con nosotros por la vitalidad de nuestras lenguas.

Es así como veo que sucedió con Ruth Catalán, por ejemplo, una de mis colegas docentes de la Universidad Mayor de San Simón,

quien cuenta que se enteró de una mamá, docente, en la universidad que hablaba en quechua con sus hijitos, y que posteriormente nos vio y verificó que tal afirmación había sido verdadera. Esa experiencia de vernos, cuenta ella, le hizo reflexionar que ella también debía y podría hacer lo mismo, a pesar de que el quechua no fuese su primera sino su segunda lengua.

Hace algunos meses, según me comentó Ruth, quien hizo la maestría en Educación Intercultural y Bilingüe en el PROEIB Andes, como docente en sus clases consideraba que el espacio más rico para transmitir la lengua era la familia y que eso era lo que les decía a sus estudiantes. Empero, ella hasta que nos vio hablar en quechua, no había practicado ese su discurso en lo más íntimo de su hogar, con su hija. Y desde ese entonces, ella se propuso hacerlo. Y lo logró, porque no solamente quiso hacerlo sino que además acompañó ese su querer con acciones concretas cotidianamente, que se resumen básicamente en hablarle y hablarle solo en quechua.

Hoy, su hija, Carla Andrea, habla muy bien el quechua, con la dulzura y naturalidad como solo lo hace una nativa hablante. Carla Andrea, a pesar de no tener una madre hablante nativa del quechua, gracias a la decisión y compromiso de ésta, hoy por medio de la lengua puede volver a sus raíces quechuas, como lo son sus abuelos.

Al igual que Ruth, otra amiga mía, Edna Otondo Pari, tampoco había tomado conciencia de transmitir el quechua a sus seis hijos, a pesar de que ella fuese quechua y enseñase quechua como fuente de sobrevivencia. Así me lo comentó:

Ñ.:¿Qhichwata wawakunaykiman yachachichkankichu? ‘¿Estás enseñando el quechua a tus hijos?’

E.:Ñuqa suqta wawayuq kani. Ñawpata mana yuyasqanichu qhichwapi yachachinaytaqa. Mana yachachiqchu kani. Jinapis qhichwa yachachiq kani. Tata mamayqa, jatun tataykunaqa qhichwa kanku. Jinapis ñuqaqa wawakunaypi qhichwa chinkanayasqanta qhawachkarqani. Jinapi qhipakuq kani. T’ukuspalla ¿i? ‘Yo tengo seis hijos. Antes no me había dado cuenta el enseñarles quechua. No solía enseñarles quechua. Aunque soy maestra de quechua. Mi papá y mi mamá y mis abuelos fueron quechuas. A pesar de ello, no me estaba dando cuenta que el quechua se está perdiendo en mis hijos. Así me quedaba, solo pensando detenidamente ¿no?’

Empero, luego de una experiencia de reflexión sobre la vitalidad del quechua, a partir de mi experiencia de transmisión intergeneracional de nuestra lengua a mi hijo Ricardo, ella comenzó a replicar este proceso con una hija.

Chantá Rosario rikususpa. Qam tesisniykita ñawispa sumaqta t'ukuykuni. Imaptintaq ñuqa wawasniyman qhichwata (mana) yachachichkanichu ñispa suqtataq kanku, ñispa t'ukuykuni. Ñuqaqa tukuyta waynakunata, sipasykunata, yachaywasi Universidad Pedagógica ñisqapi yachachichkani, mana qhichwa chinkapunanaq. Jinata wawasniykichikman parlaychik, yachachiychik ñispa ñuqa kachkani. 'Ama qhichwa qunqaychikchu, p'inqakuychikchu' ñispa ñuqa kachkani. Chantá ñuqataq ni imatapis ruwachkasqanichu. Chantá qamta rikususpa. Wawitaykita yachachichkasqankitaq. Chanta ñuqa t'ukuykuni. Ñuqapis qhichwata juk wawallaywanraq qallarista kachkani. Pay Adrianita sutin. Pay jisq'un watitayuqllaraq. (E, Sucre, Edna Otondo Pari, 05-06-14)

'Y viéndote a tí Rosario, leyendo tu tesis reflexioné mucho. ¿Por qué yo a mis hijos no les había estado enseñando y siendo seis ellos?, diciendo pensé mucho. Yo a todos, muchachos y señoritas en la Universidad Pedagógica les enseñaba quechua para que no se perdiese. De esa manera, "a sus hijos hablesles, enséñenles" diciendo yo había estado. "No se avergüencen, no se olviden del quechua" diciendo yo había estado. Y yo nada había estado haciendo. Y viéndote a ti. A tu hijito le habías estado enseñando. Y luego yo me puse a pensar detenidamente. Ahora estoy empezando a enseñarle a una de mis hijitas. Ella se llama Adrianita. Ella recién tiene nueve añitos'.

En función a estas dos experiencias concretas de Ruth y Edna, pude llegar a entender que la transmisión de nuestras lenguas se *desnaturalizó*, porque estas mamás habían perdido de vista que debían hacer lo mismo que nuestras madres quechuas hicieron con nosotras y nosotros, heredar la lengua. Es como si se hubiese generado una división en cómo se ve al quechua; porque parece que se lo ve como si sirviese para el trabajo pero no para la casa.

Empero, luego de un refrescamiento o sacudón que al parecer les provocó una experiencia concreta de transmisión intergeneracional del quechua, estas mamás se fueron convenciendo de que ellas también podrían y debían replicarla con sus propias hijas. Y así lo hicieron. Primero, decidieron transmitir su lengua a sus hijas:

“Todo el tiempo le hablo en quechua, desde que ha empezado a hablar. Le hablo en quechua en todo lado”. (Cochabamba, Ruth Catalán, 05-06-14); “Payman qhichwata yachachichkani tukuy niqpi qhichwata rimachkani. Qam jinasqanki, ajinallataq ruwachkani ñañay” ‘A ella le estoy enseñando el quechua, en todo lado le estoy hablando el quechua. Como tú habías hecho, así también estoy haciendo, hermanita’ (Cochabamba, Edna Otondo, 05-06-13).

Elas planificaron cómo lo harían y continuaron su labor de hablarles a sus hijas, proceso en el cual tuvieron similares experiencias a las mías; obstáculos, frustraciones, aprendizajes, y logros. Pero lo más importante de estos procesos es que hoy dos niñas más hablan quechua. Dos niñas más que podrán ser la compañía lingüística de mis hijos, que por cierto les hace mucha falta, porque al ser unos de los pocos niños que hablan quechua en contextos urbanos, no tienen casi otros niños como ellos quechuas con los cuales conversar, niños que los hagan sentirse “normales”.

Epifania, con sus dos hijas, es otra de las mamás que inició con el proceso de transmisión de la lengua quechua. Ella cuenta que similar a la situación de Edna y Ruth, también perdió de vista que debía transmitir el quechua a sus hijas. Así lo reconoce ella misma:

R.:¿Imarayku qallariqanki?

E.:Astawanpis ñuqa chaypi mana t’ukurisqanichu: wawasniy qhichwata parlanankutaqa i. Ari ñuqapi: ñuqa yachachinay tiyan, ñuqa parlanay tiyan. Ñuqa kallpachanay tiyan qhichwata i. Chaypiraq t’ukurisqani, manataq wasiypiq. Suncuy aysakun chayman kay PROEIB Andesman jamusqaymanta. Chaypi ñawirinichik qhawarinchik. Chantapis juk masiy kapuwarqa Marisela. Pay tapuwan “wawasniyki qhichwata parlankuchu” ñispa ñiwan. Mana ñispa ñini. Chanta pay “Cómo no van a saber quechua tus hijas. De mí, por ejemplo, mi hija sabe mi lengua. Yo pienso que los papás tenemos que polinizar la lengua” ñispa ñiwaq. Waaay chaymanta t’ukurini. Chaymanta yapakamun lecturas. Apayku revitalización lingüística. Chantapis astawan chay revitalización lingüística ñisqataqa yachay wasillapi t’ukurinichik. Chay ñuqapaq juk laq’asu jina karqa. Jinapitaq qampis chayman chamullarqankitaq experienciaykita rikuni. Wawaykita riqsini. Chayman Marciatapis rikullanitaq. Ednawan tinkullarqanitaq paypis ñillawarqataq. Chaymanta qhawarikusqaymanta mana allintachu ruwachkarqani. Mana saqichkarqanichu rimayniyta wawasniyman. Ima nachkanitaq. Me parece ñuqa wak

kunallapaq munachkani qhichwata wawasniypataq mana ajinatachu t'ukurichkasqani. Entonces mana allinchu mana kusachu. Chay sunquchakuspa qallarini wawasniywanqa. Jatuchisña pero mana tardechu. Jinapis qallarisqa ñispa ñini. (Epifania Guaraguara, Cochabamba, 05-06-14)

'R.: ¿Por qué empezaste?

E.: Más que todo yo no había pensado en eso. En que mis hijas hablen quechua ¿no? Sí en mí: yo tengo que enseñar, yo tengo que hablar, yo tengo que reforzar el quechua ¿no es verdad? En eso todavía había pensado y no en mi casa. Me motivé sobre todo desde que vine aquí al PROEIB Andes. Ahí leemos y pensamos. También tenía una compañera, Marisela. Ella me preguntó: “¿Tus hijas hablan quechua?”, diciendo. “No” le contesté. Entonces ella: “Cómo no van a saber quechua tus hijas. De mí por ejemplo mi hija sabe mi lengua. Yo pienso que los papás tenemos que polinizar la lengua”, diciendo me ha dicho. Waw! Entonces yo pensé. Ahí se añadieron lecturas. Llevamos revitalización lingüística. Más que todo llevamos revitalización lingüística en la escuela nomás. Eso para mí fue como un sopapo. Y así vos también llegaste. Vi tu experiencia. Conocí a tu hijo. De ahí también vi a Marcia. Me encontré con Edna. Ella también me dijo. Entonces, me di cuenta que no estaba haciendo bien. Me parece que yo solo para otros estoy queriendo el quechua y no así para mis hijas diciendo me puse a pensar. Con esa motivación empecé con mis hijas. Ya son grandes pero no es tarde. Aunque así voy a empezar dije’.

Como en el caso de Ruth y Edna, Epifania Guaraguara también se dedicaba y se dedica a la enseñanza del quechua como fuente de trabajo, tratando de convencer a sus estudiantes que debían hablar quechua. Empero, ella tampoco consideró que el quechua podría y debía ser también para sus hijas, a pesar de que esta fuera la lengua de sus padres y de sus abuelos. Sin embargo, esta situación está siendo en cierta forma modificada, a partir de reflexiones generadas por experiencias concretas y apoyadas por estudios relacionados con la vitalidad de nuestras lenguas en espacios académicos de reflexión.

Hoy Epifania también está en proceso de generar acciones diversas para que sus hijas puedan hablar quechua. Aunque ella todavía no logró hablar cotidianamente en quechua a sus hijas, no cabe duda que hay esfuerzos por su parte para tratar de remediar un trabajo que a estas alturas ya debió haber sido realizado. Si bien ella empezó tardíamente, lo verdaderamente importante es que inició y

no está parando, porque las experiencias vividas previas son fortalezas que le permiten continuar el proceso. Puesto que también hay toda una sociedad, aunque, pequeña, enterada del proceso. La misma también se encargará de recordar a la madre cómo marcha ese proceso iniciado, una especie de control social que tiene y tendrá un rol importante en ayudar a devolver a las hijas la lengua que se les “debe”.

Ven y muéstrales que es posible transmitir una lengua indígena...

Cuando Ricardo tenía como dos añitos, ya mucha gente estaba enterada de que él hablaba quechua. Entre esa gente estaba Inge Sichra, docente de la Maestría en EIB del PROEIB Andes, quien también fue mi docente cuando pasé por la maestría durante los años 2009-2011. Un día me llamó a la casa y me sorprendió con su solicitud para que preparase una charla sobre la transmisión del quechua a mi hijo. Y fue durante esa conversación en la que ella me dijo: “Ven y muéstrales que es posible transmitir una lengua indígena como lengua materna en contextos urbanos, porque ellos me están diciendo que no se puede y tú eres un ejemplo de que ellos están equivocados”.

Entonces, elaboré un material donde plasmé mi experiencia con las motivaciones, frustraciones, estrategias, logros y aprendizajes de transmisión intergeneracional del quechua. Y me fui dando cuenta que en verdad había hecho política lingüística por y para el quechua y que para ello había planificado y replanificado una y otra vez durante el proceso, porque no había un camino recorrido que pudiese seguir sin ningún esfuerzo. Al contrario, había que construir un nuevo camino visible y sólido porque había necesidad de que otros pudiesen verlo y sentirlo para que pudiesen seguirlo.

Cuando Inge me invitó a dar la charla para los maestrantes de la 7ma versión de la maestría en EIB del PROEIB Andes, supe que podríamos convencer a otras personas a unirse a nuestra causa, bilingüizar a nuestros hijos y mostrarnos y mostrar a nuestros hijos en lugar de camuflarnos lingüísticamente. Por eso traté de sistematizar mis experiencias de la mejor manera posible, tratando de registrar ejemplos de ese proceso para enriquecerlo. En ese intento, fui registrando el habla de Ricardo de manera digital, en ocasiones de manera escrita.

Esta sistematización se convirtió en material para seguir socializando esta experiencia, porque luego de la charla en la maestría tuve que asistir a muchos otros eventos cada vez con mayor concurrencia.

Por tanto, mi experiencia de transmisión intergeneracional del quechua se fue visibilizando cada vez más, porque en verdad fuimos convenciendo y ganando a otras mamás y papás quechuas y de otras lenguas para que optasen por otra opción posible de vivir según nuestra lengua y cultura propia, dejando atrás el pasar desapercibidos y confundidos, debilitando así nuestra lengua y cultura y por ende nuestra identidad. Papás y mamás que actualmente desarrollan procesos de transmisión intergeneracional de nuestras lenguas, que sin lugar a dudas sacude a la población en general sobre la diversidad lingüística y cultural en nuestro contexto.

Parece que sí necesitábamos que alguien nos mostrase una nueva opción lingüística para verdaderamente convencernos de que nosotros somos los únicos responsables de *cuidar nuestras lenguas y culturas* y que no es tarea de la escuela o de otras personas o instituciones ni mucho menos de milagros o súper héroes que vendrán a hacer nuestra tarea.

Dos hermanitos quechuas son más fuertes que uno

Cuando solo existía Ricardo, la gente que lo iba conociendo lo observaba y evidenciaba demasiado, avergonzándolo con ello. Era muy evidente, en su sorpresa y curiosidad, de ver a un niño quechua en un contexto urbano. En muchas ocasiones, las miradas, comentarios y acercamientos de estas personas generaron que Ricardo optara por guardar silencio como estrategia de autodefensa frente a esas acciones de la población. Mis esfuerzos continuos por modificar estas situaciones no lograban frenar su mecanismo de autodefensa. Yo trataba de que se sintiese lo más natural y normal posible, reflexionando sobre los beneficios de que fuera bilingüe en quechua y castellano. Buscaba conversaciones con otra gente quechua para que él se pudiese sentir “normal”. Sin lugar a dudas, Ricardo sabía que no era un niño común y corriente.

Empero, esta debilidad que sentía Ricardo al verse sólo frente a toda una población infantil monocultural castellano hablante, principalmente, fue cambiando con la llegada de Santiago, su

hermano menor. Porque Ricardo fue viviendo paulatinamente el nacimiento de otro quechua hablante; quien se fue convirtiendo en su compañía y aliado lingüístico.

La bilingüización de Santiago fue mucho más sencilla y menos dolorosa que la de Ricardo, porque él ya sólo recorrió el camino que su hermano y yo habíamos construido. Él no sufrió ni sintió las miradas tan evidentes de la población porque, además, él era mucho más espontáneo y popular que Ricardo. Quizá porque Santiago había vivido el quechua desde el nacimiento en el hogar y de dos personas muy cercanas a él, como Ricardo y yo, pero sobretodo de Ricardo, quien era su referente inmediato por ser su hermano mayor. Por tanto, Santiago se hizo lingüísticamente más fuerte, en el sentido de que era casi inmune a las miradas y sorpresas de las personas. Es decir, que no las percibía como acusadoras o evidenciadoras, para él no tenía casi ninguna importancia que nos mirasen o hablasen más de la cuenta.

Frente a esta fortaleza lingüística de Santiago, yo fui sintiendo mayor tranquilidad y confianza en el proceso de transmisión del quechua, porque fui percibiendo que Ricardo había dejado atrás esa su vergüenza y silenciamiento de nuestro quechua. Como la lengua en común que teníamos y tenemos es sólo el quechua, él tampoco optó por recurrir a su otra lengua, el castellano.

La espontaneidad lingüística de Santiago le permitió responder naturalmente a las curiosidades y solicitudes de gente que demandaba escucharlo, en contraposición al silencio optado por Ricardo. Entonces, de pronto el protagonismo lingüístico quechua hasta entonces exclusivo de Ricardo fue rápidamente remplazado por Santiago, quien además de su espontaneidad y naturalidad, su reducida edad y dulzura, y su delgada y tierna voz, conquistaba y opacaba el quechua oculto de Ricardo. Esto alertó a Ricardo porque no le gustó que su hermano menor lo pusiese en un segundo plano.

Entonces, Ricardo fue tomando valor y soltando su quechua, olvidando de esta manera su vergüenza y su estrategia de silenciar nuestro quechua. Rápidamente, se fue dejando escuchar por la gente que se aceraba a nosotros para conversarnos con la principal intención de deleitarse con su quechua. De esta manera, Ricardo trató de recuperar su protagonismo lingüístico quechua “arrebataado” por su hermano. Pero lo más importante del aparente arrebataamiento

que sufría Ricardo, fue que le permitió romper con ese temor de que las personas lo escucharan.

Estos sucesos me permiten llegar a la conclusión de que dos hermanitos quechuas son más fuertes que uno, como tres o cuatro o cinco o diez son más fuertes que dos. Con esto quiero animar a otras mamás y papás a que les hablen en sus lenguas a sus hijos en sus propias lenguas para luchar por el desarrollo y fortalecimiento de identidad de nuestros hijos y así dejar de seguir perdiéndolos.

Hablar en nuestra propia lengua nos devuelve el pensamiento en ella

El luchar contra la costumbre de usar y vivir solo en castellano me fue obligando a volver a pensar en quechua. Prácticamente yo casi había dejado de pensar en quechua; porque cuando intentaba hablar a mi hijo exclusivamente en quechua, sentía una carencia de términos y formas de expresarme. Tuve grandes tentaciones de recurrir a préstamos del castellano. Sin embargo, no me sentía muy leal con mi lengua y no sentía que aportase de gran manera a ella al tratar de optar por la salida más corta y cómoda como lo sentí con los préstamos. Entonces, fui haciendo el esfuerzo paulatino de tratar de recordar y pensar la forma más quechua de decir las palabras y expresiones que me salían en castellano.

De esa forma, fui corrigiendo mi uso del quechua con mis hijos. Es decir, antes de prestarme del castellano, me detenía a pensar cómo lo diría en quechua y desde el quechua, tratando siempre de cuidar el tipo de quechua que transmitía; para que no fuese un quechua artificial o disfuncional. Así, por ejemplo, en lugar de usar palabras castellanas inmersas en el quechua que remplazaron a otras que todavía la gente recuerda y entiende aunque ya no las usé como: *tomay*, *pasaykamuy*, hermano, hermana, entre otras, usaba y uso: *upyay*, *pasaykamuy*, *wawqi*, *ñaña* ‘tomar’, ‘entrar’, ‘hermano del hermano’, ‘hermana de la hermana’, respectivamente; o, en el caso de que no existieran términos quechuas propios para artefactos o expresiones, me detenía a pensar para decirlo lo más adecuado al quechua, o en ocasiones les preguntaba a ellos mismos para que pudiésemos crear juntos lo más cultural y lingüísticamente aceptable. Todo esto con la intención de que Ricardo y Santiago pudiesen

insertarlos o reinsertarlos en la sociedad, y de esta manera aportar al desarrollo de nuestra lengua quechua.

En este sentido, fuimos creando términos como: *rimay jallch'ana*, *uyarichina*, *k'utuna*, *k'askachina* ('reportera', 'audífonos', 'tijeras', 'pegamento', respectivamente), entre otros, que los fuimos insertando y consolidando en nuestro habla cotidiana, pero también logramos que otras personas las aceptasen y usasen. Estas experiencias me fueron mostrando que es posible vivir en nuestra lengua exclusivamente sin sentirnos dependientes y esclavos de los préstamos constantes del castellano. Porque entendí que aun cuando uno no tuviese los términos, debe hacer el esfuerzo de trabajar para tenerlos de manera propia.

Lecciones aprendidas

En estos seis años de haber hablado en quechua a mis hijos, aprendí que si uno realmente cree en algo y quiere hacerlo, lo hace, pero para ello es también necesario tener una planificación estratégica que nos permita concretar ese nuestro querer. Que en mi caso particular fue transmitir el quechua a mis hijos.

En este largo pero a la vez corto proceso, aprendí que puede haber una serie de obstáculos que nos intenten hacer desistir, pero sin importar cuán fuertes y variados fueren, se pueden superar y lograr nuestro sueño. Para mí, algún día escuchar hablar quechua a mis hijos inició como un sueño pero ahora se convirtió en realidad. Y esa experiencia me permite animar a otras mamás y papás que han intentado o intentan hacer que sus hijos hablen sus lenguas, a animarse a hacerlo con la viva convicción de que lo lograrán si deciden hablarles o por lo menos generar condiciones lingüísticas óptimas para que sus hijas e hijos se expongan de manera continua y cotidiana a sus lenguas. Porque, como ya lo dije, es únicamente nuestra responsabilidad y de nadie más.

Nuevos desafíos

Hoy que tengo dos hijos bilingües en quechua y castellano, quienes viven en un contexto donde todavía los ponen en evidencia, tengo otro gran desafío que es gestionar espacios de recreación donde

ellos puedan interactuar con otros niños quechuas como ellos. Y en ese intento tenemos conversaciones con otras mamás como Ruth Catalán, Edna Otondo y Epifania Guaraguara para reunir a nuestros hijos en nuestras casas mientras cocinamos o comemos o en los parques para que ellos interactúen en quechua. Porque al ser procesos que tienen un mismo fin, transmitir el quechua a nuestros hijos, coincidimos en la misma necesidad de hacer que nuestros hijos vivan lo más “normalmente” posible; para seguir desarrollando su quechua así como su identidad quechua.

Estoy muy esperanzada en que estas interacciones con niñas y niños quechuas permitan a nuestros hijos fortalecerse aún más en su uso del quechua y por ende de su identidad quechua, para que puedan tener mayor seguridad cuando les toque enfrentar a esa sociedad que todavía le cuesta asumir su particularidad como parte de su cotidiano.

El hacer que mis hijos escriban en quechua es también un desafío pendiente que tengo con ellos, pues aunque considero que no es fundamental que escriban en quechua, pienso que deben aprender a hacerlo para que vean que también pueden escribir en nuestra lengua. Empero, ya no estoy tan urgida de iniciar ese proceso porque ya evidencí que Ricardo sí puede escribir en quechua, aunque yo no haya hecho nada para ese logro. Es decir, Ricardo está siendo alfabetizado en castellano, lengua con la que compartimos 17 letras de las 28 que tenemos en quechua, por tanto si sabe escribir en castellano, también lo hará en quechua, porque perfeccionar ese proceso es cuestión de un corto proceso de transferencia de habilidades. Afirmo esto porque vi que mi hijo escribió en quechua durante una clase de quechua que yo desarrollaba con estudiantes del Programa de Licenciatura en Antropología de la Universidad Mayor de San Simón. Hecho que me sorprendió y emocionó tanto que no pude resistir las lágrimas pues fue una experiencia única para mí ver que mi hijo había aprendido algo que yo no le había enseñado. Es por esa razón que decidí consolidar un poco ese proceso en mis ratos libres, y fue cuando entendí que lo más importante y fundamental es que los niños hablen las lenguas que queremos que escriban.

Así que lograr que mis hijos escriban fluidamente en quechua todavía es un desafío que en algún momento deberé concluir pero por ahora seguiré consolidando su habla oral para que ese conocimiento lo puedan plasmar cuando empecemos a escribir.

Otro de los grandes desafíos que tengo es seguir transmitiendo el quechua a mis otros hijos que espero tener en los próximos años, porque mi esposo y yo tenemos planificado tener dos hijos más. Para mí ya es una necesidad tener en brazos a mis otros hijos que tengo pensado tener para volver a vivir la experiencia tan maravillosa que vivo con Ricardo y Santiago.

Entonces, lo que espero es que sigamos construyendo y fortaleciendo juntos nuestra identidad quechua para que otros quechuas que hablan y no hablan se sumen a nosotros para luchar juntos por la vitalidad de nuestras lenguas y culturas.

Sugerencias

La mejor sugerencia que puedo hacer a los lectores de esta experiencia testimonial es que si realmente quieren hacer algo por sus lenguas y culturas, lo primero que deben hacer es hablar su lengua en todo lugar y todo momento, por lo menos con las personas que hablen sus lenguas. Y si no hablan sus lenguas, lo primero pues será aprender sus lenguas como ejemplo para mostrar al resto de la población que esa su lengua tiene valor primero para uno mismo y luego para los otros. Con esto quiero decir que no se trata de reconocer la importancia de nuestras lenguas sino mostrar la importancia de ellas en el cotidiano, en la práctica, solo así podremos empezar a convencer a los demás de que nuestras lenguas deben vivir porque vive en nosotros.

Con esta habla cotidiana que tenga podrá empezar a darse cuenta que sus hijos, sobrinos, nietos, hermanos y muchos otros que viven con usted estarán hablando en su lengua y no habrá la necesidad de que estemos hablando de recuperar o revitalizar nuestras lenguas porque estarán vitales al estar vivas en ustedes y nosotros.

¿Si no lo hago yo, quién lo hará?

Ruth Catalán
Quechua, Cochabamba, Bolivia

¡Debo heredarle el quechua a mi hija! Si no lo hago yo ¿quién lo hará? Así, con esa idea fue que nació el sentimiento de enseñarle el quechua a mi querida hija. Un día, cuando ella tenía aproximadamente diez a once meses, escuché y analicé con atención una de sus primeras palabras: “patitis”, que para ella significaba zapatos; al principio, cuando dijo “mamá”, no me preocupé mucho, pero la palabra “patitis” sí me preocupó, no porque fuera fea, por el contrario, era muy bonita, pero sentí que representaba el inicio del castellano. De hecho, no era una palabra netamente castellana, pero representaba a la palabra castellana “zapatos”. Fue entonces que sentí que si no hacía algo en ese momento, mi hija solo aprendería el castellano, y que quizás nunca aprendería el quechua. Ese fue el momento oportuno para empezar a hablarle en quechua a mi hija, cuando estaba aprendiendo a hablar.

¿Cómo hacerlo? Era la pregunta que me atormentaba. Ya no estaban mis abuelitas de quienes yo había aprendido el quechua, ellas, tanto mi abuela paterna como la materna, aunque sin intención y aunque nunca lo hayan sabido, fueron las que, en su momento, sembraron en mí la necesidad y la intención de aprender el quechua. Fueron ellas, que siendo monolingües quechuas, me heredaron una parte importante de su cultura: la lengua quechua.

Tampoco podía encomendarle esa responsabilidad a mi madre, ya que ella estaba muy acostumbrada al castellano, ella no sentía la necesidad ni el compromiso de hablar en quechua con mi hija, entonces comprendí que tenía que hacerlo yo, sentí que era mi responsabilidad. ¡Yo, yo era su madre! ¡Yo sabía el quechua! Por lo tanto, yo era quién debía enseñarle.

Así, con esas ideas, fue que comenzó esta interminable travesía con mi querida hija Carla Andrea. Actualmente ella tiene tres

años y medio, y hoy, con mucha alegría, puedo asegurar que es una niña bilingüe, sabe castellano y quechua. Agarradas de la mano estamos juntas aprendiendo y viviendo el quechua con mi hija, un proceso que a veces presenta problemas pero sobre todo, muchas satisfacciones.

A modo de contextualización: Mi proceso de bilingüización

Según recuerdo, yo comencé a hacerme bilingüe recién a mis siete u ocho años, escuchándoles hablar a mis abuelitas, quienes en diversas circunstancias me daban órdenes que yo no podía entender pero me esforzaba por hacerlo; pues si no las obedecía, ellas se molestaban conmigo o simplemente se ponían indiferentes. Cuando yo le hablaba en castellano a mi abuelita materna, ella no se complicaba mucho, debido a que en cierta medida me entendía, para ella bastaba con que nos entendiésemos aunque hablásemos lenguas diferentes.

Por el contrario, mi abuelita paterna se disgustaba mucho cuando yo le hablaba en castellano, no se explicaba porqué yo no hablaba quechua siendo que mi padre hablaba quechua, por lo mismo éramos mi padre y yo quienes recibíamos sus reproches. Recuerdo que con rabia me decía que era una gringa negra y que mi padre no me había enseñado nada: “¿Yana gringa, imallata yachachisunki tatayki? ¡Mana ni imata yachankichu! ¿Chaychu kankuman kay wawas?” ‘Gringa negra, qué te enseñó tu papá? Nada te ha enseñado. Eso serían estos hijos?’. Esas riñas me asustaban mucho, quería escaparme, pero no debía ni podía hacerlo, porque era la hermana mayor de tres hermanas mujeres, tenía que entenderla y ayudarla en lo que estaba haciendo. Así, en esas circunstancias, me vi forzada a entender y a aprender el quechua, con mucha dificultad comencé a hacerlo.

También recuerdo que mis padres siempre nos habían hablado en castellano. Especialmente a mi padre no le parecía prudente que nos hablaran a nosotras, sus hijas, en quechua, pues decía que nos íbamos a confundir o que no íbamos a poder hablar el castellano. Según recuerdo, su decisión se debía a que de niño había visto cómo sus hermanas mayores, es decir, mis tías, que vestían de pollera y hablaban en quechua, habían sido discriminadas y castigadas por sus profesores de la escuela por el solo hecho de hablar en

quechua y no en castellano, llegando incluso a ser expulsadas de la escuela debido a esas características culturales. Por esa razón, mi padre optó por no hablarnos en quechua a nosotras, sus hijas. Sin embargo, él mantenía una comunicación fluida en quechua con mis tíos, con los vecinos y con sus amigos, me parecía increíble y sorprendente escucharle hablar con tanta fluidez y naturalidad en quechua con ellos.

Por su parte, mi madre también hablaba con fluidez y naturalidad el quechua con los parientes y vecinos, pero con nosotras hablaba solamente en castellano, aunque en algunas ocasiones se le escapaban palabras e incluso oraciones completas en quechua; sobre todo cuando se trataba de darnos órdenes. Obviamente, su intención no era hablarnos o enseñarnos el quechua, aún así influyó para que yo lo aprendiese. Yo la escuchaba al igual que a mi padre, así el quechua se fue internalizando en mi persona; sentía que entendía aunque no me animaba todavía a hablar con la gente. Recién entre las edades de quince y diez y siete años, por la necesidad de comunicarme con algunos vecinos y parientes, me animé a hablar algunas oraciones en quechua, descubriendo que sabía hablar, aunque con dificultad, pero sabía hablar el quechua. Sin embargo, en ese entonces no estaba consciente de que esa habilidad era positiva, por el contrario, parecía negativa, ya que mis compañeras de colegio insultaban a las que hablaban quechua.

Mi paso por el pregrado de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS) en la Carrera de Ciencias de la Educación no fue tan significativo para que yo reconociera mi habilidad bilingüe como positiva. Pese a que cursé la materia de quechua, la cual aprobé sin dificultad, no estaba consciente de que mi bilingüismo era una fortaleza. Recién cuando empecé a trabajar en el Programa de la Licenciatura en Educación Intercultural Bilingüe (EIB) de la misma universidad, me enfrenté por primera vez ante la EIB. Al principio, no sabía de qué se trataba, comprendí de manera general que se trataba de valorar la cultura y la lengua originaria en la educación; parecía interesante, era otra perspectiva, pero ¿por qué hacerlo? Sabía que así debía hacerse, pero ¿por qué? no lo sabía.

Había comprendido que el Estado, a partir de la Ley 1565 lo estaba promoviendo, entonces me decía: “Si el Estado lo promueve, debe ser bueno, así lo dice la Ley”. Obviamente no entendía a

profundidad la magnitud y las implicancias de la EIB, aún así, ese fue el comienzo para asumir mi habilidad bilingüe como una fortaleza. “Yo sé hablar en quechua”, me decía a mí misma, era algo que muchos no sabían y que parecía importante en esa coyuntura. Aún así, no tenía fundamentos sólidos para asumir ese nuevo enfoque educativo en mi práctica profesional, y menos para que ello guiara mi vida.

Mi paso por la Maestría en Educación Intercultural Bilingüe del PROEIB Andes en la UMSS fue decisivo, comencé a conocer y a comprender mi historia, mi cultura, esa historia que jamás la había oído, una cultura de la cual conocía muy poco. Con ello se me hizo consciente y visible mi realidad cultural y mi identidad cultural. Comprendí que mis abuelos y antepasados me habían heredado su cultura y su lengua, una cultura que quizás yo no practicaba en su totalidad, pero que la había visto y ahora la comprendía, ahora sí me sentía quechua, no sólo hablante quechua, sino quechua. Por lo mismo, recuerdo que en los agradecimientos de mi tesis remarqué que el espacio del PROEIB Andes no sólo me brindó elementos para fortalecer y enriquecer mi trabajo académico y profesional, sino también para mi propia vida.

Como se puede advertir, mi proceso de bilingüización fue tardío y la aceptación del mismo como algo “realmente positivo, útil y beneficioso” también fue tardía. Esta situación no me había permitido practicar activamente y perfeccionar mi manejo del quechua, en el cual, por cierto, tenía muchas dificultades. Si bien hablaba, era evidente que no lo hacía como los verdaderos hablantes, es decir, como los nativos, pues hablaba despacio y en ocasiones, frente a mi mamá, por ejemplo, me ponía nerviosa al conjugar algunos verbos y sufijos. Era cuando ella aprovechaba para reprocharme, diciéndome que hablaba como si mi lengua estuviese torcida o amarrada, textualmente decía: “Qalluykita watasanki”. Por mi parte, yo también aprovechaba para encararle diciéndole lo siguiente: “¡Por qué no me has enseñado pues! Si me hubieses enseñado hablaría mejor”. Por todo ello, sabía que el aprendizaje de una segunda lengua, pese al contexto y a los conocimientos previos que se tuviese, podía ser complicado.

Recién cuando tuve la oportunidad de hablar con comunarios monolingües quechuas, como en el caso de la comunidad de Puka Puka, donde hice la investigación para mi tesis, y cuando trabajé por un buen tiempo en las comunidades de Vinto, donde la lengua prio-

ritaria es el quechua, y cuando visité las comunidades de Raqaypama, donde la comunicación es básicamente en quechua, pude realmente practicar y perfeccionar de alguna manera mi quechua.

Por todo lo mencionado, sentí que mi hija podría tener más oportunidades de aprender la lengua quechua si lo hacía desde pequeña; entonces, si estaba en mis manos el brindarle esa oportunidad, por el bien de mi hija, era necesario tomar la decisión de enseñarle el quechua. “¡Mejor si es de chiquita! Si espero a que sea grande, quizás sea demasiado tarde”, me decía a mí misma intentándolo convencerme.

Factores que incrementaron mi motivación

Yo quechua ¿Y qué de mi hija?

Entonces, yo estaba consciente de mi identidad cultural y lingüística como quechua, ya no era solo una hablante más del quechua, sino que era quechua. Aunque yo no hubiera vivido ni practicado esa cultura en su plenitud, y de la cual todavía desconocía muchos aspectos importantes, yo me sentía quechua, me siento quechua; esa es la herencia que me habían dejado mis abuelas y mis antepasados. Yo había recibido una gran herencia, y por ello me correspondía heredarle a mi hija eso que recibí de los míos. Yo había tenido la oportunidad de acercarme al quechua ¿Cómo no brindarle esa oportunidad a mi hija!

Además, todo ese proceso de concientización que yo había vivido no podía quedarse en el vacío, no podía no tener frutos. Era tiempo de sembrar, ahí en esa etapa inicial de su vida, cuando todavía yo como madre podía influir en ella. Si esperaba a que crezca, quizás sería demasiado tarde. Una vez sembrada la semilla, es decir, entregada la herencia ¿Quién podría arrebatársela? Aún si ella en algún momento de su vida renegara de su herencia o renunciara a ella, la oportunidad fue dada, la semilla fue plantada y en su momento florecerá, me decía una y otra vez.

Pregonera de la EIB ¿Y qué de mi familia?

Como profesional, desde que comencé a trabajar, y más aún cuando me especialicé en EIB, me sentí comprometida con la EIB, me

consideraba pregonera de ese enfoque educativo. Sea cual fuera el trabajo en el que me desempeñaba, ya sea como docente, como investigadora, como consultora, como técnica, etc. no desaprovechaba la oportunidad para abordar temáticas relacionadas con la EIB. Sin embargo, nunca me había sentido tan desafiada a relacionar mi discurso con mis hechos como cuando llegué a ser madre. Una y otra vez retumbaba en mi cabeza la idea de que sería incongruente hablar de valorar la lengua y la cultura quechua si en mi familia no ponía en práctica lo que en discurso proponía. Pensaba que, al formar parte de un grupo de personas que apostábamos por la EIB, estaba en la responsabilidad de mostrar en mi vida aquello que tanto defendía.

Sentí que por primera vez se me presentaba la oportunidad real de poner en práctica aquello en lo que creía. Gran parte de mi vida había trabajado con profesores a quienes solo les veía un día a la semana y, por lo mismo, no podía hacerles seguimiento en sus trabajos para verificar si lo que habíamos reflexionado y propuesto se ponía en práctica o no; pero eso no sucedía con mi hija, a ella la tenía todos los días y a tiempo completo, ella estaba ahí, pendiente de mí, esperando lo que yo le pudiera brindar. Entonces, ¡era tiempo de actuar!

Si otros lo lograron ¿Por qué yo no?

Mi cercanía a la EIB me había permitido ver y oír casos sorprendentes en los cuales los padres habían enseñado a sus hijos sus lenguas maternas, pese a encontrarse en contextos adversos. Así, por ejemplo, fui testigo de cómo mi “jefe” Pascal Montoyssi, así lo llamo con cariño, les hablaba a sus hijos en francés, pese a que en el contexto boliviano el francés no es practicado. Asimismo, me enteré que mi profesora del PROEIB Andes, Inge Sichra, había enseñado a sus hijos su lengua. Y justo cuando estaba embarazada escuché el caso de Rosario Saavedra, antes mi colega de trabajo ahora mi amiga, quien decían que hablaba en quechua con sus dos hijitos.

También el caso de mi amiga Rocío Zubieta me impresionaba mucho, porque siendo ella de La Paz, aprendió el quechua de pequeña y jamás lo olvidó. Según ella, entre las edades de dos y cinco años aproximadamente, vivió con su abuelita en Cochabamba, quien le hablaba exclusivamente en quechua. Ya posteriormente, cuando se fue a vivir a La Paz, no tuvo la oportunidad de practicarlo, pero

afirma que ese tiempo que pasó con su abuelita permitió que el quechua se quedase grabado en su vida, ya que cuando volvió a Cochabamba a estudiar a la universidad, el quechua también retornó a su vida. Fueron todas estas experiencias las que me animaron a tomar la gran decisión de hablarle en quechua a mi hija. “Si ellos pudieron ¿Por qué yo no?”, con esas ideas me desafiaba yo misma.

Una determinación decisiva y desafiante: Vivir en quechua y hablar en todo tiempo y lugar en quechua con mi hija

Con el objetivo de que mi hija hablase en quechua, tomé la determinación de hablarle en todo tiempo y lugar en quechua a mi hija, y más que eso, se trataba de vivir en quechua con mi hija. Al principio, fue un gran desafío, sobre todo para mí, pues yo estaba acostumbrada a hablar en castellano, toda mi vida había hablado en castellano, para decir cosas lindas y para enojarme, todo lo había hecho en castellano. Si bien sabía hablar el quechua, sentía que solo lo había utilizado para comunicarme con quienes hablaban quechua, pero que no había vivido el quechua en su plenitud, jamás había querido en quechua, no me había enojado en quechua, no me había enamorado en quechua, no me había puesto nerviosa en quechua. ¿Cómo hacer eso con mi hija? ¿Acaso sería posible quererla y decirle palabras bonitas en quechua? ¿Sería posible llamarle la atención o reñirle en quechua?

Consciente de que me enfrentaba a algo que parecía difícil, empecé a experimentar, cambié mi normal desenvolvimiento en castellano por el desenvolvimiento en quechua, especialmente con mi hija. Desde que se despertaba hasta que se dormía le hablaba en quechua, le daba su comidita en quechua, su besito en quechua, le decía que la quería en quechua, le cambiaba su ropa en quechua, la bañaba en quechua, jugaba con ella en quechua, íbamos a pasear y a caminar hablando en quechua, íbamos al parque hablando en quechua, e incluso aprendí a enojarme y a reñirla en quechua. Fue algo que tuve que aprender.

Al principio, no fue fácil, fue un proceso que requirió mucho esfuerzo, pues tuve momentos en los que mi costumbre de hablar en castellano me quiso vencer. Estuve a punto de sucumbir ante la tentación de hablar en castellano, pero rápidamente pasaba al quechua.

Conscientemente me forzaba a hablar en quechua, hasta que, después de un buen tiempo, al fin eso que parecía una carga pesada y difícil de llevar se convirtió en una alivianada costumbre; ya podía hablar en quechua con mi hija sin mucho esfuerzo, casi de manera natural.

¡Al fin mi hija aprendió a hablar en quechua! Pasito a pasito lo logramos

Cuando sentí que me entendía, comprendí que mi esfuerzo no era en vano

Al poco tiempo de empezar a hablar en quechua con mi hija, sentí que me entendía, le decía “maki” ‘mano’ y ella me alcanzaba la mano, le decía: “¡Jaku, risun!” ‘vamos’ y su mirada ya estaba en la puerta, le decía “Qhaway wawáy” ‘mira hijita’ y ella miraba con emoción. Después, cuando le preguntaba: “¿Maypitaq ñawi?” ‘dónde está el ojo?’ Ella señalaba sus ojitos. Le decía: “¿May sinqa?” ‘dónde está la nariz’ y ella señalaba su nariz, le preguntaba: “¿May simi?” ‘dónde está la boca’ y ella señalaba su boca. Así fui preguntándole en relación a todas las partes de su cuerpo y ella las conocía. Ahí me di cuenta que ella ya comprendía, ella todavía no hablaba claramente pero me entendía. ¡Era increíble, pero cierto!

Cuando la escuché, sus primeras palabras me llenaron de fuerza para continuar

El “avión” fue algo que impactó y marcó la vida de mi hija. Vivimos justamente en una de las rutas de los aviones. Ella veía pasar cada día a los aviones haciendo ruidos fuertes, ella miraba emocionada y gritando me decía: “¡Mamá, avión i? ¿Avión i? ¿Avión i?” ‘mamá, es el avión ¿no?’. Así gritaba mientras los demás la oían y se reían, no por la palabra “avión”, sino por eso de “¿i?” ‘¿no?’. Ese “¿i?” es propio del quechua, en realidad, es una abreviatura de “¿icharí?” que significa “¿No ve? / ¿No es cierto?”. Es más utilizado en los departamentos de Potosí y Sucre, incluso lo utilizan en el castellano. En Cochabamba también se lo utiliza, aunque con menos frecuencia, yo también lo utilizo al terminar algunas frases, sobre todo para manifestar una duda en forma de pregunta. Y mi hija había internalizado ese “¿i?” del quechua, aunque no se

trataba de una palabra completa, era la manifestación clara de que su lenguaje se estaba orientando hacia el quechua.

Junto a ello fueron llegando sus primeras palabras en quechua, esas palabras que a mí me llenaban de fuerza para seguir. Recuerdo que en sus primeros berrinches, cuando no quería comer algo, o cuando en el parque le retiraba del resbalín a la fuerza, ella gritaba diciendo: “¡Mana!”, “¡Mana!”, “¡Mana!” ‘no’. Y yo, antes que pensar en su significado, me ponía muy contenta porque estaba hablando en quechua.

Las primeras palabras que le brotaron espontáneamente estaban relacionadas con nuestras salidas y paseos, pues eran las actividades que más le gustaban. Así rápidamente aprendió a decir: “Mama, jaku” ‘vamos mamá’ “¿Risun parqueman i?” ‘vamos al parque ¿no?’, “Rina parqueman” ‘hay que ir al parque’, “Mama, jamuy” ‘ven mamá’. Recuerdo que yo me esmeraba en complacerla aunque no era necesariamente para satisfacer a su demanda específica, sino sobre todo para demostrarle que la entendía y así animarla a seguir hablándome en quechua.

Recuerdo también que en esta etapa le enseñaba el nombre de las cosas, por ejemplo, le mostraba un árbol y le decía “chay sach’a waway”, le mostraba un perro y le decía “qhaway allquta”, le mostraba un río con agua y le decía: “¡mayu!, chay yaku”. Y posteriormente, para verificar si realmente había captado las palabras, le hacía preguntas para forzarle a hablar, así por ejemplo le preguntaba: ¿Qué es esto? ¿Qué es eso?: “¿Imataq kay?” “¿Imataq chay?”. A lo que ella respondía: “sach’a” ‘árbol’ “allqu” ‘perro’, “mayu” ‘río’, “yaku” ‘agua’. También le mostraba algunas partes de su cuerpo preguntándole “¿Imataq kay?”. A lo que ella decía: “ñawi” ‘ojo’, “siñqa” ‘naríz’, “chukcha” ‘cabello’, “simi” ‘boca’, “kunka” ‘cuello’, “uma” ‘cabeza’, “maki” ‘mano’, “chaki” ‘pie’, “wisa” ‘barriga’, “kiru” ‘diente’, etc. En estas circunstancias, reconocí que se trataba de una etapa fructífera de producción de palabras, la cual había que aprovechar al máximo.

Cuando representaba las palabras con gestos y acciones

En este proceso de vivir en quechua con mi hija, pude reconocer una etapa significativa en el desarrollo de su lenguaje. Era un periodo donde podía representar con gestos y acciones las palabras que le mencionábamos. Así, por ejemplo, le decíamos: “asiy” ‘ríe’, y ella

nos miraba riendo; le decíamos: “phiña” ‘enojada’, y ella nos miraba enojada; le decíamos: “waqay” ‘llora’, y ella se ponía a llorar.

Este ejercicio también lo realizábamos al revés, así por ejemplo, su papá ponía su cara de enojado mientras yo le preguntaba a mi hija qué era eso: “¿Imataq chay?” le decía y ella respondía: “phiña”; alguien se ponía a llorar y ella decía: “waqay”. Llegó un momento en el que ella nos pedía a nosotros que hiciéramos los gestos o acciones mientras ella daba las palabras.

Sin embargo, es necesario aclarar que estos ejercicios no solo lo realizábamos para promover el desarrollo del lenguaje de mi hija, sino también para demostrarles a los incrédulos que mi hija sí hablaba y entendía el quechua. Con esto les dejábamos sorprendidos a quienes dudaban de la habilidad lingüística de mi hija.

Cuando se soñaba en quechua

Recuerdo que alguna vez había escuchado decir que el hecho de soñarse en una lengua significaba que se estaba pensando en la lengua. Con esa idea, algunas noches esperaba que mi hija de dormida dijera alguna palabra en quechua. En efecto, así lo hizo, una vez la escuche decir “mana” “mana” ‘no’ de dormida, también se le salían otras palabras como: “Riyta munani” ‘quiero ir), “misi” ‘gato’, “all-qu” ‘perro’, etc. Con ello me di cuenta que mi hija había internalizado el quechua hasta su inconsciente.

Con sus primeras oraciones, interactuábamos con mayor fluidez

El paso de las palabras a las oraciones fue rápido, pasó casi sin darme cuenta; de repente, un día la estaba escuchando decir oraciones completas y complejas. Así, por ejemplo, una de esas noches que pasábamos por el parque que a ella le gustaba mucho, dijo, muy convencida que la puerta del parque estaba cerrada: “Wisq’asqa kasan punku, mama”; ‘la puerta está cerrada’ a lo que yo le contesté afirmando que lo que decía era cierto: “Arí wawáy, wisk’asqa kasan punku” ‘sí, mi niña, la puerta está cerrada’. Entonces, ella nuevamente me decía que no habían niños porque se habían ido a dormir, ya que era de noche. “Mana kanchu wawas ¿i? Puñuchkanku, tutaña”. Yo nuevamente confirmé lo que decía: “Arí, waway, tutaña, chayrayku puñuchkanku”.

Como se puede advertir, el lenguaje de mi hija se estaba ampliando, ya interactuaba con nosotros empleando la lengua, y en mi caso empleando la lengua quechua y utilizando oraciones más construidas y con sentido. Para mí fue impresionante oír la hablar de esa forma, pero cuando más me emocioné fue cuando mi hija me dijo que me quería mucho en quechua: “Achqhata munakuyki mama”. Ahí me convencí de que sí se podía querer en quechua, es decir, que también en el quechua se podía mostrar emociones.

De repente un gran susto: El castellano me está ganando

El contacto con el castellano: ¡Mi hija está hablando mezclado!

Debo admitir que en mi experiencia de vivir en quechua con mi hija, siempre me sentí amenazada por el castellano, muchas veces llegué a sentir, pensar y decir ¡El castellano me está ganando! Tenía que estar en constante lucha contra él, sentía que era un gran enemigo contra el cual me tocaba luchar.

Cuando mi hija salió del nido, pasó a interactuar con sus primos, con sus tíos y con sus abuelitos, quienes, a pesar de que sabían que mi hija hablaba en quechua, le hablaban prioritariamente en castellano. De esa manera, mi hija entró en contacto con el castellano y lo estaba captando rápidamente; para ella era una nueva experiencia, una nueva forma de hablar que quería practicar.

Una de sus primeras reacciones fue mezclar ambos códigos lingüísticos, es decir, que hablaba mezclado, en ocasiones mezclaba el quechua con el castellano, y en otras el castellano con el quechua. Así, por ejemplo, a mí me decía: “Mamita, munani agüita” ‘quiero agüita’. “Pujllayta munani con el gatito” ‘quiero jugar con el gatito’. Y a su papá le decía: “esa pujllanita quiero papito” ‘quiero ese juguete’ “Papito watame mi zapatito” y ‘amárrame el zapatito’.

Esta situación me preocupaba de sobremanera. ¡Mi hija está hablando mezclado! me decía a misma cada vez que la escuchaba, no sabía cómo afrontar dicha situación. ¿Será prudente corregirla? ¿O quizás será mejor esperar a que de por sí ella misma distinguiera entre el quechua y el castellano? Y si optaba por corregirla ¿Cómo debía hacerlo? Eran las preguntas que me atormentaban.

¡El castellano me está ganando! ¿Qué hacer?

Un día me di cuenta que mi hija ya no solo mezclaba entre el castellano y el quechua, sino que estaba empezando a usar con mayor frecuencia el castellano. Fue cuando mi preocupación se duplicó, observaba con atención cómo ella me entendía con claridad lo que yo le decía en quechua pero me respondía en castellano, prácticamente me estaba retando a hablarle en castellano.

En esos momentos, sentí como si el mundo se me hubiera caído encima, me imaginaba que todo el esfuerzo que había hecho hasta ese momento se podía esfumar y quedar en la nada ¿Qué hacer? ¿Prohibirles que le hablen en castellano? Con mis familiares quizás podría resultar, pero con los familiares de mi esposo ¿Cómo prohibirles? Me traería problemas. Entonces ¿Qué hacer? ¿Alejarlos de ellos? Eso no era posible, siempre estábamos visitándonos, además, yo los necesitaba para que a mi hija me la miren cuando nosotros (mi esposo y yo) estábamos en el trabajo. En realidad ¡Eran parte de nuestra vida! Ahí comprendí que alejar a mi hija del contexto de habla castellano era prácticamente imposible, estaba rodeada del castellano; por lo tanto, la solución al problema debía ser otra.

En mi desesperación, recuerdo que compartí esa mi preocupación con el tata Pedro Plaza, docente del PROEIB Andes, a quien le pedí consejo: “Tata Pedro siento que el castellano me está ganando, yo le hablo en quechua pero mi hija me está contestando en castellano”. El tata Pedro, muy convencido, me dijo: “No debes dejarte vencer, tienes que seguir hablándole en quechua, si te dejas vencer y le hablas en castellano, ya estás perdida, ella viendo que tú la entiendes, te va a contestar en castellano y no se va a esforzar por hablarte en quechua”. Sus palabras en cierta medida me ayudaron a definir mis propias estrategias de lucha para contrarrestar al castellano.

Luchando en contra del castellano: ¡Mi hija debe retornar al quechua!

Consciente de mi gran problema, sentí que en esta etapa, no bastaba solo con hablarle en todo tiempo y lugar en quechua a mi hija, quizás para una primera etapa estaba bien porque ella reproducía lo que yo le hablaba, ¡pero ahora no! Ahora ella quería experimentar con la otra lengua. Entonces era necesario *agarrar al toro por las astas*, no

podía permitir que mi hija se olvidara con tanta facilidad aquello que me había costado enseñarle, así que prácticamente *la forcé a retornar al quechua*, aunque para eso tuve que coartar su *libertad* y en cierta medida su *creatividad*.

Al principio, no la escuchaba cuando ella me hablaba en castellano, me hacía a la que no entendía. “Mana entiendeykichu” le decía. Si me pedía hacer algo o salir a la calle en castellano, no la escuchaba, pero si me lo pedía en quechua, sí la escuchaba. Recuerdo que me decía: “Mamá, quiero ir al parque” “Mamá, quiero agua” “Mira aquel perro”. Y yo, sin escucharle, me hacía a la que no la entendía. Ella después de insistir un buen rato y al darse cuenta que no la entendía, cambiaba de lengua y enojada me decía: “Parqueman riyta munani, mamá” “Yakuta munani, mamá” “Qhawariy chay allqu”.

Después me di cuenta que no era suficiente con decirle que no le entendía, ya que ella insistía demasiado en hablar el castellano, por lo que decidí que debía corregirle, es decir que debía indicarle explícitamente cómo hablarme. Le decía: “¡Así, de esta manera dime: Mama, parqueman riyta munani!” ‘Mamá, quiero ir al parque’ “Yakuta munani niway” ‘Quiero agua, dime, “Qhawariy allqu niway” ‘Mira el perro, dime’. En ocasiones simplemente le decía “Nuqajina parlay”, es decir, que le pedía que hable como yo. Recién cuando ella me hablaba en quechua, yo, con mucho cariño, le respondía en quechua, haciéndole sentir que me gustaba que hablase así, en quechua.

Incluso en las situaciones en las que ella mezclaba el quechua con el castellano, yo le corregía la palabra específica que había mezclado. Así, por ejemplo, cuando me decía: “Chay perro mikhusan?” (Ese perro está comiendo). Yo inmediatamente le decía “alqu” ‘perro’. Entonces, ella rápidamente reconociendo que la palabra que le estaba corrigiendo era “perro” volvía a formular la oración: “Chay allqu mikhusan” ‘Ese perro está comiendo’. Así me lancé a corregirle gran parte de su lenguaje en quechua.

Esta etapa fue una de las más difíciles, sentía que estaba lidiando con un verdadero enemigo. Por lo mismo pienso que si no le hubiera corregido como lo hice, casi forzándola a volver al quechua, mi hija solo hubiera llegado al nivel de comprensión de la lengua quechua, es decir, que hubiera comprendido, pero no hubiera hablado.

Y aunque en algún momento de debilidad, resignación y desánimo, pensé que el hecho de que mi hija por lo menos comprendiera

la lengua quechua era ya un gran logro, en el fondo de mi corazón sabía que no era suficiente. Yo había conocido personas que por diversas razones, solo comprendían las lenguas originarias, y por lo mismo se sentían incompletas al no poder hablarlas. Entonces, yo no quería esa suerte para mi hija, por lo que era necesario esforzarse más, hasta lograr que ella comprenda y hable sin problema el quechua.

Ahora mi hija es bilingüe, pero ella no lo sabe todavía

Para mi hija, ella habla como su mamá y como su papá

En la actualidad, cuando mi hija cuenta con tres años y medio, con mucha alegría y satisfacción puedo asegurar que ella es bilingüe. Después de haber superado muchas dificultades, al fin mi hija es bilingüe equilibrada en quechua y castellano. Ella no sabe todavía que las lenguas que habla se llaman quechua y castellano, pero ya se ha dado cuenta que habla de dos formas, según ella habla como su mamá y como su papá.

Las primeras veces que empezó a analizar la forma en que hablábamos, me impresionaron sus análisis. Por ejemplo, me decía, refiriéndose a la palabra “camino”, que yo decía “ñan” y que su papá decía “camino”: “Mamita, qan ninki ñan? tatáy nin camino”; en relación a la palabra “comida” me decía: “Qan ninki mikhuna, tatay nin comida”.

Como se puede advertir, ella se había dado cuenta que un solo objeto tenía dos nombres, para mí era “ñan” y para su padre era “camino”. Y como si eso fuera poco, también se estaba cuestionando cómo hablaba ella, textualmente me preguntaba: “¿Nuqa imata nini mamá?” ‘Yo qué digo, mamá? Y ella misma se respondía: “Nuqa nini ñan” ‘yo digo ñan’. O sea que hablaba como yo; en otras ocasiones decía: “Nuqa nini camino” ‘yo digo camino’. Es decir que hablaba como su papá.

De esta manera, mi hija se ha puesto a analizar las lenguas que habla, incluso se ha puesto a realizar sus primeras traducciones. Un día, hace aproximadamente un mes, me sorprendió con una pregunta “¿ni pi nadie, i, mamá?”. O sea que se estaba cuestionando si “ni pi” en quechua, significaba “nadie” en castellano.

Asimismo, en esta etapa en la que mi hija manifiesta con mayor firmeza su bilingüismo, pude advertir que ella realiza los cambios de códigos lingüísticos de manera veloz, casi automática y simultánea. Es decir que, en un mismo instante, habla conmigo en quechua y con

su papá en castellano. Un claro ejemplo de esta situación es cuando ella se para o se sienta entre nosotros, es decir, justo al medio de su papá y de mí, y mirándome me dice: “¿Mayman risun, mamita?” Y luego inmediatamente le mira a su papá y le dice: “¿A dónde vamos, papito?”. Ese ejercicio lo realiza varias veces, como para hacernos notar que sabe hablar con ambos y como ambos.

Incluso, en este afán de diferenciar las lenguas que hablamos su papá y yo, mi hija ha llegado a corregirme cuando yo, por descuido, hablo alguna palabra en castellano. Así, por ejemplo, en ocasiones se me escapa la palabra “sí”, y mi hija reacciona diciéndome que yo no diga “sí” sino “arí”, y que es su papá el que debe decir “sí”: “Ama niychu sí, qan niy arí; tatay ninqa sí” ‘tú no digas sí, di arí; mi papá va a decir “sí”’. Ahora bien, lo interesante de esta situación es que esta corrección solo me la hace a mí, a su papa no le corrige, le permite hablar mezclado y utilizando préstamos, aunque sabe que con él puede hablar en castellano sin ninguna restricción.

Esta situación me hace pensar que mi hija ha asumido que las lenguas tienen sus portadores, en este caso, yo soy portadora del quechua y su papá es el portador del castellano. No estoy segura cuán productiva pueda ser esta situación, pero de lo que estoy segura es que si yo no hubiera actuado como lo hice, no hubiera tenido los logros que ahora expongo.

Sin saberlo, mi hija desarrolló muchas habilidades más

En este proceso de convertirse en bilingüe, mi hija, además de diferenciar claramente las lenguas del quechua y del castellano, fue desarrollando otras habilidades. Así por ejemplo, pude evidenciar que ella realiza préstamos lingüísticos en situaciones en que desconoce la palabra o cuando se ha olvidado de la misma. Comprendí que no se trata simplemente de una mezcla de códigos lingüísticos, sino de una verdadera adaptación de la lengua castellana al quechua, es decir que habla en quechua pero utilizando palabras castellanas. Es así que, por ejemplo, ha adaptado la palabra “encontrar”, “escapar” y “enojarse” en las siguientes oraciones: “Qhaway mama iskay lapicerosta encontrani”. “Mama, allqu jamushan escapacusaj ya?” ‘mamá, el perro esta viniendo, me voy a escapar ¿ya?’ “Ama enojacuychu nuqawan, sino waqasaj” ‘no te enojas conmigo, sino voy a llorar’.

Este ejercicio que mi hija realiza transformando las palabras castellanas al quechua me ha dejado sorprendida e incluso maravillada. Fue ella solita quien ha descubierto esta estrategia. Sin embargo, debo reconocer que pese a lo significativo de esta situación, no deja de preocuparme el hecho de que olvide las palabras quechuas, por lo que le sigo corrigiendo recordándole que la palabra en quechua se dice de otra forma, en caso de que yo misma desconozca la palabra en quechua, recién le permito realizar esos préstamos.

Pero más allá de esa situación, ahora mi hija es bilingüe. Sin embargo, es importante aclarar que su bilingüismo se manifiesta en relación a la lengua del interlocutor, es decir, que si le hablan en quechua, ella responde en quechua, y si le hablan en castellano, responde en castellano. Conmigo la comunicación es exclusivamente en quechua, pero con su padre han logrado comunicarse indistintamente tanto en quechua como en castellano, aunque el castellano es la lengua que ambos mayormente priorizan.

Incluso su quechua es más fluido y desafiante

De todas formas, lo que más resalto en este proceso es que mi hija habla con gran soltura el quechua, hace oraciones largas e incluso conjuga verbos y sufijos que yo no le enseñé. Se trata de palabras o verbos que yo intento utilizar en su versión simple, pero ella, para mi sorpresa, intenta e incluso logra conjugarlos, haciendo que yo me pregunte: “¿Cuándo le he enseñado esta palabra?!” A lo cual yo misma me respondo: “Creo que yo nunca la he hablado así, por lo menos no con esa conjugación”.

Incluso, las veces que mi hija se ha dado cuenta que yo no puedo conjugar las palabras, inocentemente me ha llegado a decir: “Mama, mana atinkichu parlanta? Nuqapis mana atinichu parlayta” ‘mamá, no puedes hablar? Yo tampoco puedo hablar’. O sea que me ha dicho de frente que yo no puedo hablar, pero que no me preocupe porque ella tampoco puede hablar.

Con estas situaciones y otras, mi hija ha llegado a ponerme en conflictos, porque me ha obligado a recurrir a otras personas para averiguar las palabras y las conjugaciones en quechua. Muchas veces he tenido que llamarle por teléfono a mi mamá para preguntarle cómo decir una u otra palabra conjugada, y en ocasiones es mi esposo quien me ha salvado con alguna palabra que yo desconozco.

Buscando la forma de decirle a mi hija que las lenguas que habla tienen nombre

Lo interesante de este proceso es que mi hija, si bien sabe que habla como su mamá y como su papá, no sabe todavía que esas lenguas se llaman quechua y castellano respectivamente. Personalmente, no he encontrado la manera de explicarle que las lenguas que hablamos tienen nombre.

En muchas situaciones, me he encontrado con parientes, amigos y colegas que sabiendo que mi hija entiende quechua le preguntan “¿Hijita, hablas quechua?” y ella inocentemente, sin realmente entender la pregunta les responde: “Sí”, pero en realidad ella no sabe qué es quechua y qué es castellano, ella solo habla y vive en esas lenguas. Seguramente en algún momento encontraremos la forma de explicarle esta situación, pero por el momento, nos basta con hablar y vivir en dichas lenguas.

Finalmente somos más, mi hija también le habla en quechua a su hermanito

Ahora somos dos las que le hablamos en quechua a mi hijo menor de seis meses. Sin embargo, para que este proceso se haga realidad, también requirió de cierta orientación e impulso de mi parte, pues mi hija, con la idea de que los niños hablan castellano, quiso hablarle en castellano a su hermanito. Según ella, todos los niños hablan como su papá, es decir, que hablan en castellano, textualmente me dice: “¿Wawitas tatayjina parlanku i?”. De hecho, no hemos tenido la oportunidad de conocer muchos niños que hablen en quechua, todos los niños que conocemos, incluidos sus primos, hablan en castellano, por esa razón mi hija ha asumido que los niños deben hablar como su papá.

Ante estas circunstancias, en reiteradas ocasiones tuve que pedirle que hablase como yo, es decir, en quechua, explicándole que el bebé hablaba como yo, y que solo la entendería si le hablaba como a mí: “Nuqamanjina parlanayki tiyan. Wawita nuqajina parlan, mana entiendesunkichu” ‘tienes que hablarle como a mí. El bebé habla como yo, no te entiende’. Solo así comenzó a hablarle en quechua.

Recuerdo claramente cómo una vez le dijo al bebé: “Bebesito no llores ¿ya? Tu mamita te va a dar leche”. Y yo, inmediatamente le

dije: “Pay mana entiendenchu, nuqamanjina parlay”. Entonces ella nuevamente lo miró y le dijo: “Ama waqaychu ¿ya bebecito? Kunitan mamayki lecheta qusunqa”. Fue increíble escucharle decir eso, le estaba hablando en quechua a mi hijo.

Esta situación me ha brindado mayor seguridad, porque ahora somos más los que hablamos en quechua en mi casa, y por lo mismo, mi hijito pequeño, David Alejandro, tiene mayores posibilidades de también hablar el quechua. Estamos comenzando, todavía no le escuchamos pero seguramente muy pronto nos dirá algo en quechua.

En busca de otros espacios y otros hablantes quechuas

Paseando por los mercados

Desde que comencé con esta nueva etapa en mi vida junto a mi hija, me di cuenta que el espacio familiar no era suficiente para practicar y desarrollar la lengua quechua con ella. Es así que, esperando encontrar hablantes quechuas en la ciudad, íbamos de paseo a los mercados de la Av. República y de la Av. Barrientos.

En estos mercados, mientras realizábamos las compras, aprovechábamos para practicar el quechua, intentando pasar el mayor tiempo posible con la vendedora, haciéndole una y otra pregunta en quechua, todo ello para que mi hija escuche que también otros hablan como yo. En ocasiones, las vendedoras me respondían en quechua pero en otras se afanaban por hablarme en castellano. Recuerdo que, en una ocasión, al comprar pan, la vendedora nos hablaba en quechua y mi hija también le habló en quechua, le dijo “t’antata munani” ‘quiero pan’, la vendedora muy sonriente le respondió “Kay t’antayki, wawita” ‘aquí está tu pan, hijita’ le dijo, y ella sonriente agarró el pan que la vendedora le estaba dando.

En estos mercados también nos poníamos a comprar videos musicales en quechua, veíamos que en muchos puestos exponían canciones folclóricas y autóctonas, entre ellas pudimos observar cuecas, wayños, tinkus y otros ritmos musicales, pero lamentablemente muy pocos de esos videos están grabados en quechua. Aún así, los pocos videos musicales que pudimos encontrar nos sirven para escuchar, cantar y bailar al mismo tiempo que practicar el quechua.

La Plaza 14 de Septiembre, un espacio privilegiado

En la Plaza 14 de Septiembre también buscábamos niños que hablen quechua. El recuerdo más significativo que tenemos es del año 2013, cuando se aproximaban las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Para esas festividades llegan muchas familias del campo, y con ellas también llegan muchos niños, entonces a modo de comprarles lo que vendían yo intentaba entablar amistad con ellos con el fin de que mi hija lograra hablar con otros niños en quechua. Es así que conocimos a Juliana y a Cristina, niñas de seis y siete años respectivamente, provenientes de la provincia de Arque; ellas le hablaban a mi hija en quechua y cuánto más tiempo nos quedábamos en la plaza, las niñas y mi hija llegaban a realizar algunos juegos.

Yo contemplaba cómo mi hija, con dificultad, llegaba a comunicarse con ellas, debido a que el quechua de las niñas era demasiado rápido y que incluso utilizaban otras palabras que parecían más quechuas que las mías, recuerdo que yo tenía que traducir a nuestro quechua, el quechua de las niñas. A pesar de todo, lo que más me importaba era propiciar esos espacios de comunicación.

Estoy consciente de que algunos catalogarán de interesadas y/o utilitaristas mis acciones, sin embargo, también estoy consciente de que, para las niñas y sobre todo para mi niña, fueron momentos significativos de amistad e interacción. En esas niñas no percibí ningún tipo de prejuicio social que subordine o sobrevalore alguna cultura. En unos cuantos días, y compartiendo unos pocos juegos con ellas, observé que para los niños no importa la vestimenta, la lengua, ni el dinero, simplemente les importa vivir y compartir como niños esos momentos. Es a los adultos a quienes nos persiguen los prejuicios, seamos de la ciudad o del campo, seamos indígenas o no indígenas, estamos cargados de prejuicios e intereses que no nos permiten interactuar y compartir experiencias.

Hablar en quechua en público con mi hija fue muy desafiante

El hablar en quechua con mi hija en público fue un proceso que pasó por diversas etapas, desde una especie de duda y temor hasta una expresión natural, abierta y evidente, sobre todo para mí, que no estaba acostumbrada al manejo del quechua en espacios públicos. Para mi hija, por el contrario, fue natural y nada complicado.

Recuerdo que un día, cuando estábamos en el mercado, subimos al micro, mi esposo, mi hija y yo; nosotras logramos sentarnos en un asiento que estaba libre en la parte delantera, mi esposo se sentó en la parte de atrás, y de repente mi hija, viendo que su padre estaba atrás, le comenzó a llamar gritando: “¡Tatay! ¡Tatay! ¡Jamuy tatay!”. Así repetía varias veces llamando la atención de todos los pasajeros y poniendo nervioso a mi esposo, quien desde atrás tuvo que correr. Ya en mi casa, escuché cómo mi esposo se esmeraba por enseñarle a decir “Papito”. “Yo soy ‘papito’ ¿ya hijita?”. le decía con cariño, no le estaba prohibiendo decirle “tatay” pero le estaba enseñando a decir papá en castellano.

Ahí me di cuenta que esa situación de alguna manera le había incomodado a mi esposo, aunque debo reconocer que, al igual que él, yo también me había sentido nerviosa y dudosa del hecho de hablar el quechua en público con mi hija. En el espacio familiar, estaba convencida de que debíamos interactuar en quechua, pero en espacios públicos, donde predominaba el castellano, no estaba segura de poder hacerlo.

Esta situación me enfrentó a un proceso de profunda autorreflexión sobre mis propios temores y prejuicios. En realidad, yo no estaba en contra de que el quechua se hable en espacios públicos, yo lo hablaba, pero generalmente lo hacía con los verdaderos hablantes, con quienes, según yo, era verdaderamente necesario, es decir, con los que no entendían el castellano, entre ellos, los viejitos y algunas vendedoras, pero con quienes entendían castellano, entre ellos mis familiares y mi esposo, no era imprescindible. Pero ahora, el caso de mi hija me enfrentaba a otras circunstancias, sobre las cuales me tocaba decidir.

Por ello, definir cómo iba a ser mi actuación en la casa y en público fue complicado. Al principio, guiada por ciertos temores, pensaba que quizás lo más prudente era que en espacios públicos le hablase a mi hija en castellano y que el quechua lo mantuviera para la casa, pero inmediatamente me asaltaban mis otras convicciones, mi otro yo que se cuestionaba diciendo ¿Por qué no hablarle en quechua en público a mi hija? ¿Cuál el problema? Además, pensaba que si yo realmente quería que mi hija hablara en quechua, no podía ni debía tener tregua ni siquiera en los espacios públicos, ya que eso podría confundirla e incluso inhibirla en la lengua quechua, viendo que yo hablaba y entendía el castellano.

De esa manera, determiné hablarle también en público en quechua a mi hija, sin importar que la gente entienda o no entienda, yo le hablaba en quechua. De hecho, con las otras personas mantuve el castellano, es decir, con la vendedora de la tienda, con el farmacéutico, con el taxista, con la doctora, con los colegas de trabajo, etc. pero frente a ellas yo hablaba en quechua con mi hija.

La tienda fue uno de esos espacios públicos que nos permitió realizar este tipo de interacciones. Mi hija señalando la galleta me decía: “Kayta munani” ‘quiero esto’. Y si no la escuchaba agarrando la galleta o el dulce me gritaba: “Kayta munani, munani mama” ‘quiero esto, quiero, mamá’. Esto llamaba de sobremanera la atención del vendedor de la tienda, quien me preguntaba: “¿Habla quechua?” “Sí”, le respondía yo, el vendedor se quedaba admirado y en ocasiones también interactuaba en quechua con ella.

En el hospital, cuando la llevaba a sus controles, la situación era similar, yo le hablaba en quechua para que levante las manos, para que la midan y la pesen, y cuando la enfermera y el doctor veían que ella me entendía, se sorprendían, me preguntaban si hablaba quechua, y cuando yo les decía que sí, los que sabían quechua le hablaban en quechua, y los que no sabían me pedían que yo le diga en quechua lo que ellos le decían en castellano.

Hoy en día, hablar en público en quechua con mi hija se ha vuelto parte de nuestra cotidianidad, ella me habla en todo sitio en nuestra lengua, cuando estamos en el micro, cuando estamos en la universidad, cuando estamos en el mercado, etc., incluso cuando hace sus berrinches en la calle, ella los realiza en quechua, sin miedo y sin ningún tipo de prejuicios ella grita en plena calle en quechua.

Hace poco, por ejemplo, cuando estábamos en un puesto de venta de ropas, yo estaba observando ropitas para mi bebé, y mi hija, por su parte, había estado observando falditas para ella, cuando de repente con mucha alegría exclamó: “Kay pollerata munani mama” ‘esta falda quiero, mamá’. Yo le contesté sin prestarle mucha atención: “Ya waway, kunitan rantisun” ‘ya hijita, ahorita vamos a comprar’. Ella, al darse cuenta que yo no le estaba prestando atención, entró a la tienda y agarrando la falda se puso a llorar y gritando más fuerte me decía: “Kay pollerata munani, tususaj kaywan” ‘quiero esta falda, voy a bailar con esto’. Fue recién que yo traté de calmarla, mientras tanto, la vendedora nos miraba asombrada.

Son estas circunstancias las que me demuestran una y otra vez que en los niños la inocencia les resguarda de los prejuicios que los adultos cargamos y que en algún momento de la vida les transmitimos a nuestros hijos. Para ellos no existen personas y/o culturas superiores e inferiores, para ellos todos somos iguales.

Ahora bien, es evidente que mi hija ha asumido que la comunicación entre ella y yo debe realizarse en quechua, sea en la casa o sea en la calle. Sin embargo, también ha llegado a asumir que la comunicación con las otras personas las puede realizar en castellano, aunque dependerá, en cierta medida, del interlocutor, pues si escucha que esas personas le hablan en castellano, ella también les habla en castellano, pero si le hablan en quechua, también les responde en quechua.

Circunstancias que apoyaron y facilitaron el proceso

El tiempo casi completo con mi hija

Debo admitir que uno de los factores que mayor trascendencia tuvo en el proceso de aprendizaje del quechua de mi hija fue el tiempo casi completo que paso con ella. Es a partir de una convicción y decisión personal y familiar que decidimos, mi esposo y yo, dedicarles el mayor tiempo posible a nuestros hijos, sobre todo en la primera etapa de sus vidas.

Es por ello que, desde que nació mi hija Carla Andrea, trabajo solamente por horas como docente en la universidad, y si se da la oportunidad de trabajar con consultorías, las coordino vía internet. Por su parte, también mi esposo ha decidido reducir el tiempo de trabajo para estar más tiempo con nuestros hijos. Es este tiempo con ellos que yo aprovecho para hablar y, más que eso, para vivir en quechua con mis hijos. Pienso que este fue un factor decisivo para que mi hija tuviera los logros que hoy tiene.

El apoyo de mi esposo

Si bien, desde que comencé con este gran desafío, fui yo la principal responsable de ejecutar la propuesta que me había planteado, debo reconocer que también hubo otros factores y, sobre todo, actores que me coadyuvaron en esta travesía. Se trata de mi esposo, quien,

aunque no con la misma fuerza y convicción que yo, estaba ahí, junto a mí. Él también es hablante del quechua, pero lo pone en práctica solo en situaciones de real necesidad, es decir, en espacios familiares o de trabajo, cuando se encuentra con hablantes y parientes quechuas. En su vida cotidiana, incluyéndome yo en ella, se desenvuelve generalmente en castellano, incluso debo aclarar que durante todo el tiempo que duró nuestro enamoramiento y noviazgo nunca nos hablamos en quechua, por lo que mi decisión de hablarle en quechua a mi hija primero lo desconcertó, después la aceptó y ahora está de acuerdo con que yo continúe con esa tarea.

En la primera etapa de desconcierto que sufrió mi esposo, varios eran los comentarios y las preguntas que me hacía, textualmente me decía: “Yo no estoy en contra de que le enseñes el quechua a la beba, pero ¿no será que le va a confundir? ¿Y cuando entre a la escuela, los chiquitos no se burlaran de ella? ¿Y si no aprende bien el castellano? y ¿Por qué siempre le quieres enseñar el quechua?”

Entonces, yo, con el ánimo de convencerle, recurría a su historia familiar y a la cotidianidad de su trabajo diciéndole lo siguiente: “Tu mamá era quechua, gran parte de su vida les hablaba en quechua, eso no ha impedido que ustedes (refiriéndome a él y sus hermanos) hablen bien el castellano. Tu papá es quien les ha enseñado. Entonces, si ustedes han aprendido, también nuestra hija va a aprender, además, ahora que trabajas, y que tus hermanos trabajan, necesitan el quechua para hablar con las personas que hablan quechua. Nuestra hija también es parte de esta sociedad y en algún momento de su vida va a necesitar hablar con la gente en quechua, y si nosotros no le enseñamos va a ser difícil que aprenda en un instituto”.

Con esas palabras le persuadía y, en cierta medida, lo convencí. Él no se opuso a que yo le hablara en quechua a mi hija, pero él decidió privilegiar el castellano con ella, no pude impedirselo, ni obligarle a emplear el quechua como forma exclusiva de comunicación con mi hija, pues también era su hija y como tal, tenía todo el derecho a decidir en qué lengua comunicarse con su hija.

Comprendí que él era un adulto, y que tenía su propia historia de vida, sus propias convicciones y su propia profesión, por lo mismo, no había vivido los mismos procesos que yo, nunca había estado en cursos donde le hablaran y reflexionaran sobre la identidad cultural, la interculturalidad, y menos sobre la revitalización

lingüística, tal como yo lo había vivido. Por lo mismo, comprendí y acepté que le hable en castellano a mi hija.

Sin embargo, fue increíble ver cómo él tuvo y se vio obligado a interactuar en quechua con mi hija debido a que ella tenía mayor manejo de esa lengua. Como yo pasaba más tiempo que mi esposo con mi hija, ella fue desarrollando con mayor amplitud y versatilidad el quechua, por lo tanto, era en quechua que mi hija le hablaba y le hacía preguntas a su papá, logrando que él le responda en quechua. Así, poco a poco, mi esposo fue apreciando el quechua de su hijita y la escuchaba admirado.

En la actualidad, le gusta escucharle hablar en quechua a mi hija, muchas veces le hace hablar solo para escuchar lo bonito que habla, textualmente le dice: “k’achituta parlanki hijita”. Incluso me ha llegado a decir que debería de filmarle para que pueda verse cuando sea joven. De hecho, eso no significa que haya puesto tregua con el castellano, él continúa hablándole la mayor parte del tiempo en castellano, y recurre al quechua solo cuando mi hija entabla conversaciones con él en quechua o cuando debe explicarle algo que ella solo entiende en quechua.

Además, el quechua que mi esposo utiliza no siempre es “puro”, es decir, que él sin ninguna pena realiza mezclas de ambas lenguas. Así, por ejemplo, un día cuando mi hija le pidió sus zapatos blancos, lo hizo en quechua: “Yuraj zapatusta munani papito” le dijo, a lo que él le contestó: “Aquí está tus yuraj zapatos hijita”.

En estas circunstancias pareciera que mi hija siente cierta libertad de hablar mezclado o con préstamos con su papá, e incluso de ser bilingüe en algunas ocasiones, es decir, de pasar de una lengua a otra sin ningún temor. Para esto, ella elige frases completas en castellano y frases completas en quechua, logrando que su papá le conteste. De esta manera, ellos han logrado interactuar en ambas lenguas, aunque, como ya lo mencioné en anteriores oportunidades, privilegian el castellano.

A partir de lo sucedido con mi esposo, creo que no solamente mi hija y yo aprendimos, sino que fue un crecimiento familiar, y aunque mi esposo no sea el que enseña y el que habla totalmente en quechua con mi hija, tuvo un gran crecimiento en cuanto a la aceptación de la enseñanza y del uso del quechua en mi familia. Considerando su historia personal y su formación profesional, creo que jamás pasó por

su cabeza la idea de enseñarles o hablarles en quechua a sus hijos, y ahora, después de ver que su hija ya habla el quechua, muestra y hace evidente su satisfacción.

Él me cuenta cómo a veces al conversar con sus colegas de trabajo él les comenta sobre el bilingüismo de nuestra hija, menciona que les dice que su hija sabe quechua y castellano, y que cuando ellos le preguntan el cómo y el porqué, él simplemente les responde con alguna de estas palabras: “Porque tiene que aprender”. “Porque es la lengua de nuestro departamento”. “Porque es parte de nuestro patrimonio cultural”. “Porque es parte de su identidad”. “Es parte de nuestras raíces”.

Ahora bien, cabe mencionar que esta aceptación y satisfacción que mi esposo siente con relación a las lenguas que mi hija usa no solo se ha quedado en ella, sino que mi esposo lo ha hecho extensivo a mi bebecito. Recuerdo con emoción que cuando nació mi segundo hijo, hace exactamente seis meses, me dijo algo que me llenó de orgullo y de satisfacción, algo que jamás esperaba escuchar de él. Valoró lo que había hecho con mi hija, pero también me planteó otro desafío con mi hijo, textualmente dijo: “Has cumplido con tu proyecto, la Carla Andreita ya habla quechua, pero ahora tienes otro proyecto, enseñarle al pequeñito”.

La participación de los familiares

La participación de los familiares ha sido también otro factor que en cierta medida coadyuvó en el proceso de aprendizaje del quechua de mi hija. En relación a mis padres, debo mencionar que, pese a que son bilingües equilibrados, al principio no les fue fácil hablarle en quechua a mi hija, tuve que insistir mucho para que al fin hoy le hablen en quechua. Mis papás estaban tan acostumbrados a hablarnos en castellano que fue una verdadera lucha decirles a cada instante que le hablen en quechua, incluso forzaba conversaciones en quechua con mi mamá para que mi hija nos escuchara.

Recuerdo que había momentos en los cuales le rogaba a mi mamá para que le hablara en quechua a mi hija, pero sin mucho éxito, por lo cual llegué incluso a amenazarla, cuando le dejaba con ella a mi hija le decía: “¡Por lo menos unas cuantas palabras en quechua tiene que aprender hoy día, si no, ya no la voy a traer!”. En

ocasiones, mi mamá, cansada de tanta presión, me contestaba diciendo: “Contrátate a otra persona pues, yo ya me he acostumbrado a hablar en castellano, me olvido de hablarle en quechua”.

Fue así que poco a poco, escuchándome a mí, que mi mamá fue retomando el quechua para hablar con mi hija. Ahora ya le habla en quechua, y cuando se olvida, mi hija se encarga de recordárselo con alguna palabra en quechua que menciona. Por su parte, también mi papá ha sufrido un cambio en su postura, ya no dice: “que los niños no aprendan el quechua porque se van a confundir”, tal como decía antes, cuando yo era todavía una niña; ahora él intenta complacerme hablándole en quechua a mi hija.

Incluso fui testigo de cómo mis papás le contaban a sus amigos y a los vecinos que mi hija hablaba en quechua, le hacían hablar con ellos para demostrarles. Al parecer, la coyuntura política, donde el presidente es Evo Morales, influyó en su aceptación, ya que ahora a mis padres les gusta ver programas culturales e históricos en el canal estatal.

Es evidente que mis padres son una fortaleza en potencia para enseñar y fortalecer el quechua de mis hijos, pero debido a sus historias personales y a la costumbre que adquirieron, no los podemos aprovechar en su totalidad. A esto se suma, además, el hecho de que solamente los vemos un día el fin de semana, debido a los trabajos y a la distancia que nos separa. Sin embargo, están ahí, ya empezamos y esperamos que en el futuro continuemos con mayor fuerza.

También los parientes de parte de mi esposo tuvieron su participación en este proceso, me refiero a mis cuñadas y cuñados. Si bien a ellos yo no pude persuadirlos y mucho menos obligarles a que hablaran en quechua con mi hija, ellos fueron testigos de cómo ella iba aprendiendo el quechua, mi hija les hablaba en quechua sin reparos; y, en ocasiones, ellos también le hablaban palabras y frases en quechua. Muchos de ellos, pese a saber el quechua, ya habían perdido toda práctica de hablarlo, solamente lo hacían con su mamá quien ahora ya no está.

En este proceso con nuestros parientes fue interesante ver cómo algunos de ellos tenían que “desempolvar” su quechua para hablar con mi hija, y personas a quienes jamás les había oído hablar en quechua, estaban hablándolo con ella también. Incluso algunos de mis parientes, sobre todo los con cuñados que no hablaban quechua, aprovechaban la oportunidad para aprender y para practicar con mi hija el quechua.

Incluso uno de mis cuñados se animó a aconsejar a uno de los vecinos sobre cómo enseñar a los niños el quechua. Sucede que el vecino, al escucharle hablar en quechua a mi hija, le preguntó a mi cuñado cómo se podía lograr eso, a lo que textualmente le dijo: “solo le tienes que hablar en quechua y ellos aprenden, les hablas nomás y ya”. Fue interesante y muy satisfactorio escucharle hablar así a mi cuñado.

También mis sobrinos y sobrinas, sobre todo los niños, estaban entusiasmados por aprender palabras en quechua, aunque en algunos casos, especialmente con los adolescentes y jovencitos, “querer sin querer” los arrastramos e involucramos en el proceso, para que aprendan por lo menos algunas palabras.

Así, sin querer, muchos fueron cayendo por inercia en este proceso, poco a poco los fuimos ganando. La presencia de mi hija permitía desarrollar espacios de comunicación y práctica en la lengua quechua, últimamente poco practicada. Fue como volver a remover nuestras raíces culturales y nuestra historia.

Desafíos pendientes

Ampliar los referentes quechuas

Hasta ahora, yo soy el referente principal de mi hija, y aunque ello es importante y de gran ventaja, ya no es suficiente. Es necesario encontrar a otros hablantes quechuas, y sobre todo, niños quechuas, para que ella deseche la idea de que solo la mamá, y además, la mamá adulta habla quechua y que los niños no hablan quechua.

El desafío es que mi hija pueda conversar con los hablantes quechuas sin grandes dificultades, y que no sea mi quechua solamente el que ella conozca y comprenda, sino que también comprenda otros tipos de quechuas y que les pueda responder. Es probable que para ello deba visitar con más frecuencia comunidades donde el quechua es utilizado con prioridad.

Buscar y/o construir espacios de comunicación en quechua en áreas urbanas

Los espacios de comunicación en quechua en las áreas urbanas son escasos, por lo mismo, existe la necesidad de construirlos antes que

buscarlos. En este aspecto, se necesita considerar no solo a los adultos, sino también a los niños, donde ellos puedan realizar actividades recreativas y/o culturales, una especie de nidos lingüísticos donde los niños puedan realizar todo tipo de actividades hablando en quechua.

Que mi hija hable en quechua con su hermanito

Como mencioné anteriormente, mi hijito menor tiene apenas seis meses, y recién estamos empezando con él, todavía no escuchamos palabras pero seguramente en algún momento nos sorprenderá. El desafío no es solo que él también hable en quechua conmigo, ahora espero que mi hija hable en quechua con su hermanito, y que además ellos hablen en quechua conmigo, así seríamos tres los que hablásemos en quechua en mi casa.

Que además de hablar en quechua, ella se sienta quechua

Es evidente que la lengua no lo es todo, la cultura implica mucho más, y es a eso a lo que también hay que apuntar, para así comprender a cabalidad nuestra realidad cultural. Por ello, está pendiente el desafío de hacer que mi hija se sienta quechua y no sólo hablante del quechua.

Que la escuela no le haga olvidar el quechua a mi hija

Mi hija ya tiene tres años y medio, el próximo año le corresponde entrar al pre-kínder, y el solo hecho de pensar en eso me preocupa. La escuela, por tradición, es un espacio de alienación cultural, un espacio donde no se fortalece la identidad cultural y lingüística de los pueblos originarios. Por lo mismo, el desafío es contrarrestar a la cultura escolar, y/o equilibrar la importancia de ambas culturas, para que mi hija continúe hablando en quechua y no se avergüence de ello.

Mis aprendizajes

Este proceso de hablar y vivir en quechua con mi hija me ha permitido analizar y reflexionar sobre varios aspectos que son significativos para la revitalización lingüística, así por ejemplo aprendí que:

- Los niños aprenden con mucha facilidad las lenguas, basta con hablarles, ellos ya nos captan, no se complican con las reglas, es más, esas reglas las captan sin dificultad, hasta pareciera que las lenguas tienen sus propias reglas internas, al margen de lo que construyen las personas, las cuales son automáticamente captadas por los niños.
- Para que los resultados de la enseñanza de una lengua sean satisfactorios, será necesario empezar lo más antes posible ¡Cuanto más temprano, mejor! Si es posible debemos empezar desde que nuestros hijos están en el vientre.
- Contrariamente a lo que pasa con el castellano, el cual se aprende nomás sin ningún tipo de planificación, para el desarrollo, mantenimiento y el uso del quechua en áreas urbanas sí es necesario planificar. Yo jamás le enseñé a mi hija ninguna palabra del castellano, pero ella lo habla. Con ello, me queda claro lo que alguna vez escuché decir a mis profesores del PROEIB Andes “Se necesitan políticas de revitalización lingüística para las lenguas originarias, porque el castellano se defiende solo, el Estado ya tiene políticas lingüísticas para él, pero para las lenguas originarias no las hay”.
- Enseñar la lengua quechua a nuestros hijos en contextos urbanos requiere de una decisiva determinación, pues implica cambiar la lengua de comunicación habitual que es el castellano por el quechua, enfrentando así al entorno social y, en ocasiones, al propio entorno familiar. Por lo mismo, empezar no es fácil, pero es indispensable hacerlo con firmeza.
- Una vez que se ha comenzado con el desafío de hablar y enseñar el quechua en áreas urbanas, no podemos ni debemos darnos tregua, y mucho menos darnos por vencidos. Por el contrario, es imprescindible perseverar y ser constantes pese a los inconvenientes.
- No importa cuánto hagamos y cuánto logremos enseñando y usando el quechua en contextos urbanos, nunca será suficiente, será indispensable no parar y continuar con más experiencias innovadoras. Sin embargo, lo mucho o lo poco que hagamos será ya un logro significativo.
- Basta que haya una sola “personita” que esté aprendiendo y/o usando el quechua para que nos multipliquemos, así como

dice el refrán: De arenita en arenita se hacen las montañas.
Por lo mismo no dudemos en continuar.



Basta con hablarle, ella ya me capta. Ruth junto a su hija Carla Andrea

No me dejaré ganar con el castellano, mi hijo aprenderá quechua

*Rossmery Alejo Ruiz
Quechua, Cochabamba, Bolivia*

Origen y migración

Soy Rossmery Alejo Ruiz, vivo en Chilimarca, Tiquipaya, Departamento de Cochabamba, la última de siete hermanos. Mis padres son de origen aimara de la Provincia de Mohoza Lanza de la Provincia de Inquisivi, La Paz. Ya son 26 años que toda la familia migramos a zonas suburbanas de diferentes departamentos de Bolivia, dos de mis hermanos viven en Santa Cruz, una hermana vive en Oruro y tres vivimos en Cochabamba.

Lenguas que hablo

Mi lengua materna es aimara y con mi padre aprendí el castellano. Entonces, cuando entré a la escuela ya sabía hablar aimara, castellano y entendía el quechua. El estar en diferentes lugares en los que mis padres conversaban en quechua hizo que entendiera el quechua. Así, en la primaria tuve la oportunidad de llevar muy bien mis estudios, aunque la discriminación por parte de mis compañeros era constante; por el hecho de escucharme hablar en lengua indígena era tipificada como india. Pero, aun así seguí estudiando y siempre me decía a mí misma “si mis compañeros y compañeras pueden en el estudio, porque yo no?”. Este fue el impulso principal para seguir. En la secundaria, las materias de lengua que pasé tenía relación con la lengua indígena, más a lo contrario, llevaba el francés y el inglés, aun así seguí fortaleciendo el quechua conversando con las personas mayores de mi barrio.

Mis estudios

El anhelo de mi padre y mi madre y que siempre me repetían era que tenía que estudiar. Además, era la última en quien depositaban la esperanza de que alguna de sus hijas/os estudiara para no sufrir como ellos. También fue una fuerza para seguir adelante el que me recordaban que no me avergonzara de las lenguas que hablaba y de mi origen. Esto marcó mi vida, por tanto, decidí seguir estudiando en la universidad la carrera Ciencias de la Educación, ahí tampoco me hice problema con mis estudios, me fue muy bien. Tuve la oportunidad de llevar la materia de quechua en dos semestres, ahí profundice la escritura del quechua, pero lo más significativo se dio en el diplomado que pasé de producción de textos en quechua, las clases presenciales desde que entrábamos hasta que terminaba la clase y la conversación entre compañeros eran íntegramente en quechua, lo que, en gran medida mejoró en mí el diálogo y el uso en la comunidad con todas las personas quechua hablantes.

Aun así, existía un vacío en mí porque en casa ya nadie de mis hermanos hablaba en lengua indígena, ni transmitía la lengua a sus hijos. En una ocasión me dije “tengo que enseñar a mi sobrino pequeño la lengua”, pero, por razones de trabajo, no se dio así. El hecho de que mi padre me acompaña y aún habla lengua indígena me animó mucho, entonces se convirtió en mi apoyo, con el siempre en diferentes oportunidades empecé a hablar en lengua, la alegría es que el me responde en la lengua desde entonces hasta ahora que le hablo. Ya entonces mis hermanos, sobrinos y primos me miraban como a un bicho raro o más bien a una ‘bicha rara’.

El hecho de estar siempre con mis padres y hablar lengua indígena creó un amor dentro de mí por la lengua indígena y por lo que eran mis padres, que casi se fue apagando. Pero, mi fortaleza estuvo siempre dentro de mí en todo lugar.

Tener a mi hijo llenó de felicidad mi vida, porque ahí estaban los desafíos de lo que yo quería para él. Por otro lado, a sus seis meses su padre de manera determinante me dijo :“Mi hijo tiene que aprender quechua”. Y, finalmente, entrar a la maestría de sociolingüística y escuchar la experiencia de la compañera Rosario Saavedra, que ha promovido la transmisión del quechua como lengua materna a sus hijos, me llevó a tomar esta decisión de manera rotunda y de

enfrentarme al castellano, a pesar de que el tiempo estaba en contra de mí. Al final, mi alegría sería que mi hijo hable quechua.

Así tomé la decisión

Fue así que, cuando cumplía un año, decidí hablarle a mi hijo solo en quechua, dijeran lo que dijeran alrededor mío. Al inicio, tenía un poco de temor de cómo reaccionaría mi familia. Empecé a hablarle quechua expresándole mis sentimientos, le decía “munakuyki wawitáy” ‘te quiero, hijito’ y tan solo ver su sonrisa me daba más ánimos de seguir con mi objetivo.

Ante esta situación, mis hermanos y sobrinos en casa de inmediato reaccionaron ante mi actitud. Se hacían la burla de mí y como mi hijo solo me respondía con sus sonrisas, sus besos y abrazos, ellos hablaban por él, le decían “Mana parlawaychu niy” ‘no me hables, dile’ por lo que se reían de mí. A pesar de eso, yo seguí. Me decía a mí misma: “No me ganará el castellano, aunque se hagan la burla de mí, voy a demostrarles que puedo contra el castellano”. Internamente muy dolida, imaginaba el momento en que ya no se me reírían, cuando verían que mi hijo sí aprendió la lengua originaria de nuestros abuelos, de mi madre y padre.

Por tanto, mi padre se convirtió en mi aliado. Así, le pedí que siempre que estuviera con mi hijo, le hablara solo en lengua indígena aimara o quechua y que no le hable en castellano. Mi padre ahora se comunica con él solo en lengua indígena y mi hijo le entiende muy bien.

Utilicé varias estrategias

La primera estrategia que utilicé fue hablarle en quechua en todo momento y lugar. A inicios, todo lo que hacía lo comentaba en quechua y mi hijo realizaba la acción conmigo. Ambos íbamos a cerrar la puerta, luego me di cuenta que me entendía. Cuando un día le dije: “Wawitáy, punkú wisk’amuy” ‘hijito anda cierra la puerta’, él fue y la cerró, me llene de alegría y ganas de seguir con mi desafío. Segundo, empecé a hacerle preguntas a manera de juego: “May ñawiyki?” ‘donde está tu ojo’, “may sinqayki?” ‘dónde está tu nariz’. Luego, eso se revierte, ahora él me hace la pregunta tocándome los ojos y quiere que le responda en quechua, “may simiyki” ‘donde está tu boca’, “may ninriyki” ‘donde está tu oreja’, “may kunkayki” ‘donde está tu oreja’,

“may umayki” ‘donde está tu cabeza’, “may chhujchayki” ‘donde está tu cabello’, “may chakiyki” ‘donde está tu pie’, y él me responde tocándose. Cuando no le presto atención, me dice “mami mami!” y sigo respondiendo las preguntas. Después, cuando él me toca una parte del rostro, se va respondiendo solo, cuando me toca los dientes dice “kiru” ‘diente’, cuando me toca la oreja dice “ninri” ‘oreja’, cuando me toca la cabeza dice “uma” ‘cabeza’, cuando me toca el cuello dice “kunka” ‘cuello’. Ahora ya interactúa con todos los objetos que están alrededor, como la vestimenta que usa. Cuando insiste en colocarse algo, yo le digo “mana wawitáy ch’ichi kasan” ‘no hijito, está sucio’ y él dice “ch’ichi” ‘sucio’ y ya no insiste más. Ya me responde cuando yo le digo “yaykupuna tutaña” ‘nos entraremos, ya es de noche’ y él me responde “tuta” ‘noche’ y nos entramos a la casa.

Ahora ya se va extendiendo más hacia la comunidad; cuando vamos al hospital, al mercado u a otros lugares, él señala todo objeto, dibujo que esta alrededor esperando que le explique y yo voy explicando. Cuando estamos en el hospital, él señala un cartel donde está una niña y un doctor haciéndole el control y yo le explico “doctor wawata jampisan” ‘el doctor cura a la niña’ y así va escuchando atentamente y pronunciando palabras en quechua y yo, por mi lado, en constante lucha de que no sea el castellano el que me gane.

Mi propósito era equiparme con una serie de materiales que también apoyen esta determinación. Por tanto, también tomé la decisión de apoyarme con diferentes materiales, fichas de diferentes dibujos, títeres para manejar con los dedos, músicas y audiovisuales que sean en quechua. A manera de juego, fui aplicando cada uno de los materiales para despertarle la curiosidad y el gusto, respetando los juegos en los que participa con sus primos en casa. También en esos momentos, yo estoy siempre hablando en quechua como “autuykita purichiy” ‘haz caminar tu auto’ y cuando él quiere jugar conmigo, le muestro los diferentes materiales y él elige de acuerdo a lo que más le llama la atención. Pero, todo es en quechua, incluso se suman mis sobrinos a esos juegos. Cuando elige las fichas de dibujos, le digo “¿ñawirisunchu?” ‘leeremos’ y me responde “ñawi” ‘ojo’, entonces vamos leyendo cada uno de los dibujos en quechua. En cuanto vemos sus fichas de animales y le digo “allqu” ‘perro’, a inicios decía “auauau”; cuando le decía “misi” ‘gato’, él hacía “miau miau”; yo decía “quwi” ‘conejo’ y él “kuis kuis kuis”; escuchaba “k’anka” ‘gallo’ y hacía “kukurukukú kurukú”. Luego empezó a

repetir el nombre del animal junto al sonido y ahora lo hace incluso sin sus fichas, ya lo hace al ver a los animales.

Si realiza la elección de sus títeres de los dedos, realizamos conversaciones en quechua, hacemos hablar a los títeres, yo tomo un títere de una mamá y le digo en quechua “¿Wawitáy imata ruwachanki, anchata munakuyki much’ariway?” ‘hijito, qué estás haciendo, te quiero mucho, puedes besarme’. El se pone el conejo en los dedos, al principio no hace que el conejo bese a la mujer, sino que él besa a la mujer; luego ya hace que el conejo bese a la mujer que está en mi dedo. Cuando le digo ‘bailamos’, escuchamos las canciones en quechua y empezamos a bailar, incluso zapateamos y esto lo repite con mi papá. De una u otra manera, he hecho lo posible de contar con audiovisuales en quechua y los vemos juntos; él presta mucha atención a las conversaciones y realiza la lectura de las mismas de acuerdo a lo que ve. Cuando ve el video de Atuq Antonio, ‘zorro’ Antonio, él va mencionando lo que ve o hace los sonidos de los animales. De una u otra manera, me equipé de materiales en quechua que fueron un apoyo importante para enfrentarme al castellano.

El vivir en una zona suburbana y estar al alcance de todos los medios que ofrece la modernidad no fue una limitante. Por el contrario, más bien tuve la oportunidad de aprovechar de ella, usar los medios para apoyarme en ese desafío que me propuse. Para nombrar algunos objetos que no tienen equivalente en quechua, busco nombres, por ejemplo, el refrigerador es “chirichiq” ‘el que enfría’, la hornilla es “wayk’unapaq” ‘para cocinar’; en ocasiones busco términos para los objetos así como /azuliju wawitáy/ ‘es azulajo hijito’. Ahora, el desafío es seguir trabajando con el mismo interés hasta que mi hijo hable la lengua.

A inicios me sentía sola en esta aventura, pero de inmediato vino a mi mente el aliado que tendría en mi papá. En una ocasión le dije: “Papi, quiero que solo le hables a mi hijo en aimara y yo solo le hablaré en quechua”. Lo bueno es que mi padre me apoyó desde ese momento. En cualquier situación en la que se encuentra con él, le habla en aimara, se ponen a bailar juntos y a jugar; cuando botan algo al suelo, le dice “aptma” ‘levanta’ y él recoge del suelo, a diferencia del quechua, en el que ya pronuncia palabras. Lo que me lleva a pensar que el vínculo que tengo con mi hijo es sumamente inmenso y profundo, porque todo el tiempo que estoy con él aprovecho a lo máximo y como está más conmigo que con mi papá, él entiende y ya habla

palabras en quechua. Mi padre es un apoyo incondicional en esa lucha constante con el castellano, y si bien ambos emprendimos ese reto, el tiempo a favor que tenemos es mínimo. Yo, por mis estudios, y mi papá por su trabajo. En esos tiempos ausentes, el castellano está en todo lugar y espacio de mi casa donde él está.

Mi perseverancia de hablar la lengua con mi hijo en casa y en todo lugar fue mi fortaleza. Porque si bien el papá de mi hijo me dijo que debía aprender quechua, al final puso una actitud de indiferencia hacia mí. Cuando yo le hablaba a mi hijo, su papá no creía que nuestro hijo me entendía, se me hacía la burla al igual que todos de la casa.

Obstáculos

Primero, mi auto reafirmación

El tomar la decisión de que mi hijo aprenda a hablar lengua indígena partió primero por reafirmar mi identidad, reconocermé a mí misma, quererme tal como soy, con mi origen, con mis lenguas indígenas, toda la riqueza que carga el ser indígena. Luego, que ese miedo de hablar la lengua quechua y más aún en un contexto suburbano y urbano se convierta en la semilla que se siembre en la vida para no olvidar lo que somos, para no seguir matando lo que somos, en realidad, y sembrar esto en toda la comunidad.

Risa y burla por hablar de nuevo

De inmediato me enfrenté a toda mi familia: el hecho de que le hable a mi hijo en quechua fue motivo de burla, risa, chiste y menosprecio. Mi hermano, después de escucharme hablarle en quechua a mi hijo, como mi hijo aun no me respondía, él lo hizo por él de una manera burlona: “Mana parlawaychu mamáy, sikisitúy much’away niy” ‘no me hables, mamá, bésame mi potito, dile’. Sentí un poco de dolor por dentro al escuchar eso, pero no lo demostré. Las primeras semanas eran así, por uno y otro lado. En otro momento, cuando le hablé a mi hijo, mi hermana estaba ahí. Le dije que cerrara la puerta en quechua, en esa ocasión mi hermana me respondió por él y dijo: “Mana munanichu niy” ‘no quiero dile’. Así ellos hablaban por él y respondían en negativo. Igual seguí. También me decían que él tendría problemas cuando entrara a la escuela, sugerían que lo llevara al

campo a estudiar. A pesar de lo que dijeran, mi consuelo era lo que quería alcanzar y mi apoyo y refugio fue mi papá.

La duda por parte de mi compañero

El hecho de que el papá de mi hijo, quien a inicios apoyó mi propósito, en el camino no creía mucho en el logro, también me causó dolor, él pensaba que estaba hablando al vacío. Sin duda, todos estos aspectos se convirtieron al final en fuerza para seguir y demostrarles que lo lograría. Ya vería yo si se ríen o lo dudan al ver y escuchar a mi hijo hablar en lengua indígena.

Decirle chapareño a mi hijo

El hecho de que mi hijo entiende y ya habla palabras en quechua y el estar al cuidado de mi cuñada, hace que le lleven a mi hijo a donde vayan. Entonces, de inmediato cuando llego a recoger a mi hijo, me cuentan lo que les dijeron. Mi hermano me dice:

“El Pichicho le hablaba en castellano y el José Miguel no le hacía caso y yo le he dicho ‘háblale en quechua, él no entiende castellano’ y cuando le ha hablado en quechua, le ha hecho caso y ha dicho ‘uhhh, este pequeño va a hablar como un chapareño’”. Entonces, manifestar a otras personas migrantes jóvenes que ya no transmiten la lengua a sus hijos que mi hijo habla quechua es sinónimo de etiquetarlo, lo que para las personas adultas es sorpresa y admiración. Por tanto, ante eso voy encarando muy firmemente que mi hijo aprenderá quechua y que no tengo que preocuparme por el castellano.

Tendrá problemas en la escuela

Mi hermano comenta a manera de chiste ante el resto de la familia: “Cuando vaya a la escuela, este no va a entender nada o va a ser el más tonto o el más inteligente”. Y, yo de manera persistente insisto en que su aprendizaje será normal al igual que del otros niños/as, incluso mejor.

Piensan que no es mi hijo

Por escucharme hablar en quechua con mi hijo, piensan que no es mi hijo. Mi hijo se enfermó con un resfrío muy fuerte que no sanaba.

Tenía que llevarle a la posta sanitaria que está cerca de mi casa. Mientras esperábamos nuestro turno de consulta con el doctor, estábamos sentados esperando que nos llamara. En todo momento le hablaba en quechua a mi hijo y frente a nosotros había una señora más o menos de 50 años, nos miraba y no nos perdía de vista. De repente, me dice “¿No es tu hijito?” Y le respondo: “Wawitáy” ‘es mi hijito’. Desde ese momento, ella también conversa conmigo en quechua “Manachá wawan nisarqani” ‘seguro no es su hijo estaba diciendo’, “Chayrayku ajinata parlarisan nini” ‘por eso así le está hablando, me dije’. “Wawitáy” ‘es mi hijito’ le vuelvo a decir, “ajinata-puni parlani” ‘así siempre le hablo’. “Sumaq qhichwa yachanan! ‘bien que aprenda el quechua’. “Ari” ‘sí’ le respondo y empieza a contarme “Mana warmi wawaykuna juch’uy wawankunaman qhichwapi parlankuchu, castilla simillapi parlanku, nuqalla qhichwapi parlani ‘mis hijas a sus hijos no les hablan en quechua, yo nomás les hablo en quechua’. Y, le respondo: “Sumaq, qhichwapi parlanayki” ‘qué bien, tienes que hablarles en quechua’. Hasta que le llamó el doctor y entró a su consulta.

Este mi sobrino es más indio que yo

Que mi hijo entienda quechua para su tío es que sea más indio que él. Como mi hijo está con mi hermano mientras yo salgo, implica que mi hijo esté detrás de él; así que él mismo cuenta por la noche cuando todos estamos reunidos en la cena: “Esta mañana estaba llegando doña Dora del mercado y le habla en quechua al José Miguel y me dice ‘y tú sabes hablar quechua’ y yo le he respondido ‘no, es que mi sobrino es más indio que yo’ y doña Dora se ha reído”. Al escuchar esto, los demás se ríen a carcajadas.

Logros

Entorno familiar materno

Hablarle a mi hijo en quechua causó risa, chiste en mi familia. Luego poco a poco fue implicando a todos de la familia para que vuelvan a hablar en lengua indígena ya sea quechua o aimara. Al final se convirtió de manera implícita en una necesidad.

Efecto en mi hijo

El logro más grande hasta el momento es que mi hijo me entiende cuando le hablo en quechua y que el tiempo, aunque es el peor enemigo, no es limitante para seguir en este desafío. Y lo más curioso es que cuando mi hermana, con quien más frecuenta, le habla en castellano, mi hijo repite todo lo que ella le dice. Cuando le dice “vamos ya” él dice “vamos ya”, le dice “dormí” y él repite “dormí”. Mientras que, cuando yo le hablo, él me hace caso: cuando le digo “riy punkú wisk’amuy” ‘andá cerrá la puerta’, él va y cierra la puerta, “pichaná apamuy” ‘traé la escoba’, él sale del cuarto, busca la escoba y me la trae, “ch’ichi, mana churakunkichu” ‘está sucio, no te vas a poner’, de inmediato desiste en su insistencia de ponerse algo que a él le gusta más. Ahora me comprende mejor, ya está hablando otras palabras en quechua de las que ya conoce como: *jaku* ‘vamos’, *mana* ‘no’, *arí* ‘sí’, *khbuchi* ‘chancho’, *jatun* ‘grande’, *khburu* ‘gusano’, *jaku* ‘vamos’.

Ya responde a las necesidades que tiene en quechua. Tiene dos pares de zapato similares, uno nuevo y otro ya usado. Cuando yo quise ponerle los zapatos usados por que los nuevos estaban mojados, él se acerca, mira finalmente el zapato y me dice “waqta” ‘el otro’. Sin tomarle importancia, insisto en colocarle el zapato, pero con más fuerza me dice “waqta waqta” ‘el otro el otro’. Mi hijo por primera vez estaba pidiéndome algo en quechua. Luego de escucharle, llena de felicidad le explico en quechua “kayta churasayki wawitáy, waq purinayki juq’u kasan” ‘esto te pondré hijo, tu otro zapato está mojado’ y recién deja ponerse el zapato que tenía. Mi hermana, al escuchar que yo le hablo en quechua a mi hijo, se incluye en la conversación. En esta oportunidad, ella tomaba agua y en quechua le pregunta a mi hijo: “Yakuta munankichu?” ‘quieres agua?’ y mi hijo le responde: “mana” ‘no’ ella se mata de risa pero de sorpresa, porque ella no esperaba que le respondiera en quechua, elle pensó que le respondería en castellano. Ese momento corrió la noticia en toda la casa, todos comentaban que mi hijo de verdad entiende y ahora ya está hablando en quechua.

Ahora le hablan en confianza y se dirigen a él en quechua. Y donde van, van compartiendo la experiencia, cuando preguntan si sabe hablar en quechua y con quién aprendió, ellos responden “con su mamá”.

Mi hijo donde está habla en quechua. Cuando está en el cuarto de mi hermana y ve dibujos de *maki* ‘mano’, *chaki* ‘pie’, de animales como *quwi* ‘conejo’, él solo identifica los dibujos por su nombre en quechua; o cuando juega con sus primos, él ya les responde en quechua *arí* ‘sí’, *mana* ‘no’, *jaku* ‘vamos’, *kbbuchi* ‘sucio’, *misk'i* ‘dulce’. Cuando quiere dibujar su mano en una hoja, me dice- “mami maki, mami maki” ‘mami mano, mami mano’, entonces yo agarro su mano, la coloco en la hoja y bordeo con marcador su mano y al levantar, ve su mano, se alegra y dice “maki maki” ‘mano mano’.

Efecto en mí

El logro más grande en mí es que fortalezca mi autoestima. Esto me lleva a preguntarme ¿Por qué guardar la lengua solo para la casa, la familia, el campo y no hablarla en todo lugar? Romper esta barrera cuesta, pero no es imposible. ¿Por qué terminar con esa riqueza de varias lenguas que me heredaron mis abuelos y padres? El reto es hablar constantemente en quechua y transmitirlo en línea directa a nuestros hijos o indirectamente a nuestros sobrinos, demás familiares e incluso vecinos. Por otro lado, la frecuencia de hablar con mi hijo también ha mejorado mi fluidez en la lengua. Ahora hablo en lengua indígena con mi padre en todo momento aunque él a veces me responde en castellano. Por mi insistencia, retoma la lengua aimara o quechua para responderme. Y, que digan lo que digan, se rían o no se rían, les guste o no les guste, me critiquen o no me critiquen, me insulten o no me insulten, yo no pararé de transmitir la lengua indígena a mi hijo e hijos si tengo uno más y de enseñarla a quien me escuche.

Efecto en su padre

Le cuesta creer que su hijo entienda y hable en quechua. Pero, mi hijo cuando juega con él le molesta y empieza a tocarle la cara diciéndole “ñawi” ‘ojo’ y le jala diciendo “ninri” ‘oreja’. A inicios, no comenta nada, pero se queda pensativo y no me dice nada. Cuando llega del trabajo y yo le digo a mi hijo “much’ariy” ‘dale un beso’, se acerca y le besa; mientras está echado, le digo “sinqan” ‘su nariz’, “ñawin” ‘su ojo’, “simin” ‘su boca’, “uman” ‘su cabeza’ y mi hijo le toca según lo que le digo y su papá se ríe, al parecer sorprendido. Cuando me escucha

hablar con mi hijo y ver que él hace lo que le digo, sin hacer gestos, se queda callado y no dice nada. Pero, cuando mi compadre vino a la casa y me escucha hablarle en quechua a mi hijo, le pregunta a mi esposo: “¿Entiende quechua?” Y él le responde “Sí, su mamá le habla solo en quechua”. En la casa de mis suegros, cuando mi suegra le dice a alguien que sabe quechua, de inmediato él interviene y les dice que sabe todo. Ahora, después de ver y no creer al principio, él dice que ha sido quien me ha animado primero a que tome esta decisión.

Mi pareja, si bien me animó, luego dudó, ahora al verle a mi hijo, también se queda muy sorprendido. Ahora él le habla en quechua y mi hijo le responde “mana” ‘no’, “arí” ‘sí’, “jaku” ‘vamos’, “khhuru” ‘gusano’. También, cuando preguntan sus amigos “¿De verdad sabe quechua?” él responde que sí.

Estoy muy feliz, ya que veo el fruto de mi esfuerzo y enfrentarme al castellano ha valido la pena. Pese al tiempo que disponía para estar con mi hijo, lo poco que tenía se convirtió en mucho, porque trabajé el doble y me dediqué a ello con mucho amor.

Efecto en mis sobrinos

Mis sobrinos a un inicio ocultaban sus raíces. En una ocasión me cuenta mi cuñada que mi sobrina de 15 años menospreciaba a sus compañeros de curso que tienen mamás de pollera y papá agricultor. Cuando mi hermano le molestó con un muchacho de su curso insinuando que estaban enamorando, ella de inmediato respondió “Yo no estoy con indios, son feos”. Me molesté y de manera inmediata conversé con ellos, les expliqué su procedencia, el origen de sus abuelos, de sus papás, incluso les hice recuerdo del momento en que fuimos a la comunidad donde nacieron y vivieron todas las generaciones anteriores de mi mamá y mi papá. Desde ese momento cambiaron de actitud.

Ahora ya muestran interés por aprender. Ni siquiera se interesaban tanto avanzando la materia de quechua, creo que lo hacían solo por cumplir y aprobar la materia. Mientras que ahora, al verme hablarle a mi hijo solo en quechua, se interesaron por aprender -a inicios, por necesidad de hablarle a mi hijo, ahora de manera directa e indirecta pronuncian palabras en quechua para hablarle a mi hijo. Comparten a todos sus compañeros de que su primito sabe hablar

quechua y a donde van, incluso en el colegio donde está, van comentando, igual a sus profesores; ellos mismos cuentan que tanto sus compañeros que hablan quechua y sus profesores le hablan en quechua y mi hijo responde. Ellos cuentan en casa emocionados que sus compañeros, compañeras y profesores quedan sorprendidos al escucharle hablar a mi hijo.

Efecto en mis hermanos

Antes, mi hermana cuando conversaba con su esposo sobre algún tema que no quería que se enteraran sus hijos, conversaba en quechua. Era como un código oculto para que no entendieran mis sobrinos. De igual manera, cuando quería compartir conmigo algún secreto, lo hacía en quechua. Ahora ya no se usa la lengua como código. Además, aunque se lo quiera usar como código, ya no funciona, según su mamá, ellos ya entienden la lengua.

Mis hermanos que al principio se referían de manera negativa, ahora intervienen en quechua cuando se comunican con mi hijo. Mis sobrinos no aprendieron la lengua con la materia de quechua que tienen en el colegio, pero el hecho que yo le hable a mi hijo los motiva a escuchar y aprender el quechua como segunda lengua, están tan interesados que hasta ya aprendieron palabras para hablarle a mi hijo.

Al ver que mi hijo entiende quechua y ya pronuncia palabras, se sorprenden. Cuando a mi hijo le digo: “Jamuy makiykita mayllakunki” ‘ven te voy a lavar las manos’, él me entiende, viene y se lava las manos.

El hecho de que en casa y en todo lugar hable con mi hijo en quechua hace que poco a poco con palabras u oraciones cortas se involucren mis hermanos en quechua y a veces en aimara cuando hablo con mi papá.

A mí me alegra y me llena de mucha emoción, que lo que me propuse esté dando sus frutos. Justo ayer mis hermanos le hablaban en quechua pidiendo que les bese en la oreja sin darle ninguna señal, él se acercaba y les besaba en la oreja y así ellos mismos se sorprendían –comentándome “entiende y está pronunciando palabras”.

Algo muy gracioso que me dijo mi hermano: Yo llego a casa y entro a recoger a mi hijo; ni bien ingreso a su cuarto, mi hermano

me dice: “Ross, me tienes que pagar de la traducción más, tu hijo no entiende castellano y para que me entienda, tengo que hablarle en quechua” y todos los que estaban ahí se matan de risa. Continúa contándome: “Hoy le he dicho ‘no hagas así, te vas a caer’ y no me hacía caso y cuando le he dicho ‘ama ajinata ruway, urmakunki’ rápido me ha hecho caso y se ha levantado del lugar. Tengo que hablarle en quechua para que me entienda”, sostiene mi hermano.

En otra oportunidad me dice: “Tienes que seguir hablándole nomás en quechua a tu hijo, entiende bien y ya habla; hoy día le ha pedido a la Jane que le lave las manos, ella solo le estaba lavando la cara y luego, antes de que se vaya, le dice maki maki ‘mano mano’ alcanzándole sus manos”. Por tanto, de todas estas experiencias y logros que tiene mi hijo me voy enterando por mis hermanos.

Lo más sobresaliente de lo que me propuse es que se muestra por sí solo a la comunidad. Las mismas personas cercanas a mi familia se quedan admiradas al hablarle a mi hijo, me miran, incluso la suegra de mi hermano me mira mientras yo le hablo en quechua a mi hijo y le dice a su cuñada: “Sabe hablar quechua” mientras nos despedimos y la señora se queda y dice “¿En serio?”. Mi cuñada interviene y dice: “Sabe bien quechua, habla!” y empiezan a hablarle, le dicen: “Makiwan much’anata kachachiy” ‘mándale un beso con la mano’ y mi hijo le manda un beso. Cuando le digo “ch’irmiy” le hace un guiño. Luego me pregunta: “¿Cuántos años tiene?”. Cuando le respondo dos, admirada me contesta: “ahh, dos años y sabe hablar quechua!”

Efecto en mi comunidad y en los vecinos

En la comunidad causó una gran sorpresa. Se hizo una herida, entonces todos los días salíamos a hacer las curaciones, en cuanto me escuchaban hablarle en quechua, se sorprendían y también entablaban conversación en quechua. Las personas que saben hablar quechua, primero comprobaban si realmente sabía, le decían “muchariway” ‘dame besito’, “ch’irmiykuway” ‘hazme guiños’ y mi hijo respondía. “Ahhh de verdad sabe, qué bien”.

Lo que más me llama la atención, es la sorpresa que se llevan las mamás que hablan quechua y que no transmitieron la lengua a sus hijos, las mamás migrantes de Potosí y La Paz que tampoco les

hablan en lengua indígena a sus hijos. Al ver que yo le hablo a mi hijo en quechua, al escucharme por un momento se ponen a pensar.

Justo por donde vivo, hay migrantes de Potosí. Cuando pasamos por la calle, están afuera en la acera de sus casas con sus hijos y yo le digo a mi hijo: “Imaynalla niy, much’ariy chay wawakunaman, makisituwan kachachiy much’anata” ‘como están dile, bésale a esos bebés, mándales besito con la mano’, y mi hijo con la mano les manda besito, las señoras entre ellas comentan “Sumaqta qhishwa parlasya yachan i? ‘sabe hablar bien quechua, no?’”.

Lo que me favorece es que, por donde vivo, hay personas mayores que hablan la lengua, entonces, cuando me escuchan hablar con mi hijo, se integran. La señora de la tienda no habla en quechua con sus nietos. Me dice: “Mis nietos no saben quechua” y en cuanto ve a mi hijo en la tienda, Doña Dorita le habla siempre en quechua: “Imata rantikunki?” ‘qué te comprarás?’ Mi hijo le dice “misk’i” ‘dulce’.

En la última oportunidad que llevé a mi hijo al médico, mientras le colocaban la inyección de refuerzo, la enfermera le hablaba en castellano: “Levanta tu manito, ya?”, y mi hijo no respondía, así es que yo tuve que hablarle en quechua “Mana kuyukuychu ya?” y mi hijo me decía “ya”. Cuando hizo contacto su piel con la aguja, se puso a llorar por un momento y me dijo “Khuru mami?” ‘gusano mami?’ le respondo: “Arí jampiri wañuchin” ‘sí la enfermera lo mató’. Los enfermeros quedaron muy sorprendidos y me dicen: “Le estás hablando en quechua?”. “Sí, solo en quechua”, respondí. Después dicen: “Qué bien, a nosotros nuestros papás no nos enseñaron”. Desde ese momento, mi hijo tomó confianza y se despidió con un beso.

Y al retornar del hospital a nuestra casa, conversamos en quechua todo el trayecto, muchos nos miran, señoras mayores de pollera, niños, niñas, mamás y papás, nos re-miran una y otra vez, hasta que una señora adulta mayor se animó a hablarle a mi hijo. En la primera oportunidad que pasó por nuestro lado, se volteó a mirarnos y se reía de sorpresa, la segunda ya se animó a hablarnos y de manera directa le dice- “Much’ayta kachamuway” ‘mándame beso’; mi hijo la mira, después de un momento le envía un beso y ella se va muy sonriente. No me preguntó nada como otras señoras, ni bien mi hijo le respondió, se fue como llena de felicidad, muy contenta.

Recientemente fuimos a hacerle cortar su cabello y el peluquero me dijo que le ayudara. Entonces, me acerqué al sillón donde estaba mi hijo y mientras el peluquero le movía su cabecita, yo le hablaba en quechua: "Uraman qhaway wawitáy" 'mirá abajo hijito' y él me hacía caso. De modo que el peluquero me pregunta: "Le estás hablando en quechua a tu hijo", le respondo que sí. Él empieza a decirnos que a su hija menor le están enseñando en la escuela. Nos comparte su experiencia, nos dice que él entiende pero que no habla muy bien, pero, al escuchar que yo le hablaba en quechua, él también se dirigió en quechua a mi hijo. Yo le decía "Pataman qhaway wawitáy" 'mirá arriba hijito' y él decía "pataman", cuando le decía: "uraman, uraman" 'abajo abajo', repetía y se notaba que pronunciaba sin ninguna dificultad. "¿Desde cuándo le hablas en quechua?" me dice y le respondo que desde sus meses de nacido "le hablo solo en quechua". "Qué bien", me dice moviendo la cabeza.

Mi hijo ya habla en quechua a donde vaya

En un solo día, tres fueron los impactos para mí. Al bajar de casa en movilidad yo le hablaba en quechua: "Yaykuy wawitáy kayman chukukunki 'entra hijito, siéntate aquí'; "sumaqta awtituykita jap'inki" 'vas a agarrar bien tu carrito'. "Ya" y de pronto escucho la voz de la señora que estaba sentada detrás de nosotros y me dice "Le estás enseñando quechua?" Luego me dice "qué bien, es bueno que sepan hablar quechua" y siguió escuchando cómo mi hijo respondía a lo que le decía. Le dije a mi hijo: "imaynalla niy señoraman much'ayta kachachiy" 'cómo estás dile a la señora, envíale un beso' y él se da la vuelta, la mira y la señora con mucho cariño le dice "papatúy".

Otra situación, estábamos en un cumpleaños y a la mesa empezaron a venir las abejas por los dulces y mi hijo asustado me grita "Mami, khuru khuru!!!" 'mami gusano gusano'. Después de calmarlo, una amiga que estaba en la mesa con nosotros se admira y dice: "Entiende bien y ya habla, no?".

La otra situación: al retornar a casa en movilidad, vino muy emocionado y alegre agarrando sus juguetes en la mano. Hubo un momento en que nos separamos de su papá y mi hijo con voz muy fuerte le dice "tatáy" y su papá le responde "wawáy" 'hijo' una y otra

vez; vinieron así por un momento, las personas de la movilidad todos le miraban a mi hijo y sorprendidos se reían. Detrás de nosotros habían una pareja quienes hablaban quechua pero al hablarle a su hijo le hablaban en castellano y la señora comenta con su esposo y le dice: “Suma qta parlayta qhishwata yachan” ‘sabe hablar bien quechua’ y a su hijito le dice: “Mana qan ajinata parlawankichu” ‘tú no hablas así’ y admirados escuchan cuando mi hijo me responde *mana*. Su papá se quedó muy sorprendido, ahora el ya le habla en quechua algunas veces.

Efecto en la familia de mi esposo

A un inicio, había silencio en los momentos en que yo le hablaba en quechua. Luego se fueron integrando poco a poco. Ellos le hablaban en castellano y yo insistía y le hablaba también en su casa en quechua. Mi deseo era que ellos le hablaran también en quechua, aunque lo que me gustó mucho de la casa de mis suegros es que ahí ellos, entre hermanos u otros familiares, compadres, hablan la lengua. Entonces, eso para mí es lo máximo, porque al estar mi hijo con ellos, también escucha las conversaciones y las entiende.

A escuchar que yo le hablo en quechua a mi hijo cerca de ellos, mi suegra se fue integrando, ella le habla en quechua le dice: “Jamuy riy pukllamuy tiyuykiwan” ‘ven, anda a jugar con tu tío’, “jap’ikuy” ‘agárrate’, “jap’ikuspa uraqay” ‘baja agarrándote’. Y cuando llegan visitas a la casa, les dicen que mi hijo habla en quechua. En el cumpleaños de la abuelita de mi esposo, estaban muchas personas mayores que hablan quechua, una de las tías con la que se encontraban de casi 15 años estaba conversando conmigo y se acerca mi suegra y le dice: “Pay yernay tiay, qhishwata parlayta yachan, allchhisituypis suma qta yachallantaq qhishwa parlayta” ‘ella es mi nuera, tía, sabe hablar quechua, y mi nietecito también sabe hablar muy bien quechua’. La tía se quedó muy sorprendida. En ese momento pensé que lo que inicié ya está empezando a mostrar los logros, no por mí, sino por mi familia tanto la mía como la de mi pareja.

Mis cuñados afirman no entender, pero, yo pienso que sí entienden pero no lo hablan, ya que en su entorno familiar se comunican más en castellano. Tanto ha sido la persistencia de hablarle quechua a mi hijo en la casa de mi suegra, que en una oportunidad, yo

le hablo a mi hijo frente a mi pareja y su primo, en broma le dice a su primo “de que te ríes, si no entiendes”, y su primo le responde: “¡Sé, cómo no voy a saber!”. Desde ese momento, siempre que estamos en su casa, él le habla algunas palabras en quechua como *jamuy* ‘ven’, *jatariy* ‘levantate’, *kichariy* ‘abrí’, *sayay* ‘párate’.

Todos los fines de semana que vamos a la casa de mis suegros, el primo de mi esposo le habla palabras en quechua, le dice “José Miguel, ama urmakunki” ‘no te vas a caer’ y mis suegros le hablan en quechua. En una ocasión, mi suegra le dice “wawitáy much’ariway jamuy” ‘hijito ven dame un besito’ y mi suegro le sugiere “yuuuu jamuy niy ahhh” ‘tú ven dile pues’. Cuando partimos de casa, se despide de todos y todas, yo le digo “wawáy, muchariy ‘dales besito’ y él de canto les da un beso.

Desafíos

Seguir en ese camino que emprendí y no dejarme vencer hasta que mi hijo hable en quechua. Seguir en ese camino de la constancia y la acción está dando los frutos. La mejor experiencia que una puede tener es lo que está pasando en lo real con su familia.

Lecciones aprendidas

Tomé una decisión y me encaminé en ella con mucho amor, siempre con miras al futuro y el alcance de los logros, sin importar las críticas negativas y sustentarme como apoyo en las críticas positivas.

Perseverar y ser constante con la decisión. Hablar en quechua en todo lugar, romper con las barreras mentales que tenemos en nuestra cabeza. Ya que la lengua es nuestra herencia y si no la transmitimos, estamos perdiendo la continuidad de ella y atentando su permanencia en nuestra familia y nuestra comunidad.

Encontrar apoyo en las personas más sabias de nuestra familia. Aprovechar a lo máximo la enseñanza que tenemos a nuestro lado y en nuestra familia y que está en nuestros abuelos, papá y mamá. Mi papá es mi fortaleza.

Enfrentar de manera positiva las vibraciones negativas. Muchas veces te enfrentas a circunstancias negativas de miramiento, de indiferencia o rechazo, incluso de locura.

Transmitir la lengua y no creer que tu hijo hable quechua, cuando en realidad lo mejor que podemos transmitir a nuestros hijos es la riqueza de nuestra lengua indígena. Y que de pequeños es el mejor momento para hacerlo.

Buscar los medios de apoyo. El emprender y encaminarme en la transmisión de la lengua a mi hijo me ha involucrado enteramente y de una manera u otra me he apoyado en todo lo que me ofrece el contexto. Materiales que están y que me han ayudado mucho, mediante los cuales mi hijo reconoce objetos, frutas, partes del cuerpo, animales en quechua. También he buscado videos en idioma indígena, los cuales le encanta ver a mi hijo, una y otra vez me pide que los difunda. Por tanto, la tecnología que ofrece esta modernidad te ayuda a desenvolverte mejor.

Romper barreras mentales. Empezar por mí misma, mi familia y mi comunidad. Por lo que estoy muy feliz. Todos se sorprenden al escuchar a mi hijo. Ahora, el desafío no termina, hay mucho más por hacer, con mucha fuerza y valor.



Rossmery junto a José Miguel unidos por el quechua

Experiencias de revitalización de las lenguas mixteca y zapoteca con Yahir

Juan Reyes
Zapoteco, Oaxaca, México

El *dí'stè* se aprende como se aprende a caminar

Para empezar, estoy registrado como Juan Reyes Ruiz, pero me gusta que me llamen por mi nombre, Xwa, como me llaman en zapoteco los abuelos de la comunidad. Pocos son los que me llaman por el nombre que me gusta. En mi casa y en la comunidad sólo me dicen Juan, pocos son los ancianos de la comunidad que me dicen Xwa. Aunque cuando estaba pequeño no me gustaba este nombre, ahora deseo que me llamen así, algunos de mis amigos del facebook ya me están empezando a llamar de esta manera, incluso aquí en Bolivia. Porque Xwa es un nombre zapoteco para llamar a los Juanes. Me nombraron Juan en honor a mi abuelo paterno, a él también le conocían como Xwa. Nací en la comunidad de Las Cuevas, Santo Domingo de Morelos, Pochutla, Oaxaca. Soy hablante de la lengua zapoteca de la sierra sur costa.

Nací y crecí en una familia monolingüe zapoteca, mi papá, mi mamá y mis demás hermanos hablan el zapoteco, yo, por lo tanto, aprendí a hablar mi *xkí'z ná, dí'stè*. Yo ocupaba el séptimo lugar de mi familia ahora ocupo el sexto, ya que uno de mis diez hermanos se nos ha adelantado en el camino.

Desde *miy ná* 'recién nacido' *nzôn lô nchúng¹* mis padres me hablaron en zapoteco, mi madre por su parte en todo momento y en donde quiera que iba me llevaba cargando en su espalda con reboso y en todo el tiempo me hablaba en *dí'stè*, ella me ha contado que mis abuelos me arrullaban en sus brazos, cantándome en *dí'stè*. Mi mamá por su parte, hacía lo mismo, me arrullaba y me cantaba

1 Especie de cuna hecho de bejuco y costalilla especial para bebés.

en zapoteco, el canto de arrullo acompañaba un sonido y va de la siguiente manera:

Shh, shhh, shhh, shhh
 Gontá, gontá, mbéd ná
 Shh, shhh, shhh, shhh
 Gòntá, gòntá xí'n ná
 Shh, shhh, shhh, shhh
 Bdàt mbèd ná
 Bdàt, bdàt, bdàt

Conforme fui creciendo, comencé a pronunciar mis primeras palabras. En la casa solo jugaba con mi hermano y con mis hermanas, en el juego se vivía de todo, platicaba, me molestaba y reñía en *dí'stè*; mis juegos favoritos eran el carrito de bote con llantas de sandalias, el *paj paj*, entre otros. Muy pocas veces socializaba con otros niños, pues no se tenía la costumbre de ser callejeros, como dice mi mamá, se estaba solo en la casa, poco se tenía la costumbre de salir porque habían pocas casas y, además, estaban dispersas, menos salí a otros lugares.

Solo las veces que teníamos que ir a una fiesta, solo ahí escuchaba las músicas en español con la trompeta y unos discos del tamaño de las tortillas, la voz seguía al compás de la música pero yo no entendía nada, si bailaba era por el ritmo y por el gusto.

La insistencia de mis padres porque aprenda el español

¡Btodis gó' dís xtil yòj! ¡Hablen en español hombre! Esto fue hasta los seis años, ya sabía hablar bien el zapoteco cuando entré a la escuela. Hasta entonces no comprendía una sola palabra en español. Recuerdo aún aquella casa de palma que me cobijó por primera vez, esta era la escuela. En esos tiempos me daba mucho miedo asistir, ya que desde el primer día el profesor que me tocó me empezó hablar solo en español, se hacía el que no hablaba zapoteco, mucho después supe que él sabía mi lengua. Pero le fue muy indiferente y pocas veces me habló en zapoteco. En el salón sí estaba obligado a hablar en español, fuera de ahí no importaba mucho.

Eso era lo que querían mis padres, cuando les contaba que no entendía nada de lo que el maestro me explicaba y me enseñaba en

la escuela, ellos sonriendo y de una manera de halago me decían “jwín toz key pay, tága mud zá te’d là dí’s xtil” ‘está muy bien papito, solo así aprenderás el español’, “más jwín tòb nza jwa’n nlo’ mbol maestr zá támud yó ned là” ‘ponle mucha atención para que te encamines’, para ellos mejor si el maestro me pegaba y me sonara y mucho mejor si no me dejara hablar el zapoteco, yo no comprendía en lo absoluto lo que esto implicaba, solo seguía los consejos de los grandes, de los papás. Por eso es que en la escuela fue el espacio donde aprendí a pronunciar las palabras en español y a mejorarlas.

Eso es por un lado; por el otro, en estos tiempos en los años noventa, mis hermanos ya salían a la ciudad a trabajar y cuando tenían oportunidad de regresar a mi casa, mis padres se ponían contentos y me decían “como tú ya vas a la escuela, ahora que vengan tus hermanos, vas a empezar a hablar y a platicar en español con ellos”.

Entre los hermanos nos daba mucha pena y vergüenza ensayar el español, es que en cualquier momento podíamos equivocarnos en la pronunciación, además de que mi léxico y su léxico era muy pobre.

Pero cada vez era más frecuente escuchar a mis padres decir “btodi’s gó’ dí’s xtil yòj” ‘hablen en español, hombre’ “Kwanliy ndyola’s gó’ ná, chó ná jwa’n ná da ndâ gó’ yò skwel” ‘¿Por qué les da vergüenza, qué no por eso van a la escuela?’ En el peor de los casos nos decía “xá nli men nankéda skwel nli gó” ‘hacen peor que los que no van a la escuela’. Pero nosotros nunca les hicimos caso, a ese “btodi’s gó’ di’s xtil yòj” ‘hablen español, hombre’.

Su interés estaba en que todos nos comunicáramos en español para que ellos pudieran aprender de nosotros. Bueno ellos nos decían “Btodi’s gó’ dí’s xtil zá te’d na’ lud” ‘hablen español para que podamos aprender tantito’.

Como mis padres veían que no les hacíamos caso, obligaban a mi hermana que me hablara en español al ayudarme sobre todo en las tareas. Me sentaba con ella cada vez que regresaba de la escuela y obligadamente me hablaba en español cuando las palabras no se podían traducir pero enseñarme a hablar en español nunca lo hizo y nunca nos hablamos.

Tanta insistencia de mis padres en que aprendiéramos el español nos alentaba pero, al mismo tiempo, nos castigaba. En una ocasión, cuando otra de mis hermanas hacía su tarea de matemáticas por la noche, mi padre de pronto le dijo que le contara los números

en español. Ella estaba en segundo grado. Al llegar al número catorce no podía pronunciar bien la letra r, mi papá insistía tanto en que lo pronunciara bien, ella nunca pudo pronunciar bien esta palabra y mejor decidió abandonar la escuela.

Toda esta exigencia y esperanza más de mi papá tenía una explicación detrás y tenía que ver con la dificultad que enfrentaba él al no comprender y hablar bien el español para llevar a mis hermanas a buscarles trabajo en la ciudad, y la dificultad que enfrentaban mis hermanas en contextos hispanohablantes al no hablar bien el español. Por eso nos insistía mucho más diciéndonos “Bted gó’ dí’s xtil zá natyaktá gó’ xámud ndyak ná” ‘aprendan el español para que no pasen lo que yo paso’, “btoxut gó’ rò gó’”, ‘mejoren su boca’ queriendo decir que mejoremos nuestro léxico en español, “zá masá nít gù gó’ tayal nyab gó’” ‘para que sepan, aunque sea, pedir su agua’.

Discriminación en la escuela y en la ciudad

Los momentos más anecdóticos de discriminación estuvieron siempre presentes conmigo y con mis padres hasta mi ingreso a la Escuela Normal Bilingüe.

Como todas las veces, solíamos salir de dos a tres de la mañana para ir a la ciudad, al distrito de Pochutla. Viajé mayormente con mi papá. Cada vez que iba con él, hacía todo lo posible para no ir cerca o pegado a él, pues yo no quería que me hablara en zapoteco, renegaba de mí mismo y de mi padre. Llegó el momento en que inconscientemente más de una vez dije “cuánto hubiera agradecido a Dios si me hubiera dado la oportunidad de nacer en un lugar hispanohablante y con padres hispanohablantes para no sufrir más esta discriminación”. Es que cada vez que mi papá compraba algo, la gente se le quedaba viendo y al no entender lo que quería decir, solo le movían la cabeza, hacían que repitiera lo que quería comprar o nomás no le vendían. Yo veía esto y me avergonzaba de que él fuera mi papá. Cuando él me preguntaba algo en zapoteco, yo le respondía lo que podía en español o si le contestaba en zapoteco, lo hacía en sus oídos con tal de que no me oyeran los demás hablar el zapoteco. Yo no quería ser discriminado igual, no quería que me llamaran indio, huarachudo o patarajadas. Por eso me presionaba a mí mismo hablar el español.

Tal vez no soy el único caso en el mundo que ha vivido serias discriminaciones por hablar una lengua indígena, pero en otras ocasiones como muchas otras veces, en la secundaria y en el bachillerato, al hacer los trabajos por equipo entre compañeros estudiantes me discriminaban vilmente. Cada vez que teníamos que formar equipos para hacer algún trabajo académico, nos reuníamos entre compañeros que hablábamos el *distè* porque los otros no nos incluían, ni nos querían en su equipo. Si alguna vez me incluyeron en otros equipos entre chavos de habla español fue por conveniencia, era porque comprendía mejor los textos, leíamos y les explicaba el texto, pero luego me dejaban solo haciendo el trabajo en papel bond. Si no me incluían, era por la lengua, porque no pronunciaba bien el español, se burlaban de mí y me decían algo así similar a lo que me decían mis padres “habla bien hombre”, pero en español y ya no ese “btodi’s gó’ dí’s xtil yòj” que ya me tenía traumatado.

En una de las vacaciones que tuve, me di la oportunidad de ir a trabajar en Pochutla. Fue la primera vez que salí de mi casa. Yo aún no sabía hablar bien el español, pero me aventé sin importarme nada. Como era de costumbre, un día, al abrir las cortinas del local, la patrona me señaló que le llevara el “mechudo” para que trapeara, yo no sabía qué era el “mechudo” y me guié por lo que tenía que hacer, tenía que hacer el aseo y como no supe ni pregunté qué era mechudo, me tardé en el baño tanteando qué llevar de entre el “mechudo”, jalador y recogedor. En eso, la patrona me llamó y me dijo qué tanto hacía, por qué no me apuraba. Finalmente decidí llevar el jalador. Y al ver eso, me regañó y me dijo que acaso no entendía el español, y que lo que llevaba se llamaba jalador y no mechudo, que era lo que ella quería. Me sentí mal pero aprendí, fueron lecciones que se repitieron varias veces en mi vida. Todo esto me hacía cada vez más sentirme menos, avergonzarme de mi lengua y no quería hablarla más.

Lo mismo me pasó en otra ocasión cuando trabajaba en una zapatería, estaba rodeado de personas que tuvieron mucho que ver para mejorar mi español. Mis patrones no me echaron nunca en cara de ser zapoteco aun sabiendo que yo lo hablaba, en cambio sí sus nietos. El niño de 10 años siempre me humillaba, me decía que eran un *yope* o un indio por hablar mi lengua. Primero me hacía hablar y luego se reía de mí burlonamente. En cambio, una vez la niña, su hermana, me vio una vez platicando con mi papá enfrente de la tienda, ella des-

pacio se acercó a nosotros y me preguntó “¿hablas inglés?” Yo le respondí que no, “¿por qué?” y ella me dijo: “Entonces por qué te despidas de tu papá diciéndole *mbay*”. Le respondí “Es que *mbay* significa ‘bueno, está bien’ en zapoteco...yo hablo el zapoteco”. La niña me dijo “¿Cómo lo aprendiste? ¿Quién te enseñó? ¿Y cómo puedes hablarlo? ¿No está difícil? ¡Qué bonito!”. Siguió “¿Me enseñas unas palabras?” Le dije que sí, entre las preguntas que me hizo fueron ¿Cómo se dice cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿Cómo te apellidas?

Dos situaciones que presionaban hablar español

La comunidad donde vivo es monolingüe en zapoteco, pero últimamente, por los lazos familiares o por cuestiones de matrimonio, los señores y jóvenes de la comunidad se han casado con mujeres hispanohablantes o hablantes de otras lenguas. Estas mujeres no hablan el zapoteco, pero al paso del tiempo comienzan a entender el *dí'stè* y terminan dialogando con sus suegras y personas de la comunidad. Mi mamá observa esta situación y se da cuenta lo que sufren las suegras de estas mujeres al no poder comunicarse con ellas. Por eso, en mi casa mi mamá insiste en que le enseñemos el español para que pueda comunicarse con sus nueras, si fuera el caso. Se repite la misma historia porque nos resistimos a hablar el español y nunca le enseñamos a mis padres la lengua castellana porque no lo veíamos necesario y, además, ¿para qué? si todos entendemos el zapoteco que es más natural para la familia.

Pero su insistencia y lamento era aún más fuerte cuando se habían enfrentado a la situación que esperaban con sus yernos. Resulta que dos de mis hermanas se casaron con personas monolingües en español, cada vez que llegaban a mi casa, mis padres me decían “de' zá todí's nuà xa' tak ngén chó todí's nu xa'” ‘ven para que platiques con él o con ellos, porque están solos y no hay nadie que les platique’. Por eso, en muchas ocasiones me ocupaban mis padres para traducir en español lo que tenían que hablar con mis cuñados, o si no entendían algo, luego me preguntaban. Es decir, siempre tenía que estar con ellos para ayudarles, porque yo era el único que entendía mejor el español, aunque estaban mis hermanas, pero como las pláticas difieren entre género “no es lo mismo”, dicen. Además, tenía que ver con la credibilidad de lo que decían. Por ejemplo, cuando quieren darles algún consejo o intervenir para resolver algún problema, si lo tradujeran mis

hermanas, no le creerían, por eso tengo que estar ahí para eso. Ahora las cosas ya han cambiado, mis otros hermanos ya entienden mejor el español y ellos son los que le ayudan. Aunque mi mamá dice que ya entiende dos que tres palabras que ha aprendido de los años noventa para acá con las influencias de muchas personas que llegan a la comunidad, entre ellos, médicos, trabajadores del seguro popular, vendedores foráneos, las pláticas que recibe en la casa de salud, etc.

Ahora ya no insisten tanto con eso de “btodi’s gó’ dí’s xtil yòj”, aunque están con el nuevo pendiente de aprender tan solo a escribir su nombre y hacer sus firmas.

Actualmente, ya mis padres no insisten tanto porque he logrado incidir en ellos, en que el *dí’stè* es importante por lo que a continuación describiré. Pero antes de ello, veo necesario anotar que ahora encuentro la resistencia en mi hermana y posiblemente en los demás, solo que no me lo dicen. No lo pensaba de una de mis hermanas, porque con todos en la familia hablamos el zapoteco, pero cierto día cuando nos fue a visitar en la casa, al escucharme hablar con mi hijo en zapoteco y a mi sobrina, no sé qué le pasó pero dijo: “Tu papá y tu tío ni parece ser maestro, porque todo el tiempo les habla en zapoteco en vez de hablarles en español”. Esto me cayó como agua caliente, pero me detuve en darle toda la explicación, sólo le dije “chò mas ntak dí’s xtil ndyak là” “¿y piensas que vale más el español?”. Ya no me respondió y siguió con su quehacer.

El reencuentro con mi lengua e identidad: momentos decisivos

Los efectos de la Escuela Normal Bilingüe

Antes de entrar en el tema de lleno, quiero dejar en claro lo siguiente: La lengua básicamente la aprendí desde que nací hasta los 6 años. De seis años a doce la escuela primaria en mucho me ayudó a mejorar mi español. Desde los doce hasta los veintidós estuve fuera estudiando, trabajando y aprendiendo a mejorar el español. Terminada mi licenciatura, decidí volver a mi casa a estar con mis padres y a hablar la lengua con ellos, con mi esposa y con mi hijo.

Todos estos años, todo este proceso y momentos del aprendizaje en que estuve fuera para aprender una segunda lengua, me han llevado a un conflicto lingüístico, porque entre los años que fui

expuesto a aprender el español de manera coercitiva, no aprendí al cien por ciento mi lengua dí'stè. Por eso es que ahora, cuando intento escribir muchas de las palabras en mi lengua, pasa que la mayoría de la gente no las dice como yo lo hago; es decir, me he creado mi idiolecto; un ejemplo de esta situación se me presentó cuando en un curso que impartí presenté la palabra: “xa' wiya” ‘es un borracho’; ante lo cual la mayoría de los adultos no coincidió conmigo porque todos dicen “xa' guya”; y no solamente esto, pasa que después lo confronté con mi familia y ellos me dijeron que sí estaba bien como lo dijo la mayoría; entonces yo fui quien la aprendió mal o, por lo menos, no la puse mucho en práctica; ya cuando estaba más consciente, intenté escribirla y hablarla, me di cuenta que no la había aprendido tal cual.

Pero antes de entrar a estudiar mi licenciatura en la Escuela Normal Bilingüe e Intercultural de Oaxaca (ENBIO), yo tenía muchas dudas, algunas ya las había expuesto con mis padres, algunas tenían explicación, otras no. Bueno, estaba confundido por no encontrar explicación certera a lo que era mi cultura, lengua e identidad.

Agradezco a la ENBIO que con sus materias y profesores me generó conciencia de la importancia, del peso y valor que tiene mi lengua, durante el desarrollo del curso la institución me ayudó a concientizarme, fue un espacio de terapia para mí. Afortunadamente la normal implementaba actividades y espacios de intercambios culturales y socioculturales en los cuales siempre participé. Conmigo se han cumplido los objetivos de la normal de estudiar, revalorar y revitalizar mi cultura, mi lengua y mi identidad como zapoteco.

Con todo esto, una vez consciente, al volver a los veintidós años de la escuela y la ciudad para vivir en la casa de mis papás en el rancho, a partir del año 2008, ya tuve más tiempo para platicarles con ellos de mi formación, de la realidad del estado, del país y de nuestra realidad. Aproveché cada ocasión para hacerles saber que también el zapoteco y todo lo que implica la cultura tiene valor y que no deben avergonzarse como nos lo hacían saber. En más de una ocasión les digo “naya mas ndablo nì'n dí'stè tak nuy ntak, kon xá ntak dí's xtil, na tyóla'stá na', tak jwa'n nà nzi nú'n, jwa'n nà nak chá'n na', tak dí's bà nak xki'z na', tamud nabán na' nzi'n lô izyô re'ya, mbayna gó' mbez dí's xtiltá mas ntak, mbayna igual ntak rê dí's na kon rê jwan nzi nu men nzi men lô izyò re'ya” ‘ahora más que nunca les digo que debemos hablar nuestra lengua sin sentir

vergüenza alguna, porque esa es nuestra cultura, esa es nuestra lengua, ese es nuestro pensamiento, es lo que somos, es nuestra vida, es lo que nos pertenece. Ustedes decían que el español era el que valía más y no es así, todas las lenguas y las culturas tienen el mismo valor en este mundo'. A lo cual mis padres y mis dos hermanos con los que convivo aún me escuchan atentamente en la hora de la cena, principalmente, y mis padres me responden: "lígey nyâ ná, wi' xá gá rol xa' títj nryo' tib lád mbayna ndyèn xa' te'd xa' dí'stè, mbayná xa' toz nchà lô xa' nchák, tamud zá ntola' xa' lazo' xa'" 'es cierto, mira cuántas personas que hablan español quieren aprender a hablar el *dí'stè* y nosotros que la tenemos, la rechazamos; es más hasta muchos practican nuestra cultura de ir con los *saburines* para curarse, creen en nuestra práctica ritual'. Esa y otras más son las respuestas de mis padres en variadas ocasiones para convencerse de nuestra identidad.

La alfabetización en zapoteco con alumnos de primer grado

Como no todo tiene que quedar en la teoría o en solo dichos, desde el momento que inicié mi primer año de docencia, empecé la teoría en la práctica. Saliendo de la Escuela Normal Bilingüe, fui contratado por el Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca (IEEPO) para vivir mi primera experiencia docente en la Escuela Primaria Bilingüe "Emiliano Zapata", localizada a seis kilómetros de mi comunidad Las Cuevas. El primer día de clases, después de la apertura y de las presentaciones de cada alumno y el mío, apliqué mi diagnóstico con el grupo de primer grado sobre el cual fui construyendo una metodología propia para alfabetizar en lengua zapoteca. Mi idea era enseñarles a leer y escribir en esta, quería practicar lo que había estudiado en teoría, pero en el trayecto me encontré con varios obstáculos.

Primero, no encontré un solo material impreso que me hablara de la lengua o que me guiara. Segundo, no tuve a quien recurrir para pedir apoyo, porque hasta entonces nadie estaba interesado en desarrollar y fortalecer la lengua. Al fin, después de tanto indagar, me encontré con el profesor Arnulfo Pérez, quien cumplía con un cargo en el municipio de Santo Domingo. Estuvimos charlando un buen rato sobre la necesidad de trabajar sobre el tema de desarrollo del zapoteco y de estandarizar el alfabeto de nuestra lengua. También le comenté sobre el tema de la alfabetización en primera lengua

y él fue quien me orientó y animó para continuar con mi objetivo de alfabetizar en lengua materna a los niños diésthablantes.

En la escuela, puse en práctica mi metodología que consistía en: a) Establecer un alfabeto práctico para facilitar el proceso de la alfabetización. b) Con base en este, buscar palabras de representación concreta. c) Luego, poner en práctica la estrategia de “disecación de animales” basado en las letras de mayor uso social conforme al alfabeto. Una vez preparado ello, el desarrollo de la metodología consistía en un proceso de enseñanza y aprendizaje global que integraba todas las materias de la siguiente manera: primero, presentar el animal disecado con los niños y dejar que hablaran libremente partiendo de sus conocimientos previos provocándoles respuestas con preguntas curiosas. Por ejemplo, al tratarse de *mbrow* ‘lagartija’, en ciencias naturales se les preguntaba de su hábitat, clima, reproducción, alimentación, etc. o preguntas como ¿cuántos dedos tendrá? ¿Tendrá oreja? ¿Cómo será?, etc. Con el mismo objeto, se trabajaba el tema en educación artística: dibujaban y pintaban el animal estableciendo relación entre la vista y el objeto concreto para dibujar. En español, intentaban escribir el nombre (relación palabra-imagen) del *mbrow* apoyándose del alfabeto inicialmente presentado y una serie de actividades y secuencias que le sucedieron. Mientras que en matemáticas, los niños contaban las patas y los dedos del *mbrow* del cual tenían que desarrollar la lectura y escritura de números. Finalmente en educación física, hacían ejercicios de ‘lagartijas’.

En la metodología desarrollada, los alumnos se explayaban hablando, respetando turnos y desarrollando las competencias de la escucha, la oralidad, la lectura y la escritura partiendo del nombre del animal *mbrow* como palabra generadora para producir y generar conocimientos y aprendizajes significativos de manera práctica y divertida.

Mis compañeros se daban cuenta de lo que hacía en el aula, veían en las paredes animales disecados, dibujos, objetos de la región y todo material estaba escrito en zapoteco. Los que se asomaban, me cuestionaban cuál era mi metodología de enseñar zapoteco. Yo les explicaba que los niños tenían que aprender de manera global, guiándose de objetos concretos y material manipulable para aprender a leer y escribir primero en su lengua y luego en español. De ellos, recibía opiniones como: “Está bien, pero te llevará mucho tiempo con eso y cuándo vas a enseñar el español si los alumnos

tienen que salir leyendo y escribiendo a más tardar en enero y ya estamos en diciembre”. –En México las clases inician en la tercera semana de agosto de cada año–. Y luego “Estás destruyendo la naturaleza acabando con los animales que estás disecando”. Y luego en las reuniones de Consejo Técnico Escolar se repetía la misma lección: “Eso es en teoría, no va a funcionar profe, queremos ver tus estrategias para enseñar el español”. Y luego “Estamos en contra del tiempo, no vas a poder”. Fueron opiniones en contraste con el reto inicial que me había propuesto, pero lo tuve que superar, pues era una escuela con quince docentes y tenía que lidiar con ellos. Estaba convencido y tenía confianza en lo que hacía y por eso tuve que convencer a los demás de mi metodología, pero, a la vez les pedí ayuda para salir adelante proponiéndoles que la tarea educativa es de todos, es del colectivo escolar y no de uno y, por lo tanto, me tenían que ayudar, ya sea con materiales o con otras estrategias que pudieran alimentar mi propuesta inicial. Algunos lo hicieron, otros no.

Por supuesto, enseñar en ambas lenguas me implicaba tiempo, pero yo no soy maestro de reloj ni de mochila veloz, como decimos en México. El tiempo nunca lo he escatimado, ni lo haré; después del toque de timbre de la salida, me quedaba de 30 a 45 minutos más y diario con los alumnos del nivel básico para ayudarles; pero en cierta ocasión, el timbre ya había tocado para la salida, cuando escuché a uno de mis compañeros decir: “Ya vámonos profe, no le debes al diablo para trabajar tanto”. Esta frase me cayó como agua caliente, pero me quedé callado, no respondí. En seguida me fui, el profesor iba adelante, pero mantuve la distancia, me fui pensando en aquella frase y sólo me respondí: “Perdónalo, señor, no sabe lo que dice”. Pero tampoco perdí el ritmo.

Eso es por un lado, pero por otro, los padres se me vinieron encima, tuve varios reclamos de mi metodología: “¿Por qué enseña zapoteco si los niños ya lo saben y ya lo hablan? Ellos necesitan aprender el español, urge que enseñe el español”. En realidad, fueron solo tres los padres que me reclamaron, pero igual, y el director como que me apoyaba pero de repente lo sentía ausente. Yo seguí. Luego, los exámenes que venían de la supervisión eran para evaluar el español y no lo que estaba haciendo. Sin embargo, los niños sí estaban aprendiendo a escribir en zapoteco, ya escribían palabras como *dá* ‘petate’, *de* ‘ven’, *dì* ‘canción’, *dó* ‘mecate’, *dús* ‘dulce’, *la* ‘hoja’, *le* ‘afuera’, *li*

'*bacer*' *lo* 'enseñar, mostrar, *lu* 'tú', *má* ¿dónde está?, *may* 'mamá', *mâa* ¿dónde estás tú?, *men* 'persona', *Mín* 'Minerva', *mós* 'mozo' *mul* 'mula'. De los cuales comenzaban a formar enunciados como *má dó* '¿Dónde está el mecate?', ¿*má men*? '¿dónde está alguien?', ¿*má mbrow*? '¿dónde está la lagartija?', ¿*má mbích*? '¿dónde está la rana?', ¿*má may*? '¿dónde está mamá?', *de* 'Mín *ven Minerva*', etc. Es decir, los niños, conforme iban aprendiendo las palabras, iban formando oraciones que no quedaban aisladas de situaciones de la vida real.

En fin, todas estas presiones me provocaron que comenzara a alfabetizar en español y dejara mi metodología; si bien no la dejé por completo, sí le di más importancia al español, pues enseñar en zapoteco de manera global me ayudó bastante y me di cuenta que los niños no son los que se oponen a lo que se les enseña, más bien ellos están a la expectativa de las enseñanzas del profesor. Si bien, para los niños, los maestros son el sabelotodo, esta ideología se convierte en una herramienta fundamentalmente a favor del zapoteco cuando uno intenta hacer algo por la lengua, pues los niños son moldeables en esta etapa, en todo el sentido de la palabra.

Iniciación al proceso de la escritura del zapoteco con IEEA-INEA

Sin embargo, ese mismo año 2008 escribí un folleto para la estandarización del alfabeto en zapoteco, pero para poderlo socializar, pedí a través de una solicitud dirigida a la supervisión un espacio para compartirlo con los compañeros de la zona. En ese año no lo pude hacer por no ser de mi competencia, sino de los Asesores Técnicos Pedagógicos (ATP). Pero, para el ciclo escolar siguiente fui nombrado para el cargo de Asesor Técnico Pedagógico por dos años, espacio que aproveché para compartir mi folleto con docentes de ambas zonas, quienes tuvieron la oportunidad de aportar, agregar o suprimir el contenido de dicho folleto. Este fue impreso y repartido entre los compañeros de ambas zonas y con el cual se sigue trabajando. Después de pasar un tiempo, al ver que nadie tiene el interés por desarrollar el zapoteco, pocos son los que le están dando seguimiento. Por otro lado, el mismo folleto que se había repartido, en el año 2012 fue repartido con los asesores bilingües del Instituto Estatal de Educación para Adultos (IEEA) para su guía en la alfabetización de los adultos en zapoteco.

Asimismo, durante mi periodo de ATP impulsé otras actividades como la exposición de la experiencia y de los resultados que había obtenido en el primer año, elaboración y aplicación de evaluaciones en lengua indígena, asesoramiento a los profesores con escuelas de arraigo, realización de actividades culturales y deportivas a nivel zona donde los niños y docentes de 24 escuelas primarias bilingües, tanto del nivel de educación preescolar como del nivel primaria participaron en las actividades como cantos, canciones, poesías, cuentos, etc. de manera bilingüe. Todo fue un trabajo de éxito, donde los profesores tuvieron que cooperar para que saliera adelante pero siempre con la insistencia de la supervisión como dependencia oficial.

Ya en los ciclos escolares sucesivos, trabajé con alumnos de quinto, primero y sexto grados de habla zapoteca en la misma zona de la costa, al sur de Oaxaca. Con ellos trabajé contenidos comunitarios en correlación con los contenidos nacionales como eje transversal para el proceso de enseñanza y aprendizaje en las materias de educación primaria y utilizando la lengua como una materia de enseñanza más allá de ser un medio de comunicación; entre las que destaco: El proceso de la bendición de la milpa y el proceso del cultivo de la jamaica, unidades del sistema zapoteco, entre otros. Experiencia educativa donde los niños no son los que se oponen a lo naturalmente vivido, como se da en los casos con los docentes. Por el contrario, los niños afirman y reafirman su identidad participando activamente.

Mientras esto sucedía, desde el año 2009 hasta el año 2013, el mismo profesor Arnulfo poco tiempo después de haberlo conocido y al ver mis iniciativas, por vía del municipio me invitó para colaborar con el Instituto Estatal y Nacional de Educación para Adultos (IEEA-INEA). Al fin pude encontrar un pilar fuerte que abrazara todo lo que venía arrastrando con la elaboración de módulos y exámenes en zapoteco para la educación de los adultos en mi estado. En ese proceso, ya pude tener una visión más clara de lo que estaba iniciando. Pues con todas las lecturas y orientaciones recibidas y dadas, tengo la fuerte convicción de entender que las lenguas indígenas tienen que ganar espacios en todos los ámbitos. Y eso lo fortalezco y desarrollo en cada uno de los cursos que imparto cuando tengo oportunidad de hacerlo.

Por eso me revaloro y me identifico como zapoteco con todos mis paisanos y amigos que hablan mi variante. En mi localidad

platico con todas las personas en zapoteco, el trato es recíproco y es por igual con todos, porque todos manejamos una misma lengua en todos los ámbitos locales. En otras comunidades que también hablan la misma variante, el trato es amable y cordial. Incluso varias personas de mi comunidad me han dicho “xága lu nab dí’stè ndodi’s là, mbayna ngwà skwel” ‘¿cómo es que tú sigues hablando la lengua si saliste a la ciudad y estudiaste?’. Ante cada persona que me pregunta de esto, aprovecho cada oportunidad y ese momento para hacer que otros piensen que la lengua que hablan y que hablamos también tiene su propio valor, sus propias características y su necesidad de seguir revitalizándola.

La decisión de enseñar la lengua a Yahir Zuriel

Entre la hojarasca de críticas destructivas y constructivas, ante el río revuelto, con los pros y los contras de las personas que nos discriminan y nos califican como “indígenas”, nadie nos detuvo a la mamá de Yahir y a mí para continuar dejando la herencia de nuestros padres y antepasados a nuestro hijo. La mamá de Yahir es profesora de educación inicial, ella habla la lengua mixteca. Igual que mis padres, sus padres son monolingües en mixteco. Yahir Zuriel está hablando tres lenguas: el mixteco, el español y el zapoteco. El orden en el que los coloco es el nivel en que Yahir va aprendiendo las tres lenguas. Aunque la primera y la segunda casi las adquirió de manera similar, podemos decir como bilingüismo de cuna, esto no ha sido nada fácil: detrás de cada paso, existen piedras que se han ido superando a lo largo de este emprendimiento y quién sabe cuántos más faltarán. Pero, y ¿Cómo está eso que Yahir está hablando las tres lenguas? ¿En qué momento? ¿Con qué estrategias? ¿Por qué y con quiénes? ¿Cuándo sucedió? Son temas en el que me ocuparé a continuación.

La primera pregunta a la que daré respuesta es ¿qué fue lo que nos motivó tomar la decisión de enseñar a Yahir las tres lenguas? ¿Por qué enseñarle la lengua indígena pero también el español? ¿Y en qué lengua aprendió primero y en qué lengua después? Son preguntas motivadoras que me han dejado cabizbajo para pensar las respuestas. Lo primero que consideré es no olvidar las presiones que viví en mi familia, con mis compañeros de la escuela y con la sociedad. No quisiera que Yahir viviera tantas humillaciones como las que pasé y que

nadie estuvo ahí para apoyarme, ahora él me tendrá a mí y a su mamá para que no se sienta solo y se sienta apoyado y protegido por nosotros y que él no sea discriminado. Todo lo que yo viví, igual que la mamá de Yahir, me puso a reflexionar que más bien no debería tirar la toalla y agachar la cabeza de negar lo que soy, un *men tè* o *men blaz* sino, por el contrario, ello nos debería animar a cobrar fuerza y caminar hacia el frente y enfrentar el mundo como venga.

Yahir ahora tiene escasamente cuatro años y 11 meses. Antes de que naciera, su mamá y yo, entre que queríamos platicar del tema y no, en alguna ocasión, repentinamente su mamá me dijo “Cuando nazca nuestro hijo le hablaré en mixteco” y yo de mi parte le respondí “también yo le hablaré en zapoteco y en español”, pero luego nos hicimos la otra pregunta “y... ¿en qué momento hablará el español?”. Ella me respondió: “pues le hablamos en ambas lenguas, cuando está conmigo le hablaré en mixteco y en español”. Yo de mi parte le respondí “haré lo mismo, cuando esté conmigo, le hablaré en español y en zapoteco para que aprenda las tres lenguas, aunque claro tenemos a los abuelos quienes nos ayudarán para que lo aprenda”. Pero “¿y no se confundirá?”. Estas fueron nuestras respuestas previas y una pregunta cuya respuesta aún no tenemos tan clara. Pero los mismos movimientos de la vida hacen que las cosas no salgan como uno lo platica, porque lo que platicamos previamente ni siquiera fue planificado, solo fue simplemente una plática de tantas.

Sin embargo, sí consideramos lo siguiente: tanto su mamá como yo pensamos en los abuelos paternos y maternos de nuestro hijo, es decir, en mis padres y en los padres de la mamá de Yahir. Ellos no saben hablar español, no fueron a pisar un solo minuto en la escuela, o como ellos dicen “no conocemos qué es ir a pararse un día en la escuela”. Por lo tanto, los cuatro no saben hablar español, tampoco lo comprenden. Ante esta preocupación, pensamos en ellos, fue una preocupación de ambos. Desafortunadamente ambos no tenemos ninguno de los abuelos, en cambio Yahir sí tiene a los cuatro, si no, también pensaríamos en ellos –en los bisabuelos de Yahir–.

Por mi parte, pensé: si le enseño solo español a mi hijo –o a los demás que vengan– mis padres no podrían platicar con él o con ellos, y menos lo comprenderían en todo sentido, tanto ellos a él como él a ellos. No comprenderían sus abuelos lo que vaya a hablar o platicar, lo que él piense o lo que él quiera hacer en su vida, y para

entonces, no habría quién lo podría ayudar, guiar y educar, además de nosotros.

Además de eso, pensé que sería muy irónico de mi parte que Yahir no supiera la lengua, porque de esa manera rechazaría a mis padres y estaría negando mis raíces. Las raíces que también estoy tratando de cimentar aún más en mí.

Pensando, entonces, en el futuro de Yahir, y ante todos los problemas de la juventud de este siglo, pensé que conmigo no bastarían los consejos y que tal vez no me haría caso. Por ello, pensé en que nadie mejor que mis padres o los padres de su mamá para darle consejos y qué mejor si es en zapoteco y en mixteco. Estas dos preocupaciones fueron decisivas para mí. Que Yahir pueda comunicarse con sus abuelos y lo puedan aconsejar.

Lo segundo es similar a lo anterior. Mis dos hermanas se casaron con personas monolingües en castellano, viven en el distrito. Todos mis sobrinos hablan solo español, no entienden una sola palabra de zapoteco y cuando van a mi casa, mis padres quisieran hablar con ellos, pero no pueden; muchas veces, los hemos escuchado decir a viva voz, “Cuánto quisiéramos hablar con nuestros nietos pero nomás no podemos porque el maldito español no nos fluye en la boca”. Ellos se echan la culpa de no hablar español y no a mis hermanas por no enseñarles el zapoteco o a mis sobrinos por no hablar el zapoteco.

Pensé también en esta situación y por eso es que no dudé en enseñarle el zapoteco; además de que Yahir tendría un tinte de rechazo o de no aceptación completa en mi familia, con sus tíos, sus tías, con sus primos, pero también con la sociedad zapoteca. Porque incluso, de los dieciocho sobrinos que tengo, once hablan el zapoteco y solo siete no hablan ni entienden nada el zapoteco. Porque esto es lo que he observado en mis otros sobrinos hablantes del zapoteco: Ellos aíslan a los no hablantes o se aíslan de ellos en las pláticas, en los juegos, etc. Fue otra de mis motivaciones.

Similar es el caso con sus abuelos maternos, ellos hablan el mixteco. Son monolingües en esta lengua y por ello es que su mamá prefirió enseñarle el mixteco también a Yahir.

Estrategias de enseñanza del español, mixteco y zapoteco

La estrategia fundamental por el cual optamos al principio fue hablarle en situaciones reales de comunicación. Utilizamos y señalamos a los

animales y objetos tanto del contexto mediato como del contexto inmediato para que aprenda las tres lenguas al mismo tiempo, pero la que más funciona es la estrategia de inmersión con los abuelos, esa es nuestra principal estrategia y es la que a continuación se detalla.

Desde que nació Yahir Zuriel, siempre le hemos hablado en las tres lenguas y cabe decir que no es por planificación sino es porque queremos que el niño sea trilingüe o, cuatrilingüe, si se puede; además lo hacemos por necesidad y también para evitar problemas en nuestra relación. Cuando estamos juntos su mamá y él, y no tenemos problema alguno, le hablamos en las tres lenguas: en español, en mixteco y en zapoteco de manera indistinta. Por ratitos, le hablamos en español, por ratitos le hablamos en zapoteco y por ratitos en mixteco, esto lo hacemos cuando no tenemos problemas, cada quien le habla en su lengua y lo hacemos en todo momento, ya sea en la casa, en la calle, en la suburban, en las oficinas, en el restaurant, durante el trayecto del camino, en los juegos, en el patio, en la comida, en las fiestas, etc. Pero sucede que cuando tenemos algún problema o alguna discusión, por acuerdo de ambos, le hablamos solo en español, esto para que ambos entendamos lo que le estamos diciendo al niño, así evitamos tener más discusiones, evitamos manipular al niño a hacer o pensar algo a nuestra manera hablándole en nuestra lengua. Aunque no es el momento exclusivo para hablarle en español.

Porque muchas otras veces, lo que hago y lo que hace su mamá, es aprendernos algunas palabras de nuestras lenguas y enseñada le enseñamos a nuestro hijo hablándole en las tres lenguas. Por ejemplo, cuando estoy paseando en el patio de mi casa y nos encontramos frente a un perro y el niño lo tengo sentado en mis brazos, le pregunto en español, señalando al animal: “¿Qué animal es ese?” Él me responde: “perro”, enseguida le digo en zapoteco “mbak’, mbaká” y luego en mixteco “tiná”. A veces, Yahir lo repite automáticamente, otras veces le tengo que insistir para que lo haga y lo hace las veces que sea necesario, naturalmente, sin ningún propósito de memorización o sensatez de enfado por parte del niño; pero luego hago la misma pregunta en zapoteco: “¿Chó má’ jwa’n nà? ¿Chó má’y?” ‘¿Qué animal es ese? ¿Qué animal es? Yahir me responde: “mbaká”. Y para que Yahir no se le olvide el nombre del *mbak*, lo que hago es bajarlo de mis brazos y hago que él le pegue al

perro, y le digo: ‘pégale al *mbak*’, “bke’y chô mbak, bke’y chô mbak” ‘pégale, pégale’, “mbak, mbak gus”, ‘perro, perro dile’, “wà ládà mbak gus” ‘vete a un lado perro, dile’, Yahir, mientras disfruta pegándole al perro, pronuncia varias veces *mbak* y se ríe.

Lo más divertido es que luego le hago saber a Yahir que también el perro se llama *tiná* en mixteco. Entonces, le pregunto en zapoteco “¿Chó má’y? ¿Chó lê má?” ‘¿Qué animal es?, ¿Cómo se llama?’ y él me responde en mixteco “tiná”. Finalmente repito los mismos pasos hasta que Yahir logre aprenderse las palabras en las tres lenguas. Después de esto, le hago repetir los tres nombres que recibe el perro, es decir, le hago repetir: *mbaká*, *tiná* y perro. De vez en cuando le digo que también se llama *dog*. Esto lo hacemos tanto cuando estamos en la casa de sus abuelos paternos como cuando estamos en la casa de sus abuelos maternos, y como ellos están presentes ahí cuando hago o hacemos estas cosas, en ese momento intervienen y también le hacen escuchar y pronunciar a Yahir lo que en ese momento le estamos enseñando. Esto lo hacemos cuando él convive y está con nosotros.

Cuando Yahir está en la casa de mis padres, es decir, en el contexto zapoteco, todos le hablamos en zapoteco y en todo momento, excepto su mamá, que le habla en español, pero luego le habla en mixteco y de repente en zapoteco. Cuando él está más conmigo es cuando más le hablo en zapoteco, lo paseo conmigo y le hablo en *dí’stè*, aunque él entiende muy poco pero hace el intento de entenderme y hago que él me entienda con gestos o ademanes, pero luego se facilita más porque las cosas de las cuales platicamos están presentes. Es así como le voy enseñando el zapoteco.

Como en el campo, la mayor parte del tiempo se ocupa en andar, conocer y explorar la naturaleza, lo hago caminar conmigo y hacemos un recorrido en todo el espacio amplio del patio de mi casa; conforme vamos caminando y contemplando las cosas, le voy enseñando a hablar y a contar en zapoteco; por ejemplo, mientras caminamos, le voy diciendo el nombre de las plantas, los animales, las hojas, las flores y todo cuanto encontramos a nuestro paso y todo en zapoteco. Aquí narro un ejemplo solo en español: “mira, este se llama *ya bdó* ‘platanar’, *yéj ná* ‘chicayuma’, *ya nchá* bès ‘guajales’, *nchá* bès ‘guaje’, *nchá* bás ‘nanche’, *ya mang* ‘mangales’, *ya kok* ‘palmeras’, *ngíd gól* ‘gallina’, *ngíd te* ‘gallo’, *chuy* ‘pollo’, *mbin* ‘pájaro’, *mtì* ‘águi-

la', ngol 'zopilote'", etc. y claro, no se reduce a palabras sino a nivel textual, solo que estas son las palabras que quiero que se aprenda en ese momento. Por eso le doy énfasis a cada una.

Aquí un ejemplo de diálogo al llegar donde hay platanares:

Papá: (señalando el platanar) Wi' jwa'n nà ndelè ya bdó, ya bdó ndelèy pay, ya bdó ndelèy mbèd ná, ya bdó gus 'Mira, ese se llama platanar, platanar se llama, mi papi, platanar se llama, mi nene, platanar di'.

Yahir: (no puede pronunciar bien la b) Ya dó, ya dóy 'platanar, es platanar'.

Papá: (pausadamente y mostrando los labios a Yahir) Tigób ya-aaa... bbbbdóoooy 'otra vez es... platanar'.

Yahir: Ya bdóy 'es platanar'.

Papá: (celebrando su triunfo y meciéndolo en brazos) Wi' mbèd ná mblià gan wi' 'ganaste, mira mi nene'.

Papá: Àa' pay, ya bdóy 'sí, papito, es platanar'.

Papá: (insistiendo por última vez) Ya bdóy gus tigób 'es platanar di otra vez'.

Yahir: (Mueve la cabeza, ya no responde).

Papá: Làb na' plá ya bdó nzi 'contemos cuántos platanares hay'.

Yahir: Àj '¿Qué?'

Papá: Làb na' plá ya bdó nzi 'contemos cuántos platanares hay'.

Yahir: (hace un gesto acompañado de una interjección y dice sí).

Papá: Tibá...chopá... soná... tapá... ga'yá... xopá... gàzá... xoná... ye'y... sí'y...

Yahir: Tibá...chopá... soná... tapá... ga'yá... xopá... gàzá... xoná... ye'y... sí'y...

Conforme iba contando número por número, esperaba que Yahir lo pronunciara bien y si se equivocaba, procuraba hacerlo hasta dos o máximo tres veces, ya que Yahir luego se desespera, se impacienta y ya no pronuncia más. Por eso, aprovecho cuando él está de buenas para enseñarle. Además, mientras Yahir iba contando los platanares, los tocaba, los sentía en sus manos. De repente, lo hacíamos más rápido, recorriendo más rápido, eso le gusta a Yahir, la cuestión es jugar con el niño e ingeniar formas para hacer que aprenda la lengua de una manera divertida y práctica.

Al mismo tiempo que aprendía los números, también aprendía el nombre del plátano, de la hoja y de sus colores.

- Papá: (tocando el fruto) Jwa'n re'ya ndelè bdó, bdóy 'este se llama plátano, es plátano'.
- Yahir: Bdóy 'es plátano'.
- Papá: àa', bdóy pay 'sí, es plátano papi'. Tã bdó '¿Quieres comer plátano?'
- Yahir: A'.
- Papá: Tata bdó yey pay, naba' ndyá'n yò zá tá'n bdó ngù y wâ 'todavía está verde papi, al rato que estemos en casa de doy plátano maduro'.
- Yahir: (se ríe).
- Papá: (avanzando con otras plantas) Jwa'n re'ya ndelè la, lay gus 'este se llama hoja, hoja di'.
- Yahir: (sin ninguna dificultad) La
- Papá: La, la, la.
- Yahir: La, la, la.
- Papá: (tocando la hoja) ¿Chó lê jwa'n re'ya? '¿Cómo se llama éste?'
- Yahir: (no tarda mucho y dice) La.
- Papá: La re'ya nak kolor nayé wi', kolor nayéy 'esta hoja es color verde mira, es color verde'.
- Yahir: Nayéy, nayéy.

Y así sucesivamente, fuimos contando las hojas del mangal, del almendro, del hule, del ficus, contamos nanches, piedras y las semillas del guaje, finalmente esta sesión se cerró cuando Yahir y yo apeamos guajes y comenzó a comer semillas del guaje dentro de la casa. Pero ahí mi mamá –su abuela– le hacía otras preguntas: “¿Chó-kwan ncha pay?” ‘¿qué comes papi?’ A lo que Yahir le respondió que comía nchá bès ‘guajes’.

Esta es la forma cómo Yahir va aprendiendo el zapoteco. Las palabras las aprende conmigo y las va reforzando con sus abuelos. Todo esto lo hacemos cuando está conmigo, ya sea en mi casa o en contexto mixteco, todo el tiempo le hablo en zapoteco. La diferencia radica en que, cuando estoy con él en otro contexto, no hay nadie que refuerce estas palabras, en cambio, cuando está con mis padres, ellos son los que le hablan y le enseñan en todo momento y refuer-

zan las palabras que él va aprendiendo conmigo. Su aprendizaje del zapoteco lo va mejorando mucho más cuando se está con sus abuelos durante los quince días de vacaciones, que es cuando lo llevamos a estar con ellos. Pues el resto del tiempo –como plan de familia– lo dedicamos a estar con sus abuelos maternos, donde le hablan solo en mixteco.

De esta manera, Yahir va aprendiendo a hablar el zapoteco y el mixteco estando en contexto, donde ve y observa las cosas, los animales, los objetos, pero, sobretodo, los va aprendiendo y nombrando conforme los va manipulando y jugando con ellos, es un aprendizaje situado y en contexto. Yahir va aprendiendo a hablar naturalmente como aprende a caminar.

Por su parte, la mamá de Yahir hace lo que yo hago. Se aprende unas palabras –las más básicas– en zapoteco y los platica con él cuando no estoy con ellos, como: *de' wâ yej* ‘ven a comer’, *bda, bda* ‘come, come’, *gu' nít* ‘toma agua’, *pô ndâ* ‘dónde vas’, *gò tíj, gò tíj* ‘ve a jugar, ve a jugar’, *chô leà* ‘¿Cómo te llamas?’, ¿Má may? ‘¿Dónde está mamá-abuela?’, ¿Má pay? ‘¿Dónde está papá-abuelo?’, ¿Má xud là? ‘¿Dónde está papá?’, ¿Má xna'â? ‘¿Dónde está mamá? entre otras y Yahir las va escuchando, pronunciando y aprendiendo a la vez. Es una de las estrategias por la que optamos ante la dificultad en la que nos encontramos, pero que nos ha funcionado muy bien para enseñar las tres lenguas. Nos sirve, además, a ambos para aprender nuestras lenguas: al mismo tiempo que voy aprendiendo el mixteco, su mamá va aprendiendo el zapoteco y Yahir también.

Nuestra situación para enseñar la lengua se torna un poco difícil ya que como ambos somos docentes y trabajamos en distintas regiones, nuestra realidad es que solo en las vacaciones estamos con Yahir o cada cuando se puede. La mayor parte del tiempo se la pasa con sus abuelos maternos. Como ambos son monolingües en mixteco y la población donde se desenvuelve también es mixteca, todo el tiempo Yahir escucha el mixteco, ya sea en la casa o en la calle, juega con sus amigos y primos en mixteco y, por lo tanto, sabe con mayor fluidez el mixteco, lo pronuncia con mucha facilidad y lo habla plenamente. Eso por un lado.

Por otro lado, como a Yahir desde pequeño le acostumbramos a escuchar melodías musicales, lo que hacemos cuando estamos con él es ponerle CDs con músicas y/o canciones en mixteco. En los ratos libres, a su mamá le gusta mucho escuchar las canciones que toca su primo en

mixteco y, por lo tanto, las pone a gran volumen en la casa para que escuchen también Yahir y toda la familia. La mamá empieza a vocalizar y cantar, de paso le sigo yo –pero me cuesta mucho trabajo– y Yahir se pone a bailar y de repente le enseña a cantar en mixteco. Como a Yahir le gusta mucho escuchar melodías musicales, aprovechamos también estos recursos para fortalecer la identidad mixteca en él desde pequeño, pero siendo el modelo sus padres, es decir, nosotros, porque nosotros somos el ejemplo de nuestro hijo y él es como esponja, va aprendiendo todo lo que nosotros o los grandes le vamos enseñando.

Podemos decir que el mixteco ha sido la lengua “abuelerna” de Yahir, aunque también habla muy bien el español, ya que en la casa vive una tía que le habla en español. A Elvira, como se llama su tía, le encargamos que le hable en español, ya que también consideramos que Yahir, aparte de aprender a valorar primero sus lenguas materna y paterna, las lenguas de sus raíces, debe aprender también el español para desenvolverse sin ningún problema en todos los contextos.

En la casa, su tía le enseña el español como puede. Juega con él, lo baña, a veces le da de comer, lo saca a pasear, lo lleva a la escuela, lo viste y en todo este tiempo, le habla en español. Aunque cabe decir que, por ratos, su tía se aburre de tanto hablarle en español y prefiere hablarle en mixteco. Por eso es que Yahir sabe tanto el mixteco como el español pero también el zapoteco.

Como Yahir se está criando con sus abuelos maternos, vive un proceso muy natural de inmersión. Le platican, lo regañan, lo dirigen, lo guían, lo educan en mixteco. Pero algo muy importante, el niño en ningún momento está solo, todo el tiempo vive situaciones intensas. Por ejemplo, a tan corta edad acompaña a su tía a pastear las ovejas, comienza a vociferar a las ovejas para que avancen, las va imitando y, por tanto, también les platica, les da de tomar agua, intenta ponerles comida, etc. y es también ahí donde su tía o su abuela lo van educando y le van diciendo las precauciones que debe tener con las ovejas. Cuando está con su tía, lo hace combinando las dos lenguas, cuando está con sus abuelos, solo lo hacen en mixteco.

Finalmente, en ocasiones, cuando Yahir se encuentra con nosotros, hacemos que nos hable en español para que ambos entendamos lo que él dice. Claro, a veces no se distingue ni hay momentos específicos en que decidimos hablarle en español o en una de las lenguas, eso pasa espontáneamente, su mamá cuando sabe que no estoy cerca o no me

incumbe la plática, platica con él en mixteco y le responde. Lo mismo hago yo: cuando su mamá no lo está escuchado, no está cerca o de plano no le incumbe la plática, le hablo solo en zapoteco, aunque mis intenciones siguen reduciéndose a nivel de palabra porque no comprende toda una conversación, pero siempre hago que se aprenda una palabra.

Obstáculos para conseguir nuestro objetivo

Nuestro objetivo, por tanto, no está trazado ni escrito, pero sí estamos conscientes de que Yahir debe aprender a hablar las tres lenguas. Aunque también debo revelar que es una lucha de ambos, hasta cierto punto una lucha también de poder y, por lo tanto, ambicioso. Ya que yo no quiero que hable solo la lengua de su mamá ni su mamá quiere que hable solo mi lengua, lo criamos con ambas lenguas para no generarnos conflicto.

Esto es lo que tal vez representó un obstáculo de inicio para nosotros, donde discutíamos en qué lengua hablarle al niño, pero sin haberlo decidido tanto, los mismos contextos y situaciones fueron definiendo la lengua en que el niño tenía que hablar. Claro, yo le dije a su mamá que me dejara al niño más tiempo para que aprenda el zapoteco, pero finalmente no accedió y se quedó más con él. Y como ella también es profesora de nivel inicial y trabaja lejos, lo mejor que definimos fue que el niño se quede con sus abuelos que le hablan solo en mixteco.

Otro de los obstáculos que hemos empezado a tener es que, como Yahir ya va a la escuela, ahí ya no le enseñan a leer y a escribir el mixteco. Su maestra de educación preescolar lo está alfabetizando en español, aunque le habla en ambas lenguas. Esto para nosotros representa una ruptura y un quiebre en la identidad de Yahir. Esto es un obstáculo pendiente a superar.

Como Yahir ya va comenzando en la etapa del reconocimiento de las letras, otra de las estrategias por la que estamos optando es relacionar palabras con imágenes. Es decir, tipo cuatri-memoramas, que consiste en dibujar, por ejemplo, en una tarjeta una rana, en otra escribimos su nombre en zapoteco, en otra tarjeta escribimos su nombre en mixteco y en otra su nombre en español. El procedimiento del juego consiste en que ya sea su mamá o yo le indiquemos que tome una tarjeta con dibujo, Yahir lo trata de tomar, luego se le indica que busque sus nombres en las tres lenguas. De entre tantos dibujos y

tarjetas, el niño hace el intento de localizar estas tarjetas y colocarlas ya sea en fila o alrededor del dibujo para después repetir su nombre, luego tratar de decir dónde está su nombre en español, en zapoteco y por último en mixteco, aunque el orden no es estricto. Las formas de hacerlo y jugar con él varían, ya que algunas veces se puede esconder la tarjeta que contiene el dibujo y Yahir lo que hace es tratar de leer lo que dice en cada tarjeta, esto se hace con la finalidad de que comience a reconocer y a leer las palabras. En otras ocasiones, lo que se hace es que los padres colocamos boca abajo las tarjetas, en un momento las alzamos y Yahir trata de leer la palabra de la tarjeta. Ahora, el propósito es que continúe desarrollando sus habilidades de mejorar su habla, la lectura y la escritura en las tres lenguas.

Logros y desafíos

En fin, lo que hemos logrado hasta ahorita es que el niño habla más el mixteco y el español y poco zapoteco. El niño no tiene problemas para relacionarse con las personas de su entorno mixteco; con sus tíos, tías, amigos de la escuela y con sus abuelos habla perfectamente el mixteco. Asimismo, se comunica con su profesora de preescolar en español y en mixteco. Con nosotros habla en español, con su mamá habla en ambas lenguas y conmigo más en español que en zapoteco. Aunque le sigo enseñando zapoteco, el tiempo que está conmigo no se presta para que lo pueda aprender bien, pero mi propósito es que tiene que hablar el zapoteco, el niño no puede hablar solo la lengua de su madre.

Considero que los desafíos que enfrentamos es que el niño siga aprendiendo con sus abuelos maternos el mixteco. Como suele suceder, en la escuela le hablan más en español y, por lo tanto, podría perder la competencia en mixteco, ya que aún está muy pequeño.

El desafío más grande lo tengo yo y es una carga de preocupación porque tengo que lograr que mi niño aprenda el zapoteco. Estamos pensando en llevarlo más tiempo con sus abuelos paternos ahora para que aprenda bien el zapoteco, estamos viendo la posibilidad de que se vaya a vivir cuando menos un año con mis padres y yo estoy pensando en ser su maestro de primer grado de primaria para alfabetizarlo en zapoteco cuando inicie su primaria. Ese es mi reto. Aunque también recientemente ya le he enviado a su mamá que le cante este cantito de manera bilingüe:

<p>Aquí en la costa bajo las sombras de las palmeras cerca del mar.</p>	<p>Nche'ya plô nzôn nda' xkal rê ya kok nda xkal rê ya mang pô nkal nà ór nzyo'n.</p>
<p>Aquí en la costa bajo las sombras de las palmeras cerca del mar.</p>	<p>Tí'n plô ndòb líz ná ór ta nxyo'b mbi bà ndlitá yoti' ná ndlyay le'n líz ná.</p>
<p>Tengo mi casa que la acarician brisas que llegan desde la mar.</p>	<p>Yoti' nakap nya ncho rê le'n líz ná nkey rê làd xab ná nkey làd yej nchân</p>
<p>Espumas blancas sobre la playa sobre la playa vienen y van. Y pececitos de mil colores hay en el fondo del ancho mar.</p>	<p>Prop rê lâr yej jà axta tub yò nyay será so'w ye'cha zá nambì nyay (2)</p>



El abuelo de Yahir compartiendo con otro nieto.

Las lecciones que hemos aprendido hasta ahorita es que solamente con los abuelos monolingües y con una firme decisión de meterlo a un proceso de inmersión es que los niños aprenden bien la

lengua sin mayores interferencias del español. Solo así se garantiza que el niño no pierda su lengua y cultura y que no mezcle tanto la lengua indígena con el español. Sobre todo, así aprende a pensar en lengua y a resolver problemas de la vida cotidiana en lengua. Nos estamos asegurando de que los abuelos, además, lo están educando bien. Pero sobretodo, le otorgo mayor confianza de su educación en lenguas indígenas.

Me dije: mi hija tiene que aprender las dos lenguas. Una educación consciente y planificada

*Juan Manuel Shimbucat Taish
Awajún, Amazonía del Perú*

Me llamo Juan Manuel Shimbucat Taish, del pueblo originario Awajún de la amazonia del Perú. Actualmente vivo en la comunidad de Ebrón del distrito de Nieva, Provincia de Condorcanqui, Departamento de Amazonas.

Mi lengua materna

Soy bilingüe de cuna. Mi madre nunca nos habló en castellano, todo era en lengua awajún; ella solo entendía y pronunciaba algunas palabras en castellano como: gracias, véndame, chau, etc. Aprendí mucho los conocimientos y la lengua de mi madre porque fue ella la persona que estaba siempre conmigo y en los espacios como la casa y las diferentes actividades productivas (chacra, pesca, recolección, etc.); siempre estaba a nuestro lado orientándonos o para prevenirnos para que no suceda algún accidente.

Por su parte, mi padre utilizaba el castellano en la casa en los momentos de darnos consejos por las madrugadas; cuando tenía visitas, nos ordenaba en castellano. Fuera de eso, la lengua de uso cotidiano era el awajún. Mi padre era la persona que viajaba a diferentes lugares. Fue motorista (persona que conduce grandes embarcaciones por los ríos), responsable, experto y conocedor de las rutas de navegación en los ríos. Por sus habilidades, muchas instituciones y comerciantes lo buscaban para realizar desplazamiento por el río, única vía de transporte en aquel entonces cuando no había la carretera que tenemos hoy en día. Por tal razón, en la casa siempre estuvimos con nuestra madre.

De un contexto rural monolingüe a un contexto urbano bilingüe

Por cuestión de trabajo de mi padre, nos mudamos de la comunidad de Ebrón a la capital de la Provincia de Condorcanqui. Lingüísticamente fue un cambio muy brusco pasar de un contexto monolingüe awajún a un contexto hispano hablante. El cambio de lugar afectó mucho en sus estudios a mis 3 hermanos mayores de los 9 que somos, por no hablar castellano. Lo que pasó con mis hermanos fue que en la comunidad había un solo profesor que enseñaba primero a leer y escribir en lengua awajún; al trasladarse a la provincia, tuvieron profesores castellano hablantes. En sus primeras semanas de clase, la profesora llamó a mi padre para informarle que sus hijos no hablaban ni respondían en castellano y no sabían nada de matemática. Mi padre tomó acuerdo con la profesora y decidieron inscribirnos en grados inferiores, cosa que los tres empezaron su primer grado de primaria por más que hayan estado en la comunidad de origen en los grados avanzados.

Yo, al igual que mis hermanos mayores, no realicé estuve en nivel inicial, pasé directamente a la primaria, y aunque tuve una profesora bilingüe, toda la clase se desarrollaba en castellano. El castellano me era familiar, entendía pero no podía hablarlo, mucho peor en público, o sea, en presencia de mis compañeros, porque era objeto de burla de ellos al no pronunciar bien. Yo no era el único que tenía problemas en el uso del castellano en esa escuela, porque la mayoría de los estudiantes era de las comunidades de las diferentes cuencas que llegaban a la provincia para recibir supuestamente una mejor educación.

El contexto lingüístico de la provincia de Condorcanqui era bilingüe, en el mercado, en las canchas deportivas, en la calle y en la escuela todo era en castellano. Como todo niño, hacía amistad con los niños que eran monolingües en castellano, ese lazo de amistad me permitía ir perfeccionando el castellano. En cambio, en la casa, todo se hablaba en awajún.

La escuela, un lugar de castellanización

En la primaria: una educación bajo torturas

Tengo muy presente el recuerdo de aquel día que era estudiante de la primaria con una profesora hispanohablante. En mi época, la escuela era multigrado y unidocente (un docente atendía a varios grados). No

le interesó cuál era mi origen ni mi lengua materna, lo único que hizo fue prohibir hablar nuestra lengua materna y exigir que habláramos el castellano entre los compañeros y con ella. La clase impartida por la profesora era en castellano, hasta para pedir permiso para salir al recreo teníamos que hacerlo en castellano, si no, no salíamos.

Mi primer momento de aprendizaje de la lectura y escritura fue en castellano. Logré leer y escribir sin comprender el sentido de las palabras. No fue fácil aprender, tenía que pasar muchos castigos como reglazos en la palma de la mano, jalonazos de orejas y patillas, arrodillarme sobre granos de maíz, sobre piedras menudas o sobre tapas de cerveza. estrategias para que pronunciara bien el castellano. Había mucha lectura de fabulas clásicas que teníamos que resumir en nuestras propias palabras en castellano.

Estudí hasta 4to. grado en esa escuela primaria N° 16297 de Pueblo Joven Juan Velasco Alvarado, luego mi padre hizo mi traslado de matrícula a la escuela Primaria N° 16296 de Nieva, donde estudié 5to y 6to. Allí sí era una escuela polidocente, en cada grado había un docente a cargo. Todos los docentes eran monolingües hispanohablantes y todos los alumnos, por más que fueran indígenas, tenían un cierto dominio del español, y en todo lugar se hablaba castellano. Fue la intención de mi padre ver a sus hijos hablar castellano, un valor y prestigio en aquel entonces.

En la secundaria: un camino desviado

En la secundaria, el castellano fue útil para relacionarme y entender sin dificultad las clases de los diferentes docentes de áreas. Si bien era indígena, había realizado mis estudios primarios, vivía en la Provincia de Condorcanqui y, como tenía amigos monolingües hispanohablantes, me aislaba de mis amigos indígenas awajún y wampis que llegaban a estudiar. Así me había alejado de mi lengua materna, de mi identidad cultural y había empezado a valorar la cultura occidental, hasta creí que era mejor que la mía.

Todo esto fue producto de los consejos de mis padres, quienes en la casa me decían que estudiar era lo mejor para no ser como ellos que vivían pobres en el campo, todo eso se reafirmaba en la escuela. En el nivel secundario, en ningún área nos enseñan en nuestra lengua materna, que para mí era el awajún, menos aun nos enseñaban los conocimientos y saberes de mi pueblo.

Terminé la secundaria con el propósito de seguir estudiando cualquier carrera que sea, con tal de elevar mi prestigio y mi estatus social. Nunca me identifiqué como perteneciente al pueblo indígena Awajún, tampoco dije que era de una comunidad para evitar la burla y el menosprecio. Me hicieron creer que la cultura occidental era superior a todas las culturas y que el castellano era la lengua ideal y que las lenguas indígenas eran un retroceso al pasado y nunca serían valoradas.

En superior: abrí los ojos y la mente

La educación superior me ayudó a reafirmar la identidad cultural y lingüística. Por los escasos ingresos económicos que tenía mi padre, realicé mis estudios superiores en pedagogía en calidad de becado de la Organización Indígena Consejo Aguaruna y Huambisa-CHA, en el Programa de Formación de Maestros Bilingües de la Amazonía Peruana (FORMABIAP). Este programa y los maestros comprometidos e involucrados en la causa indígena me ayudaron a entender mi realidad, valorar y, sobre todo, reafirmar la identidad cultural, social y lingüística.

Terminé mis estudios superiores con la firme posición de revalorizar mi lengua y mi cultura. Retorné a mi comunidad de origen y empecé a promover la Educación Intercultural Bilingüe (EIB) desde la escuela, en coordinación con los padres de familia y autoridades comunales. Fue un reto para mí, porque no era fácil hacerle entender a la comunidad el beneficio, porque todos estaban mentalizados en una educación castellanizante como una alternativa de desarrollo.

Críticas, desánimos y discusiones existían, pero yo no perdía las esperanzas ni la intención de apostar por una EIB. Como tenía claro el propósito a lograr, empecé a desarrollar la EIB partiendo de las actividades productivas que realizaban los comuneros en determinadas épocas del año.

Una educación desde la familia

Las experiencias vividas me sirvieron como reflexión para poder organizar y planificar la educación de mi hija y no tenga ese mismo sufrimiento. Esa burla, atropellos, marginación que yo había vivido antes de ingresar al FORMABIAP fueron enseñanzas que marcaron mi vida para buscar una alternativa más humana y poner fin a las agresiones.

Mi hija Shaag Ivet Shimbucat Tsamajain

Una lectura “La adquisición del lenguaje” realizada durante mis estudios superiores me bastó para empezar la motivación de mi hija desde el vientre. Desde el día en que recibí la noticia de que estaba embarazada mi esposa, decidí ambientar mi casa con discos compactos que contengan relatos, fabulas, leyendas y canciones variadas de diferentes lugares. No fue frecuente, pero cada vez que tenía un momento libre, hacía tocar los discos al lado de mi esposa con la intención de que mi hijo escuchara. También empecé a hablarle, acariciarle como si estaría afuera.

Era mi primer “experimento” y mi felicidad por ser padre. Toda esa paciencia y dedicación era porque era desesperante para mí, porque quería romper esa utopía que los indígenas eran inferiores, no pueden llegar a tener estudios superiores ni ser profesionales destacados. Es por eso que me dedicaba en mis horas libres a mi hija aun estando ella en el vientre de su mamá.

Nació mi hija. Para empezar con mi propósito, empecé por el nombre que le puse, el primero en awajún: Shaag y el segundo, en castellano: Ivet. Todo eso me ayudaba a precisar y dar ejemplo a los comuneros, porque en muchas ocasiones, empezando de los dirigentes indígenas que promovían a la educación bilingüe, terminaban poniéndoles a sus hijos e hijas nombres en inglés; en el peor de los casos, tenían esposas mestizas y sus hijos nunca hablarían la lengua indígena, dejando en discurso todo lo que promovían. Sin embargo, era al contrario conmigo y eso creaba admiración y ejemplo para los demás. Además, tenía que empezar primero por la lengua, yo quería que tuviera todas las habilidades lingüísticas, primero en la lengua materna, awajún, y luego en castellano como su segunda lengua, de manera que tuviera un manejo equilibrado de ambas lenguas.

Convencer y tomar acuerdos con mi esposa

La estrategia que utilicé fue partir desde mi hogar e involucrar a mi esposa en dar importancia, valorar y utilizar la lengua propia, awajún, porque ella era quien se oponía a que yo le hablara en awajún y quería que en todo momento le hablara en castellano. Según ella, el castellano es de prestigio y lo indígena, no. Fue un trabajo intenso, logré hacerle entender y al final me dio la razón. De esta forma, nos

dimos roles para cada uno en cuanto al uso de la lengua, cosa que mi hija tenía que saber las dos lenguas desde la casa.

Los roles se distribuyeron de la forma siguiente:

a. Mi esposa era quien la hablaba todo el tiempo en awajún. Hablaba como si dialogaría con ella, le hacía reír, cuando balbuceaba, igual seguía hablándole. Cuando ya empezó a pronunciar palabras, siempre le enseñaba los nombres de todo sin exageración, por ejemplo, perro nunca le decía “wauwau”, gato nunca le decía “miau”, etc..

b. Yo, era la persona que tenía que hablarle en castellano desde el día de su nacimiento y mientras vivíamos en la comunidad de Ebrón, que era un contexto monolingüe awajún. Además, no sólo era hablarle, sino buscar lecturas de relatos, fabulas, leyendas, canciones y videos. Todo el tiempo le hablaba como si fuera adulta y estuviera conversando con ella. Por ejemplo, le decía: “Mi bebé, hoy día te contaré una leyenda o una fábula”, según el texto que le había seleccionado, y leía; otro día, le hacía escuchar músicas variadas. Todo eso cada vez que tenía tiempo libre, no era todos los días.

Mientras vivía en la comunidad de Ebrón, igual seguí hablándole en castellano, pude notar que sí me entendía, cumplía órdenes que le hacía, pero me contestaba en awajún. Todo porque vivíamos en un contexto monolingüe awajún. Mientras su mamá y los parientes que me visitaban y los que le cargaban le hablaban en awajún, yo incluso buscaba niños para que le hagan jugar hablando en awajún hasta que cumplió los 4 años de edad. Todo eso para que se perfeccione bien en su lengua indígena como lengua materna.

Un día me acompañó en el aula donde yo trabajaba e hizo amistad con mis alumnos, era clase de lengua castellano y todo tenía que desarrollar en esa lengua. Mi hija resultó siendo quien traducía al awajún para que los estudiantes entendieran. Eso me llenó de alegría porque pude notar que mi hija ya entendía, a la vez, preocupación porque no podía hablar conmigo.

Del contexto monolingüe al contexto castellano

Cumplió los 4 años edad, estaba ya en edad escolar, igual tenía que conversar con mi esposa para hacerle entender que mi hija ya estaba en edad escolar y era necesario llevarle y hacerle estudiar en un contexto castellano. Esa propuesta fue muy complicada porque se trataba de alejarse, yo por cuestión de trabajo, permanecía en la comunidad y mi

esposa y mi hija tenían que trasladarse a la provincia por los estudios de mi hija. Mi esposa se convenció porque se dio cuenta de que, a pesar de que yo todo el tiempo le había hablado en castellano, ella siempre me contestaba en awajún, me entendía perfectamente los órdenes que le daba, pero nunca se le escuchó hablar castellano.

Cambio de lugar y cambio de código

Matriculé a mi hija en el Nivel Inicial pero no en la comunidad, sino en la capital de la provincia de Condorcanqui que era contexto castellano hablante. Para eso, tenía que mudarme de la comunidad de Ebrón al pueblo. El cambio de lugar a un contexto monolingüe también me permitió el cambio de roles que teníamos asignados cada uno, o sea, esta vez la lengua de la casa tenía que ser awajún. Mamá, papá e hija tenían que seguir hablando en lengua awajún, porque el contexto era castellano.

Por otro lado, en la Institución Educativa de Nivel Inicial donde estudiaba mi hija, su profesora era monolingüe en castellano, durante el desarrollo de la clase todo era en castellano, además, sus amigos y amigas del salón usaban el castellano dentro y fuera del aula. Ella no encontró mayores dificultades en el uso de las dos lenguas. Solo tuvo un poco de dificultad en la pronunciación del castellano en sus primeros meses, finalmente fue superándose con los intercambios que tenía entre sus compañeros de estudio y con su profesora.

Las fortalezas

En sus primeros días de gestación, en su nacimiento y hasta sus 7 años de edad que le acompañé antes de ser becado para realizar estudio en la Maestría de Sociolingüística en la ciudad de Cochabamba de Bolivia, menciono las fortalezas que tuve para que mi hija Shaag sea verdaderamente bilingüe coordinada:

Mi hogar

Mi esposa, dentro de mi hogar, me ayudó para que mi hija aprendiera y usara las lenguas awajún y castellano. La gran fortaleza que tuve fue que mi esposa es del pueblo originario Awajún y su lengua materna es el awajún y su segunda lengua castellano. Ella aprendió el

castellano cuando salió de su comunidad a los 15 años de edad, cuando salió a trabajar como trabajadora doméstica y en un restaurant de un hablante monolingüe en castellano. Su identidad cultural y lingüística fortalecía el propósito que yo tenía hacia mi hija en cuanto el dominio y uso de las dos lenguas.

La condición económica y la distancia de la comunidad en la que vivía mi esposa no le permitieron seguir estudiando otros niveles de estudio. La comunidad de mi esposa es Ajachim, de la jurisdicción del distrito de Nieva, queda a 2 horas en carro y 5 horas en peque peque (pequeña flota motorizada exclusiva para el viaje por agua) de la provincia de Condorcanqui.

En la comunidad de Ajachim funciona la institución educativa inicial y primaria; para realizar sus estudios de nivel secundario, tenía que trasladarse al centro poblado de Urakusa o a la capital de la provincia de Condorcanqui. Como se necesitaban recursos económicos para su estadía, alimentación y materiales, sus padres, al no contar con suficientes recursos económicos, decidieron que se quedara en la comunidad junto a ellos. Por tales condiciones, mi esposa quedó solo con estudios de primaria.

La condición de vida que tuvo nos favoreció, ya que ella tenía amplios conocimientos en los sembríos, la crianza de los animales y en la cocina, como toda una mujer awajún. Eso fue lo que le permitió que se dedicara exclusivamente al cuidado de mi hija y enseñarle la lengua y los quehaceres de la casa.

Mi esposa se quedó todo el tiempo con mi hija, es allí donde aprendió el awajún. Además, recibía visitas de los pobladores de la comunidad que hablaban en la lengua originaria. También cuando se iba a la chacra, nunca dejaba a nuestra hija en la casa por más pequeña que fuera. Eso sí, siempre tenía que llevar a una niña para que la acompañe, juegue, le cante y le hable en awajún, aun estando en la chacra, mientras ella trabajaba eliminando las malezas. Vale aclarar que en esas visitas que hacían a mi casa, todos, en especial niñas y señoras, alzaban a mi hija porque era muy gordita, la acariciaban, mimaban, le hablaban todo en awajún.

Por mi parte, dentro del hogar yo era quien tenía que hablarle en castellano, cada vez que me encontraba en la casa. Desde los primeros años de vida, yo no frecuentaba mucho mi casa porque era docente, Director de primaria y a la vez Secretario General del Sindicato Unitario de Trabajadores en la Educación del Perú (SUTEP)

en la capital de la provincia de Condorcanqui; y otros cargos políticos y otros de la comunidad. En esas salidas de la casa que siempre hacía, le traía materiales didácticos y fichas para ir reforzando la pronunciación del castellano.

Los abuelos

Por cuestión de trabajo, vivíamos en la comunidad de Ebrón, allí llegaban mi suegra y mi suegro a quedarse una semana o más, ellos hablaban solo la lengua awajún. Se quedaban con mi hija casi todo el día cuando mi esposa se iba a la pesca o a recolectar frutas. En ese espacio, le daban de comer a mi hija, le hacían bañar, la cambiaban, le reñían, le daban órdenes, consejos, etc., todo hablando en awajún. También era al contrario, en las vacaciones éramos nosotros quienes íbamos a la comunidad de Ajachim con la finalidad de visitar, todo eso por dos motivos: para que mi hija vaya conociendo a todos los familiares de parte de su madre y para que ella pueda escuchar la lengua awajún a través de los relatos y cuentos que le transmitía su abuelo.

Por parte de mis padres, mi hija tenía abuelos bilingües, por ejemplo, mi padre siempre le habló en castellano y mi madre en awajún. Aunque teníamos una casa aparte en el pueblo, siempre frecuentábamos la casa de mis padres, porque había televisión, DVD, radio y la oportunidad de una conversación prolongada y terminaba almorzando o cenando con ellos. En todas esas relaciones, hablábamos en castellano y en awajún, usábamos ambas lenguas sin mayores dificultades.

La comunidad

La comunidad de Ebrón tiene una población de 562 habitantes. El nombre que lleva tiene su origen en un pasaje bíblico; en aquel entonces, el señor David Samaniego, de procedencia ecuatoriana, bautizó a la comunidad con ese nombre en honor al rey David, quien dominó al gigante Goliat. David se sentía rey por su dominio del castellano y todos los indígenas, en aquel entonces monolingües awajún, acudían a él como intermediario en la venta de los productos a los comerciantes hispanohablantes.

En la comunidad, todos los abuelos, padres jóvenes y niños son hablantes awajún. Utilizan esta lengua en toda situación. Es allí donde a mi hija se relacionaba fuera de la casa; hablando logró aprender muy

bien el awajún. Le compré juguetes como rompecabezas, muñecas, pelotas y otros con los que jugaba en la cancha deportiva junto con los demás niños y niñas de su edad. La cancha deportiva de la comunidad era un lugar clave de concentración, en las tardes, a partir de las 3 pm iban niños, niñas, señoras, señoritas, señores y jóvenes para realizar o mirar el fútbol y el vóley. Mi esposa y yo éramos fanáticos del deporte y siempre practicábamos el fútbol y vóley. Por eso, la cancha deportiva fue un espacio seguro, donde mi hija y los niños de la comunidad podían intercambiar el juego y hablar la lengua.

Estando en la comunidad, aun siendo de contexto awajún, en todo el tiempo le hablaba a mi hija en castellano; además, en mi casa tenía textos de relatos, fabulas, leyendas en castellano y le ponía a leer, también le facilité materiales gráficos para que ella vaya ejercitando su motricidad fina, todo ello en castellano. Logré que le gustara eso, y cuando llegaban sus amiguitos y amiguitas a la casa, ella sacaba todos los materiales que trabajábamos y empezaba a explicarles, pero ella lo hacía en awajún. Yo me alegraba porque lo que yo explicaba y leía en castellano, ella lo explicaba a sus amiguitos en awajún; así me permitía ver cuánto me había comprendido mi hija. Lo hacía muy bien, eso para mí, como padre, era un signo de que mi hija sí me comprendía.

La ventaja de la comunidad de Ebrón es que está a 20 minutos del pueblo capital de la provincia de Condorcanqui en carro y caminando está a 2 horas, y por el río a 1 hora si se viajaba en peque peque. Estando allí, me iba a visitar a mis padres, en ese momento, mis hermanos y mi padre le hablaban a mi hija en castellano, excepto mi mamá que todo el tiempo, hasta ahora le habla en awajún.

Los medios de comunicación

Cuando íbamos al pueblo, ella tenía total acceso a los medios de comunicación y eso facilitó que mi hija vaya entendiendo y pronunciando bien el castellano. Cada vez que llegaba ahí, ordenábamos bien las cosas en mi casa y luego pasábamos a la casa de mi padre para aprovechar todos los medios con los que él contaba. Junto con todos los miembros de la familia, nos quedábamos a ver televisión; en muchas ocasiones, dejaba pasando videos de canciones infantiles que veía con algunos sobrinos que llegaban. Todo eso permitió que mi hija aprendiera canciones en castellano y empezara a pronunciar palabras vocalizando de manera correcta el castellano.

Los videos que le compraba eran: Cenicienta, Caperucita roja, Los tres cerditos, etc. Al finalizar, siempre me contaba con sus propias palabras lo que entendió de la película y resolvía algunas preguntas inferenciales, criterios, no me importaba si lo hacía en awajún o en castellano, porque la final, lo que valoraba era lo que logró captar de la película.

La escuela

La escuela de Nivel Inicial fue una aliada que ayudó mucho para que mi hija perfeccionara bien el castellano, aun siendo su segunda lengua. Fue así, porque permitió que mi hija entendiera y usara el castellano relacionándose con sus compañeros de estudio y con su profesora que era monolingüe hispanohablante. Esa relación a través del juego y canciones le ha permitido ir perfeccionando el uso adecuado del castellano como su segunda lengua.

Desde su primera clase, mi hija hizo amistad de manera inseparable con una niña monolingüe hispanohablante y todo el tiempo cuando andaban juntitas, hablaban en castellano. Su amiga, en algunas ocasiones, le corregía la pronunciación de algunas palabras que pronunciaba mal y le decía que repitiera como ella pronunciaba. Esa buena acción de su amiga ayudó a que mi hija siguiera perfeccionando y aumentara su vocabulario en el castellano.

Por otra parte, la profesora monolingüe en castellano fue otra persona que me ayudó mucho, porque su clase era toda en castellano, sacaba a sus estudiantes a la calle para que saluden a las personas mayores haciendo uso del castellano, además, les hacía jugar entre sus compañeros, etc.

Fui consciente de no usar traducciones bajo ningún criterio, por más desesperante que sea. Si dialogaba con mi hija, utilizaba la lengua con que empezábamos, o sea, si empezaba con awajún, seguíamos dialogando solamente en awajún y si empezábamos en castellano, todo era en castellano. Esa actitud ayudó a que mi hija pronunciara bien y formulara bien la oración en castellano y en awajún.

No fue fácil hacer entender a mi esposa sobre la decisión que yo tomaba, lo peor era que teníamos que separarnos por cuestión de días por motivo de estudios de mi hija cuando cumplió sus 4 años. Es por eso que mi esposa y mi hija tenían que vivir en la provincia de

Condorcanqui. No quedaba lejos la comunidad Ebrón, lugar donde trabajaba pues tenía que ir a diario y a veces pasado un día, según el compromiso de trabajo que me proponía lograr en la comunidad.

Esa separación fue muy dolorosa para el trío (mamá, papá e hija); lo fue más para mi hija porque yo me entretenía y era muy pagado a ella, al final, ambos teníamos que aceptar y entender que era por el bien de nuestra hija.

Ante esa situación, la reacción de mi padre fue de no entender por qué tenía que vivir yo separado de mi esposa y mi hija, si igual tenía la escuela de inicial en la comunidad. Tenía que explicarle el propósito y las intenciones que tenía con mi hija. Le dije a mi padre que la lengua materna de mi hija era el awajún; ella ya sabía hablar, escuchar y comprender pero tenía dificultad en hablar y dialogar en castellano, no bastaba con que yo nomás le hablara, ella necesitaba interrelacionarse con sus amigos, de esa forma, tomé esa decisión. No quiero que mi hija tenga las dificultades que yo he tenido, es necesario que aprenda desde muy pequeña. Así fue como le expliqué detalladamente a mi padre.

Además, el cambio de lugar me afectaba en mis horas de trabajo, porque llegaba tarde a mi aula donde trabajaba. En la selva, el tiempo no es confiable, había días que amanecía lloviendo y para trasladarme era muy riesgoso porque lo hacía en mi moto lineal (moto con dos llantas). En muchas ocasiones, los padres se quejaban por mi tardanza. Poco a poco todo se fue organizando; pero la base de todo era que mi esposa me entienda por los días que no llegaba a la provincia, a veces, por mal tiempo, o por el compromiso que tenía con la comunidad.

Los logros

Una visita inesperada de una profesora

Mi hija con solo un año de estudios me llenó de alegría por hablar la lengua awajún y el castellano. Una profesora que conocí en Iquitos me enseñó en Programa de Formación de Maestros Bilingües de la Amazonia Peruana (FORMABIAP), llegó a la provincia por cuestión de trabajo y me invitó a cenar junto con mi esposa y mi hija. Le presenté a mi esposa y a mi hija, luego a la hora de cenar me preguntó si mi hija hablaba el awajún, le afirmé que sí y me puse a platicar con ella en awajún, se sorprendió y me preguntó: “¿Sabe hablar castellano?” “¿A

ver háblale?” me propuso, era para comprobar si yo realmente promovía la EIB desde mi casa. Igual le contesté que sí, me decía que lo hablara con ella, yo le dije que ella misma lo hablase y así fue, empezó a hablarle y ella le respondía, un verdadero diálogo. “¡Cómo te envidio, mi estimado!” fue su reacción, por último me felicitó por la habilidad que demostró mi hija en el manejo de las dos lenguas. Me sugirió que siguiera adelante con revitalizar la lengua desde el hogar, diciendo que eso es ejemplo para los demás. Ese gesto de la profesora me conmovió y me animó a seguir profundizando el uso de la lengua awajún como lengua materna y el castellano como segunda lengua.

Su lengua materna la salvó de una operación

El año 2011, mi hija Shaag, a los 5 años de edad, concluía sus estudios de nivel Inicial. Como todo padre, era un orgullo y esperanza tener una hija como ella. Resulta que en el mes de octubre, como todo niño saliendo de la escuela, se entretuvo en mirar a otros niños que se pusieron a jugar subiendo a las ramas de un árbol pequeño. Estaba tan cerca a la rama que un niño al colgarse en ella hizo que la rama cayera en el ojo izquierdo de mi hija. En esos momentos, ella estaba sola con su madre, mientras yo estaba de viaje porque trabajaba como monitor de las escuelas y visitaba 12 instituciones educativas de nivel primario.

Amaneció y mi hija estaba con los ojos hinchados al extremo que no podía ver; mi esposa se percató y se atrevió a mirar, resultó que era algo serio, que sus ojos se estaban ya blanqueando por el fuerte pinchazo que recibió. Asustada la llevó al hospital donde tenía un seguro de salud. Después de diagnosticarla, el doctor la transfirió al hospital de la provincia de Bagua, que queda a 8 horas del pueblo. De igual forma, en Bagua la transfirieron a la ciudad de Chiclayo para poder operarla porque su ojo estaba lastimado y no se podía solucionar en Bagua por falta de material quirúrgico.

Me enteré muy tarde, cuando mi hija estaba en la ciudad de Chiclayo. Pedí permiso en mi trabajo por una semana para así poder acompañar a mi esposa y a mi hija, llegué a tiempo al lugar cuando mi hija estaba internada en la sala de emergencia para los exámenes extensivos antes de la operación correspondiente. El oftalmólogo que atendía a mi hija me dijo: “Tu hija no ve con el ojo izquierdo, le

mostramos figuras, le preguntamos y ella no responde. Eso significa que no ve y mañana será el último examen, la operación dependerá de eso”, mientras le echaban unas gotas en los ojos. Estando solo, me atrevo a preguntar: “¿No ves las figuras que te muestra el doctor?” Pero ella me decía que sí, pero “¿Por qué no contestas?”, le pregunté y ella me dijo: “Por temor”. Entonces, le expliqué en awajún todo lo que podía suceder si no hablaba.

Al día siguiente, entró el doctor y la llevó a una sala llena de maquinarias, le colocó una máquina computarizada en el ojo; mostrándole una imagen, le preguntó: “¿Qué figura es, mi hija?” Ella se quedó callada y yo le hablé en awajún sin que el doctor se diera cuenta. De un rato, resultó nombrando todas las figuras que el doctor le mostraba, fue una alegría para mí, el doctor se levantó de su sillón y me dijo: “Está recuperando significativamente y no es necesaria la operación, mañana evaluamos y según eso te daré de alta”, fueron las últimas palabras del doctor. Abracé a mi hija y le hable en awajún, le dije que hizo bien al nombrar las imágenes que presentaba el doctor, ella me respondió: “Papá, era fácil, por eso los nombré todos”.

Las gotas que le echaban en su ojo le ayudaron a bajar la hinchazón y el dolor. Al día siguiente, al medio día apareció el doctor para darle un chequeo general en los ojos y dijo que ya estaba fuera de peligro, que firmara algunos papeles y le daría de alta. Una vez que firmé todos los papeles, me dijo que no habría problema, que podía salir del hospital. De esa forma, pude retornar a la Provincia de Condorcanqui, lleno de felicidad con mi esposa y mi hija.

Ayudaba en el aula a su profesora

Mi hija Shaag, en sus primeros días de clases, era la niña que salía tarde de la escuela. Mi esposa, quien la iba a traer todos los días, un día se quejó ante mí, diciendo que mi hija le hacía esperar mucho al lado de la puerta porque no salía rápido; preocupado me di tiempo y fui a preguntar a qué se debía que mi hija saliera tarde. La gran sorpresa fue que la profesora me dijo de manera asombrosa que mi hija era muy amigable y ayudaba a muchos niños que no comprendían las explicaciones para hacer algunos trabajos que ella daba en castellano. Como la niña entendía muy bien el castellano, podía explicar en awajún a sus compañeros, que luego salían entendiendo lo que ella les

había dicho. Por eso, ella demoraba mucho en sus trabajos y terminó diciendo: “Le digo que no se preocupe, pero ella siempre termina apoyándose”. Por eso, ella es bien querida por sus amigos y amigas monolingües castellanohablantes y hablantes de awajún, porque ella no tiene dificultades en cuanto al manejo de ambas lenguas awajún y castellano. La institución educativa Inicial de Juan Velasco Alvarado donde estudiaba mi hija tenía muchos niños de la comunidad monolingües en awajún, pocos niños bilingües y muy pocos monolingües castellano hablantes. Su profesora era monolingüe en castellano.

Lecciones aprendidas

El conocimiento adquirido en los estudios realizados en FORMABIAP en la ciudad de Iquitos, complementado con la experiencia de trabajo y ampliado con muchas formas de revitalización durante mi estudio de posgrado en la Maestría en Sociolingüística, me impulsa a seguir promoviendo con mucha fuerza el uso de la lengua en los diferentes contextos desde mi familia.

La familia con sus aliados cumple un papel muy importante en la revitalización de la lengua propia, en mi caso, el awajún, para que en el futuro, los niños y niñas, como mi hija, sean ciudadanos interculturales plenos.

Para tal fin, partiendo desde mi experiencia, es importante tener de cerca a los hijos y hablarles sobre la importancia de la lengua y hacerle entender que una lengua no es superior a otra, todo depende de quiénes las usan. También es importante que nunca se avergüencen ante nadie y, además, dialoguen sobre el mundo actual. Es necesario transmitir los conocimientos propios, partiendo de una actividad productiva como lo hacían nuestros ancestros y en las vacaciones estar en la comunidad indígena donde pueda ver y llevar a la práctica los conocimientos, técnicas y valores propios, porque la lengua no “camina” sola.

Personalmente, estaré en constante diálogo con mi hija, utilizando la lengua originaria awajún, en diferentes contextos, dentro y fuera de mi hogar, solos o en público, seguir hablando mi lengua por más que el público no sea awajún hablante, porque muchos, al no tener práctica en hablar en público, se avergüenzan al utilizar su lengua y ahí empieza el menosprecio de su propia lengua.

Mi gran desafío será que mi hija logre desarrollar las cuatro habilidades lingüísticas básicas: hablar, comprender, leer y escribir. Hasta el momento, logré que mi hija hable y comprenda, aún me faltan dos habilidades lingüísticas básicas. A mi retorno tendré que realizar la transferencia de habilidades en escritura de la lengua originaria, en castellano ya escribe, lee, habla y comprende.

Los hijos que sepan o desarrollen las cuatro habilidades en su lengua materna no garantiza que ellos sean los futuros defensores o revitalizadores de la lengua originaria. Hay que buscar, crear mecanismos para que el hablante, en este caso, el niño, quiera, le interese y utilice en diferentes escenarios, en diferentes eventos, la lengua. Para tal fin, es importante ejercitar, de manera oral y escrita, los relatos de su pueblo: los cantos, la cerámica, el tejido, las danzas, etc.

Por otro lado, aprovechar la tecnología que ha ingresado en los últimos rincones como el teléfono, la televisión, la radio, el internet, el facebook, el whatsapp, etc. para que los niños sigan utilizando la lengua propia en estos espacios, ya que tiene acceso a ellos.

Coordinar con las instituciones competentes: municipios, ONG, instituciones educativas de nivel Inicial, Primaria y Secundaria para promover, mediante concursos con incentivos, la lengua awajún a través de escritos produciendo textos literarios y no literarios, cantos, danza y el arte propio de la cultura.

Durante el tiempo que estuve al lado de mi hija, puedo decir, como padre, que todo depende de que los padres inculquen los valores, los conocimientos desde pequeños a la generación venidera para que crezca tomando conciencia sobre la cultura y la lengua propia, que tiene el mismo valor que cualquier otra lengua.

Para un mantenimiento, desarrollo y revitalización de una lengua, la familia es la que cumple un papel muy importante, es quien educa. La escuela, la comunidad y los parientes cercanos (abuelos, tíos, etc.) son aliados de los que no se debe estar desligado en la formación de los niños y deben involucrarse para el mantenimiento y desarrollo de la lengua y la cultura de manera integral.

La escuela, en particular, tiene funciones que dependen mucho de los aportes de los padres de familia y de la comunidad para la preparación de una nueva generación, todo dependerá la estrecha coordinación entre ellos para la mejora del futuro, para que la lengua siga en vigencia. Si esto no funciona, estaríamos hablando de una

descoordinación y al final, siempre termina ingresando el castellano y ocupa todo el espacio dejando en desuso nuestra propia lengua.

No es imposible, sólo es asumir un compromiso, una dedicación; en el camino, se encuentran hasta malestares con nuestra pareja o con los familiares, cuando se quiere lograr un propósito para los hijos en cuanto el uso de la lengua awajún en contextos diferentes.

Todos los que se oponían, incluyendo mi esposa y mis familiares, que de una forma no estaban de acuerdo con la decisión que yo había tomado de que mi hija tenía que aprender primero la lengua originaria awajún y luego el castellano, resultaron felicitándome y era ejemplo para los demás, ya que, empezando de mis hermanos y amigos cercanos, empezaron en realizar las mismas acciones que yo había iniciado.



Shaag junto a su padre y sus primos.

II

NUNCA ES TARDE PARA LA LENGUA

No es tarde, pero cuesta: enseñanza del quechua en casa

*Epifania Guaraguara Villca
Quechua, Cochabamba, Bolivia*

Una mirada hacia atrás: mi niñez bilingüe

Mi nombre es Epifania Guaraguara Villca. Nací en Cercado, en la parte urbana de Cochabamba. Mis padres son del *Ayllu*¹ Layme Puraka, de una comunidad llamada Sak'a, ubicada en el Norte de Potosí, donde las lenguas de mayor uso son el quechua y el aimara, aunque también está presente el castellano con menos hablantes. Por eso, se conoce como zona trilingüe. Ellos se vinieron de su pueblo a Cochabamba hace treinta y cinco años; aquí tuvieron tres hijas: mis hermanas Sonia, Esther y yo. A pesar de haber vivido en un contexto completamente urbano, tuve la fortuna de ser bilingüe de cuna; pues, mi padre me hablaba en castellano y mi madre en quechua. Soy bilingüe de cuna, pero no porque ellos lo hayan planificado así; sino porque mi madre solo hablaba quechua y mi padre hablaba algo de castellano.

1 Ayllu: organización territorial históricamente fundada en lazos consanguíneos extensos

Por tal motivo, las tres hijas heredamos la lengua quechua como nuestra lengua materna, desde que tuvimos uso de razón.

Durante el tiempo de mi niñez, hablar quechua siempre fue motivo de discriminación, tanto en la escuela como en la zona donde vivía; sin embargo, por ser la lengua en la que me comunicaba con mi madre, hablaba quechua en todo espacio y momento. En ese sentido, la lengua quechua y la cultura siempre estuvieron vivas en mí. La forma en la que se vivía en el *ayllu* de mis padres, también la vivíamos en mi hogar en Cochababa. No quiero animarme a decir que lo cultural era quechua, porque mis padres son aymaras quechuizados. Esto quiere decir que esos *ayllus* siempre fueron aimaras, y en tiempos posteriores, los quechuas los conquistaron. Así que seguramente lo cultural estaba centrado en lo quechumara² o lo aymachua;³ solo sé que mi madre nos alimentaba lingüística y culturalmente en la única forma en la que podía hacerlo: hablando quechua y siendo quechua.

A mis doce años —¡lo recuerdo tan bien!— me nace el gusto y la pasión por aprender lenguas extranjeras en el colegio, pues era la primera vez que tuve las materias de inglés y francés. Así que desde entonces tomé la decisión de estudiar lenguas cuando terminase el colegio, pero ojo, lenguas extranjeras, y sobre todo el inglés. Por ese tiempo también, con franqueza y tristeza quiero decir que el quechua no era la lengua que estaba en mis planes de enseñanza de lenguas. Ahora, pienso y me pregunto si habría sentido lo mismo, si en el colegio me hubiesen enseñado la lengua quechua. Simplemente, sé que para mí se estaban abriendo nuevas puertas que no esperaba.

Reflexiones y toma de decisiones sobre herencia lingüística

Cuando llegué a la universidad a estudiar la carrera de Lingüística Aplicada a la Enseñanza de Lenguas, tenía muchas expectativas sobre el aprendizaje de lenguas extranjeras, siempre con la mirada de que, en un futuro, estaría enseñándolas en alguna escuela. Desde ya, mis pretensiones de enseñar lenguas, se limitaban a estudiantes de escuela. Para ese entonces, ya me había casado y ya tenía a mis dos hijas: Valkiria y Katy, de tres y dos años, respectivamente. La idea de hablarles en

2 Conjunción de las lenguas quechua y aimara.

3 Conjunción de las lenguas aimara y quechua.

quechua no estaba ni en mi mente ni en mi corazón ; tampoco pensaba en enseñarles otro idioma que no fuera el castellano, el cual estaban adquiriendo naturalmente. Yo había naturalizando el hecho de que como nacieron en un contexto citadino, ellas hablarían la lengua de la mayoría. Así que empecé mis estudios en la universidad con mis dos niñas, cuando ellas también empezaban a hablar en castellano.

Todo iba bien en la Carrera de Lingüística. Me llamó mucho la atención la falta de interés para aprender la lengua quechua por parte de mis compañeros. Muchas veces, los estudiantes recurrían a hacer trampa para aprobar la materia, y muchos de ellos también se quejaban de tener en el *pensum* académico una materia que “no les sirve”. A raíz de ello, decidí pasar todas las materias que se relacionaban con el aprendizaje de la lengua quechua: Quechua I, Quechua II, Quechua III y Quechua IV. Eso para saber el porqué del rechazo a la enseñanza del quechua.

Después de mucho tiempo, al finalizar mis estudios en la carrera, me di cuenta de que el quechua se enseñaba para repetir, memorizar o escribir vocabulario desprovisto de propósitos comunicativos. Es ahí cuando me interesé por la enseñanza del quechua, y sin haberlo planificado, me llegó la oportunidad de trabajar en lugares alejados de la ciudad, como Valle Sacta en Chapare, Aiquile, Tótora y Capinota, lugares donde la mayoría de los pobladores hablan quechua. A través de esas experiencias de enseñanza, concluí en una reflexión muy profunda sobre el desplazamiento del quechua en espacios de habla quechua en el contexto de educación escolar y de educación superior. Ese fue un segundo momento de reflexión sobre la muerte silenciosa de las lenguas indígenas, sobre todo, en espacios académicos; y lo más triste era que, al no hablar el quechua, éramos los nosotros mismos los que estábamos dándole muerte a nuestra lengua materna.

Un tercer momento se dio cuando, ya estando involucrada en la enseñanza del quechua, se presentó la oportunidad de hacer estudios de posgrado en el PROEIB Andes. Este fue un espacio en el que anhelaba fortalecer mi hacer con respecto a la enseñanza del quechua. Es así que participé en la VII Versión de la Maestría en Educación Intercultural Bilingüe. Entonces, en esos espacios y tiempos, mi vida sufrió un gran cuestionamiento a mis ser y hacer “quechua”; mientras enseñaba quechua en la universidad y discursaba sobre el desarrollo y fortalecimiento del quechua, en mi hogar mis hijas eran monolingües

en castellano. Era una realidad que no había identificado antes, ni me había detenido a reflexionarla, y en consecuencia, para ese momento fue fulminante mi decisión de pasar del “decir” al “hacer”.

A esa experiencia, se añaden otras lindas experiencias de vidas de mamás que habían heredado su lengua materna indígena guaraní y quechua a sus hijos en contextos urbanos, como los casos de Marcia Mandepora y Rosario Saavedra.

En esa misma línea, las lecturas que hicimos en el área de Lenguaje en la Maestría y muchos talleres y seminarios sobre revitalización de lenguas indígenas, me abrieron el corazón para tomar la decisión militante de enseñar el quechua a mis hijas, que en ese entonces tenían doce y trece años. El anhelo que tenía era que mis dos hijas se identificaran con el ‘ser’ quechua, primeramente, para luego hablar la lengua quechua. Además, que no permanecieran monolingües y que comprendieran que el ser quechua no sólo es hablar la lengua; sino también comprender la lógica cultural del pueblo de mis bisabuelos, abuelos y padres, que ahora la asume mi familia en un contexto ciudadano. La idea nació cuando me detuve a pensar y reflexionar en mi accionar como quechua, hablante nativa de esta lengua y lingüista que se dedica a enseñar esta lengua.

Planificación lingüística familiar

La decisión de enseñar el quechua a mis hijas inició con una planificación. Primero, tuve charlas de sensibilización y concientización con mis hijas sobre la importancia de mantener vivas las lenguas indígenas de nuestros padres, abuelos y generaciones pasadas. Al principio, claro, ellas tenían la cuestionante del porqué había que hacer esas reflexiones. Incluso, una de ellas me preguntó: “¿Es una tarea para tu universidad?”. Le respondí: “No. Es una tarea para la casa”.

Durante este proceso, me enfrenté a muchos conflictos como el rechazo al quechua por parte de mi esposo y mi familia política. Mi esposo estaba reacio a la idea. Él no quería saber de que yo hablara en quechua con mis hijas. Me cuestionaba el hecho de enseñarles quechua a mis hijas. Cuando le había hablado antes sobre el tema, él no quería adherirse a mi propósito. Él y su familia, de origen indígena, como yo, no hablaban quechua, aunque sus padres sí lo hacían entre ellos. Sin embargo, por la migración a Buenos Aires, Argentina: y, por ende, la sumersión en el castellano, los hijos nunca hablaron quechua. Es más,

habían adoptado una identidad “blanqueada” (mestiza). Por esos motivos, la actitud de ellos hacia las lenguas indígenas era despectiva y de menosprecio. Cuando me ponía a hablar con mis hijas en quechua, mi esposo y su familia se burlaban o simplemente se reían y decían:

Eloy: ¿Para qué les va a servir el quechua? El quechua es para el campo y no para la ciudad. Es mejor que les enseñes inglés. ¿Dónde les va a servir el quechua? Desde que has entrado al PROEIB Andes te estás volviendo media campesina. Enseñar quechua es solamente para tu trabajo en la universidad.

Esa era mi primera lucha en mi casa. Luego, mi familia política también me reclamaba cosas similares; incluso hubo situaciones en las que mis hijas se sentían muy lastimadas, al punto de quebrar en llanto por las opiniones de sus tías y abuelos paternos. Esas opiniones y reacciones ya me las esperaba, pero no fueron suficientes para detenerme en el proceso. Así que busqué otros espacios y personas para seguir trabajando sobre la sensibilización por parte de mis hijas hacia el quechua.

Recuerdo que una vez, Rosario Saavedra y yo teníamos un partido de básquetbol. Mientras jugábamos, mis hijas y los hijos de Rosario se quedaron juntos de expectantes. Cuando terminó el partido, mis hijas, asombradas y con una alegría que cubría sus caritas, me dijeron: “¿Mami, cómo esos niños tan chiquitos han podido aprender a hablar quechua? ¡Qué lindo mami! A nosotras también deberías habernos enseñado desde antes y no recién ahora!” Aquello, otra vez, fue un llamado de atención punzante para mí; así que me preparé para dar el siguiente paso.

Algunas estrategias

Después de haber trabajado reiteradamente en la concientización sobre la identidad, la cultura y la lengua quechuas, el siguiente paso fue hablar con ellas en quechua empezando por decirles frases cortas o algunos imperativos:

¿Imayanalla wawitáy?
¡Much'ariway!
¡Mamáy!
¡Tatáy!

¡Jamuy!
 ¡Jaku!
 ¡Mikhukuna!
 ¡Utqhay!
 ¡Uyariway!
 ¡Puriy!
 ¡Mikhuy!
 ¡Apamuy!
 ¡Qhaway!
 ¡Q'ayakama wawitáy!
 ¡Puñukapuna!
 ¡Quriway!

Al inicio, ellas solo escuchaban palabras que no tenían sentido. Así que lo primero que me pedían era la traducción de esas frases y palabras. La traducción de cierta forma me ayudó al principio, pero no es recomendable, a mi parecer, porque luego se termina traduciendo todo, todo el tiempo. En este proceso de hablarles en quechua a mis hijas, noté que ellas olvidaban esas palabras con mucha facilidad. Entonces, decidí escribirlas en quechua y castellano en unas hojas: una palabra en cada hoja. Después, las pegué en cada espacio que había en la pared. Aproveché esos espacios, y pegué más vocabulario que generalmente usábamos en nuestros pequeños diálogos. También, usé algunos dibujos para nombrarlos en quechua. El hecho de textuar la casa ayudó de cierta manera a que mis hijas se apropiaran de ese vocabulario de manera más lúdica y sencilla.

Durante ese tiempo, una vez, vino de visita un primo y me dijo:

El: ¿Das clases a tus alumnos también en tu casa?

Epi: No. Solo les estoy enseñando quechua a mis wawas.

El: Ummm... ¿Pero para qué, Epi? Mejor dedícate a otra cosa porque vas a perder tu tiempo no más.

Después de un tiempo, es decir, después de haber estado enseñando quechua a mis hijas en casa solamente, sentí la necesidad de hablar quechua fuera de la casa. El primer lugar donde lo hice fue en la escuela de mis hijas. Fue un mediodía, en el que como de costumbre llegué a la puerta del colegio a recogerlas. Ahí estaban ellas con

sus compañeros de clase saliendo de sus respectivas aulas para conducirse a la puerta de salida del colegio. Cuando ya estaban cerca a mí, les saludé diciendo:

Epi: ¿Imaynalla wawitáy?

Y ellas estaban rojas como un tomate y cerca al oído me dijeron: ¡Mami cállate! No nos hables quechua aquí.

Esa fue la primera vez que había saludado en quechua a mis hijas frente a sus compañeros. Luego, cuando ya estábamos en casa hablamos sobre lo que había pasado en el colegio. Ellas entendieron las razones por las cuales yo les había hablado en quechua. Y desde ese día, les hablaba en quechua en cualquier lugar: en el trufi (vehículo mediano de transporte público), en el bus, en alguna oficina, en la calle, en los partidos de volibol de mis hijas, etc. De hecho, un día vino Andrea, la amiga de Valkiria, mi hija mayor, a visitarnos y quedarse a dormir debido a un trabajo extenso que les habían dado en el colegio. Ese día me encontraba en casa ayudándolas con su trabajo, día que también lo aproveché para hablar en quechua con mis hijas y su amiga. En esta oportunidad, mis hijas ya no sintieron vergüenza, incluso traducían algunas frases para su amiguita.

A medida que pasaba el tiempo, mis hijas fueron desarrollando ciertas formas de comunicación en quechua. Por ejemplo, cuando no sabían una palabra en quechua, hacían el préstamo del castellano. Así:

Katy: Comidata *munani*.

Valkiria: Frío *kachkan*.

Katy: ¡Huevota *cocinay*, mamáy!

Además, mis hijas hacen alternancia entre el quechua y el castellano. Hablan algo cortito en quechua, luego pasan al castellano:

Katy: ¡Mamitáy *jamuy*!

Epi: ¿Imata *munanki wawitáy*?

Katy: Quiero que te echés conmigo un ratito.

Algunas otras veces, cuando les hablé en quechua, ellas no comprendían. Entonces, hacía lo que ellas hacían: usaba palabras o lexemas en castellano añadidas por sufijos en quechua.

Epi: ¡Jawaman riy!
 Valkiria: ¡Mami, no entiendo!
 Epi: ¡Afueraman riy!

Sin embargo, en otras ocasiones pasó que, cuando les hablaba en quechua, no entendían nada. Como de costumbre, mis hijas esperaban que usara préstamos; pues, no lo hacía. Eso era más desesperante para ellas, pero en esas circunstancias decidía no recurrir al castellano para que esa desesperación cree en ellas la necesidad de aprender quechua.

Epi: Q'aya paramunqa.
 Valkiria: ¿Qué? ¡No entiendo nada!
 Epi: Q'aya paramunqa.
 Valkiria: ¡Ya pues mami! No seas así... no entiendo.

En otra ocasión, mi hija menor me pregunta:

Katy: ¿Cómo se dice: “Hasta la vista baby”?
 Epi: No sé. ¿Y tú sabes?
 Katy: Sí. Se dice ¡Tinkunakama wawáy! ¿Está bien? ¿Así se dice, mami?
 Epi: Arí wawáy, ajina, ajina.

De esa manera, algunas veces, mis hijas crean frases que yo no les he enseñado, pero siempre terminan siendo muy recurrentes. Algunas veces cuando una de ellas cometía algún error en la pronunciación o en el orden de palabras, la otra inmediatamente le corregía diciendo:

Katy: No, Valkiria, no se pronuncia así. Se dice “qhari”. ¿No ve mami?
 Epi: ¡Arí wawitáy!

Pequeños grandes logros

El principal objetivo de este proyecto fue transmitir el quechua a mis hijas para que ellas conversaran conmigo y mi familia que también son quechua hablantes. Por el momento, en este poco tiempo, he logrado que ellas tengan conversaciones, aunque cortas, en

quechua conmigo y también con mi madre. Al principio, hubo cierta vergüenza y resistencia por parte de ellas, pero mi persistencia y esperanza de lograr un cambio me ayudaron. Esa transmisión natural anhelada no es tan posible debido a que no hay más hablantes que yo en mi casa. En tal sentido, tuve que decidir por una enseñanza del quechua de forma sistemática.

Actualmente, el proceso de enseñanza del quechua a mis hijas ha tenido ciertos frutos. En primer lugar, reitero que ellas ya no se incomodan cuando les hablo quechua en cualquier lugar.

Epi: ¿Cómo te sientes cuando te hablo en quechua en el colegio?

Katy: Antes no me gustaba, pero ahora sí. Solo a veces no te entiendo lo que me dices.

Epi: ¿Y a ti Valkiria, qué te parece la idea de hablar quechua en diferentes lugares?

Valkiria: Me pasaba igual que a la Katy, pero quiero aprender quechua para tener dos idiomas, como nos has dicho el otro día “Es mejor dos que uno”. ¿No ve?

Hemos logrado, de cierta manera, desnaturalizar la idea de que hay espacios *privilegiados* para el uso de ciertas lenguas. El quechua es considerado como una lengua que era y hasta ahora es una lengua que se habla en la cocina, en el mercado, en el trabajo de albañilería, en el trabajo doméstico, en el trabajo agrícola; sin embargo, su uso ha estado restringido de los espacios en los que el castellano tiene dominio de uso.

Eso para mí es un aliciente muy grande. Escucharnos hablar quechua en esos espacios, para más de uno es sorprendente o incomprendible. Por ejemplo, una vez mis hijas y yo íbamos en un taxi al Club de volibol, conversando en quechua. De pronto, vi que el taxista en silencio se asomó a su retrovisor para observarnos. Luego, mis hijas y yo nos despedimos:

Epi: ¡Ch'isikama wawitasnáy!

Valkiria y Katy: ¡Ch'isikama, mamáy! Las dejé en las canchas de volibol; y el taxista y yo continuamos el camino a mi trabajo. En el camino, me preguntó:

Taxista: ¿Por qué les habla a sus hijas en quechua? Seguro con esta nueva Ley en los colegios todos ahora tienen que aprender quechua. ¿No?

Epi: No, no es por lo de la Ley educativa que ellas están aprendiendo quechua. Es una decisión personal de recuperación del quechua en mi casa.

Otro logro importante es que mis hijas se identifican con el quechua como cultura y lengua. Algunas veces han traído tareas del colegio sobre la historia de Bolivia desde la época de la Colonia. Y, momentos como ese los aprovechamos para hablar de identidad.

Valkiria: Mami, te cuento que antes los indígenas eran castigados por hablar quechua. Eso hemos leído en historia. ¿Por qué antes la gente que hablaba quechua era castigada, y ahora en las escuelas se debe aprender quechua?

Incluso, antes cuando trabajaba enseñando inglés y quechua, mis hijas decían:

Valkiria: Mami, antes yo les decía a todos que tú eres profesora de inglés. ¿Me perdonas, mamita, por ocultar que también enseñabas quechua?

Ahora, todos sus compañeros saben que su madre enseña quechua y que es hablante del idioma. Asimismo, mis hijas se alegraron mucho al saber sobre la visita de mi madre en este julio del 2014, quien vería a mis hijas después de once años; pues la última vez que las vio fue cuando ellas tenían entre tres y dos años. La mañana de su llegada de España al aeropuerto de Cochabamba, lo primero que hicimos toda su familia fue abrazarla y llorar por el reencuentro. Mis hijas, después de saludar a su abuela en quechua, le preguntan:

Katy y Valkiria: ¿Imaynalla abuelitáy? ¿Abuelita, por qué no te has puesto tu pollera? ¿Dónde está tu pollera, abuelita? Tu pollera no deberías haberte sacado, abuelita, porque es parte de nuestra cultura. ¿No ve mami?

Y yo asentí con la cabeza. Pero, lo que me alegró de sobremañera fue escuchar a mis hijas saludarle en quechua a su abuela. Mi madre lo único que dijo fue: “Ay wawitasniy, ya saben hablar quechua!”

Un tercer logro, pero no menos importante, es que mis hijas ahora se interesan en mis afanes del trabajo, particularmente, en la enseñanza del quechua. Muchas veces, Katy me pide ayudarme a revisar los trabajos o exámenes de mis estudiantes, diciendo:

Katy: Ya sé quechua mami. ¿Puedo ayudarte a revisar tus trabajos? ¡Di que sí! ¡Ya pues mami!

Les interesa acompañarme a mis clases de quechua en la universidad. Dicen que les gusta cómo enseño quechua, incluso, comentan las participaciones orales en quechua de mis estudiantes:

Valkiria: Mami, cuando le has preguntado a ese chico de polera a rayas que estaba en tu curso, no ha respondido bien. ¿No ve? Yo sabía la respuesta; era: “Pay Cochabambanta”.

Es grato también escuchar a mis hijas enseñando quechua a sus primitos. Lo que saben lo socializan con su entorno. Un día vino Katy con su primita Glenda de dos años de edad, a quien le había enseñado a dar un beso en la mejilla diciendo: “¡Much’ariway!” Luego, Katy me demanda que le pida un beso a su primita: “Katy: Mami, dile que te de un besito, pero en quechua.” Y así lo hice. Evidentemente, la bebé había entendido el pedido y en seguida se acercó a besarme la mejilla. Desde entonces, a Glenda se le pide un beso, pero en quechua.

En esta misma línea de seguir trabajando en la revitalización del quechua en mi hogar, cantar canciones en quechua ha sido de gran ayuda. Es así que mis hijas y yo, aprovechando que tocan el violín y la flauta travesera, buscamos canciones en quechua y las interpretamos. En poco tiempo, las canciones han ayudado mucho a mis hijas en apropiarse de sonidos que son propios del quechua, los cuales al principio les costaba pronunciar.

En este cometido, la escuela fue y es mi aliada, porque gracias a la enseñanza de instrumentos musicales a mis hijas, encuentro la mejor excusa para interpretar canciones en quechua. A través de la enseñanza del quechua como materia, la escuela también me está ayudando a enseñar el quechua en casa. Me acuerdo que un día, Valkiria tenía que hacer oraciones con palabras sueltas que la profesora les había dado en la clase de quechua. Entonces, ella no sabía cómo hacer la tarea. Así

que dejé todo lo que estaba haciendo y cogí los marcadores y me aproximé a la pizarra que tenemos en casa. Entonces, tuve que recurrir a mis estrategias de enseñanza del quechua, así como lo hago en mis clases de quechua en la universidad. Aquello fue de mucha ayuda para el proceso de enseñanza aprendizaje del quechua en mi hogar.

Aunque no tuve personas aliadas para apoyar este proyecto, considero que la escuela fue mi única aliada; pues el hecho de que allí se enseñe quechua es una excusa más para que mis hijas se interesen por aprender quechua. La guía que tienen por parte mía, hace que ellas lleven cierta ventaja en su clase; incluso, muchos de sus compañeros las buscan para que les ayuden en las tareas de quechua. Traer tarea de la materia de quechua a casa es siempre motivo para enseñarles más de este idioma.

Por una parte, en cuanto a mi esposo, él está más tranquilo y ya no discutimos sobre el hecho de enseñarles quechua a mis hijas. También, su familia ha dejado de burlarse y menospreciar mi accionar. Por otra parte, la mayoría de mi familia está sorprendida y apoya esta idea, aunque algunos de ellos, a pesar de ser quechuahablantes, ya no hablan quechua con sus hijos.

Nuestros desafíos

Actualmente, mis hijas y yo estamos aún en ese proceso de enseñanza aprendizaje del quechua. Estoy consciente de que tengo mucho por hacer todavía. Espero lograr más avances en la enseñanza del quechua a mis hijas en el transcurso del tiempo. Pero, el primer paso ya lo di y persistiré en esta ardua tarea que me propuse. Así que, tanto mis hijas como yo, tenemos muchos desafíos en este camino:

- Lograr trascender a espacios públicos en el uso del quechua con mis hijas.
- Que mis hijas sean las que inicien la conversación en quechua conmigo; y no siempre yo, como hasta ahora lo he hecho.
- Enriquecer la expresión oral en quechua de mis hijas.
- Buscar más espacios y personas para el aprendizaje del quechua en mi hogar.
- Lograr la fluidez de la lengua quechua en mis hijas, pero en un tiempo más corto.

- Persistir en esta tarea, por más que el camino por andar parezca complicado.

Lecciones aprendidas

Desde antes de emprender este proyecto, había aprendido muchas lecciones. Motivos por los cuales tomé la decisión irrevocable de heredar mi lengua materna indígena a mis hijas. Entre tantas enseñanzas y aprendizajes, describo las siguientes:

- Debí haber reflexionado sobre la herencia lingüística y haber trabajado en su revitalización mucho antes: desde que mis hijas ya estaban en mi vientre. ¡Qué sencillo hubiera sido desde entonces!
- Antes de enseñar la lengua, es muy necesario identificarse con la cultura.
- Aprendí que de nada sirve lo que *decimos* si no hay también un *hacemos*. Es fundamental ser coherentes con nuestro discurso.
- Que a pesar de muchas cosas, se puede hacer una planificación lingüística en la familia. Pero, para ello, tiene que haber el convencimiento de querer hacerlo: tiene que haber una conciencia de lealtad lingüística y de conciencia de herencia lingüística.
- Que lograr revitalizar nuestras lenguas indígenas está en nuestras manos, en nuestro corazón, en nuestra voluntad, en nuestra actitud: no tendríamos que esperar leyes para hacerlo, claro que ayuda, pero no es lo esencial.
- Que estas acciones pueden ser motivadoras para otras familias, en las que la lengua indígena se morirá con la mamá, el papá, el abuelo o la abuela, y ellas tomen acciones para revitalizar su lengua indígena.

Ser o no ser bilingüe: Una cuestión de decisión en el hogar

*Edna Consuelo Otondo Pary
Quechua, Sucre, Bolivia*

Vivir en lengua quechua y revitalizarla a través de la transmisión intergeneracional en las ciudades supone, desde mi experiencia, cuestionarse, comprenderse, auto interpelarse y comprometerse como quechua. Supone también pregonar la teoría de la supervivencia y la vitalidad de la lengua quechua desde una dimensión esencialmente vivencial. Se trata de emprender arriesgados ejercicios reales, concretos y hasta rebeldes “aquí y ahora”. Supone descartar nuestros propios estereotipos y prejuicios en contextos –particularmente los urbanos– donde vale la pena establecer auténticas situaciones de práctica. ¿Para qué? Para que nuestras lenguas indígenas tengan el mismo estatus y reconocimiento social que el castellano, y su uso no se constituya en un simple acatamiento de la disposición legal que, a lo mucho, nos ha permitido “incluir-las” en el currículo académico como lengua del “contexto regional”. Con pequeñas diferencias, y esto sucede hoy con las lenguas extranjeras en casi la mayoría de las instituciones educativas y públicas del país.

Desde esta perspectiva, a continuación voy a presentar mi experiencia de uso del quechua como lengua de hogar con Adriana, mi hijita de 11 años de edad. Este reto lo vengo cumpliendo desde hace dos años en la ciudad de Sucre.

Mis motivaciones y mis primeras inspiraciones

Soy mujer quechua, bilingüe de cuna. Provengo de padres y una familia quechua extensa de profesores rurales quienes han prestado sus servicios sobre todo en comunidades rurales de NorCinti de Chuquisaca-Bolivia. Mi infancia ha sido marcada por una directa internalización y socialización quechua de la cual me siento inmensamente

agradecida y orgullosa. Desde mi tierna infancia he convivido con pautas culturales simbólicas y prácticas seguidas, obviamente, de la adquisición natural y espontánea de la lengua quechua en contextos de uso real. Esta situación vino seguida también de un amor entrañable a mi cultura.



Cintia de 17 años con traje típico de San Lucas Nor Cinti Chuquisaca

Mi adolescencia estuvo marcada por la migración del campo a la ciudad. Mi hermana mayor y yo nos trasladamos a la ciudad de Sucre a concluir nuestros estudios secundarios en un liceo fiscal de señoritas. El cambio radical lo sentimos por el uso extremo y único

del castellano y de incursión a una asignatura escolar con una lengua extranjera como es el inglés e incluso el francés, el primero obligatorio y el segundo optativo. Recuerdo anecdóticamente que mi profesora de inglés tenía que quedarse unos minutos más conmigo a solas después de clases para enseñarme inglés por lo “avanzados” que estaban en la ciudad y “lo atrasada” que yo estaba en la provincia. La profesora Olga lo hacía cantando y usando una serie de estrategias; nunca la olvido porque empezó a gustarme una materia que al inicio no me agradaba, el inglés y los idiomas en general. Esta etapa de transición migratoria estuvo marcada por un bilingüismo improductivo, mi quechua entró en “estatus quo” hasta perder su fluidez, porque esta asignatura ni siquiera entraba en las opciones dentro del sistema escolar de aquel entonces.

Acicateada por mi madre, quien trabajó en las escuelas piloto de Educación Intercultural Bilingüe en las Escuelas de Cristo en San Lucas, Chuquisaca y quien estaba convencida de esta política educativa, decidí entonces estudiar idiomas en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca de la ciudad de Sucre. Escogí inglés como lengua extranjera y quechua como lengua indígena y, por los motivos ya mencionados, decidí como especialidad sacar la licenciatura en Lengua Quechua. Lo logramos pocas muchachas, las denominadas en su momento “Mama Uqllus” debido a un contexto universitario en el cual algunas personas aún asociaban el uso, estudio y promoción de la lengua quechua y su cultura en el campo educativo como sinónimo de retraso asociado a un indigenismo radical “sin futuro” y más bien de “retroceso” a pesar de las experiencias interesantes de EIB en Bolivia poco difundidas en Sucre (1993-2001).

Ya con hijos, fui becada por el Ministerio de Educación de Bolivia e ingresé al PROEIB Andes, Proyecto de Educación Intercultural Bilingüe para los Países Andinos con sede en Cochabamba (2002-2005). Mi formación académica en la maestría sentó con rigor mi conciencia étnica-lingüística. Esta etapa se constituyó en mi principal fuente de inspiración y motivación personal en lo que hace a mi campo profesional, la sociolingüística, área en la que elaboré mi tesis en San Lucas Provincia NorCinti de Chuquisaca. La tesis estaba referida a la adquisición del bilingüismo temprano y lenguaje infantil de niños de 3-6 años en los *wawa wasi* ‘casa del niño’ o institución pre-escolar que

alberga a niños de comunidades rurales y cuyo fin tiene que ver con la atención nutricional y el aprestamiento pedagógico. Allí pude observar dos interesantes extremos: por un lado, niños que al tener contacto diario con sus similares adquieren con naturalidad un bilingüismo activo, activo y productivo de una de las lenguas que no sabían. Por otro lado, niños bilingües que perdían ésta su condición y se hacían monolingües en castellano producto de la decisión de sus padres y sobre todo de sus cuidadores. En el fondo, producto de la mentalidad diglósica y la experiencia lingüística escolar castellanizante que tuvieron los adultos, aspecto que va en detrimento de la lengua indígena.

Con estos hallazgos en la tesis, empecé a tener mejor comprensión de mis lecturas, especialmente las referidas a las políticas de desplazamiento, negación e invisibilización y, políticas de planificación lingüística relacionadas con la revitalización y desarrollo de nuestras lenguas indígenas en espacios de asimetría lingüística en el contexto nacional e internacional. A partir de ello, me nacieron inquietudes e imaginarios respecto a la revitalización y promoción de la lengua quechua que he intentado reflejar en mi posterior desempeño laboral.

En mi primer trabajo en la Universidad Pedagógica, hoy Escuela Superior de Formación de Maestros, la mayoría de los jóvenes, hijos de padres bilingües, sufrían o mostraban frustración en su aprendizaje formal porque no sabían hablar esta lengua aun siendo quechuas. Esto sucede todavía y quizás hasta con mayor intensidad. Este aspecto hizo que trabajara con fuerza políticas de “sensibilización” tratando de generar mayor apego y empoderamiento con nuestra identidad quechua a través del aprendizaje formal de la lengua. La apuesta era “hablar nuestra lengua con orgullo” para lo que tuve que munirme de una serie de medios efectivos de aprendizaje de la lengua. Algo que todavía me llama la atención es el hecho que las señoritas y jóvenes digan tan recurrentemente y hasta tan nostálgicamente: “Mis padres hablan pero a mí nunca me enseñaron, nunca me transmitieron”.

Partiendo de la noción de que el hablante tiene no solo la última sino la primera palabra y que no hay política lingüística más efectiva que la transmisión, me surgieron siempre inquietudes respecto a mi papel de revitalización dentro de mi propio entorno: ¿Hasta cuándo seré coherente con mi discurso? ¿Mis hijos pasarán “sufrimientos” o “frustraciones” en las aulas y fuera de ellas igual que mis estudiantes incluso habiendo tenido madres y/o padres

bilingües? ¿Hasta cuándo esperaré de los demás que no se pierda el quechua sino lo hago yo misma desde mis expectativas, mis imaginarios y mis propias convicciones? ¿Cómo puedo ser profesora de quechua si no les enseño ni a mis propios hijos? Estas reflexiones me llevaron a pensar en el estado vulnerable de nuestras lenguas indígenas por la falta de decisión de transmitir nosotros, los propios hablantes, la lengua al interior de nuestros hogares.

Por otra parte, pensé también en los intentos intermitentes y literales del Estado de planificación lingüística. Creo que todavía no hemos encarado en los procesos de enseñanza y de aprendizaje de la lengua quechua la dimensión política, formativa, valórica y actitudinal desde el tan pregonado enfoque socio comunitario. Es la sociedad a través de sus instancias, a través de nuestro involucramiento y compromiso, la que deberá asumir posiciones pragmáticas de revitalización respecto a nuestras lenguas. A esto se suma algunos esforzados impulsos de personas, organizaciones, instituciones como ONGs de motivar y apoyar a algunas unidades educativas del nivel primario de contextos urbanos que “voluntariamente” se han abierto a implementar el quechua en el marco de una educación intracultural, intercultural y plurilingüe. En este proceso intentan revertir el desplazamiento lingüístico del quechua a través de eventos de formación y talleres de actualización realizando ejercicios de fonética, semántica y gramática con los profesores. Estos terminan realizando ejercicios similares dentro del aula y organizando ferias educativas que denotan el plano instrumentalizado, lírico, simbólico, romántico y hasta folclórico de una promoción de la lengua indígena.

Resulta entonces que, a pesar de todo, sigue siendo normal escuchar a los jóvenes y niños decir lo siguiente: “Mi abuela hablaba, yo ya no hablo, mis padres saben pero nunca me hablaron en quechua, solo sé que tengo raíces quechuas...”. Pero también suelo escuchar que los jóvenes durante años han desarrollado un nivel poco satisfactorio en su competencia comunicativa con el aprendizaje formal del quechua como L2 puesto que se reduce a una suma de vocablos incluso técnicos propios de la academia. Todavía les escuchamos decir “Como es obligatorio, hay que aprenderlo, ahora es ley aprender una lengua indígena, ya hablo un poquito...”, tal como se ha oído durante años en las aulas donde ejerzo mi carrera como docente de Lengua Originaria Quechua. Esta situación denota que aún no hemos

desechado los métodos gramaticalistas-lexicales o de traducción literal. Como se dice en castellano o en inglés, creemos que también podría decirse en quechua, dejando de lado conceptos y sentidos culturales. Es evidente que aún no hemos desarrollado políticas institucionales de planificación lingüística sostenidas y efectivas que se plasmen en aprendizajes reales y comunicacionales de nuestra lengua y que además vayan de la mano con verdaderos intentos de elevarla al rango de una lengua con reconocimiento social.

Aun cuando agotemos el abanico de posibilidades de reversión de desplazamiento lingüístico a través de políticas lingüístico-educativas plasmadas en normas, leyes; aun cuando elaboremos los recursos más tecnológicos modernos e interesantes y todo cuanto erogamos para permitir que nuestras lenguas indígenas sigan desarrollándose, ellas se mantendrán en situación de desequilibrio social, extinguiéndose lentamente si los propios hablantes no asumimos la primera palabra y no les transmitimos a nuestros hijos desde nuestra tradición oral, desde nuestra lógica y nuestro raciocinio a partir del contexto que nos toca vivir, sea rural, peri urbano, urbano.

Conocimientos y experiencias en la academia y en mi espacio laboral en formación docente provocaron la introspección sobre mi vida en la intimidad de mi hogar en Sucre. A todo esto, el impulso de “arranque” fue sin duda la experiencia de Rosario Saavedra, la cochabambina proebiana, quien en una situación de decisión y transmisión contra toda barrera ya había logrado que sus hijos menores Ricardo y Santiago hablaran la lengua quechua fluidamente a su tierna edad en el contexto urbano de la ciudad de Cochabamba. Digo que dio el impulso mayor debido a que como docente de quechua, había pasado por situaciones similares a las mías en su formación académica, desarrollo laboral y sobre todo su experiencia social con la lengua.

Actualmente soy madre de jóvenes cuyas edades fluctúan entre los 17 (Cinthia y Kevin, mellizos),¹⁵ (Vania), 11 (Adriana), 9 (Camilo) y 6 (Sebastián) años de edad. Tengo aún una madre vital y dos hermanos Janeth y Lizandro, los tres bilingües. Algunos de mis hijos presentan un bilingüismo pasivo “durmiente” en distintos grados, fruto de las interacciones comunicativas que tengo en quechua con mi madre y mi hermano y fruto de mi experiencia con Adrianita en estos últimos años que a continuación paso a detallar.

Planificación lingüística familiar ¿Cuándo empezamos?



Adrianita a sus 10 años, iniciando su aprendizaje del quechua.

Decidí transmitir la lengua quechua a mis hijos hace dos años, empecé única y exclusivamente con Adriana desde sus 9 años de edad. Mi deseo del alma es que mi hija hable fluidamente la lengua quechua y no la olvide nunca, que de manera consciente sepa que detrás de todo esfuerzo estuvo la convicción de mantener la cultura viva en alguien de la familia. Además, que saber la lengua le signifique un “nosotros los quechuas” en cualquier espacio o situación comunicativa real, aspecto que pueda repercutir y sea contagioso en mis demás hijos. Detrás de este interés personal han estado siempre presentes expectativas de orden afectivo, cognitivo y social. Me gustaría que la “bilinguización” incida en la seguridad y autoconcepto de Adriana, que de alguna manera represente ventajas cognitivas y comunicativas en su desarrollo académico y social en el contexto que le toque vivir.

Arrancar sin “contexto” en un espacio totalmente urbano definitivamente no fue fácil. La escasez de personas que hablan el quechua, la profusión de adultos que “decidimos no hablar” aun siendo

competentes en la lengua marca la inoperancia e invisibilización de nuestra lengua en las ciudades por el temor “a la discriminación por el uso de una lengua indígena en contextos de dominio de castellano”. Esta actitud es justificada por la experiencia escolar y social que hemos sentido otrora los hablantes. Me vi y sentí sola en mi objetivo inicial.

Entonces, en ocasión de observar las prácticas educativas de estudiantes de la Escuela de Formación de Maestros, observé que una señora madre migrante de pollera en las puertas de la escuela periurbana Gastón Vilar le hablaba a su niño en castellano. Le decía: “Deja, no toques la tierra, cochino, deja, deja...!” Ante mi inquietud de ¿Por qué no les hablas quechua a tus hijos? me dijo: “Es que vendo refrescos pues.. sino no vendo, las *wawas* ya no pues... ellos ya están en la escuela, ya no saben ya siempre.... todo es en castellano, en la ciudad castellano nomás necesitan, por eso les hablo, aquí (en la escuela) están mis hijitos, su profesora les habla en castellano nomás también”.

Esta situación me hizo pensar mucho ¿Cómo los adultos podemos negarles a nuestros hijos la posibilidad de saber, disfrutar, hablar nuestra lengua y por ende vivir nuestra cultura por el hecho de radicar en las ciudades y haber ingresado a la escuela? Entonces empecé con más rigurosidad mi transmisión, decisión que supuso luchar contra todas las barreras de dominación de uso del castellano: La escuela, la plaza, el parque, la calle, incluso el propio hogar. Al estar sola, me sentí “en desventaja” con mis compañeras que ya lo habían logrado, debido a que no siempre están conmigo mis hermanos y mi madre. Al final, puedo decir que con nosotras dos fue más que suficiente.

¿Las estrategias?

“El silencio como primer paso” “Mami no te entiendo nada, háblame en castellano”

En esta experiencia de transmisión y revitalización no pensé en las estrategias, ni enfoques, ni técnicas ni métodos. Remitiéndome a mi niñez simplemente comencé a hablarle, aunque algunos mecanismos vinieron fluyendo según las necesidades que se iban presentando. Al principio, me dio la impresión que la interacción con mi hija era un encuentro típico entre dos extranjeros con distintas lenguas

porque, cuando yo le hablaba en quechua, mi hijita no me entendía absolutamente nada. Adriana, al principio, fue simple receptora pasiva de comienzos míos todavía tímidos y hasta temerosos.

La tentación de volver una y otra vez al castellano se hizo muy recurrente, tenía que recordarme a mí misma una y otra vez volver al quechua. Ya había decidido que nada podía ganar mi firme intención de transmitirle la lengua. Sin embargo, la eterna actitud de mi hija hizo que me cuestionara si valía la pena transmitirle la lengua, supuestamente “sin contexto”, “sin hablantes”, “sin apoyo” “sin escuela”, “sin nada”, situación que a veces me amargaba por el permanente “mami no te entiendo”. En ese trance, un día recibí la llamada de Rosario, quien ya había logrado su cometido de transmisión con sus dos hijos en la ciudad de Cochabamba. Me preguntó cómo me iba con la vivencia en quechua, tal como ella misma lo denomina, me hizo varias preguntas que me inquietaron mucho, atiné a decir que ya me estaba entendiendo pero a la vez ella me pidió que continuara y no declinara en mi intención porque ella por lo menos estaba convencida que sí se puede.

Entonces, retomé firmemente mi objetivo con mayor rigor y comencé a hablarle intensamente en quechua, ése fue el momento, “éste es el momento” me dije, no importa el contexto, la situación “formal” y/o “informal”, la situación social, los interlocutores y la situación comunicativa. Sin embargo, la tasa de exposición a la lengua era reducida por el tema de mi trabajo, aspecto que incluso hizo que cuestionara la calidad de tiempo que tengo con mis hijos. Esta reflexión ha repercutido de manera positiva hoy puesto que ahora trato de llevar a mis pequeños a situaciones de uso real del quechua como llevarles más al mercado, de visita a mis compadres que son de la provincia de Yamparáez, etc.

En el intento de que el quechua sea la lengua afectiva tal como lo fue para mí, empecé por usar varios mecanismos, inicialmente lo hice usando expresiones de cariño en mis locuciones como “anchata munakuyki” ‘te quiero mucho’ “wawitáy” ‘hijita mía’. No usar el quechua “puro” fue otra de mis iniciales estrategias, me valgo aún hasta hoy de castellanismos arraigados en el uso coloquial del quechua como: radio, televisión, champú, celular, etc, lo ilustro así:

Edna: ¿Lapiceroyki kanchu wawáy? ‘Tienes lapicero, hijita’.

Edna: ¿Manachu Doña Isabel tiendanman rinki? ‘Acaso no fuiste a la tienda de Doña Isabel’.

Edna: ¿Jaku mercadoman, wawáy? ‘Vamos al mercado, hijita’.

Edna: ¡Computadorata jap’ichimuy a, wawáy! ‘Ve a encender la computadora, hijita’.

En casos extremos, hasta he tenido que decir encendemuy, asumiendo raíces del castellano al ver que no me entendía. Me di cuenta que el cambio de código y la mezcla de código funciona en casos necesarios porque parte del enunciado le permite entender todo, de lo contrario no lo lograba:

Edna: Adrianita, no hiciste la tarea yachachiqniyki nisunki, wawáy ‘Adrianita, tu profesora te dijo que no hiciste la tarea hijita’.

Edna: Allinta portakunki, wawáy ‘Te me portas bien, hijita’.

Tomando en cuenta que el contexto urbano es un encuentro directo con la modernidad, la tecnología, me quedé pensando cómo debo decir internet, celular, dirección, computadora, televisión y otras palabras. Mientras lo pensaba, se hizo normal acudir al préstamo porque cuando uso un “quechua puro” no tengo mucho éxito. Lo ilustro con otro ejemplo:

Edna: Wawáy, ¡chay karu wakyánata apampuway! ‘Hijita, tráemelo ese /neologismo/ celular’.

Adrianita: ¿Qué mami, qué mami...?

Edna: Célularta

Adrianita: Ahhh! ¡celularta!

Soy consciente, sin embargo, que este proceso gradual tiene por finalidad introducir a mi hija cada vez más a un quechua más complejo aunque no precisamente puro. Recordé otro recurso de transmisión que aplico hasta la actualidad a raíz de mi tesis y el estudio etnográfico de Carmen Terceros elaborado en Cororo, Chuquisaca, Bolivia. Se trata del recurso por el cual las madres quechuas generan progresos en el léxico de las locuciones de sus bebés y sus niños. Ellas utilizan con mucha frecuencia la palabra “niy” ‘di’, recurso de elicitación: di tal cosa, di esto, di el otro. Por ejemplo, cuando le sirvo el desayuno:

Edna: Pachi mamáy niy, wawáy ‘Di gracias mami, hijita’.

Adriana: Pachi, mamáy.

Edna: Kusa, mamáy, pachi, mamáy niy ‘Di qué rico, gracias mami’.

Adriana: Kusa, mamáy, pachi, mamáy.

Esta situación se hizo muy recurrente en mi transmisión, a tal punto que está incorporada en nuestras conversaciones. Hablarle en quechua en las calles, en la escuela, en el hogar definitivamente es un reto, porque uno debe recordar permanentemente que éste es un objetivo que no escoge espacios, ni interlocutores, ni situaciones de uso. Yo recuerdo que al principio recibía miradas cuestionadoras de personas que seguramente se extrañaban al ver que le hablaba a mi hija en una lengua que ni me entendía, mi propia hija lo decía delante ellos “mami, no te entiendo nada”. Si algunas veces me detuve, simplemente es que me hice ganar con el castellano y recurría a la traducción, pero la lucha continuó a pesar de todo. Creo que Adrianita fue la que se rindió porque mientras ella me hablaba en castellano, yo le hablaba en quechua.

¿Los resultados?

Aunque al principio escuché recurrentemente: “Mami, no te entiendo, háblame en castellano”, “En castellano nomás ¿ya mami?”. Esta situación me rendía y me desanimaba, faltó poquito para que declinara en este intento, a veces simplemente no me sentía capaz de hacerlo sola. Después de un buen lapso de tiempo, Adrianita pasó de un extremo a otro y cierto día me dijo: “Mami, no sé qué pasa, te entiendo todo”. Y evidente, gran parte de las órdenes las cumplía perfectamente con solo escucharlas. Empezamos a conversar usando dos lenguas pero con bastante inteligibilidad; la competencia de Adrianita seguía siendo de comprensión con andamiaje de traducción., Lo ilustro con un ejemplo:

Edna: Mochilaykita jalch’ay, wawáy ‘guarda tu mochila, hijita’.

Adrianita: Que lo guarde mi mochila?

Edna: Mikhunkiñachu, wawáy? ‘ya comiste hijita’.

Adrianita: ¿Que si ya comí? Sí, mami, ya comí.

Edna: Mayman rinki, wawáy? ‘a dónde fuiste’.

Adrianita: ¿Dónde fui? Ahí afuerita, mamita.

Es decir, generé al parecer un bilingüismo pasivo, aspecto que notaron todos en casa. Sin embargo, al ver esta situación, Cinthia, mi hija melliza de 17 años, la más “cuestionadora” de mis hijos, me dijo un día casi reprochándome:

Mami yo igual entiendo todo en quechua, te entiendo todo, todo... no se me va nada, pero lo que no entiendo es por qué no hablo! Incluso recuerdo cuando mis hermanos eran pequeñitos y ustedes (refiriéndose a mi mamá y mis hermanos) hablaban de envolver los regalos y colocarlos a media noche después de freír los buñuelos mientras nosotros nos dormíamos. Es más, gracias a que entiendo el quechua sé que no existe Papa Noel, porque ustedes hablaban en clave. Lo que ustedes no sabían es que yo ya entendía! Yo creo que estás haciendo lo mismo, dime ¿por qué no hablo pero sí entiendo todo?

Yo simplemente me remití a responderle: “Es que tú no te lanzabas a hablar lo que escuchabas”. Entonces me interpeló diciendo:

¿Qué vas a hacer entonces para que Adrianita se lance a hablar? Porque hasta ahora entiende nomás, mami, o sea, lo que está pasando es normal, tienes que hacer que hable si deseas eso, sino, no tiene sentido. Yo ahora no puedo esas tus explosivas y aspiradas porque no me has enseñado a hablar, cuando lo intento, se me ríen porque no me salen solo las explosivas, pero entiendo todo, me defiendo así nomás entendiendo.

Entonces, empecé a cuestionar esta etapa que estaba atravesando mi hija menor por los comentarios que hacía mi familia. Cier- to día, Adrianita le comentó a mi madre a su llegada de San Lucas:

Adrianita: Mami, ya sé quechua.

Mamá Bertha: A ver... “Riy chay cocinamanta cuchilló apamuy chantá t’antaman mantequilla churanki” ‘ve a traer el cuchillo de la cocina y luego pones mantequilla al pan. Adrianita cumplió al pie de la letra y yo me sentí orgullosa, porque esta situación era un gran logro para mí.

Mamá Bertha: ¿Y... Imayna richkasunki escuelaipi, wawáy? ‘y cómo te está yendo en la escuela hijita?’

Adrianita: Bien, mamita.

Mamá Bertha: ¿Pero no dijiste que hablas quechua?

Adrianita: Pero te entiendo...me has dicho que cómo me va en la escuela...

Entonces mi mamá hizo este comentario: “Eres como los perritos, entiendes pero no hablas, eso hace quién sea, eres como el oso (el perro grande del vecino), el oso entiende pero no habla, tienes que hablar, hijita.”

Estas situaciones empezaron a incomodarme, recordé nuevamente mi experiencia laboral cuando jóvenes y señoritas refieren que entienden muy bien pero que no pueden hablar. ¿Cómo hago para que hable? ¿Cómo fue que yo empecé a hablar quechua durante mi infancia? Y la respuesta fue siempre: Hablando... no se me ocurrió nada más y jamás me rendí y continué hablándole en quechua.

Las primeras palabras: “Anchata munakuyki, mamáy”

Las primeras palabras fueron “Anchata munakuyki” ‘te quiero mucho’, muy afectivo sí, pero sentía que Adriana lo repetía por mecanización. Sin embargo, una mañana yo agarraba agua de la pila del primer piso cuando ella se bañaba en el segundo, la presión no alcanzó para que el agua subiera y me gritó en quechua “Ama jinaychu, mamáy bañakuchkani!” ‘Mami, no lo hagas, me estoy bañando!’. Me paré y me sorprendí tanto que tuve un sacudón de consecuencia y firmeza, casi me quedé sin palabras porque hasta ese momento tuve muchas situaciones desalentadoras. Empecé a darle la razón a Rosario. Ese mismo día, mi hija llamó a su hermana mayor y le dijo: “Cintia, jamuy, desayunota munankichu?” ‘Cintia ven, no quieres desayuno’. Entonces no me detuve y empezamos con fuerza. Cuando pasamos por los jardines de Sucre, Adriana señalaba las flores y decía “K’achitu, mamáy, k’achitu” ‘bonito, mamita, bonito’, entonces yo reforzaba la frase y retroalimentaba ese enunciado ampliándolo con “ancha k’achitu chay t’ikita i?” ‘uy hermosa la florcita, no’ Otro día la escucho decir “ancha k’achitu allqu” ‘el perro es muy bonito’. Se hizo recurrente que ella expresara algo en nuestras conversaciones, y ya no esperaba una respuesta suya a alguna pregunta mía, pues había aprendido que el silencio se constituye en una situación de adquisición productiva.

También pude notar que mi hijita empezó a hablar el quechua mezclando ambas lenguas, este es un ejemplo:

Adrianita: Mami, en la casa de mi tía he visto un jatun allqu ‘perro negro’.
 Jaywarimuway ese termota mamáy ‘alcánzame ese termo mamá’
Gelatinata he traído mamáy (he traído gelatina mamá)
 ¿Por qué mana jamunkichu al almuerzo, mamá? ‘Por qué no has venido al almuerzo, mamá’

Un día Adrianita fue tema de comentario de mis hijos a la hora de almuerzo. Vania, mi hija de 15 años, quien aprende el quechua como asignatura en el marco del nuevo modelo en la Unidad Educativa La Recoleta, estaba admirada de la manera cómo Adrianita entendía todo y ella en toda la gestión no había aprendido mucho y la puso a prueba así:

Vania: A ver Adrianita, dice que sabes bien el quechua ¿cómo se dice pásame esa azucarera?
 Adrainita: Azucarerata jaywamuway
 Vania: A ver ¿cómo se dice...gracias mami?
 Adrianita: Pachi, mamáy.
 Vania: A ver ¿cómo se dice... ven y siéntate?
 Adrianita: Jamuy tiyarikuy...
 Vania: Ah! No lo puedo creer, me está ganando, ¡yupi! ya tengo a alguien que me ayude en las tareas en quechua, le voy a decir al papá que te lo compre un cel y me mandas las respuestas al wattsapp. Todos empezaron a reír.

Otro día, Adriana fue tema de comentario en la mesa a la hora de almuerzo ¡La Adriana está hablando quechua! Y todos mis hijos se reían y todos especialmente Vania y Cinthia le tomaron como una especie de examen:

Vania: Mami, si la Adrianita habla quechua, ¿le podemos tomar examen?
 Edna: Claro.

Vania: ¿A ver... cómo se dice negro en quechua?

Adriana: Muy fácil... yana.

Kevin: ¿Cómo se dice... esa señora es mi mamá?

Adriana: Chay señora mamáy

Vania: ¿Cómo se dice mi familia es linda?

Adriana: Familia ancha k'achitu.

Mis hijos se miraban entre ellos y se reían, se quedaron muy sorprendidos y me pidieron en chiste que le comprara un celular para que mediante celular y el watsap colaborara ella en los exámenes y las tareas de quechua. Uno de ellos dijo: “Cómo quisiera que la Adrianita esté en mis exámenes de quechua, le pagaría para que apruebe! Uf, la Adrianita les va hacer sonar en quechua a sus compañeros, yo tengo así compañeros que vienen desde Azari, más bien se ríen porque dicen que ni la profesora no sabe porque no le entendemos a veces los exámenes escritos y a veces contestamos de tinmarin!”. Mis hijos mayores me preguntaron entonces por qué no les estaba enseñando a mis hermanos pequeños y uno de ellos dijo “¡Yo también quiero aprender mami!” Y el pequeño me dijo “¡Yo también sé quechua: Anchata munakuyki, mamáy!” Todos reímos, lo aprendieron de Adriana. Entonces, ella pasó de no saber nada a saber algo y esto para mí como transmisora fue un gran logro. Obviamente hubo momentos en que ella a veces cometía errores de comprensión, como cuando entendía las cosas al revés. Una vez le pedí en quechua que comprara 6 panes y ella regresó con una bolsa llena de pan, trajo seis bolivianos de pan, aspecto que nos hizo reír mucho.

Las anécdotas en la calle, la escuela y otros espacios ajenos a la familia

Los espacios diferentes al hogar brindan muchas anécdotas, la gente en la calle no nos ve sino nos observa, nos analiza, ríe, nos premia, nos evalúa e interpreta y, en algunos casos, hasta nos juzga. Me imagino por lo extraño que resulta hablar quechua en un contexto donde domina el castellano. Muchas veces he sentido que incomodo a los propios hablantes cuando, por ejemplo, hablamos en quechua delante de las familias migrantes. Esta incomodidad es notable cuando da la impresión que sienten que “esto no puede estar sucediendo aquí” o

algo así. En este sentido, de los hablantes quechuas especialmente pude notar dos aspectos: Por una parte, muestran extrañeza con sus gestos, su risa, su sonrisa, cuando se miran y simplemente se callan; por otro lado, cuando les gusta que hablemos nuestra lengua, casi muestran las mismas reacciones pero manifiestan su beneplácito a través de variadas y manifiestas reacciones explícitas.

Esto nos pasó un día que tomamos taxi cuando iba de chofer un hombre quechua con la esposa de pollera y su bebé en el asiento del acompañante. Mirándome a través del espejo retrovisor me dijo:

Taxista: Señora ¿Por qué le estás hablando en quechua a tu hijita, eres del campo, del campo debes ser? ¿no?

Edna: Arí a, campomanta kani, San Lucasmanta kani ‘si soy del campo, soy de San Lucas’

Taxista: Arí a... si... ¿Eras de pollera, señora? ¿Por qué le hablas quechua a tu hijita?

Edna: Yachakunan tiyan ‘tiene que aprender’.

La esposa: Manachá munankichu sufrinanta campopi ‘es que no querrás que sufra en el campo’.

Edna: Qhichwa chinkapuchkan mana wawasman yachachisqanchikrayku ‘es que el quechua se está perdiendo porque no les enseñamos a los hijos’.

Taxista: Nuqayku jampuyku llaqtaman y listo qunqaykapuyku wawasman parlayta, mañana jallp’a puqunchu, chanta jampuyku y mañana llaqtapiqa necesitankuñachu wawas chhika, nuqayku ukhulla parlayku ‘nosotros nos hemos venido a la ciudad y listo, nos hemos olvidado de hablarles a los hijos; la tierra ya no produce y nos hemos venido, los hijos ya no lo necesitan en la ciudad, solo hablamos entre nosotros nomás’.

La esposa: K’achituta parlaq kasqa, ñuqa mana wawasman yachachikanichu ‘había sabido hablar bien bonito, yo no les estoy enseñando a mis hijos.’

Notaba que entre ellos se miraban mucho y se notaba que estaban extrañados por la situación, yo entonces solo presagiaba que tendríamos en las filas otros niños y jóvenes que solo entienden la lengua quechua pero que no lo hablan y que, además, sienten que tienen “raíces quechuas” y continué:

- Edna: ¿Y no te gustaría que tus hijos hablen el quechua?
Taxista: Sí, señora, pero ya casi no necesitamos porque nos hemos venido, señora.
La esposa: Pero k'achituta yachakuchkasqa cholitaman kutichi wak nipipis reparanmanchu 'pero había estado aprendiendo bien, si le pones pollera, nadie se daría cuenta'.

Según parece, la competencia y manejo del quechua todavía está asociado a no sufrir en el campo por no saber hablar con la comunidad quechua hablante o no sufrir en la ciudad por saber hablar el quechua. Esto también nos sucedió un día en el mercado central, donde estábamos en una situación de compras cuando por única vez dudaron de mi maternidad:

- Edna: Kayta jap'iy wawáy ya? 'agarras esto, hijita'. ¿Imatawan apananchik karqa, wawáy? 'qué más tenemos que llevar, hijita'.
Vendedora: ¿Por qué le estás hablando en quechua a tu hijita? ¿Así siempre le hablas? Le vas hacer sufrir nomás o no es tu hijita, señora?
Edna: Soy profesora de quechua.
Vendedora: ¡Ah... Porque eres su profesora!
Edna: Soy su mamá, pero soy profesora de quechua.
Vendedora: ¡Ah... entonces sí pues eres profesora de quechua! Yo decía ¿por qué le está hablando en quechua a su hijita? ¿O no será su hijita? Va a sufrir... en vez de enseñarle en castellano, le habrá traído del campo, vallunita debe ser estaba diciendo, es pues como las vallunitas, alajita es tu hijita. Pero bien que le hables en quechua, así no se pierde nuestra cultura porque ahora especialmente los jovencitos tienen vergüenza pues, en cambio, si aprenden de chiquitos, no tanto.

En otra situación de compras e interactuando en quechua, Adriana y yo estábamos en la búsqueda de un champú, fuimos tema de comentario entre las vendedoras, todas nos llamaban riendo así:

- Vendedoras: Jamuy kayman a, casera! ¿imatá mask'achkanki? 'ven aquí casera, qué estás buscando'

Cuando nos acercamos, una de ellas dijo:

- Vendedora: ¡Qhichwata parlaq kasqa imillitayki! ‘había sabido hablar quechua tu hijita’.
- Edna: Arí, yachan ‘sí, sabe’.
- Adriana: Cuánto cuesta este quita “p’aspa”, mami? –refiriéndose a una crema de labio.
- Vendedora: (rie) ¡Qhichwapi pero parlaway a! ‘pero háblame en quechua’.
- Edna: ¡Qhichwapi parlay a, wawáy! ‘háblale en quechua, hijita’.
- Adriana: ¿Machkha valen chay? ‘cuánto cuesta ese’... ¿cómo se dice crema, mami?
- Vendedora: Quita p’aspa ninki pero! ‘pero si dijiste quita p’aspa’. Qué bonito habla tu hijita el quechua, todos hemos escuchado, aquí también hay una chiquita como tu hijita, cada día nos pregunta ¿cómo se dice esto? Palabritas nos pregunta, es que tiene tareas en quechua, bonito sabe una poesía, a nosotros nos gusta, cada día casi le hacemos recitar.

Me atreví en preguntarle ¿Por qué no le hablan en quechua? Y respondió “No sé todos le hablamos solo en castellano, su mamá sabe quechua pero también le habla en castellano nomás, para ayudar en su tarea nomás palabritas nos pregunta, está aprendiendo ya poquito pero... palabritas”.

En ocasiones, los quechua hablantes se emocionan y se alegran de que mi hija esté hablando quechua; a veces recibimos *t’inkas* ‘premios’ y *yapas* ‘aumentos’ en el mercado, como se ilustra con este ejemplo en una situación de mercado:

- Edna: ¿Manzanata munankichu, wawáy? ‘quieres manzana, hijita’.
- Vendedor: - observa sonriente.
- Adrianita: Arí, mamáy, phichqa ‘si mami, cinco’.
- Vendedor: Phichqaqa chunkapi, señora! ‘las cinco cuestan a 10 bolivianos, señora’. (refiriéndose a Adriana)
- Edna: Quway niy a, wawáy! ‘dile dame, hijita’.
- Adriana: ¡Quway! ‘dame’.

Vendedor: Kayqa señora, sumaqta qhichwata parlanki, kay yapa ‘toma señora, bien hablas el quechua, ten tu aumento’.
Wak kutikama, señora ‘hasta otro día señora’.
Adriana: Me dijo señora.. (rie)

En una ocasión fuimos a una librería del mercado campesino en busca de láminas de ciencias naturales y nuestra interacción fue siempre en quechua; a la conclusión de nuestra compra, la dueña que era de pollera nos regaló un libro de recetas de comida y nos dijo: – ¡Bonito hablan el quechua, ésa es su yapa!

“Si tu hijita habla quechua, yo hablo inglés”

Resulta que, en ocasiones, los propios hablantes no creen cuando les comento o se cercioran que mi hijita habla quechua. En una ocasión, vino de visita a la casa Dalia, la niñera de mi hermana, una cholita bilingüe de 15 años de edad, y conversamos de muchas cosas, entre ellas de la experiencia que estoy viviendo con Adriana:

Edna: Ñuqaqa qhichwata wawayta yachachichkani, sumaqtaña parlachkan ‘yo le estoy enseñando quechua a mi hijita, ya está hablando bien’.
Dalia: Jaja...;Asikuni pay qhichwa parlaptinqa ñuqaqa inglesta parlani! ‘me da risa, si tu hija habla quechua, yo hablo inglés’.
Obviamente no me creyó y llamó a Adriana.
Dalia: Qhawasapuni a! ‘voy a ver siempre’.

Va hacia donde está Adriana y la convoca en quechua:

Dalia: Adrianita, jamuy misk’ita qusqayki ‘Adrianita ven, te voy a dar dulces’.
Adrianita: Yaaa, kunitan ‘ahorita’

Dalia incrédula explotó de risa y me preguntó por qué le estaba hablando yo en quechua si ya sabe el castellano “¿Chanta imaraykutaq qhichwata yachachichkanki, castellano yachaptinñaqa, inglesta yachachinaykichik. Imapaq llaqtapi qhichwata munanqa?” ‘y por qué le estás

enseñando quechua, si ya sabe el castellano, deben enseñarle inglés. Para qué necesita ella el quechua en la ciudad'. Sucede que desde ese momento, Dalia siempre que desea, le habla a Adriana en quechua.

La cultura y lengua quechua. Los aliados

Hace ya un año, mis hijos Camilo y Adriana asisten al Centro Cultural “Los Masis” de la ciudad de Sucre becados por el director, Don Roberto Sahonero, reconocido compositor nacional del grupo folclórico del mismo nombre. Encuentro en su persona y equipo de apoyo un deseo de transmitir la cultura quechua a través de la música por medio de instrumentos de viento, cuerdas y otros. Don Roberto practica el *akulliku* ‘masticado de la coca’ a diario delante de los niños; él también usa en algunos momentos el quechua como cuando dice: “A ver... wawas hagan muyu, muyu” ‘hagan un círculo niños, círculo’ o cuando llama a alguien “jamuy”. También tiene letreros en sus oficinas centrales con nombres míticos en quechua como *ukhu pacha* ‘el mundo de abajo, de adentro’, seguido de una explicación, se hace llamar “tata” ‘señor, papá’ y, de tanto escuchar los niños, en su mayoría monolingües en castellano, se acercan al quechua, cantan en castellano, quechua, aymara e incluso el alemán. Esta última lengua es enseñada por una señorita alemana quien por un tema de convenio con una entidad alemana se involucra en las actividades de este centro cultural.

He notado que esta asistencia se constituye también en un espacio cultural favorable para desarrollar de algún modo el ser quechua en contextos urbanos, puesto que los profesores inculcan el amor a la identidad quechua a través de la cultura tarabuqueña: ropa, música, canto, instrumentos, etc. Durante las actuaciones en público, los niños presentan al público e instituciones productos de esta enseñanza a través de la música y baile, aspecto que se constituye en una doble motivación y contribuye a mi cometido en lo que concierne a la sensibilización por nuestra cultura. Por tanto, el centro cultural se ha constituido en un aliado estratégico importante.

Por otra parte, hay otros aliados estratégicos para la adquisición y transmisión del quechua: mi madre y en ocasiones mi hermano y los interlocutores de los mercados de abasto. Comencé pidiéndole a mi madre que me hiciera el favor de hablarle a Adrianita solo en quechua aunque el tiempo fuera limitado. Este pedido fue insulso al principio;

empero sucedió lo contrario, Adriana fue la que empezó a hablarle en quechua a mi madre e incluso a mi hermano y mi primo Wilfredo. Y aunque causaba risa, poco a poco Adrianita fue sinónimo de hablar en quechua en casa. Una vez, Vania comentó: “¡Mami di un buen examen de quechua, me acordé lo que hablas con la Adrianita!”

Hoy tengo a la compañera escolar de Adriana, su nombre es Belén; ella vive con la abuela, quien es monolingüe quechua hablante e interactúa con la nieta solo en esta lengua. De esto se enteró mi hija y como se vio motivada, le pedí a Belén que a Adriana le hablara solo en quechua. Y así lo hace Belén! Algunas veces hubo comentarios de Adriana como “¿Por qué le dices a Belén que me hable en quechua todo el tiempo? Me dice “Jaku t’antata rantimuna” ‘vamos a comprar pan’ delante de todos y todos se ríen”. Ultimamente Adriana anda quejándose: “Mami, la Belén ya no me habla quechua- una vez me dijo: ¿Por qué no le dices que si aprendo quechua le vas a regalar una muñeca?”

¿Las dificultades?

Ser madre sola supuso no tener más aliados fundamentales que a mí misma, puesto que a veces las interacciones se hacen prácticamente efímeras por las limitaciones de tiempo, las limitaciones de los roles que cumplen los niños en las ciudades que son diferentes a la crianza de la vida: la chacra, los animales, los juegos, el trabajo.

La falta de contexto es una de las principales dificultades cuando el entorno es totalmente castellano hablante, sobre todo en espacios de escolaridad en las ciudades. Aunque exista presencia del bilingüismo en el aula, esta situación está aún totalmente invisibilizada por todos los actores educativos en las unidades educativas fiscales asentadas en el centro y los barrios alejados de la ciudad.

Al principio tenía la dificultad de olvidarme de hablarle en quechua a mi hija, una y otra vez debí recordar que todo debe ser en quechua, es duro ser consecuente a veces el peso o la “tasa” del castellano es más fuerte pero no más que la propia convicción.

Logros: la situación actual positiva

Lo más lindo es cuando Adriana habla el quechua y es bonito escucharla, es un gustito aparte, mi hija se ganó el apodo de *Jaqqyqa*

[jagayga] por su excelente pronunciación de la postvelar, los parientes ríen y gozan con su quechua. Llega de la escuela y lo primero que me dice: “Imaynalla mamáy, anchata munakuyki” y agrega ella misma “!Ñuqapis mamáy! ‘cómo estás mami - yo también, mami’. He notado que asumí una actitud interesante sin querer, resulta que cuando estoy molesta por algún motivo con mi Adrianita, uso el castellano, pero mi hijita intencionalmente me habla en quechua casi insistentemente porque sabe que al inicio de la transmisión, esta situación me causaba alegría. También usa el quechua como recurso cuando desea fervorosamente algo que anticipadamente sabe que es difícil de obtener:

Adrianita: Mamáy, muñecata rantimuy, ya? ‘mamita, cómprame una muñeca, si’.

Edna: Mana, wawáy, ¡chay chhika muñecasniyki! ‘no, hijita, tienes tantas muñecas’

Adriana: Pero ñuqa munani mamáy, feriamanta ‘pero quiero una de la feria, mamita’.

Edna: Mana qullqi kanchu ‘no tengo dinero’,

Adrianita: Pero Juancito Pintomanta gastanki ya? ‘pero gasta del bono Juancito Pinto’.

Edna: ¡Mana wawáy! ‘no, hijita’.

Adrianita: Ni cuando te digo biencito en quechua quieres... (se molesta).

En ocasiones, me manda mensajes de celular como: “Ima horas jamunqui mamáy” ‘a qué hora vienes mami’ escrito con ortografía castellana. Esta situación me ha hecho preguntar si valdría la pena incursionar en la escritura del quechua, aspecto que no lo he planificado todavía debido a razones de tiempo que no me permiten todavía asumir esta decisión con contundencia.

Un día fuimos al cumpleaños de mi tío, alguien en la fiesta comentó: “¡Qué bonito hablan el quechua!” Y mi madre contestó: “Nosotras les estamos enseñando quechua a nuestras wawas ¿Acaso ustedes no les están enseñando?”. Fue anecdótico porque los réditos son de mi madre, es ella quien permanentemente recibe los elogios, ya que la gente supone que al ser la abuela, es ella quien enseña el quechua a mi hija. Siempre reímos de estos supuestos.

En ocasiones, ella me comenta que “se equivoca” al hablar en quechua con otras personas e incluso con su papá cuando la lleva a la calle: “Mami, sin querer un día que estuvimos comiendo pollo le dije a mi papá en quechua- mana munankichu mayonesata?- ‘no quieres mayonesa’ - y ni cuenta se dio, un poco me he confundido, me miró y no dijo nada”.

El logro más importante es, sin duda, hacer práctica la teoría, y si alguien me pregunta “¿Y tus hijitos hablan quechua?” yo diré “¡Pero claro, hálbales tú también!”. Es decir, mi satisfacción es básicamente personal, emocional y profesional, lo hago a partir de una simple contribución a la reversión de la pérdida de lenguas indígenas y más bien estaré aportando a la revitalización en contextos de mayor vulnerabilidad y desentendimiento, las ciudades.

Desafíos actuales

Deseo mostrar y reproducir esta experiencia empezando con otras familias, sobre todo, con aquellas migrantes que se asientan en las zonas periurbanas de las ciudades y no tienen otra opción que “castellanizarse” por la presión social, la cultura escolar y el contexto dominante, puesto que esta circunstancia genera un “desajuste” en la transmisión.

El peligro de extinción de una lengua indígena y por ende de su cultura radica también en la forma cómo los hablantes privamos a nuestros propios hijos de esta herencia segura del conocimiento y práctica de nuestra lengua indígena en la vida cotidiana de la ciudad. Todo lo contrario, los despojamos de esta posibilidad tan vital de la vida y permitimos que la lengua hegemónica siga desarrollándose en ellos de manera casi monstruosa, hasta quizás desconocer la identidad propia y hasta tener incluso vergüenza de su origen.

Es innegable que tenemos un contexto legal nacional e internacional favorable para la revitalización de las 36 lenguas indígenas ya oficializadas a partir de la CPE y la promulgación de la “Ley General de Derechos y Políticas Lingüísticas” 269 del 2012 que, a manera de requisito laboral, obliga al sector público al conocimiento de una lengua indígena de la región. Sin embargo, este proceso debe venir de la mano de un pleno convencimiento y de un real ejercicio del derecho de uso social de una lengua indígena partiendo con el

ejemplo de las más altas autoridades del Estado Plurinacional que promuevan su uso desde las más altas esferas del país y qué mejor de nuestro Presidente Evo Morales Ayma, tal cual lo ha iniciado ya el actual Fiscal General del Estado en su informe de fin de gestión 2014, en parte en lengua quechua, ante el beneplácito y miradas atónitas de propios y extraños.

Y en este sentido, cualificar y fortalecer la propuesta plurilingüe desde una visión evidentemente descolonizadora y práctica conlleva primero efectos trascendentales personales en pro de una efectiva intraculturalidad e interculturalidad positiva que genere escenarios bilingües, trilingües sin diglosia. Prestigiar las lenguas indígenas a partir del uso real en todos los contextos posibles hasta el punto de naturalizarse, es definitivamente un reto cuyo plazo lo definimos nosotros, los hablantes.

El amor, factor cultural y lingüístico

Elizabeth Uscamayta
Quechua, Cusco, Perú

Lo que antecede a mi anhelo de ver a mis hijos hablando quechua

Desde pequeña, escuché cómo mis tíos y padres hablaban el quechua y también el castellano. Por entonces, cuando nosotros éramos pequeños, ellos daban por entendido que sus hijos también debíamos hablar quechua; es más, siempre comentaban que no podíamos dejar de ser lo que éramos: herederos de un gran legado lingüístico y cultural. Es quizá por ello, que sin darme cuenta, y de manera natural, aprendí desde mis primeros días de vida las dos lenguas de uso familiar y social sin mayores problemas, identificando claramente los espacios y actores en y con los que interactuaba.

Pese a las actitudes negativas de personas de mi entorno social frente a la lengua, los principios cultivados en familia se han impuesto desde siempre. No vienen a mi memoria recuerdos en los que haya sido discriminada por esta mi condición de ser bilingüe y nacida en una comunidad campesina. Uno de los factores que ha cumplido un rol importante y que siempre fortaleció las actitudes de la mayoría de los miembros de mi familia, es que nuestros padres nos inculcaron el orgullo, amor y apego a la cultura quechua y su idioma. Esta situación se muestra interesante debido a que somos parte de una familia extensa en la que han estado siempre presentes los abuelos, tíos y tías con arraigo cultural lingüístico quechua y actitudes totalmente favorables para su reproducción a través de las generaciones nuevas.

¿Mis sueños podrán ser realidad?

Soy miembro de una cultura ancestral aún vigente; he sido socializada en una cultura que no ha perdido totalmente su naturaleza y ha

sido reproducida de manera permanente y espontánea a las nuevas generaciones en nuevos contextos geográficos. Al mismo tiempo, mi ser quechua por naturaleza y propia decisión me comprometen a promover el fortalecimiento y reproducción de mi lengua y cultura a través del tiempo, siendo siempre consciente de los cambios y nuevas necesidades que el mundo social globalizado nos plantea. Uno de mis grandes retos personales ha sido y aún lo planteo en mi vida actual, es ser siempre coherente con lo que pregonamos como personas y profesionales. Se ha creado la interrogante de cómo demostrar que las propuestas no sólo se queden en lindos discursos. Es por ello que en mis planes de hacer familia y tener hijos ha estado presente el reproducir mi cultura y la lengua ancestral como una de las principales formas de trascender a través de mis hijos.

Desde siempre he considerado que una forma de trascender y demostrar esa coherencia será que mis dos hijos logren adquirir la lengua, además de que sean capaces de identificarse y ser actores activos de la cultura quechua a la que pertenecen. Esto, siendo conscientes que las culturas y lenguas se van modernizando y también invisibilizando en la sociedad en la que estamos insertos mis hijos y yo.

Soy de aquellas mujeres que soñaron siempre con tener hijos y que ellos fueran capaces de beber cultura, lengua y ser felices reconociendo sus orígenes; que sean capaces de defenderse con sustento convincente frente a una sociedad prejuiciosa y discriminadora. Cuando llegó el momento de que nacieran mis hijos, el sueño que siempre me acompañó debía hacerse realidad. Entonces, surge la necesidad de que ellos también se socializarán en un espacio de reproducción cultural y lingüístico andino-quechua. Para ello, desde un principio, había que facilitar condiciones favorables, por lo que traté de que mi embarazo y su nacimiento se dieran dentro de nuestras costumbres y en el espacio correspondiente.

Algunos pasos... rumbo a hablar el quechua

Nació mi Amaru, sin embargo, entré en la dinámica de ausentarme del hogar por las horas que las responsabilidades laborales me lo exigían. Es así que, al inicio de la infancia de mi hijo, las circunstancias no me permitieron estar con él las 24 horas del día. Mis propósitos iniciales corrían el riesgo de no concretarse a plenitud, entonces,

pensé que podría ser muy útil para mis propósitos pedir el apoyo de una cuidadora monolingüe quechua.

Con mucha suerte, pude encontrarme, por entonces, con una joven monolingüe quechua, a quien le manifesté mi necesidad y deseos respecto al idioma, a lo que ella me respondió de la siguiente manera:

Alicia: *¿Imapaqtaq qhishwa simitari yachanman? Misti papakuchaqa manañayá nuqayku, campisinu hinachu rimanan ‘¿Con qué objeto hablaría quechua? Un niño ciudadano ya no debe hablar como nosotros los campesinos’.*

Con varias conversaciones y sensibilización aceptó y se comprometió con mis propósitos. Mi hijo Amaru tuvo la experiencia de contar con Alicia, quien con mucho amor lo cuidó y le dio la oportunidad de vivir de manera cotidiana bastantes experiencias comunicativas en el idioma quechua. Desde los arrullos en quechua, historias y canciones que alegraban el corazón y sus primeros años de vida de mi Amaru. Aún recuerdo diálogos a media lengua en el segundo año de vida de mi Amaru:

Amaru: *Mihunata quway ... pukllakusun ‘dame comida... juguemos’.*

Alicia: *Amarituy, papakucha hamuy ‘ven papacito Amarito’.*

Considero que fue un gran logro el haber contado con este apoyo, una joven amorosa hablando solo en quechua de manera permanente con mi pequeño hijo. Mi rol, por entonces, era de complementariedad a lo acordado con Alicia. Experiencia que nos pudo acompañar, lamentablemente, sólo los tres primeros años de vida de mi Amaru. En ese periodo, mi hijo me decía “Mama Elitáy” con mucho cariño. “Elitáy dame...” “Elitáy alcánzame.”, “Elitáy no quiero ir al colegio...” La escuela o a veces burla de los propios integrantes de mi familia hizo que se convirtiera en Mami Elita.

En algunas oportunidades, dentro de mi propia familia surgía el comentario a modo de broma y de manera positiva sobre el hecho de que mi hijito pequeño hablara quechua, y que sus palabras amorosas tengan el matiz de vocablos quechuas como: “mamitáy”, “Elitáy”, “tiyáy”.

Oscar: Maytaq mamaykiri?

Amaru: Mamitáy, te busca tu hermano

Oscar: Iman sutyki chikucha?

Oscar: Este niño cómo habla quechua, ja ja ja.

En aquellos tiempos, los comentarios y las actitudes del entorno familiar, en mayor proporción, han sido favorables para el aprendizaje del quechua, sin embargo, algunos familiares hicieron y aún hacen comentarios negativos que influyen en la concreción de mis decisiones. Una de ellas es mi hermana mayor, quien hace comentarios como los siguientes:

Miluska: Ely, no le pidas hablar quechua, luego va a mezclar quechua con castellano, va a estar con sus motes y sus compañeros se van a burlar. ¿Para qué le sirve saber quechua? ¿En qué lo va a utilizar?... luego le van a estar discriminando.

Elizabeth: Milus, es importante, necesario que aprenda quechua, debido a que es el idioma de nuestros abuelos, que es necesario enseñarles a nuestros hijos y los pequeños de la familia, los niños que hablan varias lenguas tienen más oportunidades en la vida...

Miluska: Sonceras, es mejor enseñarles idiomas que le sirvan para viajar fuera...

Pese a estos comentarios, mis objetivos de vida y trascendencia planteados hace ya varios años aún están vigentes y en la cotidianeidad vivencial de mi hogar, de manera permanente he tenido la oportunidad de ir usando y hablando el quechua con mis dos hijos, además de ir viviendo formas de concebir y expresar el mundo. Sin embargo, los años pasan y hay cambios a los que debemos adaptarnos, sobre todo en cuanto somos tres personas pensantes y las decisiones no son sólo personales, con dos hijos que obviamente ya no son tan pequeños, la decisión de asumir posturas culturales y lingüísticas tiene otro matiz.

Mis hijos ya son capaces de darle sonido a sus sentires y con su propia voz expresan sus necesidades, intereses, deseos, decisiones y objetivos personales. Siendo así, mis propósitos personales atraviesan necesariamente por un proceso de negociación permanente con mis hijos. Hemos tenido la oportunidad de conversar sobre la res-

ponsabilidad social que tenemos frente al legado cultural y lingüístico recibido de nuestros ancestros, también sobre el rol que debemos asumir dentro de un contexto social prejuicioso, que desde siempre ha querido invisibilizar la cultura y negar nuestra lengua ancestral. Sin presiones nos hemos puesto como objetivo aprender y usar el quechua, para lo cual debemos ayudarnos entre todos a adquirirlo y aprender a usarlo de manera funcional.

En este nuestro proceso, aprovechamos momentos para hablar en quechua, lo hacemos de manera espontánea. Por las mañanas, cuando mis hijos se preparan para ir al colegio, yo les hablo frases en quechua, mientras ellos toman el desayuno y sobre todo cuando vamos o venimos de su colegio, lo cual involucra más de una hora al día. Lo hacemos de manera intencional, con actitudes amorosas que fortalecen positivamente las emociones de los tres interlocutores lingüísticos. Al principio, este momento lo iniciaba sólo yo, con clara intención de lograr algún objetivo puntual; sin embargo, ahora la iniciativa la van tomando mis propios hijos de manera alterna y espontánea. Un ejemplo de diálogo es el siguiente:

Mamá: Haqay sach'api puka t'ikachakuna kashasqa.

Illari: ¿Qué hay en ese árbol?

Mamá: Puka t'ikachakuna.

Amaru: ¿Dice “flores rojas”?

Illari: ¿Cómo se dice flores?

Mamá: T'ikakuna.

Amaru: Pero dijo “puka t'ikakuna”

Illari: ¿Tikakuna?

Mamá: Arí, puka t'ikakuna

Illari: Amaru dijo “tikakuna”, tú también dijiste “tikakuna”

Mamá: También tú lo dijiste.

Illari: Tikakuna, tikakuna... ti..ka...kuna. Yo no dije como ustedes. Yo no puedo hablar como tú... yo nunca podré hablar como tú (lo expresa con frustración).

Mi hija menor, Illari, de cuatro años, presenta una habilidad que le está sirviendo para mejorar su oralidad y es que tiene el oído desarrollado para identificar los sonidos en la pronunciación y va encontrando diferencias en cómo pronuncia ella, cómo pronuncia

su hermano y cómo lo hago yo. Cuando siente que no lo hace de manera adecuada, va probando y ensayando varias veces, generalmente hasta que considera que ya lo logró, otras veces son motivo de frustración y termina diciendo: “¡Yo nunca podré hablar bien!”.

Normalmente es mi Illari quien inicia el diálogo, pide que se le enseñe a expresar una idea, busca los significados de las cosas que va observando a su alrededor y los tres juntos vamos expresando ideas construidas espontáneamente y tratando siempre de resolver los conflictos cognitivos que se van presentando en este proceso de adquisición de la lengua. Un diálogo que ilustra lo expresado es:

Illari: Mamá, ¿cómo se dice: “Estoy jugando”?

Mamá: Pukllashani.

Illari: No, dije: “Estoy jugando”.

Mamá: Se dice pukllashani, pero también puedes decir: nuqa pukllashani.

Illari: Nuka *pukllasani*, nuka *pukllasani*....¡Ya pude, ya pude!!!

Amaru: A ver di: “Nosotros estamos jugando”.

Illari: Mami ¿cómo se dice: “Nosotros estamos jugando?”

Mamá: Nuqayku pukllashayku.

Amaru: “Nuqayku pukllashayku”... ¿Por qué no “nuqanchik”, si “nuqanchik” significa nosotros?

Mamá: Depende cuándo lo decimos, Amaru; si no me incluyes, es “nuqayku” y si incluyes a todos, es “nuqanchik”. También depende de cómo estemos ubicados para hablar.

Amaru: ¿Entonces, por qué dices: “Nuqanchik wayllunakusunpuni”?... No entiendo por qué nos confundes...

Illari: ¿Qué significa “wayllu”? ¿Qué dijiste Amaru?

Amaru: Que nos debemos querer.

Mamá: Dije: “nuqanchik wayllunakusunchik”.

Illari: ¿Cuál significa quererse?

Mamá: Wayllunakusunchik

Illari: Wayllu... ¿cómo mamá?

Mamá: Illari, juntas: way-llu-na-ku-sun-chik, way-llu-na-ku-sun-chik, way-llu-na-ku-sun-chik.

Para los tres es gratificante disfrutar de estos momentos, debido a que, más que en cualquier otra oportunidad, le ponemos

atención a lo que estamos haciendo o diciendo y, sobre todo, nos activamos emocionalmente. Siento que existe una especial expectativa en las mentes y corazones de mis hijos respecto del quechua -que nos conecta afectivamente y que hace que mis hijos reconozcan que su proceso debe alcanzar objetivos en un tiempo muy cercano.

A veces, entre los tres surgen comentarios sobre el motivo por el que debemos aprender, entonces les refiero a nuestros ancestros, el legado histórico familiar por el apellido. Un aspecto que los identifica mejor con el quechua vienen a ser sus nombres y el significado que tienen, sin embargo, el hecho de que sean hijos de gestores de lenguas y culturas, pregoneros de la necesidad de mantenerla, promoverla y reproducirla en diversos espacios sociales consolida la intensión de concretar nuestros propósitos. Siendo así que tenemos responsabilidades afectivas, emocionales, familiares y sociales que debemos concretar.

Además, para Amaru, es muy importante hablar el quechua, le permite tener más posibilidades y bagaje lingüístico frente a sus compañeros de colegio. Él lleva el idioma quechua como área curricular de formación académica y tener mejor dominio le llena de satisfacción y fortalece su autoestima como estudiante.

Un aspecto interesante que me gustaría compartir son las actitudes favorables que los niños tienen frente al quechua, algunos de sus compañeros de colegio manifiestan las siguientes expresiones al salir del colegio:

Señor, hoy no hicimos quechua.

Reclamen que la profesora no desarrolló el curso del quechua.

Los niños reclaman de diversas maneras si han dejado de recibir o se ha suspendido por alguna circunstancia el curso de quechua y no así de otras asignaturas. Otro aspecto que me parece interesante en el proceso de adquisición del quechua por mi hijo Amaru es que va construyendo textos orales cortos y me los plantea como reto para hacerle la traducción o decirle el significado en castellano:

Amaru: Mami, dime qué significa “kuychichaw”, qué significa “intichaw”.

Mamá: Dime tú, si fuiste tú el que estuvo en el aula.

Amaru: No sabes, yo ya sé que son los días de la semana, jajaja...

Mamá: Me tienes que enseñar tú, hijito... (Es que en realidad no logré aprender esos términos debido a que no tiene un uso cotidiano).

En esta tarea, la escuela también cumple un rol determinante. Por suerte, el contexto escolar de Amaru favorece el aprendizaje del quechua, infiero que el proyecto curricular institucional establece el aprendizaje del quechua como lengua ancestral; situación que no es común a todos los espacios escolares de mi región.



“Festejando el Cusco”, Illari a la derecha junto a una amiga.

Hablar quechua no lo decido yo sola

Hoy en día, en las interacciones de vida cotidiana, los padres llegamos a ser grandes negociadores con nuestros hijos y depende de nuestras habilidades y sutileza que llevemos las aguas a donde queremos, o simplemente cumplimos un rol de promotores significativos de los intereses, expectativas y metas que se proyectan nuestros hijos. Ese es mi caso, en el diario vivir con mis hijos, tengo la responsabilidad y necesidad de negociar en forma permanente con Illari y Amaru, mis adorados hijos. Ellos ya no son tan niños, de alguna manera, reciben la influencia de la modernidad tecnológica e informática a la que los somete la sociedad citadina. Podría decir que son muy cuestionadores y toman sus propias decisiones; para alegría mía, una decisión firme y determinante que tienen y la manifiestan, los dos, es hablar bien el quechua y fortalecerse como herederos de nuestra cultura andina.

Considero que la toma de decisiones favorables a la cultura y al quechua, en el caso de mis hijos, es producto de que su uso y reproducción se realiza en un marco afectivo intenso, que su práctica es gratificante y nos permite encontrarnos emocionalmente en nuestro ser andinos, ser quechuas, o simplemente ser lo que en la vida queremos ser.

De la intención a la concreción

Tal como manifestamos en párrafos anteriores, el aprendizaje del quechua por las nuevas generaciones pareciera ser una tarea fácil de lograr. En la práctica, requiere de soportes sólidos frente a los obstáculos que encontramos en el proceso. Entre los principales obstáculos que se me presentan, en el caso de mi familia, por el momento, están: el insuficiente tiempo que dedicamos al uso funcional del quechua, el entorno sociolingüístico en el que desarrollamos nuestras actividades familiares y los prejuicios de la sociedad que influyen con facilidad en los niños y niñas en general.

La dinámica de organización temporal en la que estamos insertos mis hijos y yo hace que tengamos tiempos limitados para compartir más momentos espontáneos de uso funcional del quechua; sin embargo, conscientemente y con la intención de mejorar su producción oral; aprovechamos diversos momentos para construir mensajes cortos, hacer traducciones y por propia iniciativa de ellos

logramos mejorar su vocabulario. Respecto al tiempo de uso funcional del quechua, definitivamente lo determina la permanencia con mis hijos; siendo yo, por lo general, el referente significativo más importante para ellos, veo como una necesidad imprescindible ocupar aún más tiempo en el desarrollo de estrategias para que aprendan más y de mejor manera el quechua. Otro obstáculo es tener pocas oportunidades para estar en un contexto quechua donde la lengua es usada de una manera funcional y continua por no decir exclusiva; aunque ya no existen muchos contextos con un escenario sociolingüístico en el que la lengua ancestral es la única que se habla.

Mi familia extensa está conformada por abuelos, tíos y nuevas generaciones; los ahora adultos hemos adquirido el quechua durante nuestra infancia de manera espontánea, sin embargo, en la actualidad, el quechua ya no es una lengua de uso funcional cotidiano dentro de mi familia. Los mayores comentamos sobre la necesidad casi vital que las nuevas generaciones tienen de aprender el quechua; sabemos que esta lengua aún es hablada por un número significativo de la población cusqueña y que cuando nuestros hijos, ahora aún niños, sean profesionales, han de requerir del quechua para desempeñarse bien en las labores que les toque desempeñar. Sin embargo, nuestras reflexiones no llegan al nivel de hacer propuestas como familia, disponer de tiempo y comprometernos a transmitir el quechua o enseñarlo de manera intencional a nuestros hijos.

Mis temores: situaciones que debo enfrentar

Prejuicios

En algunas oportunidades, los prejuicios de la sociedad se sobreponen a nuestros propósitos de hablar quechua y, en el caso de mis hijos, aprender quechua. Uno de mis grandes temores es que, poco a poco, al ampliar la inserción y el espacio social de mis hijos, se vayan vulnerando las decisiones que, por el momento, tienen respecto de nuestra lengua y cultura; situación que ya van viviendo algunas veces en el colegio.

Amaru: Mami, mi amigo ha dicho que sólo los cholos hablan quechua, dice que no quiere aprender a hablar, es mejor aprender inglés.

Mamá: ¿Y qué le has dicho tú?

Amaru: Que no es verdad, que el quechua deben hablarlo los cusqueños.

Mamá: Claro, eso es cierto, el quechua es el idioma de nuestros abuelos, los que hicieron una cultura grande en logros, con muchos conocimientos y podían vivir bien, en armonía, sin tantas necesidades.

Amaru: Si mami, mis amigos también le han dicho que es bueno hablar quechua, yo le he contado que tú nos hablas a veces en quechua y que ya estamos aprendiendo...

Por lo expuesto en el diálogo anterior, puedo arriesgarme a afirmar que de la intención a los hechos se van presentando situaciones adversas por las que, muchas veces, no se logran resultados inmediatos.

La ciudad en la que vivimos es una sociedad reconocida como prejuiciosa, por lo que pone su cuota de acciones que no favorecen el uso y aprendizaje del quechua. Comentarios como: el quechua es de ignorantes, es un idioma de campesinos, es el retraso de la sociedad, son expresiones que perjudican la construcción conceptual y valorativa del quechua. Ahora yo siento que debo plantearme nuevos retos, tengo la necesidad de implementar estrategias eficaces para reforzar aún más las estructuras emocionales, afectivas que calan la autoestima de mis hijos en defensa y promoción de nuestros propósitos y proyectos familiares frente a los prejuicios sociales y lingüísticos.

Entorno sociolingüístico

Respecto al entorno sociolingüístico de mis hijos, lamentablemente debo reconocer que no es muy favorable. El quechua no es un idioma que se use de manera cotidiana dentro de mi hogar, generalmente, cumple la función de comunicación secreta entre los adultos dentro de la familia o con las amistades; sirve para comunicar algo de lo que no queremos que se enteren los que no comprenden el idioma. Sin embargo, mis hijos, por lo general, logran entender el mensaje que queremos transmitir a diferencia de algunos adultos o niños a quienes va nuestra intención secreta.

Abuela: Manaraqsi kay wawayki ñañañwan pukllayta munanchu 'Amaru no quiso jugar con su hermana'.

Mamá: ¿Imarayku? ‘¿Por qué?’

Abuela: Waq irqikunawanmi pukllan ‘sólo con los otros ha jugado’.

Mamá: Kunanmi yachanqa, ñañaykiwan qipanki nispataq nirani...
‘yo le pedí que se quedara con su hermana’.

Amaru: Mami, mi hermana no quiso jugar...

Algunos comentarios nos hacen ver la necesidad que tienen los nuevos profesionales de mi familia al momento de insertarse en el mundo laboral. El siguiente es un ejemplo que mueve nuestras inquietudes y propósitos de enseñanza para el uso funcional del quechua en nuestros hogares. Rafael es hijo de mi prima hermana, a quien su madre nunca le habló en quechua y que la única persona cercana que hablaba esta lengua en su hogar era la señora de servicio; ahora, joven economista que fue designado para hacer trabajos de sensibilización y organización de proyectos de desarrollo en comunidades altoandinas, cuyos pobladores hablan exclusivamente el quechua, con mucha alegría nos comenta que entre los profesionales que fueron designados, él es uno de los que habla mejor el quechua, situación que a mí me hace pensar que es importante el input lingüístico que ha recibido en su infancia. Esta experiencia sirve de ejemplo y alienta a los menores a prestar mayor atención a las oportunidades que tienen y las posibilidades de aprender el quechua pese a los prejuicios que la sociedad va construyendo.

Mis primeros resultados

Lo más significativo que he logrado en mis hijos es alcanzar un nivel alto de amor y apego por la cultura y la lengua quechua. El quechua es inherente a sus raíces culturales, a su historia personal y saben que su conservación es responsabilidad familiar-social.

Otro logro es la actitud segura de estima personal que les permite sustentar, a su manera, la necesidad e importancia de aprender el quechua, y también promoverlo en una sociedad que, de alguna manera, está perdiendo su identidad.

Ahora mis hijos pueden hablar algunas frases en quechua, saben el significado de muchas palabras y comprenden las intenciones que tenemos al emitir diversos mensajes cotidianos que se dan entre adultos y ellos escuchan.

En mi pequeño mundo consideraba que había logrado grandes cosas con mis hijos, sin embargo, conocer experiencias diversas en las que se ha alcanzado a hablar lenguas originarias en contextos urbanos y se ha logrado convertir segundas lenguas en lenguas maternas me hace reflexionar y reconsiderar mis logros para plantearme propósitos más concretos, metas altas y repensar en las estrategias, modos y medios que debo utilizar para lograr lo planteado en nuestro proyecto familiar. Además, estoy convencida de que con perseverancia y empeño podemos lograr cosas verdaderamente dignas de valorar.

Lo que pude aprender

Habiendo tenido logros no muy significativos en el proceso de aprendizaje del quechua por mis hijos, siento que hay lecciones aprendidas. Entre ellas, las más resaltantes son las siguientes:

No dejar como segunda posibilidad el hablar a los hijos en quechua

Lo descrito por mi persona en párrafos anteriores claramente nos presenta como evidencia las actitudes favorables que tienen mis hijos frente a la lengua, siendo el amor y apego por lo lingüístico y cultural mi principal propósito. Sin embargo, también estoy, de alguna manera, demostrando que lo que hice no ha sido suficiente para el óptimo aprendizaje del quechua por mis hijos, lo cual demuestra que es importante forjar actitudes, sentimientos y valoraciones, sin embargo, eso no garantiza el aprendizaje de la lengua y la recreación de la cultura, es necesario considerar como prioridad primera el propósito que nos planteamos.

Debemos darle funcionalidad real al quechua

El aprendizaje no es efectivo cuando se realiza aplicando estrategias que no tienen funcionalidad en la vida real de las personas, eso lo estoy demostrando en la experiencia personal de mis hijos, entonces, podemos concluir diciendo que para el aprendizaje efectivo del quechua por parte de niños pequeños es necesario darle una función real que requiera de práctica, tiempo y condiciones.

Debemos consensuar las estrategias de aprendizaje más favorables a nivel familiar

La familia es el principal soporte para lograr aprendizajes en los niños y niñas, entonces, son sus miembros los que tienen que comprometerse con brindar condiciones favorables e implementar las mejores estrategias para el aprendizaje del quechua.

No es suficiente el amor y apego por la cultura y la lengua

El amor y apego por la lengua y la cultura abren puertas y, de alguna manera, brindan mejores condiciones para el aprendizaje del quechua. Esta actitud favorable viene consolidando también la seguridad y la autoestima en mis hijos; sin embargo, es muy importante trabajar más en el propio proceso de aprendizaje del quechua, hacerla más funcional, en situaciones concretas, haciéndola aún más evidente al enriquecerla con el uso del quechua en situaciones y tiempos más reales.

Mis nuevos desafíos

El conocimiento de casos en los que se ha realizado planificación lingüística familiar y al escuchar que utilizando diversas estrategias y dándole un uso funcional, se ha logrado resultados significativos en el aprendizaje del quechua. Siento que los pequeños logros alcanzados por mis hijos no son suficientes, que debo detenerme a reflexionar y volver a plantear el propósito lingüístico que pretendo alcanzar y como un gran equipo, mis hijos y yo podamos cumplir ciertas condiciones y normas en este nuestro propósito de uso funcional del quechua.

Mis desafíos son:

Darle un uso funcional al quechua, si es posible de manera exclusiva por más tiempo

Al observar a los hijos de profesionales que viven en contextos urbanos y que han tomado la decisión de hacer una planificación lingüística desde su hogar, considero que yo también lo puedo hacer, por lo

cual plantearé la necesidad de brindar las condiciones y hacer que el quechua tenga un uso funcional dentro de mi hogar. Lo hare de manera paulatina, para empezar me propongo hacerlo los fines de semana, días en los que generalmente estoy de manera continua con mis hijos.

Sensibilizar a más miembros de mi familia para que podamos crear condiciones favorables para el uso funcional del quechua

Teniendo como base las actitudes positivas de los miembros de mi familia frente al mantenimiento de la lengua, las experiencias de frustración vividas por algunos de los jóvenes que no logran comprender un mensaje oral en quechua y la información de la desaparición de tantas lenguas en el mundo nos permitirá crear espacios de reflexión y poder plantear las mejores condiciones para que las nuevas generaciones puedan aprender el quechua, lo cual también estará brindando mejores condiciones para el aprendizaje de mis hijos.

Insertar a mis hijos en comunidades donde se hable el quechua con mayor exclusividad

He podido ver casos de muchos niños y niñas que han logrado adquirir lenguas diversas por inmersión, lo cual podría ser también una buena estrategia para el mejor aprendizaje del quechua por parte de mis hijos. Habría una necesidad prioritaria de usar la lengua quechua en interacciones funcionales, en situaciones comunicativas reales; se concretizaría la frase: “la necesidad obliga”.

Las maestras del aimara: la abuela y bisabuela de Malena

*M. Brenda Atabuichi Torrez
Aimara, Cochabamba, Bolivia*

Cuando estaba embarazada le decía a mi mamá que ella le enseñaría aimara a mi *warwa* ‘niño o niña’. Digo *warwa* porque durante el embarazo no sabía si iba a ser niño o niña. Había decidido esperar hasta el día del parto para conocer su sexo. El día del parto, recuerdo que las enfermeras apostaban por acertar al sexo de mi wawa. Deseaba que mi *wawita* sea bilingüe en aimara y castellano. Que no se repitiera lo que a mí me sucedió, que teniendo padres y abuelos aimaras, haya aprendido el castellano como primera lengua y después de terminar la universidad le haya dedicado más de tres años al aprendizaje del inglés.

No es que sea malo aprender una lengua extranjera; sin embargo, en mi caso había un sentimiento de remordimiento y deuda con respecto al aimara. Pensaba: ahora que aprendí el inglés tengo que aprender el aimara, cómo no voy a aprender esa lengua si pertenece a mis papás y su cultura, ellos me criaron, me educaron y por lo tanto también su cultura me crió. Yo veía como pendiente en mi vida aprender aimara. Por el contexto en el que vivo, podía escoger el quechua, porque hay institutos de enseñanza y en los puestos laborales te exigen esa lengua, pero mi motivación no pasaba por aprender una lengua indígena en sí misma, sino de escoger el aimara por una decisión de búsqueda y encuentro con mis raíces.

Pero no es que siempre pensé así. En la adolescencia, para mí era bueno y positivo no saber aimara, porque eso confirmaba que no era indígena, yo me consideraba mestiza. Mis papás y abuelos eran del campo, pero yo no, yo había nacido en Cochabamba, en un barrio cerca de la ciudad. Me diferenciaba de ellos por la lengua y el origen de nacimiento y decía “Mis papás hablan aimara, han venido de un pueblito de Oruro, pero yo no. Yo hablo castellano y nací en Cochabamba”.

En mi grupo de compañeras de colegio, también había ese rechazo o negación a la lengua indígena. Una de ellas vivía con su bisabuela y cuando fuimos a su casa, su bisabuelita le habló en quechua y ella le respondió en quechua también. Pero, en el colegio decía que no sabía hablar quechua, porque así todos lo manifestábamos.

No se cómo empecé a acercarme a la lengua y a la cultura, pero algo que recuerdo y que me gustaba y me gusta mucho fueron las historias, cuentos, anécdotas que mi mamá me contaba acerca de su comunidad y de su vida. Sus relatos eran tan interesantes y cautivadores que cuando salían frases en aimara, le pedía inmediatamente que las tradujera para no perderme un pedazo de la historia. Fue a partir de estos cuentos que me enteraba de otras maneras de ver y vivir en el mundo. También me cuestionaba acerca de lo que creía y sabía. Por ejemplo, para mí era increíble saber que los cerros tienen cuidadores y que a través de personas especializadas, los *sayiris* se puede conversar con ellos. Mi mamá me contó que cuando era niña, ella participó y escuchó una discusión entre *mallkus* por la muerte de un comunario. Y yo le preguntaba a mi mamá ¿Los cerros hablan en aimara? y ella me decía “Sí, ellos discuten en aimara”.

Fue a través de estas historias fascinantes que yo me acerqué a la cultura aimara y después fui dándome cuenta que mis papás, a pesar de estar en un territorio distinto, seguían practicando hábitos y costumbres de su comunidad y que yo también lo hacía. Además, que ellos mantenían el vínculo con Huayllamarca porque participaban de las festividades y porque producían papa y quinua en los terrenos de mis abuelos.

Malena, mi *wawa*

Malena nació al ritmo de la *tarqueada*¹ una noche lluviosa de febrero cerca Carnavales. El año, 2012, la comunidad de mis papás tenía que participar bailando *tarqueada* en el Anata Andina² en Oruro. Los días domingos, en mi casa se reunían y ensayaban los residentes de

1 La *tarqueada* es una danza de la zona altiplánica, participan hombres y mujeres. El nombre viene de la *tarqa*, instrumento de viento que tocan los varones.

2 El día miércoles y jueves de comadres, días antes a la entrada Carnaval de Oruro, se realiza otra entrada que se llama Anata Andino. En esta participan las comunidades indígenas de Oruro, todos bailan *tarqueada*.

Santiago de Huayllamarca Malena nació unos días antes a esta entrada. El nacimiento de mi niña en esa fecha me recordaba los relatos de mi mamá acerca de los animales que nacen en su comunidad en las fechas de carnavales. Ella decía que tienen mucha suerte porque en el campo en esa época hay abundante hierba para comer y, por lo tanto, las ovejas tienen mucha leche y las crías no sufren. Me sentía contenta que Malena haya nacido en febrero porque en Cochabamba en esa temporada hay una variedad de frutas y todo está verde y un entorno así da mucha alegría.

Si bien había deseado que mi *wawa* aprendiera el aimara, veía que todos le hablábamos en castellano, incluida mi mamá y mi abuelita. Bueno, eso era lo que veía pero lo que no sabía era que cuando yo no estaba, mi abuelita le hablaba en aimara. Malena estaba la mayor del tiempo conmigo, pero a veces la dejaba al cuidado de mi mamá y abuelita y ellas conversaban en aimara cuando estaban a solas. De esto me di cuenta cuando una de las primeras palabras o expresiones de Malena fue en aimara. Una tarde, Malena y yo estábamos solas, ella estaba sentada en su colchón y golpeaba con su mano el piso e iba repitiendo *ta, ta, ta*. Yo no entendía qué me estaba diciendo. Al día siguiente, observé que mi abuelita Rosa, le decía *ta ta ta* golpeando el piso también, Malena iba y se sentaba donde ella golpeaba. Le conté a mi mamá lo sucedido y ella me dijo que *ta* en aimara es una expresión de cariño para indicar a los niños que se sienten.

La siguiente palabra que Malena dijo fue *puerta*, en castellano y le salió con un grito. A partir de allí no paró de hablar y su vocabulario se incrementó rápidamente, pero todo en castellano. Cuando tenía 1 año y 8 meses decía su nombre, los nombres de sus tíos, abuelos, respondía a la pregunta ¿Cómo estás? Había cambiado su expresión de rechazo por el “no” y no me decía mamá sino “Benda”, porque en casa todos me llamaban por mi nombre.

Hasta ese momento, no había insistido en que mi mamá le hablara a Malena en aimara con mayor frecuencia. No tenía apuro ni mucha preocupación, como mi mamá, papá y abuela hablaban aimara, tenía la confianza de que Malena aprendería más tarde porque la lengua estaba ahí, en la casa. Hasta ese momento, yo sabía contar, saludar y decir algunas palabras en aimara, pero era mínimo para lo que significa hablar una lengua. Así que a Malena solo me dirigía en castellano.

En agosto de 2013 fui aceptada para cursar la maestría en Educación Intercultural Bilingüe en la Universidad Mayor de San Simón y como requisito una debía saber una lengua indígena. Intenté aprender el aimara de la forma que aprendí el inglés. Lo primero que hice fue buscar material impreso, pero se me hacía complicado comprender la gramática. Después busqué un instituto y no encontré uno que enseñara esa lengua, todos daban clases de quechua. Buscaba un profesor (a) que me enseñara, que me explicara la gramática; mi mamá no podía hacerlo, la puse en conflicto porque no sabía cómo explicar mis dudas. Ella se lamentaba de no haberme enseñado cuando era niña y culpaba a mi papá porque él le había prohibido hablarnos en aimara. Mi papá se defendía diciendo que lo había hecho por nuestro bien, porque antes era impensable que se valorara la lengua aimara como ahora y no quería que nos maltraten o nos llamen indios por hablar la lengua. Y ese maltrato del cual mis papás cuentan, no eran tanto de la gente de la ciudad, sino de los mismos quechuas quienes al escucharlos hablar en aimara les decían con desprecio “estos *larris*, a qué han venido a nuestra tierra”.

Mis papás nacieron en una comunidad de Oruro que se llama Santiago de Huayllamarca, ellos son bilingües en aimara y castellano. Su primera lengua fue el aimara y con la asistencia a la escuela en su comunidad aprendieron el castellano. Ambos migraron jóvenes a la ciudad. Mi mamá a los 14 años se fue a la ciudad de Oruro y después se vino con mi papá a Cochabamba. Ella tenía 18 y él 20. Mis hermanos y yo nacimos en esta ciudad, todos y todas tenemos como primera lengua el castellano y algunos tenemos como segunda una extranjera y otros el quechua, pero ninguno hablaba el aimara. Digo hablaba por que ahora yo estoy en un proceso de aprendizaje.

“El bilingüismo suma, no resta”

En noviembre del año 2013, asistí a un evento de Revitalización lingüística organizado por la Fundación PROEIB Andes, escuché la experiencia de dos mamás: Rosario Saavedra y Marcia Mandepora, ambas ex maestras de la Maestría en EIB y a Inge Sichra, docente de la misma maestría. Las mamás relataron por qué decidieron que sus hijos adquirieran una lengua indígena como primera en contextos urbanos, cómo fue ese proceso y los obstáculos y logros. Asimismo, Inge resaltaba los beneficios en el desarrollo social y del lenguaje en los niños bilingües.

En esa charla también se reflexionó sobre cómo existen materiales de fácil acceso e institutos para enseñar una lengua extranjera como el inglés y cómo esta lengua tiene más presencia que una lengua indígena en los medios de comunicación. También me hizo notar cómo la sociedad aplaude, aprueba y alienta que una persona aprenda una lengua extranjera, pero no hay la misma aceptación y estímulo si es una lengua indígena. Muchas escuelas y colegios privados para hacer más atractiva su oferta educativa dicen que se enseñará inglés o que su enseñanza será bilingüe castellano e inglés.

Después de ese seminario, me fui muy emocionada y más convencida de que Malena sea bilingüe. Tenía otro argumento más: la importancia del bilingüismo en el desarrollo del lenguaje en los niños. Yo tenía una idea equivocada respecto al bilingüismo, creía que era mejor que aprendieran cuando estuvieran en la adolescencia porque de niños les podía crear problemas en consolidar ambas lenguas o que de pronto no hablara bien ninguna de ellas. Pero la experiencia de una de las mamás mostraba lo contrario, al hijo de una de ellas le iba muy bien en la escuela, no tenía problemas en cambiar de código dependiendo del contexto en el que se encontraba.

Conversé con mi mamá y le manifesté mi deseo de que Malena aprendiera aimara y que dependía de ella el que Malena aprendiera. Mi mamá aceptó pero no escuchaba que le hablaba a mi niña en aimara. Como yo tenía la exigencia de aprender el aimara por la Maestría y quería que Malena también aprendiera, decidí empezar a hablar a Malena con lo poco que sabía. Recuerdo que aprendí las partes de la cara y del cuerpo en aimara y frente al espejo le indicaba a Malena. Yo vivo en el tercer piso, así cada vez que bajábamos y subíamos, yo contaba las gradas en aimara, llegaba hasta el número *kimsa tunka kimsa-qalquni* ‘treinta y ocho’ y Malena iba repitiendo. Pero cuando quería hacer frases más complejas, me frustraba porque no podía.

Otra de las cosas que había pensado después de asistir al taller de Revitalización lingüística fue hacer mi tesis con respecto a cómo Malena se podía hacer bilingüe en castellano y aimara, por eso me empecé a aprender más el aimara. Le dije a mi mamá que mi tema de tesis no prosperaría si ella no me ayudaba, ella se sintió más obligada a hablar en aimara. También hablé con mi papá y le dije que necesitaba su ayuda. Que ahora era el momento para darle a Malena algo que yo necesitaba y que no quería que mi niña pase por lo que yo

estaba pasando por no saber hablar la lengua. Le dije que si ellos no lo hacían ¿Quién más lo haría? Yo apenas estaba aprendiendo. Además les dije que si no lo hacían, la lengua se iría con ellos, como se fue con mi abuelita (mamá de mi papá) y que nadie más nos podría heredar la lengua. Mis papás me contaron con resignación que no creían que mis hermanos o hermanas tengan interés en aprender el aimara y menos sus hijos pero que me ayudarían hablándole a Malena.

Después hablé con mi abuelita y lo primera que dijo fue “Por qué le voy a hablar en aimara, si tus papás a vos no te han enseñado”. Fue dura mi abuelita pero aunque me dijo eso, ella le hablaba a Malena en aimara.

La mama Rosa está celosa

Mi abuelita Rosa Apaza (mamá de mi mamá) se vino a vivir con nosotros cuando tenía 77 años, ella llegó monolingüe en aimara. Acá, en Cochabamba aprendió el castellano, aunque su castellano es con interferencia del aimara. Cuando está muy enojada, nos riñe en aimara y generalmente también a los perros. Cuando nació Malena, mi abuelita tenía 88 años, ella se puso celosa, no quería que la pusiera en su cama o que le cambiara el pañal frente a ella. Malena había alterado la relación entre mi abuelita y mi mamá. En la casa cambió la rutina, antes que Malena naciera, mi mamá y mi abuelita después del almuerzo se sentaban, *pijcheaban*³ y charlaban. Con la llegada de Malena, después del almuerzo, mi mamá la bañaba y la cargaba en *aguayo*⁴ para que se durmiera y ya no se sentaba a conversar con mi abuelita.

Poco a poco mi abuelita Rosa empezó a tenerle cariño a Malena, sin embargo, el periodo en el que más nos unimos fue cuando mis papás viajaron al exterior por tres meses. Malena tenía 5 meses cuando ellos viajaron. En ese periodo conocí más a mi abuelita, ella casi nunca estaba quieta, a pesar de la edad que tiene, ella es muy autónoma con sus cosas. Me exigía el mismo ritmo en mis actividades, lo cual a veces me molestaba porque no me dejaba descansar un

3 Viene de *pijchea*. El *pijcheo* es el acto de introducir hojas de coca en la boca, no se mastica, se las acomoda en la mejilla. Con la saliva va remojando y el jugo va saliendo de a poco. Se *pijchea* para aliviar el cansancio o sueño.

4 *Aguayo*: tejido de forma cuadrada, se usa para cargar a los niños o también para cargar diferente objetos en la espalda.

ratito. Como me ayudaba en el cuidado con Malena, no podía mostrar mi molestia, así que terminaba haciendo lo que me exigía.

Abuelita maestra

Mi abuelita se sentaba al lado de Malena durante las mañanas, le mostraba sus juguetes, le movía la mecedora para que no llorara y le hacía dormir. Hasta de dormida la seguía cuidando, espantaba a las moscas o zancudos y cuando veía que quería despertar sin dormir lo suficiente, le soplabla despacito y Malena volvía a dormir. Recuerdo también que le cantaba diciendo:

Malenita qhunqbu
Kullakita qhunqbu
Panqarita qhunqbu
Amiguita qhunqbu

Malenita qhunqbu
Hermanita qhunqbu
Florcita qhunqbu
Amiguita qhunqbu

Qhunqbu es otra expresión de cariño en aimara. Cuando mis papás retornaron de su viaje, Malena se estaba preparando para gastear, se balanceaba hacia a atrás y adelante sostenida en sus brazos extendidos y sus piernas con las rodillas en la cama. Cuando hacía ese movimiento, mi abuelita le acompañaba diciendo *qhuna, qhuna, qhuna*, y mi mamá decía *está qhunando*. Mi mamá me explicó que el movimiento que hacía Malena era similar al que uno hacía cuando hace *pitu*.⁵ Este se hace en una piedra grande que se llama *qhuna qhala* y se muele con una piedra pequeña que se llama *qhuna qallu*.

No conocía este molino de piedra, mi mamá me dijo que había uno en la casa de mi abuelito en Huayllamarca, Oruro y que nadie le daba uso, porque nadie vive allá permanentemente. Así que insistí a mis papás para que lo trajeran porque quería aprender a hacer *pitu* y *mukbuna*. Este último es un plato que sólo lo probé una vez en noviembre de 2011, se hace con harina de quinua y una salsa picante. Aquella vez, mi tía Bernardina (hermana de mi papá) llegó de Oruro y preparó esto. Lo hizo porque en mi casa se armó una mesa de Todos Santos para recordar el primer año de fallecimiento de mi abuelita Rosa Choque (mamá de papá). Ella vivió los últimos años de su vida con nosotros en Cochabamba; cuando llegó también era monolingüe

5 El *pitu* es la harina que se hace de un cereal que puede ser de quinua, cebada o amaranto.

en aimara, recuerdo que no nos podíamos comunicar porque yo solo hablaba castellano. Ella, a diferencia de mi otra abuelita, no aprendió el castellano y ahora que estoy aprendiendo aimara, recuerdo algunas frases que me decía. No hace mucho llegó a mi casa este molino de piedra, les presento una foto que tomé en julio de 2014. En esa imagen se ve a mi mamá haciendo *pitu* y Malena observando el proceso.



Malena a sus 2 años y 5 meses junto a su abuela y la piedra *qhuna qhala*.

Hoy, mi abuelita Rosa Apaza le tiene mucho cariño a Malena, es con la única de sus bisnietas que tiene paciencia. Ellas juegan bastante, en el cuarto de ella están parte de los juguetes de Malena, ella a su vez se apropió de algunos de los objetos de mi abuelita. Mi abuelita le enseñó a rebuznar como el burro. Malena tiene un burro de plástico y en él le cargan los juguetes, usan la *tarilla*⁶ de mi abuelita como *aguayo*, o usan

6 *Tarilla*, tejido cuadrado y pequeño donde se guarda la hoja de coca.

la *tarilla* para que Malena cargue en su espalda sus peluches, también tiene una muñeca de pollera y mi abuelita la hace bailar.



Malena y su bisabuelita Rosa.

Cuando Malena tenía casi dos años, empecé la Maestría en EIB, en la Universidad Mayor de San Simón y durante dos años, el tiempo que duró la maestría, dejé a Malena bajo el cuidado de mi mamá y mi abuelita Rosa. Mi mamá y mi abuelita retomaron la costumbre de *pijchear* después del almuerzo, pues Malena ya está grande y las acompaña. Una vez, cuando estaba con Malena en el patio, ella levantó del piso una hoja seca de pacay y empezó a mover la hoja diciendo *paa, tapa cóndor tapa*; estaba imitando la frase de *ch'alla* en aimara que mi abuelita repite antes de *pijchear* y el movimiento que hace con la hoja de coca.

En casa también vive con nosotros mi abuelito José, papá de mi papá, esposo de mi abuelita que falleció. El año 2014 cumplió 91 años, es no vidente y apenas escucha. Por esa situación, Malena casi no interactúa verbalmente con él pero es muy atenta a él, agarra de sus manos los objetos que él usa, como ser, un vaso o plato después de tomar o comer algo y camina junto con él agarrada de su mano alrededor del patio. Mi abuelito es bien afectuoso con ella, apenas la siente la agarra a besos y abrazos. Antes Malena no se dejaba pero ahora ya no se escapa, se deja dar cariño. Cuando la abraza, le dice palabras bonitas como ser *musq'a jisk'alalita* 'pequeña dulce'. Malena se cuida de mi abuelito porque en dos ocasiones la golpeó con su bastón, sabe que él no ve, porque appena le decimos "el abuelito viene" cuando ella está jugando, ella se retira y espera que pase mi abuelito o cuando mi abuelito se dirige al baño, Malena corre al baño para observar si está ocupado, cuando está alguien en el baño, ella le dice que espere

“Malena pronuncia mejor que vos”

Lograr que mis papás conversen un poco más en aimara en presencia de Malena, de mí y de mis hermanos no fue sencillo, ellos estaban acostumbrados al castellano, sobre todo mi papá, a quien casi no lo escuchaba conversar en aimara. Hoy, él conversa más en aimara y para mí aún es extraño escucharlo, me doy cuenta que yo también estoy acostumbrada a que me hable en castellano.

Una manera de recordar a mis papás que hablen en aimara a Malena fue que ella misma les diga *aymarat parlasĩñani* 'hablemos en aimara'. Yo le enseñe a ella a decir esa frase a mis papás y a mi abuelita Rosa. Al principio, cuando nos estábamos acercando a mis papás, yo le decía a Malena en el oído que repita *aymarat parlasĩñani* y ella lo hacía, mis papás se alegraban y cambiaban inmediatamente del castellano al aimara.

Ellos se divierten conmigo, si bien amplié mi vocabulario y entiendo algunas frases en aimara cuando ellos conversan, me parece que hablan muy rápido y les pido que repitan lo que dicen pero lentamente, ellos lo hacen y yo vuelvo a repetir. Como Malena está casi siempre entre nosotros, ella también repite, a la primera repetición tiene la aprobación de mis papás pero yo no, a mí me hacen repetir varias veces hasta que logre pronunciar como se debe. Por

eso, mis papás me dijeron una vez que Malena aprendería a hablar más rápido en aimara que yo.

Entendí que es un proceso largo el que Malena adquiriera la lengua, por eso no quise enviarla a una guardería porque perdería el contacto con mi mamá y abuelita y con la lengua. Hubo momentos en que me preocupe porque no escuchaba a Malena usar palabras en aimara y le manifestaba a mi mamá esa preocupación. Ella sabiamente me decía: “No te preocupes, ella ya entiende y ya va a empezar a hablar”. Ella si podía evaluar a Malena en su avance, yo me estaba adelantando, ahora que escribo este artículo me doy cuenta que hubo un gran avance en la adquisición del aimara en Malena porque ella entiende muchas frases y está empezando a usar palabras en aimara en la estructura del castellano y a decir frases cortas.

Esto me alegra y también me sorprende porque en algunos casos son palabras que yo no uso pero que es parte del vocabulario de mi abuelita o de mis papás. Las primeras palabras que ella usó en la estructura del castellano fueron: *chbaqbatau*, *wishkhu*, *jinchu*, *t'ikba*, *phaxsi* y *qulqi*. Relataré en que situación las dijo:

- Por las tardes con Malena solemos ir a tomar helados a la tienda cerca de mi casa, en una de esas, al abrir la puerta, mi perro salió y se fue corriendo, pregunté a Malena por el perro y ella me respondió *chbaqbatau*, que significa no está o está perdido.
- Una mañana, después de vestirla busqué sus zapatos, ella me preguntó “¿Me vas a poner mi *wishkhu*?”. Yo sabía el significado de *wishkhu* pero no recordaba haber usado antes esa palabra. Después me acordé que mi abuelita sí usa esa palabra, porque usa abarcas. Cuando estaba en el propedéutico virtual previo al inicio de la Maestría en EIB, se nos pidió hacer una observación, yo observe a mi mamá y abuelita. Revisé el registro de esa observación que data del 22 de noviembre de 2013, esa vez Malena tenía 1 año y 8 meses; aquella vez, Malena agarró una abarca de mi abuelita y ella le dijo *wishkhu* señalando la abarca, Malena repitió diciendo “*wito*” y mi abuelita volvió a decir *wishkhu*. Malena a esa edad no podía pronunciar la [k] ni la [s,] pero ella ya había escuchado esa palabra.
- Una tarde fuimos al parque que está cerca de mi casa, allí solo habían una niña y un niño mayor a la niña, parecían ser

hermanos porque el niño cargaba a la niña. Después de estar un momento, retornamos a casa; cuando estábamos a una cuadra del parque, escuchamos llorar al niño gritando “Mi oreja, mi oreja” y yo le dije a Malena “Ese niño se ha debido lastimar su oreja” y Malena me respondió con una pregunta “¿Su *jinchu* se ha golpeado el niño?”.

- Una noche, ella estaba jugando con flores de papel y rompió una de ellas, ella se lamentaba llorando diciendo “Mi *t’ikha* se ha roto, mami, mi flor está rota”.
- Cuando trabajo en la computadora ella arrastra una silla y se para en ella, observa lo que hago o me pide ver el video de la Abuela grillo, que es un corto animado de 12 minutos, que hace alusión a la Guerra del Agua en Cochabamba (2000), o el video animado de Duerme negrito de Mercedes Sosa. En dos ocasiones, señalando una tecla me dijo “mamá, pasi”, miré la tecla y en ella había la figura de una luna menguante, entonces comprendí que ella me estaba diciendo *phaxsi*.

Por mi lado, yo aprendí frases que uso en la cotidianeidad en la convivencia con mi hija. Sobre todo, saludos, despedidas, frases imperativas y preguntas, Malena entiende y hace las cosas que le pido en aimara, las más comunes son:

Kunamaistasa?	¿Cómo estás?
Walikiwa	Estoy bien
Qharür kama	Hasta mañana
Kuns lurtha?	¿Qué estás haciendo?
Sarañani; pataru sarañani	Vámonos, vámonos hacia arriba
Sartasiñani	Nos levantaremos
Mäsiñani	Comeremos
Thuqhtasiñani	Bailaremos
Akaru qunt’asma	Sentate aquí
Ampar ayanma	Dame tu mano
Jutma	Ven
Saitma	Párate
Apanma	Dame
Janiw ukham luranthati	No hagas eso
Kunas akaxa	¿Qué es esto?

Por otro lado, entre las frases y preguntas que mi mamá señala que Malena entiende son:

Punku sitxiatma	Cierra la puerta
Punku sit'akma	Abre la puerta!
Aka t'ant'a mamar churma	Este pan dale a la mama! (u otro objeto)
Mall jampat'ita	Dame un besito
(expresión con cariño)	
Maysallaru jampat'ita	Dame un besito a este otro ladito
(expresión con cariño)	
Qhumantita	Abrázame
(expresión con cariño)	
Jan jachanti	No llores
Akax khitinkisa?	¿De quién es esto?
Mam kamsatasa?	¿Cómo se llama tú mamá?
Papitma kamsatasa?	¿Cómo se llama tú papá?
Mäsma	Comé
Umasma	Toma (líquidos)
Ima	Guarda
Aka atañanaka ima	Guarda estos juguetes
Churita	Dame
Wajtita	Invítame

La mañana del 17 de octubre de 2014 yo estaba durmiendo y entre sueños escuchaba la voz de mi hija que me decía “Mamá sartasiñani, sartasiñani”, desperté y era Malena que ya había despertado y me decía en aimara que nos levantemos de la cama. Me alegro mucho que ella que esté usando una frase. También el 4 de noviembre del mismo ella le dijo a mi tía, “Tía Bitita qunt'asma” golpeando la silla y después volvió repetir “akaru qunt'asma, tía Bitita”.

Malena, la música, el baile y la pollera

A Malena le gusta mucho la tarqueada y la morenada. La tarqueada, porque en mi casa se reúnen y ensayan los residentes de la comunidad Huayllamarca para participar en carnavales u otros eventos; y la morenada, porque mis papás y hermanos escuchan y bailan para dos festividades en especial, una la Fiesta de Santiago, santo de la comunidad

de Huayllamarca, lugar donde nacieron mis papás, que se celebra cada 25 de Julio, y San Juan Bautista, santo de la Parroquia que lleva el mismo nombre y que está ubicado en la Av. Suecia, Cercado, se celebra cada 24 de junio.

Generalmente Malena duerme después de las 2:00 pm; cuando no puede dormir, mi papá le da su celular para que vea videos de morrenada, apenas mira y escucha dos videos cae dormida, es como si fueran sus canciones de arrullo. Con respecto a la tarqueada, su gusto por ella es mayor, porque apenas escucha al bombo y las tarcas, se desespera por ir al lugar donde están tocando. Ella participa de los ensayos de tarqueada, mi abuelita le carga su *tarilla* como *aguayo* pequeño y Malena baila con mis hermanos o al lado de mi papá. Aprovechando ese gusto, hice una selección de tarqueadas, moseñadas e italaques con letra en aimara. Es una carpeta con 19 canciones, donde cantan Zulma Yugar, la Comunidad de Markasata, los Kjarkas, Luzmila Carpio y Awatiñas. A ella le encantan dos temas, uno de Awatiñas que titula *Mayata-Tunkaru*, en la introducción de esta canción un abuelito habla y después se escucha las voces de unos niños que cuentan del 1 al 10 en aimara. Malena, como sabe contar hasta el 10 en aimara, repite junto con los niños y después canta la canción que es como para aprender a contar en aimara del 1 al 10. La otra canción es *Kunatakiraki* de la Comunidad de Markasata, la letra es cortita, es una mezcla entre castellano y aimara, ella se la sabe de memoria, la escribo para que la conozcan:

Kunatakiraki, negra chuimamachurista negra

chuimamachurista (bis)

‘para qué me has dado tu corazón?’

Mayuru, payuru, munasiñataki (bis)

‘para querernos un día, dos días’

Ahora, si no quieres, ándate con otro y si no me quieres,

ándate con otro

Eso de quererte, negra, tiene una cosita, tiene una cosita

(bis)

Entra por los ojos y en el alma queda (bis)

Ahora si no quieres, ándate con otro y si no me quieres,

ándate con otro

Como también estoy aprendiendo aimara, tengo audios que los escucho cuando estoy en casa. Ella también los escucha porque cuando

estoy en casa, no quiere separarse de mí, así que juega alrededor mío. En una ocasión, me preguntó ¿Qué es *pilpintu*, mami? lo escucho en uno de los audios, *pilpintu* es mariposa en aimara. Fuimos al patio de mi casa y esperamos que llegue una mariposa para que ella pueda reconocerla. También como sabe las parte de su cuerpo, en un audio salió la palabra ñak'uta, ella se agarró el cabello y dijo ñak'uta.

A Malena le gusta la pollera, cuando mi mamá trae su pollera de baile, Malena le pide usarla, le ponemos y baila con gusto. Por eso mi mamá le costuró una y cuando se la pongo, busca el sombrero de mi mamá y me pide que le haga bailar. Una vez entré a mi cuarto, toda su ropa estaba en el piso, le pregunté por qué había hecho eso y me dijo que estaba buscando su pollera. No solo usa su pollerita para bailar, sino que también la usa como una vestimenta más cotidiana así como lo hace mi abuelita. Para Malena, esta prenda es una prenda más y no tiene aprendido el estigma como yo tuve.

Esto me hace reflexionar cómo aprendemos a avergonzarnos de la pollera, recuerdo que cuando tenía entre 4 a 5 años, yo asistía a un kinder que estaba ubicado a unas cuadras de mi casa. Era día del niño o día del estudiante y teníamos que ir con disfraces, yo no fui con ningún disfraz. Apenas entré al kinder, vi que todos están estaban disfrazados, yo corrí a mi casa y lloré, le dije a mi mamá que no iría al kínder sino me ponía pollera, mi mamá tuvo que improvisar una pollera, como ella es costurera, hizo una parecida. Me puso y volví a mi kinder. Pienso que a mí también me gustaba la pollera, ya que recuerdo que una de mis mejores amigas de barrio la usaban.

Me pregunto en qué momento aprendí a tener vergüenza de la pollera, no recuerdo detalles, pero sí un pensamiento que me alegraba que mi mamá no use pollera, yo sabía que ella había dejado de usarla a los 14 años cuando se fue a trabajar a la ciudad. Me gustaría que Malena cuando sea mayor vea la pollera como la ve ahora, sin estigmatizaciones raciales, y cuando tenga que usarla, lo haga con la naturalidad y alegría con la que lo hace ahora.

La fiesta de *Xinara*

En la comunidad de Huayllamarca, la fiesta de Todos Santos, se celebra el 2 de diciembre junto a otra festividad que se llama *Xinara*, que se celebra el 3, 4 y 5 de noviembre. El año 2014, el pasante de la

fiesta era un residente que vive en Cochabamba y que es integrante del grupo de la morenada donde mis papás también participan. Yo ya había escuchado de esta festividad pero nunca la presencié, así que había decidido conocerla y llevar a Malena también.



Malena y su abuelita en la festividad de *Xinara*.

Mi abuelita sabía de esta decisión y preparó a Malena para la fiesta; por un lado, le enseñó parte de la letra de una canción. La fiesta dura tres días, nosotras soló estuvimos el primer día, y participamos del *Luxu Luxu*. En esta fiesta, los participantes se cantan unos a otros una especie de coplas, las mujeres se visten con ropa similar a la de la tarqueda, se ponen en el cuello una rosca de pan, adornan sus sombreros y bailan agarradas de una vacas pequeñas de cerámica adornadas con flores de kantuta. Dentro de ellas se lleva chicha que

hacen tomar a los hombres. Los hombres tocan charango y tambor. Mientras vestía a Malena para el baile, se escuchaba la música a los lejos, ella ya conocía del ritmo porque mi abuelita se lo había cantado, así que empezó a cantar diciendo: *kusisa, kusisa, wirin wirin saña, putun putun saña*, eso le había enseñado mi abuelita.

Por otro lado, mi abuelita sabe que Malena tiene miedo a las máscaras de moreno, por lo tanto, le había explicado que en la fiesta habría hombres con máscaras, que no se asustará porque son personas las que se ponen. Sin embargo, en la fiesta, Malena no quería ver a las personas que usaban máscaras, se ocultaba. Al finalizar el día, ella me dijo “La mama Rosa me ha dicho que no me asuste de las máscaras, pero me he asustado”.

Por la tarde del día del Luxu Luxu, en la plaza principal de Huayllamarca se simboliza la siembra con *yuntas*: dos hombres vestidos de mujeres hacen la siembra junto a sus *yuntas* humanas también. Ellos simulan la siembra con tostado de maíz, lo que sucede después de esta siembra predice cómo será el año para la siembra real.

Con Malena nos sentamos a lado de una abuelita para observar esto, después de un momento, la abuelita se fue a sentar a un banco que estaba cerca. Cuando las personas con máscara se acercaron a nosotras, Malena corrió a la abuelita y le agarró de la mano. Una vez que se fueron las personas con máscara, ella regresó junto con la abuelita agarrada de la mano. Allí me ella me explicó que este año sería bueno, porque no hubo niños recogiendo el tostado, porque cuando sucede eso, significa que habrá granizada y eso perjudica mucho la siembra. Al despedirnos, la abuelita le regaló un dulce a Malena.

Un entorno más favorable

El hecho de que mi mamá hable a Malena en aimara ha generado un proceso de reflexión en torno a la lengua tanto en ella como en mi hermano menor Joel, así como un ambiente familiar más predisposto a hablar y aprender aimara. No solo yo le preguntaba a mi mamá cómo decir palabras o frases en aimara, sino también mi hermano pero acerca del quechua porque él estaba haciendo un curso de esta lengua el año 2015 y porque mi mamá también habla quechua. En las conversaciones, ella no solo le decía a Joel cómo decir algo en quechua, sino también comparaba con el aimara.

En una ocasión, mi mamá llegó de la cancha y me dijo: “Ya ordené cómo se dice yo, tú, ella en aimara” y me explicó con la conjugación de un verbo. En otra ocasión, mi hermano le preguntó: “¿Cómo digo *para* en aimara?” y mi mamá le dijo: “Si dices Ramonataki, estás diciendo *para* el Ramón”, así se llama mi perro, y Joel respondió “Cuando la mamá Rosa decía *Ramonataki*, pensé que decía así porque hablaba mal el castellano, pero en realidad estaba hablando en aimara”.

En mi hermano encontré un aliado porque, por un lado, cuestiona a mi mamá respecto al aimara y no solo soy yo, y por otro, él ha estado permanentemente en procesos de aprender otras lenguas y juntos reflexionamos acerca de ellas respecto al tipo y estructura.

Actividades que pienso hacer

Me gustaría que Malena interactúe con otros niños y niñas en aimara, pero en este contexto en el que vivimos, es difícil encontrar uno, todos sus primos y primas sólo hablan castellano. Pero como Malena creció con mi abuelita Rosa, ella tiene un apego especial por las abuelitas. Mi abuelita tiene una comadre y antes ella venía a mi casa y conversaban horas con mi abuelita; ahora ella ya no viene porque está delicada, le duelen las rodillas y no puede caminar mucho tiempo. He pensado en visitarla junto a Malena y conversar con ella. También había pensado en viajar de tiempo en tiempo a la comunidad de mis papás con Malena, pues allí tengo sobrinos bilingües que hablan aimara y castellano quienes podrían conversar con ella.

A Malena le gustan videos donde interactúan niños o animales, me gustaría realizar videos cortos animados de cuentos que mi mamá me relataba cuando era niña, donde los personajes eran en general el *atuj* Antonio, el *jukumari* y la *pisaqa*. También me gustaría rescatar la forma en que mi abuelita relata los cuentos, ya que produce sonidos para explicar situaciones. He pensado que las voces de los personajes pueden ser de mi abuelita, papás y tíos y tías.

Por otro lado, pienso aumentar oraciones más complejas a mi lista de frases que uso en la cotidianeidad, ya que éstas me ayudaron mucho para conversar con Malena como también para mejorar mi comprensión y habla en aimara.

SEGUNDA PARTE



Forjando identidades

III

CON LA LENGUA, LA CULTURA

Nuestra lengua vive y vivirá si la hablamos siempre

Marcia Mandepora

Guaraní, Comunidad de Ivemirapinta, Santa Cruz, Bolivia

Introducción

Nuestras lenguas indígenas en estos últimos tiempos han logrado importante status jurídico que va desde una resoluciones ministeriales, luego el Decreto Supremo del año 2000 que oficializa las lenguas indígenas de Bolivia, de ahí adquieren el rango Constitucional, para luego ser plasmadas en la Ley General de Derechos y Políticas Lingüísticas No. 269 de 2 de agosto de 2012. Además de instrumentos institucionales que reglamenta el funcionamiento del Instituto Plurinacional de Estudios de Lenguas y Culturas estipulada en el Decreto Supremo No. 1313 de 2 de agosto de 2014.

En este aun breve recorrido que tengo sobre la importancia de nuestras lenguas, pude aprender que la vigencia de las mismas no depende de cuantas normas existan, cuantas instituciones existan. Depende, sin lugar a dudas, de la firme y soberana decisión que asume la misma familia al interior de nuestras comunidades y los pueblos. Cuando se trata de una decisión de la familia, cada quien asume su rol en cada espacio de la vida cotidiana, empezando del trabajo de

las y los abuelos, los tíos y las tías, los primos y las primas y toda la comunidad en su conjunto, inspirada por la historia colectiva del pueblo guaraní y su proyecto de vida.

En estas pocas páginas, procuro resumir una experiencia de vida que tuve junto con mi primogénito hijo Gabriel Tomi Añemoti Miranda, en una ciudad intermedia del chaco boliviano, Camiri. Esta ciudad que en otros tiempos fue la capital petrolera de Bolivia dejó profundos rastros de exclusión y racismo, fiel a los usos y costumbres de un modo de vida que vivían los privilegiados y usufructeros del oro negro. Tal caracterización fue confirmada por sus propias autoridades: en una ocasión (año 1999), el Subprefecto de la Provincia Cordillera se expresó de la siguiente manera: “Hace 10 años era muy difícil encontrar por las calles personas que hablen la lengua guaraní”. Añadiendo “de aquí en 10 años será muy difícil encontrar por las calles de Camiri personas que no hablen la lengua guaraní”. Evidentemente, dicha proyección política es plausible, pero que solamente se concreta cuando se toma una decisión de hablar, hablar y hablar la lengua indígena. Solo esa decisión tiene fuerza y es capaz de superar todas las fuerzas como la tecnología, los medios de comunicación masiva y las prácticas de la vida urbana, que por sus condiciones cosmopolitas son letales cuando nuestras lenguas indígenas son débiles.

Esta breve experiencia me demuestra que con una estrategia de orden holística, las generaciones del futuro pueden vivir en contexto urbano sin perder su lengua, su familia y su comunidad. Pero, para lograrlo, se requiere sembrar la semilla desde muy temprana edad, de lo contrario, también tendremos lamentaciones solo por no tomar las decisiones oportunas que definen el rumbo cultural de nuestros hijos e hijas, nietos y nietas.

Un poco de mi recorrido

Nací en la comunidad guaraní de Ivamirapinta, Capitanía Gran Kaipependi-Karovaicho, territorio de la nación guarani, Provincia Cordillera, Departamento Santa Cruz. Mi lengua materna es el guaraní, en mi familia la comunicación siempre fue solamente en guaraní, recién al ingreso a la escuela aprendí el castellano porque la enseñanza solo era en castellano, normal en esos tiempos.

Desde muy temprana edad, aproximadamente a los 11 años, salí de mi comunidad al pueblo urbano de Camiri, porque en mi comunidad solo existía hasta 4to básico, y ya había repetido dos años ese mismo grado. Mi padre y mi madre se preocuparon y querían que continuara mis estudios, entonces me llevaron a Camiri donde unos parientes para hacer el 5to básico, 1er y 2do intermedio lo realicé en la comunidad de Ipatimiri a 3 kilómetros de mi comunidad, desde el octavo hasta mi bachillerato en Camiri y mis estudios universitarios en la ciudad de Cochabamba.

Me siento afortunada de haber conocido y vivido parte de mi niñez con mis abuelas y abuelos, quienes influyeron de manera determinante en la formación de mi persona. Recuerdo que cada vez que llegaba a mi casa, me recibían con llanto y al partir, lo mismo, y me decían “aguiye neakatindí kia reta jovai, aguiye neakañi oregui, aguiye orerenotí” ‘nunca bajas la cabeza ante los demás, no te olvides de nosotros, no te avergüences de nosotros’. Con el tiempo fui reflexionando sobre estos mensajes y entendí que son palabras muy profundas y que me estaban encargando que resistiera como persona, como integrante de una cultura frente a las adversidades.

A pesar de haber salido a muy temprana edad de mi comunidad a Camiri, que para mí ya era una gran ciudad, nunca dejé de hablar mi lengua, aunque algunas de mis compañeras monolingües en castellano de manera despectiva me decían: “vos sos cuña”, y yo le decía “¡Sí, soy cuña!”, soy mujer, porque cuña significa mujer. La palabra “cuña” los castellano hablantes la utilizan como término despectivo para referirse a las mujeres guaraníes. Todo ello jamás me bajoneo. En mi desempeño como estudiante, tenía una gran ventaja frente a mis compañeras, era muy responsable, siempre tuve muy buenas calificaciones y algunas de mis profesoras me tomaban como ejemplo y les decía a mis compañeras ¡Cómo ella que ha venido de una comunidad es estudiosa y tiene buenas notas!. Poniéndome de ejemplo, me hacía sentir bien, pero con el tiempo me di cuenta que era otra forma de discriminación. De esta manera, algunas de mis compañeras se me acercaban para prestarse mi cuaderno.

Y cuando me encontraba con mis padres, abuelas, parientes o algunos conocidos de mi comunidad en algunas partes de Camiri, para mí era una gran alegría y era el momento en que disfrutaba hablando mi lengua, porque en esos tiempos era muy difícil encontrar

jóvenes, muchachas guaraníes que vivían en Camiri y hablaran abiertamente su lengua por temor a ser discriminados, por lo que algunos preferían ocultar su identidad y negarse como guaraní.

Otro momento importante para fortalecer y avanzar de la oralidad a la escritura y lectura de la lengua guaraní fue cuando estuve en el centro Arakuarenda. Aunque no reflexionaba sobre la importancia del uso del guaraní, descubrí que el guaraní se podía escribir y fue muy novedoso para mí, porque en mi mente tenía que el guaraní no se escribía. Fue como gran descubrimiento cuando aprendí con un sacerdote a leer y escribir con la gramática paraguaya, ya que aún no se contaba con el alfabeto guaraní boliviano. Esta experiencia me permitió ingresar al Teko Guaraní a trabajar como elaboradora y locutora de programas bilingües guaraní-castellano que se difundía por la radio Santa Cruz. Aquí fue donde me alfabetiqué en la gramática guaraní. Además, empecé a investigar palabras guaraní que ya no se usaban comúnmente. Mi fuente de investigación fueron mis propias abuelas, gracias a ellas enriquecí mi vocabulario, por eso me considero una de las mejores hablante y escritora de mi lengua guaraní, es decir que hago el esfuerzo para no mezclar con el castellano.

Cuando ingresé a la universidad, me sorprendí que existiera la materia de quechua. El primer día de clases, el docente nos pidió que nos presentáramos, indicando nuestra procedencia y el idioma que hablábamos. Todos mis compañeros dijeron que solamente sabían el castellano, cuando me tocó presentarme, me presenté como guaraní y mencioné que hablo, leo y escribo el guaraní. Sentía que todos me miraban, estaba un poco nerviosa. Pero luego me sentí tranquila porque mi profesor me felicitó y regañó a todos diciéndoles: “ustedes son gringos, europeos que no saben su idioma”. De esta manera, el profesor no me exigía dar examen oral, solamente me tomaba escrito, me decía: tú ya no necesitas, sabes tu idioma. Fue momento importante para mí porque mis compañeros me identificaban como guaraní, me decían la guaraní, y los mismos docentes me pedían que escribiera ensayos sobre el pueblo guaraní. Realizaba también proyección de documentales sobre el pueblo guaraní para mis compañeros y para los voluntarios extranjeros que llegaban a la universidad.

Con el tiempo, descubrí que también existían otros guaraníes en la misma carrera, pero nunca se identificaron como guaraníes,

argumentaban ellos que no se sentían seguros pero al final formamos un grupo de estudiantes que los denominamos “oreko guaraní” (nosotros somos guaraníes). Cada mes nos reuníamos para leer nuestra historia, nos distribuíamos bibliografías sobre el pueblo Guaraní.

El hecho de hacerme conocer como guaraní hablante y escribiente en un contexto distinto me permitió de alguna forma costear mis materiales de estudios, porque escribía cuentos, canciones infantiles y realizaba traducciones de cuentos para el Centro Simón I. Patiño de Cochabamba. Pero nunca se me pasó por la mente, nunca reflexioné sobre la importancia de escribir, hablar el guaraní, lo tomaba como una gran ventaja para mi beneficio personal, y tampoco en las clases reflexionamos sobre la importancia de las culturas indígenas y sus lenguas.

Lo más importante que hice es no desconectarme nunca de mi familia y mi comunidad, por eso construí mi casa en la comunidad donde nací, tengo mi chaquito para sembrar maíz y también tengo mis animalitos (chivas, chanchos, gallinas), y cuando se presenta la ocasión de aportar y apoyar a la comunidad, siempre lo hago. Probablemente, por esta situación me siento segura que tengo una gran aceptación y cariño de mi comunidad, la misma aceptación tiene mi hijo, el Añemoti, en cualquier casa lo reciben con mucho cariño y lo atienden como cualquier niño de la comunidad, además que habla el guaraní entonces no tiene dificultad para comunicarse con los niños de su edad y personas adultas.

PROEIB Andes, alianza importante para el fortalecimiento de la lengua guaraní

Fui muy afortunada que, ni bien concluí el pregrado, la Asamblea del Pueblo Guaraní me postuló para hacer maestría en PROEIB Andes en Educación Intercultural Bilingüe. La maestría con las lecturas de los textos de los módulos de lenguaje y de lengua indígena me permitió aproximarme y conocer la situación vulnerable, de desplazamiento y de pérdida en que se encontraban las lenguas indígenas. Para mí fue el momento crucial, considero no solo para mí sino también para mis compañeros, para darnos cuenta de que la lengua que hablábamos tenía el mismo valor como cualquier otro idioma

del mundo, y que tendríamos que realizar algunas acciones para no dejar que se sigan muriendo nuestras lenguas. Al menos para mí como hablante y escribiente de mi lengua guaraní fue determinante. Y fue cuando entendí el sentido de uno de los requisitos para el ingreso a la maestría, ser hablante de una lengua indígena.

El hecho de conocer y compartir con compañeros de otras culturas y lenguas me ayudó a descubrir que muchas lenguas indígenas estaban en la misma situación de desplazamiento. A partir de las reflexiones teóricas comencé a tener conciencia lingüística, entendí que la subsistencia de los idiomas indígenas dependerá de su uso en diferentes situaciones comunicativas, es decir, dependerá de la práctica que hacemos sus propios hablantes, sobre todo en nuestras familias, en la comunidad y finalmente dependerá de la capacidad que tengamos para transmitir nuestra lengua a nuestros hijos.

En el módulo de lengua indígena tuve como facilitadores a algunos dirigentes guaraní con mucha trayectoria, autores de varios artículos sobre la cultura, de diccionario en guaraní, defensores de la cultura y de la EIB, pero dirigentes que ya no vive en su comunidad sino en las poblaciones urbanas. Cuando les consultaba sobre el uso y la transmisión del guaraní a sus hijos, me respondían que sus hijos no hablan pero entienden. Lo contradictorio era que hablan en sus casas entre mayores pero para dirigirse a sus hijos lo hacen en castellano. La justificación que me daban era que sus hijos ya nacieron y se criaron en la ciudad donde no se habla guaraní y que estudiaban en los colegios monolingües castellanos. Entonces no encontraba coherencia alguna de sus respuestas con las reflexiones conjunta que hacíamos en torno a la importancia de uso oral y escrito de la lengua guaraní.

Con la misma situación me encontré cuando realizaba algunos trabajos de investigación en EIB en algunas comunidades guaraníes, escuelas y en la población urbana de Camiri, donde pude identificar a ex-dirigentes, dirigentes, profesionales guaraníes con formación en EIB que se consideran defensores de la cultura, de la lengua y de la EIB y además que algunos son docentes o mínimamente enseña el guaraní. Sin embargo, sus hijos no saben ni hablan el guaraní. Las excusas son las mismas, que no cuentan con las condiciones adecuadas para que sus hijos aprendan el guaraní. Además, que ellos no tienen tiempo para transmitirles la lengua y tienen

miedo que en el colegio sus hijos sufran algún tipo de discriminación. Entonces, mi pregunta es para qué y para quién se hace y defiende la EIB? Será que se defiende para que otros hijos aprendan? O solamente por el interés laboral?

Lo paradójico era llegar a algunas escuelas de las comunidades donde algunos profesores guaraníes no enseñan ni le hablan en guaraní a sus hijos, probablemente lo hacen para diferenciar a sus hijos de los demás niños de la comunidad y así demostrar a la comunidad que ellos son profesores. La pregunta permanente que me hacía era ¿Cómo revertir la situación ¿será imposible transmitir la lengua indígena en un contexto urbano monolingüe castellano?

Motivaciones para avanzar hacia la praxis

Motivaciones muy altas recibí cuando estuve de Directora General en el Instituto Pluriétnico del Oriente y Chaco, actualmente Escuela Superior de Formación de Maestros institución ubicada en Camiri, Territorio Guaraní, donde se forman para maestros bilingües. Aquí pude compartir con algunos estudiantes hijos de hablantes y escritores guaraníes que sufrían discriminación de sus propios compañeros por no saber hablar el guaraní, porque les decían: ¿cómo si sus padres son guaraní, dirigentes, escritores guaraní ustedes no van a saber guaraní? Por estos motivos, las veces que conversaba con ellos, culpaban mucho a sus padres por no haberle enseñado el guaraní, no solo tenían problema durante su formación, sino que cuando tenían que realizar sus prácticas o cuando ya les tocaban insertarse en el trabajo como profesor en las comunidades monolingües guaraníes, no eran muy bien aceptados o simplemente no los aceptaban.

Estas son las consecuencias a las que se enfrentan cuando una o un guaraní deja de hablar su idioma o cuando oculta su verdadera identidad: uno no es aceptada ni en la sociedad *karai* ni en la sociedad guaraní. Por una parte, en la sociedad *karai* lo tildan de *kunumi* o cuña desclazada, por otra parte, en su sociedad guaraní le dicen: *ese o esa ya dejó de ser de nosotros*, por lo tanto, ni importancia le dan cuando llega a su comunidad de origen, es decir no lo reciben como un miembro más de la comunidad. Así muchos guaraníes que viven en los barrios periféricos de Camiri no quieren identificarse como guaraní, viven ocultando su verdadera identidad guaraní.

A partir de las experiencias de los estudiantes y de las personas que viven ocultando su identidad por temor a ser rechazadas, es que me propuse y decidí que cuando tuviera un hijo le enseñaría el guaraní para que se desarrollara en dos mundos, el karai y el guaraní. Además siendo guaraní y con formación en EIB, debería ser coherente con mis reflexiones teóricas a través de las prácticas o acciones concretas.

Ahora es cuando debo comenzar

Dije ¡Ahora es cuando debo comenzar el trabajo, porque si dejo pasar el tiempo, mi hijo crecerá y nunca más aprenderá el guaraní como yo quiero que aprenda, probablemente entienda el guaraní, pero no hablará con confianza, con fluidez y con orgullo y pasará a formar parte de los niños que no hablan el guaraní!

Lo primero que decidí fue ponerle nombre guaraní, y fue cuando le dije a mi madre que me ayudara a buscar nombre guaraní para mi hijo. No me dio mucha importancia, solo me dijo: qué va a existir nombre bonito en guaraní, acaso hay nombre en guaraní? Lo que hay son apodos. Un día me visitó Elsa Aireyu, guaraní y profesora, le comenté y le pedí que me ayudara a escoger un nombre guaraní para mi hijo. Cuando definimos que se llamaría Añemoti, le comenté a mi madre y no estuvo muy contenta, se ríó le pareció gracioso el nombre. “¿Es su nombre verdadero o su apodo?” preguntó. “Lo registraré con este nombre”, le dije. Y fue cuando dijo: “Si le pones ese nombre, la gente se le va a reír, acaso no hay otro nombre?” Le expliqué el significado del nombre, ni aun así le convencí. Le comprendo a mi madre porque vivimos en una ciudad donde la discriminación hacia los guaraníes todavía es muy evidente.

Para mí era muy importante comenzar con el nombre, ya que puede identificar a algunos niños guaraníes que tienen nombre guaraní pero como apodo o sobrenombre, solo para el uso en la casa, por los familiares y los amigos, pero no están registrados formalmente con este nombre. Entonces quise romper con la idea de que los nombres guaraní solo sirven para apodo, así decidí registrarlo y sacarle su certificado de nacimiento con su nombre guaraní.

Sin embargo, no fue fácil registrarlo con el nombre guaraní. El padre de Añemoti es castellano hablante, también quería que

fuera su apodo, lo que quería fue ponerle su nombre, porque yo no sabía que en la cultura castellana el hijo o la hija tenían que llevar el nombre de sus padres. Entonces, su padre reclamaba que su hijo tenía que llevar su nombre, para mí lo más importante era que llevara un nombre que lo identificara con su cultura o tenga un nombre de persona importante o simbólico para la familia. Como ninguno cedimos, lo registramos con tres nombres: Gabriel Tomi Añemoti. Felizmente, Añemoti es el nombre con el que el que se identifica mi hijo y le gusta mucho, también sus amigos, su compañeros del colegio y la familia le llamamos Añemoti.

Al comienzo, la mayoría de las personas con quienes nos relacionábamos, principalmente de la ciudad de Camiri, pensaban que Añemoti era un apellido y apellido de su padre. Así, cuando lo llevábamos al pediatra, el médico le decía: “pase, señor Añemoti”. Así sucedió en varias ocasiones, no era común escuchar nombre guaraní, pero lo más importante era que siempre terminaban sorprendiéndose y mostrando actitud positiva con decir ¡ah es nombre, qué bonito nombre!

Para enseñarle guaraní a mi hijo, previamente tuve que consensuar con mi familia, principalmente con mi madre y mis hermanas que están siempre con nosotros. Les pedí que me ayudaran a hablarle solamente en guaraní al Añemoti, y que no intenten hablarle en castellano. De igual manera, a todos los parientes y amistades que nos visitaban les pedíamos que le hablaran en guaraní, aunque siempre hubo la tentación de hablarle en castellano por el solo hecho de vivir en la ciudad.

No fue fácil convencer a mi mamá, no estuvo muy de acuerdo con la propuesta, dijo: “Si ya nació aquí, donde solamente se habla castellano, quieres que hable guaraní? Y cuando vaya al colegio, a la calle, no va a saber castellano, la gente y sus compañeros se le van a burlar, eso quieres? Y hablará el castellano como yo, que apenas hablo!”

Reflexioné con mi madre y mis hermanas, les dije: “Eso es justamente lo que no quiero, quiero que el Añemoti aprenda y hable simultáneamente las dos lenguas, pero que aprenda bien, que no hable mal. Si nosotros que hablamos mal el castellano le hablamos, igual hablará mal el castellano. En cambio, el guaraní lo hablamos bien porque es nuestra lengua, también el Añemoti aprenderá y hablará

bien. Dejemos que el castellano lo aprenda con los que saben bien el castellano, de lo contrario, ninguna de las dos lenguas aprenderá y hablará bien”. Entonces les pedí que le hablen en una lengua que ellos manejan, hablan bien y esa lengua es el guaraní, y que de cualquier forma aprendería con facilidad el castellano porque vivimos en un lugar donde solamente se habla castellano, tendrá amigos, compañeros del colegio, en las calles, en la televisión y en la radio escuchará y aprenderá el castellano. Estos acuerdos tuvieron buenos resultados, ya que desde su nacimiento hasta la actualidad –el Añemoti ya cumplió 9 años– la comunicación con el Añemoti es solamente en guaraní.

Como mamá guaraní sentí una gran felicidad cuando el Añemoti pronunció sus primeras palabras pero en guaraní. “No le hablen en castellano, su mamá no quiere, se va a enojar” es la consigna que maneja mi mamá y mis hermanas para los visitantes guaraní que llegan a la casa y tienen la tentación de hablarle en castellano. De esta forma, también nos apoyan hablándole en guaraní. Así el Añemoti se da cuenta que no solamente nosotros hablamos el guaraní. Gracias a esta advertencia permanente de mi mamá y mis hermanas, hemos logrado nuestro objetivo.

Primeras experiencias de Añemoti en la escuela

Al comienzo, para el ingreso de Añemoti a la escuela, tuve muchas dificultades, porque no encontraba una escuela que ayudara o le motivara a seguir hablando el guaraní y le enseñara el castellano como segunda lengua. Lo que temía era que me lo castellanicen y que Añemoti dejara de hablar su lengua guaraní.

Tuve mucho miedo. Asumo que esta vez sí tuve mucho miedo que sus compañeros se burlaran de mi hijo porque era monolingüe guaraní, me acordé de lo que me dijo mi madre, pero tenía que seguir adelante. Algunos de mis amigos me sugerían que lo mande a una escuela del barrio donde existen niños guaraní para que no se sintiera solo. La otra opción era llevarlo a mi comunidad pero por mi trabajo no podía y además que desconfiaba en que pudiera aprender el castellano, porque según diagnóstico que realizamos, constatamos que los niños no estaban aprendiendo el castellano. Mi deseo siempre fue que mi hijo aprenda las dos lenguas de manera simultánea.

Finalmente, para tomar decisión, un compañero de trabajo me comentó que el Colegio privado Niño Jesús dirigido por religiosas era más abierto, y que algunos profesores que trabajan en este Colegio eran egresados del Instituto Normal Superior Pluriétnico del Oriente y Chaco (INSPOC). Esto me llamó la atención, me acerqué al colegio y conversé con la Directora sobre la situación de mi hijo, le comenté que él es hablante guaraní, que probablemente tenga dificultades para comunicarse con su profesora y sus compañeros, pero que le ayudara a aprender el castellano y lo motivara a seguir hablando el guaraní. La Directora comprendió mi preocupación y mi propuesta, así conversamos con la profesora, lamentablemente no era de las que egresó del INSPOC, pero mostró muy buena predisposición para apoyar a mi hijo Añemoti a integrarse, a relacionarse con sus compañeros, pero sobre todo a tenerle paciencia.

Mi mayor deseo era que se encuentre bien y contento, que le guste su escuela. Tuve mucho temor que mi hijo no se adapte o que fuese objeto de algún disgusto, pero comenzó a asistir a sus clases sin ningún problema. Cada día que volvía de su escuela le preguntaba si le gustaba su kinder, si sus compañeros eran buenos, si su profesora era buena. Al ver que se adaptó muy bien y sobre todo que le gustaba su escuela, me tranquilicé.

Sin embargo, por motivo del cambio del lugar de mi trabajo, también tuve que cambiarlo de escuela a medio año. Fue otra preocupación, porque ya estaba contenta por su buena adaptación. Pero haciendo una comparación entre la escuela urbana y rural, pensé que podría ser mejor y más fácil para que se adapte en esta nueva escuela, porque la mayoría de los niños son de origen guaraní.

Así lo llevé a Macharetí, una población pequeña donde predomina la presencia de ganaderos y sus hijos asisten a la misma escuela que el Añemoti. Para que el Añemoti no se sintiera solo y continuara hablando el guaraní, le pedí ayuda a mi hermana que vive en mi comunidad, que la llevara a su hija que es monolingüe guaraní a la misma escuela del Añemoti, tenía confianza que en esta escuela sería diferente y que podría encontrarse con otros niños que hablan guaraní y fortalecer su comunicación en guaraní. Así lo hicimos, sin embargo, grande fue mi sorpresa cuando un día llegó mi sobrinita a la casa llorando de manera inconsolable agarrada de la mano de Añemoti. Entre llanto me decía ella: “ya no quiero ir más a la escuela,

quiero ir donde mi mamá Tere (se refería a la abuela que vive en mi comunidad), quiero ir”, lloraba. Y cuando le pregunté por qué se quería ir, decía que sus compañeros mucho se le ríen cuando habla en guaraní. Añemoti me confirmó que cuando los dos hablan en guaraní, sus compañeros siempre se le ríen.

La verdad, me asusté mucho, inmediatamente fui a buscar a su profesora para hablar y explicarle la situación y pedirle que apoye a los dos niños. Así me informé que si bien existen niños guaraníes en la escuela, ellos no hablan ni quieren hablar el guaraní, probablemente por miedo a ser burlados por sus compañeros que son hijos de los ganaderos, para quienes los que hablan guaraní son hijos de peones. Tenía mucho temor que esta situación también le afectara a Añemoti, pero el apoyo que le dimos en la casa fue muy importante. Hicimos bastante trabajo de motivación con los dos niños, le hicimos notar que ellos sí hablan dos idiomas y sus compañeros solamente hablan un idioma, de ese modo lo tranquilizamos y logramos que concluyeran la escuela sin mayores dificultades.

Para la siguiente gestión, mi madre me exigió que a Añemoti lo volviera a inscribir en la escuela de Camiri y a mi sobrina en la escuela de la comunidad de Ivamirapinta. Así lo hicimos y hacemos hasta la actualidad, pues ya está cursando cuarto año primaria continua en la misma escuela. Cabe hacer notar que tenemos suerte que cada año le toca profesora egresada del INSPOC que conocen el enfoque de la educación intercultural bilingüe. En esta gestión, nos fue mucho mejor porque su profesora actual es guaraní y habla guaraní y con el Añemoti habla guaraní.

Recuerdo que al principio fui muy criticada por algunos compañeros y compañeras guaraní por inscribirlo a Añemoti en este colegio, porque precisamente en este colegio estudian los hijos de autoridades y dirigentes políticos de Camiri (hijos de Alcalde, de sub gobernador) y de personas acomodadas económicamente. Yo lo tomé como un gran desafío y me propuse demostrar que para el aprendizaje de la lengua guaraní y del fortalecimiento de la identidad cultural del Añemoti no influiría la escuela, claro que es doble esfuerzo que me toca hacer. Y, además, quería demostrar a la sociedad camireña donde aún predomina el racismo que un niño guaraní, si tiene la posibilidad económica, puede estudiar, no solamente en esta escuela, sino en cualquiera de las escuelas de Camiri, pero sin dejar de ser guaraní.



Añemoti saliendo de la escuela junto a su mamá.

Factores que ayudaron en su autoestima y aprendizaje del guaraní

Tengo que valorar el apoyo de las profesoras, porque las veces que conversé con ellas sobre la situación de mi hijo, siempre mostraron predisposición para apoyarle, y algunas me decían: gracias al Añemoti estoy aprendiendo algunas palabras de guaraní, quisiera hablar como él.

Una de las profesoras compartió conmigo la estrategia que utiliza para que el niño entrara en confianza con sus compañeros y que sus compañeros también se den cuenta de que él es guaraní y habla guaraní. Según la profesora, el primer día de clases lo hace pasar al frente y lo presenta a sus compañeros, comenzando por su nombre, que tiene un nombre en guaraní, que es guaraní, habla guaraní, también habla castellano y además aprenderá el inglés, entonces hablará tres idiomas y ustedes hablarán dos idiomas, entonces tendrán que aprender guaraní para igualar al Añemoti. De esta manera, sus compañeros tienen motivación para aprender el guaraní, les cuentan a sus padres sobre el Añemoti y les piden que quieren aprender el guaraní como él.

Cuando asisto a la reunión de los padres de familia, algunas mamás me preguntan: “dice que su hijito habla guaraní, ¿en qué instituto está?”. Y se sorprenden cuando les digo que está aprendiendo en la casa conmigo y con la familia. Entonces me piden que sus hijos puedan ir a mi casa a jugar con el Añemoti y que el Añemoti les enseñe guaraní.

¿Me tienes que comprar un cuaderno para la materia de guaraní!

Grande fue mi sorpresa cuando un día, Añemoti llegó de su escuela que ni bien bajó su mochila muy entusiasmado me dice: “me tienes que comprar un cuaderno para la materia de guaraní porque vamos a pasar clase de guaraní y mi profesora sabe guaraní, ¿le puedo decir tía no? Porque ella me dice que le puedo decir tía, ¡ah! dos nomás sabemos guaraní”. “¿Y quién más sabe?” le pregunté. “Mi profesora, con ella somos dos”, me contestó Añemoti. La verdad, me causó mucha risa, sentí tanta alegría, sobre todo tranquilidad al verlo a mi hijo muy motivado para seguir aprendiendo guaraní. Y él se da cuenta que se encuentra en ventaja frente a sus compañeros, porque siempre está comentado que sus compañeros se tardan mucho en copiar la tarea de la pizarra y que les cuesta hablar, y me dice: “yo le ayudo a copiar la tarea de la pizarra a mi amigo Mauricio”.

Revisando el cuaderno de guaraní, pude constatar que la profesora está dando prioridad a la escritura, es decir los ha confrontado con la escritura, con la traducción de palabras guaraní al castellano. Inclusive les da definición de alfabeto, nasalización, fonema, morfema, tanto así que el Añemoti escribe “morjema” en vez de morfema, “preficos” en vez de prefijos, “cultural” en vez de gutural, así tiene montón de errores, pero no me preocupa mucho, porque con el tiempo y con nuestro apoyo irá mejorando. Lo importante es que le guste escribir y leer. Aunque, a veces, me encuentro en conflicto con mi hijo cuando intento corregirlo, porque la profesora a veces se equivoca al nominar correctamente algunos objetos en guaraní o también se equivoca al escribir. Cuando intento corregirlo a mi hijo, no se deja, me dice que su profesora le ha enseñado así.

Tampoco le insisto mucho, tengo la confianza de que con el tiempo se irá dando cuenta que no se escribe de esa forma.

Mbarakiki tarea		
58 Párrafo	chupachau	79
Párrafo	ovapambopy	83
68 Párrafo	chupachau	83
50 Párrafo	Jur. Párrafo	84
72 Párrafo	Jur. Párrafo	84
59 Párrafo	chupachau	82
72 Párrafo	chupachau	82
Pandopapa suri: 88		

100 / 21/08/2014

Jesagua makoi	
Yokua	na ne nee yegua
(conoscamos sobre nuestra lengua)	
Acha netai = Alfabeto guaraní	
La lengua guaraní tiene 12 fonemas o sonidos vocálicos y 16 consonantes que se pronuncian por la boca (oral), la nariz (nasal) y garganta (gutural).	
Nee pitue reta: las vocales	
Nee pi-tai yuru rupigua: Vocales orales	
Entre las vocales orales tenemos -a -e -i -o -u	
Nee pitue -a pi-gua rupigua: Vocales nasales	
Entre las vocales nasales tenemos -ã -ẽ -ĩ -õ -ü	

La expresión de la escritura guaraní en la escuela.

El Añemoti está más familiarizado con la escritura y lectura, porque desde hace dos años, cuando estuvo en segundo de primaria, iniciamos con algo de lectura y escritura. De manera esporádica, le estuve promoviendo en la escritura y lectura, utilizando textos producido por el PEIB y la Reforma Educativa. Tal vez por eso no le cuesta la lectura, pero a veces le cuesta diferenciar entre las letras de guaraní y castellano, por ejemplo: “kaballo”, “kasa”, de igual manera escribe “burika”, “baeti” en vez de “mburika”, “mbaeti”. Sin embargo, en la oralidad tanto del guaraní y como el castellano le va muy bien, el guaraní cada vez lo habla fluido y el castellano sin interferencia, siempre estoy atenta o haciendo seguimiento a la forma de su habla.

También lleva la materia de inglés y le va muy bien, además que le gusta. Así, cuando salimos a la calle o viajamos, siempre está atento a los avisos o propaganda en inglés y me hace comprar folletos en inglés. Así me lo confirmó su profesora de inglés cuando asistí a una de las reuniones para conocer sus calificaciones, pero me dice de una manera no apropiada “su hijito está muy bien en inglés, no tiene problema, a pesar de que habla guaraní, no?”. Me contuve en responderle, disimuladamente le di mi agradecimiento por apoyarlo a mi hijo, pero sentí una satisfacción personal al saber que no me equivoqué, porque de alguna manera tenía algún temor de que no le fuera bien en la escuela, que tuviera problema de aprendizaje.

Revisando sus calificaciones bimestrales, pude constatar que sus calificaciones en general oscilan entre 72 a 100. Y en inglés tiene la nota más alta, así en el primer bimestre de esta gestión tiene 92, en el 2do y 3er bimestre tiene 100 sobre 100. Y le pregunto: “¿por qué en inglés tienes buenas notas?” Me responde: “es que no hacemos mucho?”. En la materia de computación, su nota oscila entre 94 y 98, en la materia de guaraní entre 96 y 100, en educación musical entre 82 y 100, en lenguaje entre 72 y 82, en matemáticas 78 y 80, en estudios sociales entre 69 y 75, manualidades técnica vocacional entre 91 y 96, educación física 94 y 96 y en conducta se mantiene en 90.

Al ver sus calificaciones, me da cierta tranquilidad y, sobre todo, porque le gusta ir a sus clases, hace sus tareas de manera independiente y responsablemente, porque yo casi siempre estoy fuera de la casa por mi trabajo. Lo importante ahora es que ya no me preocupo tanto si dejará de hablar el guaraní, porque él mismo se da cuenta por sus compañeros que quieren aprender el guaraní, además que es una asignatura de su colegio. Entonces lo toma como cualquier otra asignatura y cualquier otro idioma. Es así que, cuando salimos a la calle, o cuando vamos a una reunión con sus compañeros, él se comporta normal y habla normal el guaraní, y a veces se siente engreído porque se da cuenta que él habla más idiomas que sus compañeros, pero probablemente se sienta así, porque así lo motivamos para fortalecer su autoestima.

Así que ahora nos toca hacer el trabajo para que cambie de actitud y sea más solidario con sus compañeros, que les ayude a aprender guaraní, aunque él dice que solamente ayudará a su amigo Mauricio y su amiga Darinka. ¿Y por qué a los otros no? le pregunto. Me responde “no son mis amigos, cuando mi profesora me pide, sí ayudo a mis compañeros”. Probablemente tiene más apego a Mauricio porque también está con él en la escuela de raquet, y sus padres siempre lo están invitando a su casa para ir a jugar y hacer tareas con él.

¡Mira, ese chiquito habla guaraní!

Siempre que nos ven hablando a los dos, o si lo ven hablar guaraní al Añemoti, la mayoría de las personas se sorprenden y hacen comentarios positivos. Así, cuando vamos a mi comunidad le dicen: “mirá, ese chiquito estudia en Camiri, vive en Camiri y habla guaraní no?” En la

calle dicen: “¡qué bonito habla su hijo!”. Observo que principalmente la gente de la comunidad, es decir, los guaraníes, tienen la idea que por el hecho de que vivimos en la ciudad, o porque tengo una profesión o porque estoy en un cargo, a mi hijo debería hablarle en castellano. Entonces, cuando ven que el Añemoti habla guaraní, generalmente se sorprenden y hacen comentarios pero comentarios muy positivos en el sentido de valoración y dicen: “Bien, no? ¡Qué bueno, así deberían hacer todos!”. Estas son las expresiones que me motivan, porque siento que estoy aportando con algo para posicionar mi lengua guaraní en diferentes espacios y que se siga hablando sin mirar primero si existen o no las condiciones para hablar, usar y disfrutar nuestra lengua guaraní.

El uso del castellano como sinónimo de enfado o burla

A veces, se me ocurre hablar algunas palabras en castellano con el Añemoti, para ver cómo reacciona y le pido que haga algunas acciones. Por ejemplo, le digo “Cierra la puerta!” “Tráeme un vaso de agua!” “Apague la luz!”. Inmediatamente me pregunta por qué estoy enojada, y cuando le digo que no estoy enojada, me dice: “Entonces, por qué me estás hablando en castellano? Igual, cuando estábamos en Cochabamba, me hablabas en castellano”, me responde. Una vez le pedí que hiciera lo mismo, le pedí que cerrara la puerta, que abriera la puerta, que apagara la luz, me sorprendió tanto su reacción cuando, de repente, se para en frente mío y me dice: “Yo no soy tu mayordomo para que me pidas todo”. Me sorprendió su expresión, lo que hice fue preguntarle qué era ser mayordomo, y me respondió: “Es el que abre la puerta cuando alguien toca, es el que trae desayuno a la cama y hace todo”. Yo quería saber si entendía el significado de la palabra y dónde escuchó de mayordomo. “En la tele, el Peter es mayordomo”, me dijo. Sus tías me confirmaron que un actor de telenovela es Peter y hace el papel de mayordomo.

Como se ve, el uso de castellano lo relaciona con el enojo o enfado, de ese modo comencé a tener más cuidado para controlarme de no usar el castellano con él. Sin embargo, él utiliza el castellano y el inglés conmigo para hacer bromas. Así, cuando llego a la casa, me recibe de esta forma: “¡Bienvenida, señora directora! ¡Buenos días, su majestad!”. O cuando converso con él por teléfono, me dice: “Hola licenciada, hola rectora, ¿con quién quiere hablar? Sí, señora

licenciada” y también algunas veces me dice “Hello hello my mother, Oh my god”. Son sus palabras favoritas cuando está con ánimo de jugar o hacer bromas.

¡Tengo muchos tíos, tías y primos!

Un día Añemoti me pregunta: “¿Mi profesora de guaraní es mi tía, no? Ella me ha dicho que es mi tía, tengo muchos tíos, tías, primos también tengo, no?”. Y le pregunté: “¿Por qué son tus tíos, tus primos?” Y Añemoti me contestó: “Habla guaraní puej, porque vos me has dicho cuando salimos a la calle ‘siempre me dice salude a tu tío’, y cuando vamos a Iva, me dices que todos son mis primos”.

El contacto permanente con la comunidad y con los niños y las personas guaraní hablantes le está permitiendo entender que, en la cultura guaraní, la familia es amplia, no solamente se reduce a mamá, papá y hermanos. Para mí, verlo al Añemoti con esa actitud positiva y manifestarse con emoción y aceptar que todo hablante del guaraní son sus tíos y primos me llena de alegría y satisfacción porque considero que no solamente tiene que hablar el guaraní sino también tiene que entender y adoptar la forma de vida, los valores de la comunidad guaraní.

Ahora me insiste que quiere estudiar en la escuela de Ivamirapinta con sus primos y primas, y le pregunto: “¿Por qué quieres estudiar en Ivamirapinta?” “Es que allá desayunan y almuerzan en la escuela y hacen fiesta en la escuela y aquí en mi escuela no hay nada”, me responde. Lo interesante es que siempre está pensado en los demás, así cuando vienen sus primos a visitarle, a todos quiere que les compremos regalo. De igual forma, una vez tenía invitación de cumpleaños de su compañero de colegio, quería llevarlos a todos sus primos. Me costó hacerle entender que la invitación era solo para él, me decía ¡Cómo en Iva todos vamos al cumpleaños! Finalmente se enfadó y decidió no asistir. Hace poco volvió a recibir invitación y estuve pendiente qué actitud iba a tomar porque también se encontraba son sus primos. Lo más impresionante es que llamó a su compañero para decirle que no iba a poder asistir a su cumpleaños porque estaba ocupadito y que le iba llevar su regalo al colegio y prefirió quedarse a jugar con sus primos. Lo más importante es que ya se da cuenta que el comportamiento o el actuar en la comunidad es diferente al de la ciudad.

El apoyo decidido de mi madre y mis hermanas fue determinante para que el Añemoti fortalezca día a día el aprendizaje y el uso del guaraní, ya que ellas están más tiempo con él. Otra condición importante que ayudó es el contexto, mi comunidad, donde los primos (as) de su edad solamente hablan en guaraní, puesto que cada vez que hay posibilidad, principalmente en sus vacaciones, lo llevamos a la comunidad, y es ahí donde fortalece su aprendizaje.

¿Cómo se siente Añemoti?



Añemoti junto a su familia materna en Ivemirapinta.

Cada vez me siento más orgullosa de tener el gran privilegio de ser madre de Añemoti, al verlo con mucha seguridad y fluidez hablar el guaraní, sin ningún titubeo, en cualquier contexto o situación, cambia de código de comunicación con mucha facilidad ya sea del guaraní al castellano y viceversa. Al él no le interesa si alguien lo está observando, habla con mucha libertad, probablemente tiene que ver con la seguridad que nosotros le damos, principalmente yo como madre en todos los espacios me limito a hablarle el guaraní. Desde la observación que él me hizo, por qué a veces le hablo en castellano, comencé a tener más cuidado y hacerle seguimiento cada

actitud, comportamiento y habla para apoyarlo y corregirlo en el momento.

A fin de motivarlo a transmitir a otros la seguridad que él tiene sobre su identidad guaraní y se sienta que es guaraní en cualquier contexto, tuve que hacerle confeccionar una polera o camiseta con mensaje escrita en guaraní “Guaranieteko che” (soy guaraní auténtico). De la misma manera, para mí me hice confeccionar con estos mensajes “kuñaeteko che” ‘soy mujer auténtica’ a raíz de que un día llegó de su colegio y comenzó a preguntarme si era camireño, cruceño, boliviano, peruano. Entonces le tuve que explicar que él es guaraní porque habla guaraní, y me complicó mucho porque comenzó a decirme “¡Si yo hablo castellano y si hablo inglés, qué voy a ser, también nací aquí!”. Además que vio a uno de sus compañeros con una camiseta escrita con estos mensajes: ¡ni chapaco, ni cambia, ni colla, camireño carajo! Y para mi mala suerte, descubrió que también en la casa teníamos esta camiseta que en una ocasión me obsesquiaron. Así me tocó hacer trabajo de convencimiento para que su identidad cultural desde temprana edad se reafirmara. Claro que hubo un momento que me preocupé pensando que se iba a aferrar y adoptar otra identidad que no sea guaraní. Felizmente con las aclaraciones que le hice se quedó conforme, así que se considera primero guaraní y luego camireño. Bueno, el tiempo dirá si mantiene esta identidad, pero nosotros seguiremos trabajando para fortalecer su identidad cultural, y yo tendré la conciencia tranquila de que sí hice algo para que esto suceda, de lo contrario, me sentiría culpable.

Lo importante es hablar, hablar y hablar guaraní, el castellano de cualquier forma se aprende

La experiencia nos ha enseñado que para mantener nuestra lengua guaraní, lo más importante es hablar, hablar y hablar en todos los espacios a como dé lugar. Si dejas de hablar, el castellano se impone porque el castellano de cualquier forma se aprende al estar en todos los medios, en todas partes y en todas las personas.

Cuando salimos a la calle, al mercado, cuando vamos a los cumpleaños, cuando vamos de visita, cuando vamos a la reunión de la escuela, aunque haya la tentación de hablar en castellano, aunque a otros niños u otras personas nos dirigimos en castellano pero al

Añemoti solamente le hablamos en guaraní. Considero que esto nos ayudó mucho para el que el Añemoti comenzara a hacer las diferencias entre las personas de hablante castellano y hablante guaraní, y darse cuenta que no a todos tiene que dirigirse en la misma lengua. Así, cuando quiere hablar conmigo, con su abuela, sus tías y otros parientes cambian de código de comunicación, inmediatamente habla guaraní y a sus amigos, compañeros y otras personas que no habla el guaraní les habla en castellano.

La reflexión que hago es que la separación de lenguas funciona, es decir, no mezclar la lengua, decidir solamente por una lengua que se necesita que el niño aprenda, así no se confunde. En sus prácticas también comienza a separar la lengua, se da cuenta con quiénes debe hablar solamente en guaraní y con quién debe hablar en castellano. Probablemente si nosotros le hablábamos intercaladamente en algún momento, no iba a saber en qué lengua dirigirse a nosotros. Esta experiencia la he observado en algunos padres que mezclan el guaraní con el castellano, y cuando les hablan a sus hijos en guaraní, ellos les contestan en castellano. Cuando los niños saben o se dan cuenta que sus padres también hablan castellano, entonces no sienten la necesidad de hablar en guaraní. Aprendí de esta experiencia, no quería repetir la misma historia, mi objetivo es que el Añemoti hable, se comunique, converse de forma fluida en todos los espacios en guaraní y con mucha seguridad cuando se encuentra con personas guaraníes.

Por eso insisto, aunque a veces tengamos la tentación de hablarle en castellano es mejor no hacerlo porque si no, el niño puede confundirse, finalmente puede terminar hablándonos en castellano.

A modo de finalizar, quiero decir que nunca pensé disfrutar de los resultados positivos que estoy teniendo primero como guaraní y como madre que tomó la decisión de transmitir su lengua materna a su hijo, sin pensar en cómo o en las condiciones para hacerlo. Tal vez si primero hubiera pensado en las condiciones y medios para hacerlo, nunca lo hubiera hecho. Solo dependió de la decisión personal para hacerlo y comenzar a hablarle solamente en guaraní.

¿Transmisión naturalizada del quechua en la crianza de Valentina?

Roxana Villegas Paredes
Quechua, Norte de Potosí, Bolivia

Valentín Arispe Hinojosa
Quechua, Mizque, Bolivia

Introducción

Este artículo se comenzó a escribir con una cierta resistencia porque, para nosotros, poner la cultura y la lengua quechua en un plano escrito fue complejo. Escribir supone racionalizar la vivencia cotidiana de la cultura. Muchas veces, hay elementos importantes que se viven en la cultura que pasan desapercibidos. Pensamos que la crianza de Valentina, nuestra hija, era algo muy personal y privado, pero al final decidimos compartir esta experiencia que está matizada de dificultades y contradicciones.

En algún momento, pensamos que Valentina debería aprender la lengua quechua de forma natural; sin embargo, cuando nos dimos cuenta que estaba hablando más el castellano, nos preocupamos y nos dimos la tarea de hablarle más en quechua, para lo cual también involucramos a los aliados familiares.

El contenido del artículo comprende cinco aspectos: el primero tiene que ver con la decisión de transmitirle la lengua quechua a nuestra hija, el segundo aspecto contiene las formas en las que estamos enseñando a Valentina la lengua, en este aspecto se incluye a los familiares más próximos. El tercer aspecto tiene que ver con el para qué estamos transmitiendo la lengua quechua a Valentina, el cuarto da cuenta de las dificultades que tuvimos en esta experiencia; y finalmente, en el quinto aspecto, compartimos los desafíos.

Transmitimos el quechua a nuestra criatura por tradición familiar

La comunicación en el contexto familiar es en quechua

Antes de entrar a describir la experiencia, cabe aclarar que no somos lingüistas, tampoco activistas ni militantes de las lenguas indígenas. Para nosotros, quizá por el contexto y la forma de crianza que hemos tenido, la lengua quechua es la columna vertebral de nuestra cultura; hablar y transmitir la lengua a los hijos forma parte de una tradición cultural en la familia en la comunidad y fuera de ella. Por tradición, tenemos asumido el compromiso implícito de dar continuidad a la cultura quechua, por lo tanto seguimos transmitiéndola a nuestros hijos en la lengua.

También consideramos importante aclarar que las experiencias de crianza de Valentina y los papás son diferentes en cuanto a formas, espacios y contextos y, por supuesto, en cuanto a tiempos. La principal diferencia es que nosotros, mamá y papá, nos hemos criado en el campo viviendo la cultura quechua; mientras que Valentina se está criando en la ciudad hablando la lengua quechua. Las condiciones familiares y sociales para Valentina, en relación a nosotros, obviamente, son muy distintas y más complejas; al mismo tiempo, son más desafiantes. Son distintas porque una cosa es socializarse en quechua en el campo, viviendo de manera más amplia y casi natural la cultura quechua, y otra es socializarse en la ciudad, que no siempre es un espacio donde se propician las prácticas culturales quechua de manera permanente y mucho menos natural. Son condiciones más complejas debido a que los factores sociales, culturales y comunicacionales del entorno no siempre son favorables para nuestro propósito y escapa a nuestras posibilidades de controlar esas situaciones. Por eso mismo, la transmisión del quechua para Valentina se hace más desafiante, porque el logro de nuestro propósito amerita tomar en cuenta estos y otros factores. Sin embargo, esta situación de vivir en la ciudad también se torna en una ventaja, porque favorece de facto el aprendizaje del quechua y del castellano de manera simultánea, dado que nuestra aspiración es que Valentina sea bilingüe, o mejor, trilingüe.

El área rural es un escenario muy favorable para aprender la lengua quechua, pero quizá no tanto para aprender el castellano. Consideramos que esto también ocurre con el quechua en la ciudad. Es decir,

por la forma de vida y la cultura que se practica, en el campo no necesariamente se aprende el castellano igual que el quechua, salvo la situación nos los exija. Y en la ciudad ocurre algo parecido porque en la socialización del quechua, no siempre están presentes las condiciones culturales. Esta situación obliga a crear espacios culturales favorables para el aprendizaje de la cultura en lengua y no solo para aprender la lengua.

El hecho de pertenecer a la cultura quechua y haber sido criados mamando la lengua quechua, hace que la transmisión de la cultura a nuestra hija sea también en quechua. Así podemos dar continuidad a nuestra cultura, que es una de las razones por las que decidimos transmitir la lengua a nuestra hija.

Transmitimos la lengua quechua a nuestra hija porque también a nosotros nos criaron en esta lengua; la tradición afianza nuestra práctica de la enseñanza de lengua. Así nos criaron, hablándonos en quechua, así mismo estamos criando a nuestra *wawa*, claro que en contextos distintos: hay mucha diferencia entre la vida cotidiana de cuando nosotros éramos niños y la vida cotidiana de Valentina aquí y ahora. La socialización nuestra fue en la cultura de la agricultura y el pastoreo, en contacto directo con la lengua; y aunque Valentina se involucra en casi todas las actividades de la familia y de la casa, no todas estas actividades forman parte de la cultura quechua.

La enseñanza de la lengua quechua a Valentina es inevitable porque su círculo familiar es principalmente quechua hablante; nuestras mamás, abuelas, nuestros hermanos, sobrinos, tíos, tías, primos, primas en su mayoría son monolingües en quechuas. Algunos de nuestros familiares migraron a la ciudad, mientras que la mayor parte de ellos viven en el campo, en Mizque y en el Norte de Potosí. Valentina entra en contacto con ellos solamente durante los periodos que estamos en el campo, pero también se relaciona cuando recibimos visitas o cuando nosotros vamos a visitarles. Para comunicarse con ellos, se hace obligatorio que aprenda la lengua. Es decir, para relacionarse con ellos no le queda más opción que aprender la lengua, porque así mantiene las relaciones de interdependencia y de complementariedad que hay con nuestras familias. Las interdependencias se dan, por ejemplo, en que ellos nos proveen de alimentos como verduras (zanahoria, arveja, cebolla etc.), frutas (chirimoya, pacay, lima común, naranja, limón, granada, melón, guayaba, etc.) y otros alimentos, como papa, maní, maíz y otros.

Por nuestra parte, y no necesariamente en reciprocidad, cuando viajamos, les llevamos alimentos que no producen en sus chacras, también les colaboramos en algunos trámites, por ejemplo, la obtención del carnet de identidad, trámites legales y otros de salud. Precisamente por la situación del monolingüismo quechua, muchas veces, pasan dificultades a la hora de realizar algunos trámites, es ahí donde nosotros podemos apoyarles.

Por otro lado, las manifestaciones de amor y cariño que recibimos de nuestras familias son, en general, en quechua; las respuestas a ellas son y debieran ser siempre en la misma lengua.

Por la línea paterna, en la familia se comunican preferentemente en lengua quechua; sin embargo, algunas de las cuñadas y muchas de las sobrinas hablan solamente quechua. En cambio, por la línea materna, la bisabuela es monolingüe en quechua. Por tanto, nuestra hija no podría ser la única que no sepa hablar la lengua quechua, con la posibilidad de quedar marginada del entorno cultural de la familia. ¿Además, qué papá o mamá querría eso para sus hijos o hijas? Desde nuestro razonamiento y forma de vida, pensamos que ninguno, porque parte de la cultura comunitaria quechua es afianzar las relaciones e interacciones de interdependencia de la familia extensa y queremos que nuestra hija aprenda y valore como principio de vida esa manera de ser, sentir y vivir.

También hemos decidido enseñarle a nuestra hija la lengua quechua por coherencia personal y profesional: sería incoherente e impertinente no hablar con Valentina el quechua siendo ambos (papá y mamá) hablantes de la lengua. No darle esa oportunidad ahora que se puede, sería hasta negarle la herencia más importante para ella, porque ahora ella se alimenta del quechua. Por ejemplo: come el pan que su tío abuelo materno produce y nos provee siempre que puede, come la chirimoya que sus tíos paternos nos proveen. Estos alimentos y otros son producidos en contextos de la cultura quechua (Mizque y Norte de Potosí). Nos gustaría que Valentina aprenda en algún momento no solo a consumir los alimentos que nos proveen los familiares, sino y principalmente pueda aprender a producirlos para su consumo.

El interés por querer saber cómo se los produce ayudará a comprender y valorar, primero, el sacrificio y las condiciones sociales en las que se produce; y, segundo, le ayudará a aproximarse a comprender la diversidad y la variabilidad de la agroecobiodiversidad

y junto a ella, sus denominativos; es decir, creando el lenguaje apropiado para nombrar esa diversidad agroecobiológica.

El aprendizaje de quechua por Valentina no es una tarea exclusivamente nuestra, sino también aprovechamos la oportunidad de que en la familia hablamos todos quechua. ¿Dado que tenemos esa ventaja, porque negarle a nuestra hija el privilegio de hablarle en quechua?

Experiencias del uso del quechua durante algunas fases de vida personales

Contexto y situación sociolingüística de la mamá

Yo, mamá, soy de un ayllu quechua del Norte de Potosí, al igual que todos de mi ayllu me crié lactando la lengua quechua de mi mamá, por lo menos eso dice mi mamá. En mi familia, desde que recuerdo hasta la actualidad, siempre nos comunicamos en quechua. Salvo con mi mamá, la comunicación fue y es en quechua y castellano, pero quizá más en quechua. Debo advertir que estoy refiriéndome al castellano popular, no al castellano estándar.

Los vínculos con los familiares, los vecinos y parientes siempre fueron en quechua; incluso en las actividades que participamos en la comunidad, la comunicación se suele hacer en quechua.

Mi paso por la escuela rural no significó olvido, menos erosión del quechua porque los profesores explicaban los contenidos en quechua, aunque en los cuadernos escribíamos en castellano, también la comunicación en la interacción con los y las compañeras era en quechua. El castellano escolar casi siempre fue un problema para mí, en el sentido de que era muy técnico y en los contenidos subyacía una cultura desconocida. A pesar de ello, el castellano popular que hablaba y entendía me ayudó, de alguna manera, a comprender algunas pocas cosas.

Lo interesante del uso del quechua en la escuela del pueblo de San Pedro de Buena Vista de Norte de Potosí (escuela - colegio Fe y Alegría de convenio) fue cuando aprendí a escribir el quechua en la materia de quechua, en segundo intermedio (7mo. año de escolaridad). Realmente es la mejor experiencia de aprendizaje de esa época, porque la asimilación de las normas de la escritura del quechua fue sencilla. Estas normas estaban referidas a la diferenciación de palabras por la existencia de los fonemas simples, aspirados y explosivos; por lo tanto,

mi desenvolvimiento en la materia y el rendimiento eran óptimos. Los dos últimos años de secundaria los pasé en la ciudad de Cochabamba.

Las condiciones socioeducativas de esa época (1998, 1999) no eran nada favorables al uso del quechua. Durante mi paso por el colegio, entonces, mi comunicación se restringió al castellano, salvo las veces en que conversábamos con una compañera. En la familia continuaba conversando en la lengua quechua principalmente con mi mamá; fue esta situación la que ayudó a dar continuidad al uso de mi lengua materna y también a mi vivencia de la cultura quechua.

En la universidad, el uso del quechua estaba restringido a la materia de quechua durante dos semestres. En esta época, debo confesar que el quechua escrito con todas sus normalizaciones fue complicado de aprender, debido a que ya no era solo aprender cómo escribir utilizando las consonantes simples, aspiradas y explosivas, sino suponía cuestiones de verbos, sufijos y todo lo que supone la escritura del quechua normalizado o estandarizado. No obstante, tuve la “suerte” de aprobar la materia con calificaciones regulares, a pesar de hablar fluidamente la lengua. En pocas ocasiones hablaba en quechua con algunos hablantes de la lengua compañeros del semestre.

Durante el último semestre de mi carrera de licenciatura, tuve la oportunidad de contar con una beca para realizar mi tesis de grado. Realicé este estudio en mi comunidad de origen con hablantes de la lengua quechua. La parte del trabajo de campo me exigió hablar la lengua quechua no solo familiar, sino apropiado a diverso contextos culturales, al que me refiero como “lengua quechua social”. Es decir, he tenido que ampliar mi quechua familiar a otros aspectos sociales de la comunidad, por ejemplo: hablar y analizar dimensiones de la organización social, la característica económica de la población, los conceptos de participación, interculturalidad, currículo, etc. Estos aspectos no son generalmente tratados en el quechua familiar, quizá solo se vive pero no siempre se analiza. Entonces, ahí me di cuenta que mi quechua carecía de estas cuestiones sociales. Fue un proceso de nutrición de mi lengua porque he podido enriquecer mi vocabulario y, por lo tanto, mi comprensión de que el uso del quechua no solamente se restringe al ámbito familiar.

Otra experiencia interesante que podría resaltar sobre el uso del quechua como profesional es en diferentes fuentes laborales. En CAIPACHA, cuando dábamos algunos talleres de diagnóstico en

comunidades con poblaciones hablantes de la lengua quechua, me ocurrieron dos cosas: (1) en los primeros talleres mi quechua era poco comprensible para con la gente porque esa parte de mi quechua todavía era pobre. (2) en los posteriores talleres, mi quechua comenzó a ser más comprensible porque había incorporado en mi quechua otras comprensiones, no solo otras palabras.

En el CEBIAE fue un reto mucho mayor con respecto al uso de la lengua quechua. Digo que un reto mayor porque en los talleres que también realizábamos con comunarios quechua hablantes había que volcar lo que estaba en castellano al quechua, un camino muy sencillo podía haber sido traducir, pero claro, esto hubiera sido un desastre porque las veces que intenté hacer esto, era una confusión. El camino o la estrategia que adopté, gracias a mi compañero de trabajo Benjamin Colque, fue explicar en quechua aquello que estaba puesto en castellano, por ejemplo, leyes relacionadas con la educación como funciones de las juntas escolares, crisis ecológica, sabidurías y conocimientos, etc. Esta fase del uso del quechua fue muy importante para mí porque aprendí a usar mi lengua para tratar temas que no forman parte de mi cultura.

Mi paso por la maestría del PROEIB supuso afianzar esta última experiencia; es decir, continuar con la práctica de poner en lengua quechua cosas que están en castellano, cosas de otras culturas. Esto me permitió descubrir que puedo analizar y explicar en mi lengua cosas que, en un principio, me parecían imposibles de hacer; es una satisfacción haber logrado esto. Me gustaría que también Valentina consiga analizar, en quechua, cosas, saberes y cuestiones de otras culturas y de la propia cultura también, en lengua quechua. Considero que esto no es nada sencillo, porque no depende solamente de que uno quiera hacerlo, sino también de oportunidades y necesidades de hacerlo.

Contexto y situación sociolingüística del papá

Yo, papá, soy de una comunidad Tipa Monte de la provincia Mizque. En mi familia, mis papás, Valentin y Benicia, hablaban quechua; con mis hermanos hablábamos en quechua, tanto en espacios familiares como en los comunitarios, hasta cuando llegamos a la escuela, donde sufrimos los avatares generados por la colonialidad que inferiorizaba la cultura y la lengua quechua.

Mi lengua materna es el quechua, porque en esta lengua mamé la cultura quechua. Aunque salí del ambiente familiar muy temprano, cuando tenía 5 años, no olvidé el quechua porque forma parte de mi ser. Mi salida del ambiente familiar no significó el alejamiento del campo, sino que tuve la oportunidad de montar dos caballos, el contexto rural y el contexto urbano; esta situación me permitió ser bilingüe, aunque incipiente. En época de clases estaba en el campo, junto a mi hermano, que era maestro rural y en época de vacaciones finales estaba en la ciudad. Esta situación de itinerancia se mantuvo hasta que terminé la secundaria. Yo mantenía contacto directo con el campo y con quechua hablantes, en horarios que no tenía clases, los medios días, trabajaba en la agricultura, donde mi interacción lingüística era preponderantemente en quechua; los otros medios días asistía a clases, donde la comunicación con mis compañeros era en castellano.

Tuve la suerte de hacer mis estudios de primaria en la escuela rural, donde la interacción con mis compañeros fue en lengua quechua. Esta situación me permitió desarrollar mi lengua materna, a pesar de las condiciones adversas que imponía la escuela castellanizante.

Viví en carne propia la prohibición de hablar quechua en el aula de la escuela rural y al mismo tiempo, sufrí las consecuencias y los castigos impuestos por incumplir esta prohibición. Los castigos físicos eran soportables, pero este hecho dejó una profunda huella negativa en el desarrollo y afirmación de mi lengua materna y en el mismo aprendizaje del castellano que fue impuesto por la escuela. De ahí que a la fecha, no hablo bien el quechua, como mi lengua materna, pero tampoco hablo bien el castellano, como la segunda lengua que aprendí.

El uso del quechua en el colegio, pese a estar en el pueblo de Mizque –donde el quechua se habla de manera fluida sin importar contextos– fue difícil; así el quechua se fue invisibilizando en mí, sin olvidarlo. En estos espacios, se daba prioridad al castellano y hablar quechua era sinónimo de ser campesino, siendo permanentemente inferiorizado como tal; aunque en mi interacción con la familia extensa y en espacios comunitarios continuaba hablando en quechua. Sin duda, esta situación influyó negativamente en el desarrollo del quechua en espacios académicos y hasta que se adormecía parte de mi ser, porque sin darme cuenta, estaba dejando de ser yo mismo.

Mis estudios universitarios en la ciudad de Cochabamba fueron mucho más difíciles en relación al uso del quechua, hasta cuando me tocó realizar mi semestre de internado que hice en Raqaypampa (Mizque), como parte de un convenio de práctica institucional entre CENDA y la Carrera de Ciencias de la Educación de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS). En mi primer contacto con los raqaypampeños, ellos sacudieron mi adormecimiento y despertaron ese ser quechua. Así me permitieron afirmar la lengua y la cultura quechua y generar compromisos para con ellas hasta hoy en día. Posteriormente, mis estudios en el PROEB Andes proporcionaron algunos elementos teóricos que afianzaron esos compromisos para con la lengua y la cultura, logrando, desde la academia, darle un sostén teórico a esa decisión personal. Mi paso por el PROEB Andes ha contribuido a generar voluntad y afianzar en mí una política más sólida de afirmación cultural y lingüística.

Más tarde, el estar en contexto europeo y ver una lengua como el euskera en pleno desarrollo en España, no dejó de sorprenderme y de reafirmar mi compromiso con la cultura y la lengua quechua. Esta situación de desarrollo del Euskera llamó mucho mi atención por el contexto no colonial en el que se manifiesta. La ventaja es que los dos progenitores nos encontramos en el propósito de enseñarle el quechua a Valentina, es decir, remamos en el mismo sentido, esperanzados de que nuestra hija sea bilingüe coordinada; pero, ante todo, nuestra esperanza es que se sienta orgullosa de su cultura y la lengua quechua, lo cual le posibilitará recrear espacios de fortalecimiento y afirmación cultural y lingüístico.

Estas experiencias vividas por ambos progenitores configuraron nuestra identificación y compromiso con dar continuidad al fortalecimiento y afirmación de la cultura y la lengua quechua, e influyeron terminantemente en la toma de la decisión de enseñarle la cultura y la lengua quechua. Por lo tanto, las acciones de transmisión de lengua quechua con Valentina fluyeron de manera natural como la vida fluye, sin que necesariamente sea una cuestión planificada.

En el siguiente acápite intentaremos reconstruir y describir algunas de esas acciones de uso de la lengua quechua emprendidas con Valentina, para que ella pueda familiarizarse y aprender con facilidad la lengua.

Criando a Valentina en quechua

El quechua durante el embarazo y los cinco meses posteriores en el contexto del euskera (España)

Estar en un contexto euskera, para nosotros ha sido, por un lado, contagiante y por otro lado, motivador. Contagiante en el sentido de decir: “¡Qué increíble, los Vascos no tienen vergüenza de su lengua! Todo lo contrario, se sienten orgullosos. Cómo nos gustaría que en nuestro país pudiéramos sentir lo mismo”. Decimos esto sin olvidarnos que las historias son muy distintas; en algún momento, comentábamos que no es lo mismo sentirse orgulloso de la propia lengua y cultura cuando no se pasa por un proceso de colonización que cuando sí se vive esta situación. También decíamos que aunque una lengua y una cultura no hubiera pasado por procesos de colonización y castellanización, puede haber sufrido también procesos de prohibición y de minorización.

El contacto con el euskera fue motivador para darle mayor relieve a nuestra lengua y cultura. A partir de esto, decimos por ejemplo: “Nosotros también podemos potenciar hasta conseguir lograr un status “de nuestra lengua y cultura”. Entonces, qué mejor que hacerlo o empezar por la propia familia, y cuánto mejor todavía empezar por nuestra propia hija.

Lo interesante de todo es que nosotros, desde que nos conocimos, nos comunicamos en las dos lenguas quechua y castellano; incluso estando en un contexto euskera castellano, usábamos el quechua, sobre todo, para comunicarnos cosas que no queríamos que los vascos se enterasen. Las decisiones casi siempre las consensuamos en quechua para que los vascos, con los que estábamos en contacto, no se dieran cuenta o, por lo menos, no se enterasen de algunas cosas privadas nuestras.

Mamá, cantando, bailando y conversando en quechua con Valentina

La soledad de algunas horas del día durante el embarazo en el País Vasco fue favorable para conversar con Valentina. En esas conversaciones, solía usar en repetidas ocasiones el quechua para decirle, por ejemplo: “Wawáy, kunan wayk’usun ya? Jaku bibliotekaman, tatata waturimuna? Valentina, “Phatitan takirina Luzmilawan?” ‘¿Hija, ahora vamos a cocinar ya? ¿Vamos a la biblioteca a visitar al papá? Valentina, cantamos Phatitan con Luzmila?’

En las mañanas cantamos junto a la música de Luzmila Carpio. Claro, como no tenía con quién conversar, mientras su papá Valentín se iba a la biblioteca, cantaba con Valentina, canciones en quechua, como: Siway Azucenay, Condor Mallku, Ch'uwa Yaku, Phatitan, Bartolina Sisa, Jiyaway Vidita y otras canciones. Casi todos los días por las mañanas cantábamos y hablamos con Valentina, salvo algunas veces que tenía algún evento en la universidad donde estaba haciendo el Master. A modo de cantar, le decía a Valentina: “Panti llijllata waway jatunmamayki awapusunqa nin. Uyarinkichu telefonupi telefonopi??? nisunki iii?” ‘La abuela te dice por teléfono que te lo tejerá aguayo rojo. ¿Has escuchado?’ Le decía esas cosas porque las canciones hacían referencia al aguayo rojo que en quechua decimos “panti llijlla”.

En las noches con Valentina reproducíamos esas canciones que cantábamos en la música de Luzmila Carpio, los dos cantábamos así: “Pantalun sumaq sirasqa siway Azucenáy/chakitan sumaq sirasqa siway Azucenay/purcila silisti cinta quri surtijitáy. Casarasun nichkawasqa siway Asusenáy/chaymari sunsira kasqa siway Asusináy/purcila silisti cinta quri surtijitáy”. De esta canción se podría traducir algunas partes, pero no todas. Por ejemplo: ‘su pantalón está bien costurado siway Azucenáy’. Para este último no encontramos palabras en castellano. Por eso no todo lo que está en quechua, a lo largo de este texto, se podrá traducir.

Reíamos, cantábamos, a veces llorábamos hablando en quechua con nuestra hija, cuando veíamos algunas canciones con video de nuestra cultura, porque nos traían recuerdos y llorábamos los dos junto a Valentina. Todo ello, por lo general, en quechua. También le comentábamos a Valentina los éxitos y las dificultades que teníamos durante el día, algunas veces mientras dábamos paseos en la calle y otras, en la casa durante la cena.

Por lo general, antes de dormirse en la noche y las madrugadas eran espacios de profunda conversación con Valentina aún en el vientre; además, su papá le cantaba canciones en castellano y quechua. Antes de nacer, cuando Valentina se movía mucho en la barriga, por las noches su papá le decía: “Puñunallaña, waway, amaña pujllaychu ¿ya? Q’aya pujllallasuntaq ¿ya? Puñuy, puñuy wawit’ay takipusqayki” ‘Duerme hija, no juegues ¿ya? Mañana vamos a jugar, duerme, duerme hijita ¿Te lo canto?’. En las madrugadas, a veces, cuando no se movía, la despertaba hablándole así: “Rich’arillayña waway, sut’iyamunña, kunan

mamitawan kakuchkanki; ñuqa risaq llank'amusáy tesisniyta ¿ya? 'Hija, despierta ya salió el sol. Hoy te quedarás con la mamá ¿ya? Yo tengo que trabajar en mi tesis'. Así, casi todos los días por las noches le contamos las cosas que hacíamos durante el día y le comentábamos también las cosas que teníamos pensado hacer en el día.

Durante el embarazo, de forma irregular, bailábamos zapateando en las canciones de Luzmila Carpio, sobre todo, los tres últimos meses, porque en los cursos de preparación maternal del hospital, las matronas nos enseñaron algunos ejercicios para ayudar al bebé a acomodarse en posición de parto. Entonces, como no me gustaba hacer algunos ejercicios, prefería bailar con Valentina en la barriga, saltando con las canciones de Luzmila Carpio; también bailábamos otras canciones del Norte de Potosí. Mi mamá también me decía que baile haciendo movimientos suaves para que el bebé se ponga en posición de parto. En este proceso, hacíamos más uso del quechua porque todas las canciones eran en quechua.

Otros espacios para bailar fueron los conciertos de Cesar Colque, un amigo boliviano, que nos invitaba cuando iba a tocar en fiestas música folclórica boliviana. Entre estos, el espacio más interesante donde bailamos y cantamos en quechua fue la celebración de mi cumpleaños que organizaron Cesar Colque junto a su esposa Aurora, Valentín y otros amigos más. También cantamos en castellano. Mi hija estando en mi vientre vivió todas estas cosas y nosotros no dejábamos de decirle cosas como: “¿Waway sayk'unkichu tususpa?” ‘te has cansado de bailar, Valentina?’ Algunos amigos también le decían a Valentina tocándola en mi vientre: “¿Estás disfrutando la fiesta? Otro amigo le dijo: ¿Valentina, gustasunkichu culturanchik?” ‘te gusta nuestra cultura?’.

Valentina, durante el embarazo y después que nació, dormía con la música de Luzmila Carpio. La mayoría, por no decir todas las canciones de esta cantante boliviana son en quechua.

Tata, contando cuentos y cantando en quechua

Desde los primeros meses del embarazo, decidimos hablarle en quechua a Valentina. Entonces, nos pusimos manos a la obra. Había que empezar a recordar algunos pocos cuentos que escuché de mis papás, porque según recuerdo, desde los 6 años, mi mamá, por algunas razones de la vida, hacía mucho esfuerzo por hablarme en castellano, aunque no bien estructurado.

Poco a poco fue aumentando la frecuencia del habla en quechua. Desde los 6 meses de embarazo fui intensificando los cuentos y canciones en quechua. Entre esos cuentos recordados podría citar: Cumpa atuqmanta quwimantawan, Atuqmanta lluthumantawan, Quwimanta mach'a runamantawan, entre otros. Antes de dormirnos, refiriéndome a Valentina, le empecé a relatar la trama del cuento, uno por noche, y seguro que fue aburrido para ella, porque al terminarse el repertorio muy limitado por cierto, no me quedó otra que repetir. La limitante, al estar en otro contexto, era no saber a quién o dónde recurrir, solo tenía las canciones que se podían encontrar en youtube que podía adecuar al quechua.

Lo mismo pasó con las canciones que le empecé a cantar en quechua; intentaba cantar canciones de acuerdo a la época o las festividades culturales de las comunidades donde me crié, además, intentando seguir en la melodías y ritmos diversos según se manifiesta en los diferentes contextos que viví y aprendí. Por ejemplo, canciones de carnaval, pascua, todos santos, etc. Intentaba cambiar y adecuar a la situación del embarazo las letras de las canciones, además de usar un léxico con sentido para Valentina. Respecto a los cuentos, me ponía a pensar que muchos de sus contenidos tenían mensajes un tanto coloniales o de satirización a la Colonia, por eso fue más fácil y necesario adecuar al contexto; pero, bueno, tomando conciencia de ello, me interesaba familiarizarle en lengua quechua.

Entre los 8 y 9 meses del embarazo, la mamá me comentaba: “Tu hija no me ha dejado dormir, mucho se mueve”; o, a veces, muy preocupada me decía: “Tu hija no despierta, mucho está durmiendo”. Entonces, en el primer caso, yo le hablaba a mi hija en quechua y le decía: “Puñullayña, wawitáy, mamaykipis puñunan tiyan” ‘Dormí hijita, mamá también tiene que dormir’ y la acariciaba en el vientre. Grata fue mi sorpresa cuando mi hija empezaba a tranquilizarse. En el segundo caso, por la mañana, cuando no podía despertar, también le hablaba y le decía: “Rich’arillayña, wawáy, anchatasina puñuchkanki” ‘Despierta hija, estás durmiendo mucho’ y tocaba el vientre de su mamá. Entonces, Valentina daba muestras de estar despertando. Esa situación fue muy grata para mí, pensaba y decía que mi hija me escuchaba, me entendía y a la vez me sentía. Quizás sea muy presuntuoso de mi parte, pero eso sentía y me alegraba mucho; sentía una sensación de alegría y felicidad indescriptible y comentaba esto con los amigos.

Si bien le pusimos el nombre de Valentina, pensamos mucho en ponerle un nombre en quechua y lo discutimos en pareja, pero entre buscar algún nombre singular y con mucho significado y que al mismo tiempo no provoque discriminación, no lo encontramos; más por tradición familiar y en rememoración a mi papá que se llamaba Valentín, de quien yo heredé el nombre, le pusimos por nombre Valentina.

El aguayo como artefacto de identidad quechua en la crianza

El aguayo, manta colorida boliviana que se usa para transportar cargas o bebés en la espalda, formó parte en la crianza de Valentina; al cuarto día de nacida, una pareja de amigos bolivianos nos regaló un aguayo para cargarla. El aguayo, aparte de representar la identidad de crianza de las wawas en la cultura quechua, para nosotros representó una facilidad para hacer dormir a Valentina, sobre todo, para su papá. El aguayo era como su remedio para cuando tenía que hacerla dormir, sólo dormía cargada en aguayo.

A Valentina, ver el aguayo le tranquilizaba mucho, sobre todo, cuando estaba muy fatigada, cuando veía cerca el aguayo, se alegraba; tenía más o menos tres meses. Cada vez que la cargaba en aguayo, le decía: “Atha atha, wawáy” y ella me miraba fijamente la cara y se sonreía. Le gustaba mucho apreciar los colores del aguayo. Mientras la cargaba, le mostraba los colores y las figuras y le decía: “Kay puka, wawáy; kaytaq q’umir; ¿kay khurus? Así, le iba conversando de los colores, los dibujos del aguayo. “Kayjina khurus; wasinchikpi achkha tiyan, jaqayman rispa paykunata riqsimunki ¿ya?” ‘Como estos gusanos hay muchos allá en la casa, cuando vayas, ya los verás’, le decía.

Hasta los cuatro meses aproximadamente, el aguayo fue el favorito de ambas. Toda vez que le decía: “Atha, atha, wawáy”, se movía con mucha alegría. Hasta ahora no encuentro nada comparado con el aguayo en cuanto a la comodidad para cargar con seguridad a mi criatura, sobre todo, cuando le cargaba y le cargo en la espalda es muy cómodo. No hace cansar tanto como cargarla en brazos.

Poco a poco, hemos intercalado aguayo, coche de bebé, aguayo; ella siempre prefirió estar cargada en el aguayo; será quizás porque le emocionaban los colores y las diferentes imágenes del tejido. En realidad, para todas las mamás en la familia, el aguayo ha sido relevante en la crianza de nuestras wawas. A mí también me

criaron en aguayo por la comodidad y seguridad que supone tener a nuestras wawas en el aguayo. Su abuela, a Valentina la carga en aguayo casi todos los días. De hecho, cuando se quedan solas en casa o cuando van solas a cualquier sitio, le carga en aguayo. La abuela hasta ahora sólo consigue hacerla dormir en el aguayo.

Hasta ahora que Valentina tiene 1 año y 8 meses, continuamos cargándola en aguayo. Tal es la importancia del aguayo que ahora ella reproduce el “*atha, atha, atha*” con sus muñecas, camina cargada de sus muñecas diciendo “*Atha, atha, atha*”. A veces, nos persigue diciendo: “*Atha wawa mama*”. Esto quiere decir: “¿Mamá hazme cargar a la muñeca?” De la misma manera le persigue a su papá diciendo: “¿*Atha, wawa, tata?*”.

Lo interesante de lo que piensa la gente del uso de aguayo en el país Vasco, es que les parece muy cómodo llevar a un bebé en la espalda, pero que ellas quizá no lo harían porque tienen miedo al hecho de cargarlo; otras opinan que es bueno mantener las tradiciones de crianza de los hijos que en cada cultura son diferentes. Otras personas opinan que esas formas de llevar a un bebé en la espalda en América son arcaicas.

Lo que nos llamó mucho la atención fue lo que opinaba la gente paisana boliviana que radicaba en España: algunos se reían al vernos con Valentina cargada en el aguayo, otros nos decían que era muy cómodo cargar a los hijos en aguayo, que alguna de ellas también había criado a sus tres hijos en aguayo; otra pareja de amigos mizqueños un día que fimos de paseo se avergonzó de nosotros, nos decía: “Es feo que la carguen a la *wawa* en aguayo; eso está bien hacerlo en Bolivia, pienso que deberían modernizarse pues; ustedes además la llevan en aguayo a la universidad ¿no? A mí me daría vergüenza llevarle a la universidad todavía”. Entonces, se puede ver que hay diferentes opiniones sobre el uso del aguayo, quizá muchas de estas personas no conocen las ventajas que tuvo para nosotros usar el aguayo.

Hoy por hoy, Valentina camina arrastrando el aguayo detrás de la abuela diciendo: “¿*Abu, athaaa? ¿Athaaa?*”. Primero ella se carga a su muñeca y luego se hace cargar con la abuela. Esta práctica, si bien es una reproducción de lo que nos ve hacer con ella, no deja de tener importancia en el proceso de enseñanza de cómo cargar en aguayo por parte de la bisabuela. Todos los días ellas están jugando, cargando sus muñecas.

Qué opina la gente sobre el uso del quechua

En este relato, consideramos que es importante incorporar las opiniones de la gente sobre la enseñanza del quechua a nuestra hija. Las vertientes de las opiniones pueden ser de gente migrante, paisanos de mi pueblo o país y también de la gente vasca, hablantes del euskera.

En el primer caso, no fue tomado con agrado, emitieron las cuestionantes de siempre: “¿Para qué le va a servir? Es solo para el contexto del campo; le perjudicará en el aprendizaje del castellano” etc. Bueno, antes de tomarlo a mal, tomamos la actitud de comentarles (a manera de respuesta, uno a uno) sobre las ventajas del aprendizaje de la lengua quechua y su estrecha relación con una de las culturas mayoritarias del país; ventajas respecto a su relacionamiento con nuestra gente, a la posibilidad de desarrollar mejor su inteligencia, a afirmar su modo de ser quechua, entre otros. En medio de la conversación incorporábamos ejemplos vividos en esos contextos del territorio Vasco y lo que pasaba con el euskera, que sin duda, contribuyó en el afianzamiento de nuestro propósito de hablarle la lengua quechua a Valentina. Lo que nos llamó la atención es que los paisanos no relacionaban ese proceso de fuerte revitalización lingüística del euskera con el caso de las culturas y lenguas indígenas de Bolivia, incluso teniendo a sus hijos e hijas en la escuela donde les enseñan en euskera.

En el segundo caso, la opinión de amistades del país Vasco fue mayoritariamente favorable; ellos compartían nuestra decisión de hablarle en quechua a Valentina. Claro, porque, de alguna manera, ellos también vivieron la minorización de su lengua. Algunos amigos nos felicitaron por esta iniciativa y nos preguntaban: “¿Cómo se dice cómo estás o hasta luego en quechua”? De alguna manera intentaban o saludarle o despedirse de Valentina en quechua y, por supuesto, con regularidad en euskera.

Transmisión intergeneracional del quechua en el contexto familiar de Bolivia

Retornamos a Bolivia cuando Valentina tenía seis meses de edad; a partir de este momento, su contacto familiar se extendió de los papás a cuatro personas más: la bisabuela, la abuela, el tío y la tía. En casa, somos seis los que hablamos con ella en quechua y castellano. Cada quien, a su modo, nos comunicamos con Valentina.

Como no era planificado, al principio nuestra comunicación con Valentina era en quechua y en castellano indistintamente; pero al ver que el castellano primaba y ocupaba más espacios en nuestra comunicación, nos preocupó y fue desde ese momento que lo reflexionamos y decidimos hablarle sólo en quechua. Al mismo tiempo, hablamos con la familia para conseguir aliados naturales en casa, pidiéndoles que le hablaran en quechua.

La crianza de Valentina es una responsabilidad compartida, en principio, entre la mamá y el papá y ahora entre todos los miembros de la familia. A continuación, presentamos las diferentes experiencias con cada uno de los miembros de la casa.

Cómo estamos enseñando mamá y papá el quechua a Valentina

El escuchar las primeras palabras de nuestra hija en quechua: “tata”, “mama” fueron gratificantes, luego fue incorporando más palabras a su vocabulario.

A pesar de ser natural nuestra comunicación con Valentina en quechua, por lo descrito hasta ahora, parecería que las acciones de hablarle en quechua fueran unidireccionales, de nosotros hacia ella. Personalmente, considero que eso no es así. Quiero decir que la decisión y las estrategias adoptadas de usar la lengua hablándole en quechua a Valentina conlleva esfuerzos, orientado a desarrollar mi léxico pobre, fruto del desuso que ya estaba en proceso de adormecimiento, o por el ámbito castellano o por el espacio académico en el que vivimos y desarrollamos nuestro trabajo.

En este sentido, aunque no compartimos la lengua normalizada, tuvimos que hacer esfuerzos por recuperar nuestro léxico para enriquecer el vocabulario de Valentina, en algunos casos, se tuvo que refonemizar palabras del castellano, inventar canciones y en su mayoría traducir algunas canciones del castellano al quechua, canciones que tienen que ver con la enseñanza de hábitos como el lavarse las manos antes de comer o tomar el desayuno, de acuerdo al tipo de comida; por ejemplo: “Makis mayllakuna; makis ch’akichina, ay-chitata mikhurikunapaq o lawitatapuni mikhurikunapaq” ‘Nos lavamos las manos, nos secamos las manos para comer carne y sopa’, etc.

Por otro lado, fuimos adaptando al quechua los nombres de los animales y los sonidos que emiten. Lo grato es que, poco a poco,

Valentina fue reconociendo los animales y sonidos que emitían y cuando veía un perro, ella decía: “Allqu, aw aw”; o cuando veía una vaca, le preguntábamos: “Waka, imanintaq?” y ella respondía “muu”, o cuando veía una oveja, ella decía “bee”.

Actualmente nos vemos un tanto limitados en canciones en quechua que escucha Valentina, o en juegos en quechua que nos permitan recrear y enriquecer su lenguaje y la comprensión del mundo que le rodea. Por ejemplo, nos vimos en la necesidad de adecuar y traducir cantos del castellano al quechua como: “Vuelan, vuelan palomas” a “Phawan, phawan ...¿ulinchu?”. En quechua se nombra por sus nombres específicos, entonces había que recordar esos nombres específicos que estábamos olvidando. Entonces el canto decía: “Phawan, phawan ulinchi. Phawan, phawan quri qinti. Phawan, phawan p’isqu. Phawan, phawan phhichitanka. Phawan, phawan pilpintu, etc.” Además le mostrábamos en vivo algunos que oportunamente se aparecían.

Este hecho incluso nos llevó a intercambiar con la mamá, al ser ella del Norte de Potosí y yo de Mizque, las maneras de llamar unas aves u otras especies de maneras distintas. Por ejemplo, nosotros a la rana decimos “k’aylankuli” y ella decía: “Eso decimos pikalulti”. Fue interesante y enriquecedor en el desarrollo del quechua. Y por supuesto que Valentina estaba escuchando esa conversación.

Las pautas, mecanismos y canales de transmisión de la lengua a nuestra hija siguen la tradición intergeneracional de nuestras familias y de nuestra cultura. Si bien es una responsabilidad directa y compartida entre el papá y la mamá, no deja de interferir las pautas culturales que heredamos de nuestras generaciones pasadas en el caso del papá y la influencia directa de las abuelas y bisabuelos de la mamá.

Como es costumbre, todos los días hablamos con Valentina en quechua. El papel de la mamá ha sido y es elemental para sentar las primeras bases de la lengua en Valentina, porque es con quien permanece más tiempo, debido a la lactancia materna que hace que haya un vínculo afectivo de dependencia permanente.

El proceso de la lactancia se constituyó en nuestro caso en un mecanismo importante de transmisión de la lengua, porque fueron y son espacios donde me comunicaba y me comunico de manera más íntima con mi hija. Son momentos en los que conversamos de las cosas que hemos hecho durante el día; nos contamos nuestros sueños de la noche, también planificamos las cosas que toca hacer durante el día.

De ahí que sus primeras palabras han sido “mama”, “chuchu” y “tata” al principio y ahora: “Chuchuta mamay”. La palabra “chuchu”, como fuente de alimento, en principio para Valentina significaba una sonrisa y alegría, como decimos en quechua: “Chuchu niqta uyariwaspa, pharaqen”. Esta expresión en castellano viene a significar: “En cuanto me escucha decir ‘chuchu’ se mueve muy activamente riendo”. Toda vez que me veía y escuchaba decir “chuchu” la respuesta era “pharaqey”. Lo propio ocurría con su papá, cuando él decía “chuchumuy waway” ella hacía su “pharaqey”; incluso, en algunas ocasiones cuando estaba con papá la palabra “chuchu” era un mecanismo para hacer calmar su llanto. Hoy por hoy, para papá sigue siendo un mecanismo para condicionarla, chantagearla y convencerla de algo o para hacer algo.

“Chuchu”, tanto para el papá como para la mamá es un mecanismo que nos sirve para calmarle su llanto ante una caída, golpe u algún dolor e incluso un mecanismo de consuelo ante alguna angustia. “Chuchu”, además, sigue significando para Valentina una alegría intensa. Por eso, cuando siente alegría por algo, corre y pide *chuchu* diciendo: “Mamá¿chuchutaaa?”.

Cuando todavía no hablaba, salvo “mama” y “tata”, las respuestas ante la expresión: “¿Chuchuta munankichu waway?” era: “¡Ummmm!”.

Luego, conforme iba aprendiendo a hablar, progresaron las respuestas. Cuando empezó a hablar, al principio podía decir: “chuchu, chuchu. Chis”. En esta expresión relacionaba “chuchu” con “chis” que significa dormir. Luego de un tiempo, ya podía decir “chuchuta”; y, actualmente, ante la expresión: “¿Chuchutachu waway?” responde: “Ariiii, maaanaa”; o simplemente, dice: “Ariiii chuchuta”.

Tanto mamá como papá, cuando empezamos a darle alimentos, le decíamos los nombres de los alimentos que comemos. Desde que empezó a comer, las primeras palabras en quechua fueron: “papa, aycha” (papa, carne), en los almuerzos y cenas siempre se la escucha decir: “Aaaychaaaa, paaaapa”. O cuando le decimos: “Vamos a comer”, ella repite frecuentemente esas dos palabras.

Actualmente, cuando juega con sus muñecas reproduce las cosas que decimos y hacemos con ella, por ejemplo: mientras servimos la comida, ella juega poniendo cosas con la mano en la boca de sus muñecas diciendo: “Aaaycha, ñamm ñamm. Papam ñamm ñamm”.

Una cuestión que nos llama la atención es, por ejemplo, que no confunde “papa” con “tata”; para ella está claro que “papa” es un

alimento y “tata” es papá. El que a veces confundió fue su papá. Cuando le pedía papa, él creía que le estaba diciendo “papá”.

Otras palabras que distingue bien a la hora de comer, de vestirse, de bañarse y en otras situaciones es: “Chiri alay, rupha atay, ch’ichi allillan”. Cuando la comida está caliente, dice: “Atay” (caliente); cuando el yogurt está frío, dice: “Alay, mana”; y cuando está bien, dice: “Allillan” (está bien). Aplica estas dos expresiones cuando siente comodidad o incomodidad. Asimismo, dice “Atay” cuando siente dolor, o cuando el agua para su baño está muy caliente. También dice “¿Allillan?”, para asegurarse de estar haciendo lo correcto, por ejemplo, cuando está vistiendo a su muñeca o cuando está desgranando el maíz. “Allillan” también le sirve para producirle confianza, por ejemplo, cuando va a comer algo desconocido para ella, pregunta: “¿Allillan papá? mamá?”. Le respondemos: “Allillan wawáy mikhukullay a, ya?”. Ella responde: “Yaaa”.

Así, Valentina está metida en todo lo que hacemos en casa; cuando lavamos ropa, por ejemplo, es la primera en meter las manos al agua; cuando cocinamos, es la primera en coger y ayudar a pelar las habas, el maní, las arverjas; cuando cavamos la tierra, es la primera en quitonarse la picota, en meter las manos a la tierra y jugar en ella; cuando trasladamos tierra en carretilla, es la primera en meterse a querer llevar la carretilla.

Este involucramiento de Valentina, al principio, nos dio miedo porque pensamos que supondría un peligro estar involucrada en estas cosas, pero es imposible hacer algo sin que ella esté viendo las cosas. Hacemos todo con ella, con paciencia, a su ritmo, por eso, muchas veces, no siempre se acaba de hacer lo que se planifica porque ella retrasa los ritmos o en algunos casos acelera. Toma tiempo explicarle cómo se hace cada cosa, o darle tareas específicas y luego dejarla hacer a su propio ritmo. Aparte de que no siempre lo hace hasta acabar, está un momento y luego se dispersa; nos deja haciendo y se va a jugar a las muñecas con la bisabuela, o se pone a jugar con los perros.

Algo que nos llama la atención de esto, es que ella aprende a hablar la lengua quechua en cosas concretas, cuando le repetimos por ejemplo: “Chiri alay”, ella no comprende mucho, pero cuando le tocamos alguna parte de su cuerpo con las manos frías y le decimos “Chiri alay”, ya sabe a qué nos estamos refiriendo y también repite diciendo: “¿Alay chiri?”. Así pasa con muchas cosas.

También nos llama la atención que, por lo general, recuerda las cosas que hicimos anteriormente, por ejemplo, un día que fuimos al parque, vimos a unas personas con una cría de ovejita y ella quería abrazarla y darle un beso. Entonces, les pedimos que nos presten la oveja para dársela a ella. Cuando volvimos después de dos semanas, al mismo sitio ella decía apretando sus brazos: “¿Veja vaaaa? ¿Veja vaaaa?”. Lo mismo ocurre cuando escarbamos zanahorias, en cuanto llegamos donde las zanahorias comienzan a surgir, a veces lo consigue sola, otras veces no.

Así ocurre con muchas cosas, sobre todo con las palabras en quechua, nos sorprende cuando a veces no le enseñamos de manera voluntaria, pero ella dice cosas como: “Wawa, mametay nnn. Wawa, mame-tay vija nnn”. Interpretamos esto como: “Wawa, mamitay nin. Wawa, mamitay vija nin”. Luego, cuando nos damos cuenta, llegamos a la conclusión de que ella dice así porque en algún momento escuchó decir estas cosas a la bisabuela y en otro momento ella repite lo mismo. Lo propio ocurrió con las palabras “misi, miau”. Ella vio en mi pueblo del Norte de Potosí gatos, entonces, todavía no hablaba, pero se interesó mucho en ellos. Mucho tiempo después fuimos de visita donde unas amistades, ahí vio un gato y dijo, “Mauuu, miss, mauuu miss”, gritando.

Ahora que lo analizamos, nos damos cuenta que muchas cosas que hacemos en casa, Valentina las reproduce en sus juegos. La involucramos en todas las cosas que hacemos en nuestras vidas, salvo trabajos académicos, en esto no la involucramos porque no querramos, sino porque no se puede. Involucrarla de la manera más natural en nuestros quehaceres se ha constituido en una estrategia de transmisión de la lengua.

En nuestra cultura, los bebés y los niños están presentes casi en todo, salvo en aquellas cosas que suponen peligro para ellos. Así también Valentina está participando en muchas cosas que vamos haciendo cotidianamente. Quizá por eso sola no puede jugar ni hacer casi nada, salvo algunos momentos que juega con los animales en casa o cuando viajamos a Mizque. En algunos momentos nos preocupaba esta dependencia, luego conversamos con la abuela y ella nos dijo que no deberíamos preocuparnos porque nosotros también nos habíamos criado así.

Valentina está aprendiendo la lengua conforme se va involucrando en las actividades cotidianas, ya sea viendo y/o haciendo las cosas junto a nosotros. Ahora que escribimos este artículo, nos damos cuenta que nuestra única estrategia es hacerla parte de la vida de la cultura.

Para concluir esta parte, podemos mencionar que los canales de transmisión de la lengua para nosotros son los espacios de la lactancia, de la comida, explicarle los nombres de los alimentos que consumimos, las diferentes actividades de la casa, los juegos, los juguetes, las conversaciones en quechua con los familiares que nos visitan, los animales en casa, los cuentos, las visitas que hacemos a las amistades y parientes, los viajes a nuestros pueblos, etc.

Aliados familiares en la transmisión del quechua

La bisabuela, aliada central en la transmisión del quechua

El papel de la bisabuela en la transmisión del quechua a Valentina es fundamental, porque solamente con ella puede hablar todo en quechua, debido a que la bisabuela es monolingüe quechua. Todas las mañanas hasta el medio día estamos jugando y haciendo cosas las tres, la comunicación en los quehaceres de la casa es en quechua. De ahí que muchas de las palabras que expresa Valentina son en quechua.

Las cosas que hace Valentina con la bisabuela son, por ejemplo: jugar a las muñecas haciendo el “Atha atha”, vistiendo, desvistiéndolas, lavando la ropa, escarbando zanahorias, tejiendo *chumpi*, jugando con piedras y tierra, cocinamos para las muñecas. En estos juegos, la comunicación entre ellas es solamente en quechua. Con la excepción de que algunas veces, la bisabuela le hace interferencias como: “Kusikusi, ya no me conoces, allá ¿jaku? Ven, ven”. La primera expresión lo hace para hacerla reír, las siguientes dos para dejarse entender.

En los juegos, la bisabuela le relata sobre su niñez. Le he escuchado decir en repetidas ocasiones: “Ñuqata tatayqa qantajina pukllachikuwaq, wawáy. ¿Imata kunan wayk’usun? Tataywanqa, t’urumanta mankasta, platusta ima llut’aq kayku. Chantá chaykunawan pukllakuq kani”. Para apartarle de cosas peligrosas, la bisabuela le dice: “Valentina, jamuy, wawaqa (muñeca) waqachkan, k’iruna chantá athanki ya? ¡Ummm...! Kay wawa akaykukusqa ¿Cambiamuna? Jaku tatata qhawarimuna jawamanta chamunqañachá, tatayki be benichkanraqchus” ‘A mí hija, mi papá me hacía jugar cuando tenía tu edad. ¿Qué vamos a cocinar ahora? Con mi papá confeccionábamos ollas y platos de barro. Luego con eso jugaba. Valentina, ven, mira la muñeca está llorando, la envolvemos para que luego la cargues. ¡Umm! Esta

muñeca se había hecho caca ¿vamos a cambiarla? Vamos a ver a papá afuera si ya está llegando o estará haciendo be be be todavía’.

De esta última expresión Valentina sabe que su papá cuando sale de casa está haciendo be, be, be, lo cual significa, según la bisabuela y ella, que papá está leyendo o trabajando. Y cuando le ve a su papá escribiendo en la computadora, le dice: “Tata ¿be bi be?” como diciendo: “¿Estás leyendo?”.

Si bien Valentina aprendió a relacionar el aguayo con el “atha”, este “atha atha” lo empezó a expresar cuando ella hacía eso con sus muñecas, porque la bisabuela todo el tiempo que estaba con ella, le decía: “atha, atha, atha”.

También aprendió con la bisabuela a hacer bailar a las muñecas, cantando; de ahí sabe que “takiy” es cantar, por eso, toda vez que la escucha cantar: “Galan, galan, gatitay gatitay”, ella le dice a la bisabuela: “¿laa la lalalaaa?”. Esta última expresión, por ejemplo, es en castellano, pero ella sabe que significa “takiy”, por eso, cuando la abuela le pregunta: “¿Takisaychu?” ‘¿Canto?’ ella le responde: “Allí” (arí) ‘sí’.

“Aysariway” es la otra palabra que Valentina aprendió a relacionar con la palabra “ayuda”. La bisabuela le dice: “Vale, jamuy aysariway, mana sayariyta atinichu, waqasaq.” Ella va corriendo, le da la mano y la jala; y cuando la escucha hacer que llora, se acerca le da un beso, le dice: “Baata” (basta) y le estira de la mano hasta conseguir ponerla de pie cuando está sentada en el suelo.

Cuando la bisabuela le escuchó por primera vez expresar a Valentina palabras en quechua, se alegró mucho, al igual que todos, pero se notaba que su alegría era singular porque dijo: “Ay, wawitáy qhichwatapis yachakuchkallankitaq, nuqajinachá mayta rispapis runawan parlarikunki, chaywanqa ni maypi sufrinkichu wawitáy. Imatapis parlayta yachaspaqa mañarikullanki a” ‘Ay hijita, quechua también estás aprendiendo, como yo. Cuando vayas a cualquier sitio, te vas a hablar con la gente, si hablas quechua, en ninguna parte vas a sufrir, hijita. Cualquier cosa vas a pedir nomás sabiendo hablar el quechua’.

Ahora, que estamos presentando esta experiencia en este artículo, le preguntamos a la bisabuela qué le parece que Valentina esté aprendiendo el quechua y ella nos dijo esto: “Yachananpuni tiyan a iskayninta, ñuqallaman mana castillanuta yachakunichu aaa. Kawsachkaspapismanta pisi yachachikunapuni tiyan a, mana yachaman qhichwata chayqa imaynata entiendinakuykuman, nuqawan parlakunallampaqpis yachakunan tiyan a” ‘Tiene que aprender los dos idiomas, yo nomás no

he aprendido el castellano. Mientras crece poco a poco hay que enseñarle siempre pues a nuestra hijita, si no sabría quechua, cómo se comunicaría, por lo menos para que hable conmigo tiene que aprender’.

El rol de la abuela, tíos y tías en la transmisión del quechua

La abuela le habla a Valentina en quechua y castellano desde que retornamos de España. Cuando una vez tocamos este tema, ella dijo: “Mi hijita aprenderá a hablar las dos cosas, quechua y castellano, como su mamá”. Cuando Valentina comenzó a hablar y era evidente la predominancia del castellano, le pedimos a la abuela que procure hablarle más en quechua que en castellano. Ella nos respondió que Valentina aprendería el quechua más adelante, que no deberíamos preocuparnos. Ella no tomó en cuenta que la mamá de Valentina aprendió el quechua en el campo, mientras que Valentina está aprendiéndolo en la ciudad, y que el contexto incide, hasta determina, el aprendizaje de la lengua.

A partir de aquello, conversamos con la abuela, le explicamos que no es lo mismo aprender el quechua en el campo que en la ciudad, comprendió los argumentos y decidió ser una aliada más en este asunto. Al principio fue un poco complicado porque como estaba acostumbrada a hablarle en las dos lenguas, fue difícil que le hable exclusivamente en quechua.

Comenzó con canciones en quechua; para hacerla dormir cantaba la siguiente canción: “Arru ru wawita, kimsa ch’uqu rumi”, repitiendo la misma letra varias veces hasta conseguir hacerla dormir. Luego canta todos los días otra canción para bailar: “Phasakanitantin, phaskititintin, pasarawituntin, pasarqusqitantin, phaskarqusqitantin”. Escuchando esta canción, Valentina baila sin parar, aplaude con las manos e incorpora tanto en el baile como en el aplauso a todos los que están junto a ella. Esto lo hace desde cuando comenzó a gatear, de sentada ya se movía aplaudiendo ligeramente.

La costumbre del “atha atha” (cargado en aguayo) es también de todos días, Valentina persigue a la abuela con el aguayo en la mano: “atha, atha abu”. Ella le pregunta: “¿Athasqaykichu, wawitáy?” Valentina responde: “Alli”.

En la transmisión del quechua a Valentina, otra aliada es la tía Mayra (14 años de edad), tía por la línea materna. Ella, hasta hace cinco años atrás, era monolingüe en quechua, por lo tanto, su quechua es bastante fluido y poco mezclado con el castellano. Valentina tiene el

privilegio de aprender un quechua más original de su tía. Al principio, la tía se resistió hablarle en quechua porque en la casa se comunica con la abuela solamente en quechua, con el resto lo hace en castellano. Por esa costumbre le costó comunicarse con Valentina en quechua. Empezó a hablarle en quechua cuando la mamá le dijo a la tía lo siguiente: “Tú que hablas el quechua mejor que toda la familia ¿no quieres enseñarle a tu sobrina? ¿No te parece injusto no enseñarle pudiendo hacerlo? Pero al final es tu decisión, si quieres y puedes hazlo y si no, bueno». A este reclamo, Mayra respondió lo siguiente: “Lo voy a hacer, pero quizá no lo haga al principio todo en quechua porque no estoy acostumbrada a hablar en quechua en la ciudad con otras personas más que con nuestra abuela, pero ya me acostumbraré poco a poco”.

De esta forma, empezó la comunicación en quechua entre Valentina y la tía. Con ella aprendió a decir muchas palabras, entre las cuales es importante resaltar la palabra agua. Valentina sabe que agua es “yaku”, también sabe que “yaku” es agua, pero no quiere decir “yaku” cuando su tía le dice: “Ya niy.” Valentina repite: “Ya, ku niy”. Valentina repite “ku”. “Kunantaq yaku niy”, dice la tía, Valentina dice: “agua”, riéndose a carcajadas. Así juegan una y otra vez. Valentina encuentra muy divertida la expresión que pone su tía, cuando ella dice “agua” y no “yaku”. Similar situación ocurre con las palabras: “allá” y “jaqayman”. Valentina diferencia con claridad lo que es “allá” y lo que es “jaqayman”, pero cuando su tía le dice: “Jusk’u ñawi (apodo que le puso a Valentina), jaqayman niy”, Valentina repite: “allá” riendo. Otra palabra que tampoco quiere mencionar es “astawan”, ella dice “ma”. Cuando su tía le dice: “Astawan, niy”, ella responde “ma” y se ríe, a veces gritando. Le mira la cara a la tía y le dice “ma”. La tía le dice: “¿Astawan, niy imillita!”. Lo propio ocurre con las palabras “chayqa”, “kayqa” y “ahí está”. Valentina prefiere decir “aytaaa” (ahí está, aquí está) que “kayqa a” o “chayqa”. Otra palabra es “waq” que en castellano significa “otro”; ella siempre termina diciendo “otro”; aunque, de casualidad, alguna rara vez se le sale “waq”, pero no lo hace voluntariamente.

También aprendió con la tía a identificar las partes del cuerpo en quechua y en castellano; cuando la tía le pregunta: “¿Maytaq ñawiyki?” Valentina señala con la mano su ojo. “¿Maytaq sinqayki?” Valentina señala su nariz, diciendo: “atá”. “¿Chukchaykiri?” y ella señala su cabello. “¿Kunkaykiri?”, señala su cuello. “¿Qalluykiri maytaq?” y ella saca la lengua. “¿May chakiyki?” y se toca los pies. Así conoce bien las partes de su cuerpo en quechua. En otra oportunidad, le pregunta en castellano:

“¿Dónde está tu frente?” y ella responde: “atá” tocándose la frente: ¿Tus dientes? ¿Tus manos? ¿Tu boca? Valentina va señalando con el dedo índice o tocándose con la mano las partes que le menciona su tía.

Al año y nueve meses, Valentina está empezando a articular palabras. Una vez, cuando estaban sembrando papa, Valentina le dijo a su tía: “Mayra, ama parlawaychu”. La tía quedó asombrada con aquello que le dijo. A esta edad dice muchas cosas, entre las que recordamos están por ejemplo: ¿Mayta vaa? (¿Dónde está la oveja?). ¿Mayta abu? ¿Tata maaaypichus? ¡Mamáy, chuchuta! ¡Mamáy aguata!

Valentina persigue a su tío Nelson de la línea materna (hermano mayor de Mayra, tiene 15 años de edad y es bilingüe de cuna) diciendo “lalala lalala” porque le muestra canciones de la granja y canciones del Norte de Potosí en su celular. Escuchando estas canciones, toma de la mano de su tío y se pone a bailar con él. También le gusta que la haga pasear en triciclo, a él le dice: “Chío”. Nelson es la persona que más se resistió a hablarle en quechua, porque, según su versión, en el colegio se hacen la burla cuando hablan en quechua. Es el único argumento, él prefiere no hablar del asunto, escapa diciendo: “No me obliguen a hablar con mi sobrina en quechua; yo la quiero mucho, pero no quiero hablarle en quechua”. Después de un tiempo, terminó hablándole en quechua, por voluntad propia, no lo hace regularmente, pero lo hace. Él mantiene su quechua gracias al contacto con su abuela; con ella está obligado a hablar en quechua, aunque no le guste. De no ser así, a lo mejor estaría en desuso su quechua.

El tema de la enseñanza y aprendizaje del quechua de forma naturalizada pone en debate todas estas situaciones; por lo menos, ese es nuestro caso particular. La naturalización de la transmisión del quechua es matizada; aunque, aparentemente eso dijimos al principio, que por tradición enseñamos el quechua a Valentina. El tema de la naturalización en este caso querría decir: “así me enseñaron, así también estoy enseñando”. Esto no es posible porque muchas cosas, entre ellas la transmisión de las lenguas, son procesos de construcción social y cultural, por lo tanto, la transmisión del quechua a nuestra hija no es naturalizada porque pasa por un conjunto de elementos: la diferencia de contextos, los tiempos en los que los papás aprendimos y Valentina está aprendiendo; los cambios que se producen en los procesos de la continuidad del quechua, las condiciones sociales y legales del contexto de aprendizaje y enseñanza, etc.

Aprende el quechua para dar continuidad a nuestra cultura

Comenzamos esta parte respondiendo a las siguientes cuestionantes que salieron de la reflexión con Inge, en el taller: ¿Qué es hablar la lengua? ¿Cuándo se dice que se habla la lengua? Más específicamente: ¿Cuándo y cómo sabremos que Valentina sabe el quechua?

Para nosotros, hablar la lengua no solamente pasa porque un hablante se pueda comunicar bien, sino pasa por que pueda saber ejecutar la lengua en los diferentes aspectos de la vida. Por ejemplo, que pueda saber pensar en quechua, por experiencia propia, afirmamos que no es lo mismo que hacerlo en castellano.

Se dice que una persona habla la lengua cuando es capaz de relacionar, analizar, explicar, traducir, en palabras más concretas, cuando es capaz de desarrollar la lengua dentro de su propia cosmovisión; y ello se consigue, sobre todo, viviendo la cultura, no solo pronunciando palabras del quechua.

De acuerdo a nuestros criterios culturales, hablar la lengua no es solamente saber comunicarse en quechua, como lo hacen los médicos u otros profesionales; estas personas manejan lo más básico del quechua, incluso mezclado con castellano. Esto no es hablar la lengua, sino utilizar algunas palabras de la lengua quechua para comunicarse. De ahí que muchas veces, los médicos, por ejemplo, no conocen las construcciones sociales y culturales que tienen las personas respecto a la enfermedad, la salud, de los procesos de curarse, de los medicamentos, etc.

Ahora bien, ¿cuándo y cómo sabremos que Valentina sabe el quechua? Cuando Valentina sea capaz de desarrollar los diferentes saberes de la cultura quechua para que pueda propiciarse una vida de autosuficiencia en términos, sobre todo, de producir y proveerse de alimentos. Cuando Valentina sea capaz de dar continuidad a la práctica de nuestra cultura utilizando la lengua de una manera pertinente. Dar continuidad a la cultura quechua para nosotros es, por ejemplo: que sepa tejer, hacer algo de agricultura manteniendo las variedades nativas, por lo menos lo básico, que sepa relacionarse con los miembros de nuestra cultura y la familia, que sepa lo básico de los rituales, que sepa preparar las comidas de nuestra cultura, que sepa criar una *wawa* recuperando pautas culturales del quechua, que sepa respetar y pedir consejos a los ancianos, que sepa tener humildad, etc.

¿Por qué queremos que Valentina aprenda todas estas cosas? Para que no sea dependiente de todo, sabemos que evadir la dependencia

en cuanto a consumo es casi imposible, pero no quisiéramos que nuestra hija sea dependiente en todo, sino solo en algunas cosas. De esta manera y desde una experiencia muy concreta, quisiéramos contribuir a la soberanía de nuestra cultura y nuestra lengua quechua.

Al mismo tiempo, estamos conscientes de que esto que buscamos para ella es demasiado pretencioso, a lo mejor ni podemos lograrlo porque tenemos muchas limitaciones. Una limitación es que no le estamos propiciando la vida en la cultura quechua, a pesar de generarle algunas prácticas de saberes correspondientes a nuestra cultura, los cuales no son necesariamente suficientes. De cualquier manera, haremos lo que se pueda.

Hablar la lengua, saber la lengua para nosotros, es saber la cultura y sus diferentes prácticas de vida. La lengua quechua, en nuestra opinión, se mantiene en la medida que está vinculada a la vida de la cultura correspondiente. Ejemplos: “phuchkay”, no es lo mismo que ejecutar un proceso de hilado; decir “sara” no es lo mismo que saber hacer producir el maíz y conocer sus diferentes variedades en la lengua. Trabajar no es lo mismo que “llank’ay” y “ruway, la palabra “qhipaman” no siempre puede significar “atrás”, sino, de acuerdo a la cosmovisión, significar “más adelante”.



Valentina disfrutando del quechua junto a sus padres.

Dificultades en la transmisión

Las dificultades que tenemos en el proceso de la transmisión del quechua a Valentina son las siguientes: (1) la falta de práctica de saberes del quechua, (2) el contexto urbano y el uso generalizado del castellano no es favorable para la transmisión del quechua, (3) la resistencia y las opiniones de los familiares resta esfuerzos en la transmisión.

(1) La poca práctica de saberes contextualizados del quechua hace que Valentina no esté desarrollando mayor repertorio en su vocabulario quechua, su aprendizaje está más relacionado con cuestiones domésticas, con algunas excepciones, como: pastear su oveja, escarbar zanahorias, plantar cebollas, lechugas, sembrar maíz, papa, plantar pasto y plantas al jardín, construir el *parwichi*. Hace falta, por ejemplo: participar en la siembra colectiva de la papa en el campo, en las fiestas de la comunidad, en los rituales agrícolas, etc.

(2) El aprendizaje del quechua en el contexto urbano, donde el uso del castellano es predominante, está restringido al hogar y a la familia. Existe ausencia de espacios de socialización del quechua en ámbitos sociales e institucionales, por lo menos no conocemos que las instituciones públicas propicien espacios de socialización del quechua para los niños y jóvenes, salvo la materia de quechua en las escuelas y colegios.

(3) Existe resistencia y opiniones contrarias vertidas por los familiares sobre el aprendizaje del quechua a Valentina. Al principio, la familia con quienes Valentina tenía mayor contacto se resistió a hablarle exclusivamente en quechua, le hablaron más en castellano; a eso debía la predominancia de su castellano cuando estaba aprendiendo a hablar. Las opiniones de algunos familiares poco o nada contribuyen en la transmisión del quechua, porque nadie querría aprender el quechua si hay gente que piensa que es una lengua obstáculo para aprender bien el castellano. Hay familiares que dicen: “Vas a retrasar el aprendizaje de su castellano, luego eso le va a generar problemas en la escuela. Si habla quechua la van a discriminar, el quechua es para campesinos e indios, ¿acaso Valentina es una de ellas?”

No fue, ni es fácil lidiar con estas situaciones, hasta ahora todavía seguimos con ciertas estrategias, a veces con los miembros de la familia estamos en permanente consenso, y otras veces de presión e incluso damos consignas como la siguiente: “Kay wasipiq

qhichwata parlakun” ‘en esta casa se habla quechua’ pese a que todos somos quechua hablantes.

Desafíos

- Uno de los desafíos planteados por los papás es que Valentina sea bilingüe coordinada quechua/castellano y que sea capaz de moverse en dos visiones de mundo, comprendiendo los sentidos y significados culturales de cada una de ellas, siendo capaz de entender sus bases epistemológicas y producir conocimientos que permitan la revitalización de la cultura y la lengua quechua. Además, que entendiendo esa estrecha relación de interdependencia, pueda aprender y comprender la cultura en lengua quechua y no sólo instrumentalizar el aprendizaje de la lengua por la lengua. Posteriormente, quisiéramos que pueda aprender una tercera lengua.
- Otro desafío es desarrollar la lengua quechua en contextos de modernidad, sin dejarse absorber por ella. Dadas las condiciones de colonialidad en las que vivimos, estamos conscientes que Valentina enfrentará situaciones difíciles en relación al quechua, pero al mismo tiempo, un deseo y un desafío es que ella supere esas dificultades y sea capaz de buscar estrategias orientadas a revitalizar la cultura y la lengua quechua.

Nuestra cultura y lengua quechua desde las entrañas de mamá

Alejandra Huamán Ccabua
Quechua, Cusco, Perú

Recordando mis huellas

Soy de la cultura y lengua quechua y me siento orgullosa por ello, gracias a mi madre. Desde sus entrañas llevo en la sangre esa riqueza cultural. Ella es monolingüe nativa del quechua, tiene mucho conocimiento del quechua antiguo y una cosmovisión quechua muy profunda con la cual he sido formada, criada, amamantando nuestra cultura ancestral. A la vez, mi padre, pensando que era lo mejor para sus hijos (como comentaré más adelante) siempre, siempre se comunicaba en castellano con sus seis hijos, incluso nos motivaba con canciones y música con su vieja guitarra para lograr que nos expresemos en castellano. Aun así, más peso tuvo nuestro quechua y cada uno de los hermanos tenemos como primera lengua el quechua. Sin embargo, no todos hemos logrado transmitir nuestra cultura y lengua a nuestros hijos.

De lo que tengo recuerdo, yo no pronunciaba ni una palabra en castellano hasta la edad escolar, seis o siete años. Aproximadamente a esa edad me llevaron a la ciudad del Cusco, alejándome de ese modo de mis raíces, de mis chacritas, de mis ovejitas, de mi lindo maletín de madera donde llevaba arrastrando un cuaderno usado simulando ir a la escuela y terminaba en la quebrada del pueblo jugando con saltamontes, grillos y mariposas, preparando tortillas de barro, construyendo chozas para todos, hablando en quechua con los *irqis* ‘niños’ del pueblo. Quizá por esa razón, papá y mamá decidieron que estudie en la ciudad, para que aprenda el castellano.

Cuando entré a las aulas, no entendía el castellano, tampoco tenía ninguna expresión en castellano, mi comunicación solo dominaba mi lengua materna y hasta mi llanto era en quechua. Como me comunicaba en mi lengua, nadie me entendía, incluida mi profesora.

Ella nos hablaba en castellano, motivo por el que me sentí entristecida. Cuando expresaba algo, lo hacía en mi lengua quechua, por ello fui burla de mis compañeras, era “la india” del aula. Mi lengua les molestaba, era una mezcla de risa e ira; como no conocía a nadie, con nadie podía hablar mi quechua, fue una situación traumática para mí.

No recuerdo en qué momento empecé a hablar en castellano en la escuela o en la calle. Cuando mi papá venía a verme, ya le contestaba como lo que él quería escucharme, en castellano. Al ver su rostro, podía ver la alegría y satisfacción de que por fin ya hablara el castellano. He tratado de entender las motivaciones de mi padre para que hable el castellano, él decía que era necesario hablar el castellano, ya que la justicia y los servicios que el Estado brindaba a todos los peruanos solo era para los castellano hablantes. El me decía “cómo te vas a defender, hija, si no sabes castellano, en la ciudad te van a comer zapatos y todo”. No quiero justificar a mi padre por la forma como me ha criado, más bien deseo reconocer y a través de este escrito, honrar su nombre y agradecer todo lo que hizo por nosotros y, sobre todo, por nuestra comunidad de Ch’aquepay, mi tierra natal.

El, como dirigente indígena, sufrió en carne propia todas las injusticias a que eran sometidos los hombres, mujeres, niños y niñas quechuas de mi pueblo. Por defender los derechos de nuestro pueblo, él era perseguido porque lo eligieron líder de la comunidad por su don de gentes, amable, solidario y cercano a todos, con carácter de hierro y porque hablaba el castellano. El era un buen dirigente que estaba ganando la batalla contra los hacendados abusivos, por eso lo buscaban por todo sitio, venían a mi casa hombres a caballo gritando ¡Inocencio Huamán! ¡Sal carajo! Y como él estaba cuidado por la comunidad, oculto en alguna cueva de los cerros, al no encontrarlo le insultaban y gritaban a mi madre, pero ella no comprendía nada, intuitivamente les decía *manan kaypichu*, él no está aquí.

Mi padre continuo con su lucha por las tierras de la comunidad, contra los hacendados, en las noches, al tronar de los pututus, las caracolas, que son unos instrumentos usados desde nuestros ancestros, liderados por mi padre se reunían en cuevas que solo conocían los dirigentes y algunos pobladores. Ahí, mi padre les arengaba en quechua porque los pobladores de esa época solo hablaban quechua, pero con la gente extraña, con los defensores de los hacendados solo les hablaba castellano, caso contrario no te hacían caso. No recuerdo cuánto tiempo haya sido esta etapa, pero sé que ahora las tierras

volvieron a ser nuestras, de la comunidad. Mi padre y los comuneros habían ganado, ahora trato de entender a mi padre, quizás eso es lo que quería que yo sea, como él con su castellano defendiendo junto al pueblo “porque solo para los castellanos hay justicia”.

Retomando mi paso por la escuela, lo cierto es que, para interactuar y comunicarme con mis compañeras, también ya podía hacerlo en castellano, pero mi quechua no se resistía y salía en cualquier expresión mía a pesar de que no me entendían. Yo seguía hablando también en quechua. Mis compañeras de salón y algunas profesoras dijeron que el que yo hablara en quechua desprestigiaba a la escuela, “qué va a pensar la gente, van a creer que esta escuela es de cholas”, decían. Por eso, en la escuela me prohibieron tajantemente expresarme en quechua, era como si me quitaran a mi madre, a mi hermano y hermanas menores y a todas las personas de mi tierra también. Me sentí mutilada, pero aun así, mi quechua seguía más vivo que nunca en mí, me acompaña siempre. Es la fortaleza que me da valor cuando lo necesito. A medida que iba pasando de grado en la escuela, la comunicación con mi papá y hermanos empezó a ser en ambas lenguas según las circunstancias, pero con mi mamá siempre ha sido y sigue siendo en quechua, del mismo modo con los familiares y vecinos de mi tierra natal.

Mis estudios primarios y una parte de la secundaria los concluí sin poder conocer a nadie que hablara en castellano. Ya en tercero de media, escuché a dos compañeras que durante los juegos deportivos se expresaron en quechua y en voz muy bajita para ir a los servicios higiénicos, entonces las vigilé buen tiempo, hasta que un día les abordé hablando en quechua y desde ese instante nos hicimos amigas. De ese modo descubrí que sabían hablar quechua y cada vez que podíamos, hablábamos en nuestra lengua. Qué satisfacción, cuánta seguridad nos daba hablar con este código tan familiar, nos contábamos historias, vivencias, pero secretamente cuidando de no ser descubiertas por las personas que se burlaban de nosotras para así evitar burlas y discriminación. En nuestras dudas o refuerzos de las sesiones de aprendizaje también nos ayudábamos usando nuestro idioma.

Cuando estudié para profesionalizarme en la docencia, en el proyecto CRAM ISP –La Salle de Urubamba, un programa de la universidad McGill de Canadá y la Pontificia Universidad Católica del Perú– pude darme cuenta de que mi idioma materno quechua era tomado en cuenta en el currículo de estudios. En este contexto, algunas compañeras no lograban comprender, menos hablar, entonces constaté

de que teníamos dificultades, incluida yo, porque manejaba oralidad pero no la escritura y lectura no. A pesar de que solían pedir ayuda a los que dominábamos quechua, sentía que me faltaba mucho aprender sobre mi quechua y que era importante no solo para comunicarme en familia y paisanos, sino también en el ámbito de estudio y, sobre todo, en mi trabajo de maestra con mis niños y niñas. En esta etapa, recuerdo a dos grandes maestros, un psicólogo y uno de quechua, quienes en sus horas académicas nos inyectaban la importancia del quechua. El docente psicólogo explicaba reiterativamente que un ser humano desde la gestación aprende oyendo, y que las madres gestantes debieran hablarle, explicarle a su hijo. Eso caló fuertemente en mí.

Cuando formé mi familia, mi cultura e idioma materno siempre estuvieron presentes, porque también mi madre política era quechua hablante y nuestra comunicación era y es en quechua. Con mis hermanos políticos bilingües nuestra relación era y es en quechua, de acuerdo a las circunstancias.

Ahora, nuestras huellas

Tuve la suerte de trabajar y estudiar. Me profesionalicé al mismo tiempo de estar trabajando. En esta etapa académica, entró con fuerza la importancia de trabajar y brindar el servicio educativo en la lengua y cultura en los espacios de los educandos, así que me sentí en mi mundo.

Al séptimo año de trabajo docente, tuve a mi primer hijo; cuatro años después, al segundo, ambos embarazos dentro de un ambiente quechua de la comunidad originaria donde laboro. Los controles de gestación los realizaba en la ciudad por el seguro de salud que el Estado brinda a todos sus trabajadores.

Durante el proceso de mi embarazo, niños y niñas pequeños del nivel inicial de la cultura y lengua quechua con quienes trabajaba, una vez que comprendieron mi situación de embarazo a partir de explicarles que el bebido que está en mi barriguita escucha y se pone contento, tocaban mi barriga, le hablaban y constantemente le invitaban a participar en sus juegos o en actividades que se realizaba. Por mi parte, delante de ellos le repetía y explicaba o ampliaba los deseos de niños y niñas a mi hijo que todavía estaba en mis entrañas.

Durante el proceso de mi embarazo nos comunicábamos conjuntamente que su papá expresándole nuestras emociones, actividades que hacíamos, siempre le conversábamos en quechua y pedíamos su

opinión, consultándole si le gustaba o no. Había días en que sentía sus movimientos con más fuerza, era como si escuchara cada palabra mía, de su papá, de los educandos, de las mamás, quienes expresaban halagos, bromas en quechua, al igual que otras personas que se congratian con mi estado de embarazo, todos hablaban en quechua. Entonces pienso que la cultura y la identidad se va sembrando desde el vientre materno y cuya cosecha es el resultado de que sí tiene identidad cultural (Los médicos afirman que los niños y las niñas durante el proceso del embarazo ya discriminan sonidos, distinguen voces, sienten lo que sucede a su alrededor). Entonces, qué mejor si se transmite desde el inicio de la vida para que su identidad, su matriz cultural quede plasmada.

El nacimiento de mis hijos fue esperado con ansias, al punto que cada día que pasaba era día de diversas expresiones, deseos de bromas en quechua por parte de nuestra familia, amistades, las madres de familia y los mismos educandos ¿Yaw warmacha, kunankamachu puñuchkanki? ‘oye bebito, hasta ahora estás durmiendo’, ¿Hayk’aqkamataq pakakunkiri! ‘hasta cuándo te vas a esconder’, ¿Imataq suyachkankiri? ‘qué estas esperando’, ¿Pitataq manchakunkiri? ‘de quién te asustas’, ¿Lluqsimunaykipaqqa kallpachakullayñayá! ‘toma fuerzas de una vez para que salgas’, ¿Pukllayta munakichu? ‘quieres jugar’. A estos comentarios se sumaban también los niños y las niñas para quienes es natural hablarle a la barriga de sus madres que están embarazadas, les conversan como si realmente estuvieran con ellos, participaran en sus juegos, en sus actividades de niño. Sucedió lo mismo con mi segundo embarazo ¿Usqhaytayá rikch’arimuy; puqllakunanchikpaq ‘despierta pronto para que juguemos’ ¿Qhawarimuy kay pukllanawan pukllasunchik! ¿Yaw warmacha uyarimuwachkankichu? ‘mira, con estos juguetes vamos a jugar; oye niño, me estás escuchando’. A la vez, nosotros sus padres también le hablábamos quechua y en castellano, comunicándoles acciones que en ese momento realizábamos, describiéndoles los espacios, los momentos donde nos encontrábamos.

Ambos desembarazos fueron en la ciudad del Cusco, fue obligatorio a raíz de las complicaciones que se me presentaron en ambos partos. Cuando retornamos a la cuna de la cultura quechua, mi centro de labor, les dieron la bienvenida a mis hijos, los parabienes, los halagos, las caricias y todo tipo de expresiones, de emociones en mi cultura y lengua quechua, y de acuerdo a las circunstancias y espacios en ambas lenguas.

Mi interrelación en el espacio donde laboro necesariamente siempre fue y es en quechua y con mis hijos, igualmente, nuestra

interrelación e interacción comunicativa desde un inicio fue y es en quechua o en ambas lenguas, todo de forma natural, sin prejuicio alguno. Además, mi madre consanguínea y mi madre política son monolingües quechuas y para comunicarse e interrelacionarse con sus abuelas, era favorable que mis hijos manejaran el quechua. Ya tenían la posibilidad de comprenderse al reencontrarse e interrelacionarse a través de sus historias, sus vivencias, lo que ayudó a reforzar la identidad cultural quechua así como a internalizar sentimientos mediante sus atenciones, expresiones de amor, cariño, todo en quechua. Los demás familiares les expresaran sus sentimientos en ambas lenguas.

En los años noventa, el mayor porcentaje de la población fue quechua hablante, aún más las madres de familia así como niños, niñas y jóvenes. Solo algunos varones solían retornar temporalmente después de haber inmigrado por situaciones de trabajo, ya sea a las grandes ciudades o a las minas informales de Puerto Maldonado, comunicándose en un castellano incipiente. Al final, estas personas terminaban por hablar nuevamente el quechua, ya que la forma común de interactuar en la comunidad campesina de Machacca es el quechua.

Aprendiendo con los hijos

Es en este ambiente que mis hijos se desarrollaron. En realidad, todos éramos parte de la comunidad no solo en el uso de la lengua, sino en compartir los diferentes eventos y actividades comunales de esta comunidad. A esto se sumó la oportunidad de contar con el apoyo de personas para el cuidado de mis hijos mientras yo trabajaba. Estas personas vienen de un contexto cultural y lingüístico andino en el que existe una forma de pensamiento y comportamiento con sus propias peculiaridades. Estas personas que fungieron de nanas eran lugareñas que formaban parte de nuestra familia, su interrelación con mis dos hijos y la familia era en su lengua quechua y poco a poco estas “nanas” aprendieron a comunicarse en castellano.

Cuando solían convocar a las diferentes reuniones programados por la Unidad de Gestión Local, íbamos toda la familia. Nuestras compañeras y compañeros de trabajo, al escuchar que las “nanas” mayormente se comunicaban con mis hijos en quechua, mostraban su disgusto y daban opiniones que me alarmaban y sentía preocupación por lo que pasaría en el futuro. Algunas opiniones que recuerdo fueron que mis hijos tendrían un castellano con interferencia, que la pronunciación

sería como de los “indios”, que no tendrían aspiraciones que le permitan “superación” en sus vidas, ya no recuerdo cuántas cosas más, seguro algunas más terribles que otras. En ese momento, como madre sentí mucho temor. Sin embargo, dentro de mis dudas y temores de madre estuvo presente el prejuicio de que mi hijo con tanta influencia de mi cultura y lengua quechua tuviera posteriormente interferencias, trabas en sus expresiones, “moteo”. A pesar de ello, seguía la interrelación con la cultura y lengua quechua así como el contacto con personas quechua hablantes. Pero, al final, comprendí que lo que hacía con mis hijos es lo que queríamos y lo que creemos correcto.

Es en ese contexto que mis hijos crecieron y se desarrollaron, entre un ambiente hostil y contrario a mis deseos pero también en un buen porcentaje acurrucados por la cultura y lengua quechua en un ambiente en algunos casos monolingüe y un ambiente bilingüe. Como dice un gran indigenista José María Arguedas, pensando en cristiano y en diablo. Como padres, para calmar nuestras preocupaciones, nos comunicábamos también en castellano y mis hijos respondían sin problema alguno, a la vez aprovechábamos al máximo los espacios de su interrelación con personas bilingües y siempre su papá me animaba a no cortar ese proceso de interrelación con el quechua, sustentando que les sería útil para sus vidas. Por eso, no solo garantizamos que también aprendan el castellano, sino conocer la otra cultura.

De este modo, una vez decidimos llevar a los chicos a un restaurante exclusivo, confieso que yo misma me sentía media rara al entrar; mi hijo mayor tenía cuatro años aproximadamente, estaba acostumbrado a comer cerca al fogón en un pellejo y sin cumplir ninguna etiqueta del manual de Carreño que es desconocido para nuestra cultura. Resulta que en este restaurante vinieron dos mozos para atendernos con ropa muy elegante que contrastaba con nuestra modesto modo de vestir, nos dieron la carta y elegimos los potajes de nuestro agrado, mi hijo mayor solicitó una gaseosa, desde ahí comenzaron “los problemas”: mi hijo quería servirse pero el mozo no lo dejó, sirviendo el vaso hasta la mitad, situación que nos parecía raro, ya que servir a medio vaso es como “ofender”. Lo que después vino nos puso en apuros: mi hijo agarró el vaso con el refresco y comenzó a rociar en la esquina de la mesa con mucha reverencia, diciendo “Pachamama qamraq ukayrukuy” ‘madre tierra primero sírvete tú’. Yo me puse roja y comencé a temblar, en ese momento recordé todo lo que las profesoras me habían dicho que mi forma de ser de fortalecer nuestra

cultura nos traería dificultades. Felizmente el mozo parecía conocer esta costumbre y con mucha comprensión limpió el piso que había opacado por el líquido. En casa conversamos al respecto en familia y acordamos que tan importante como fortalecer nuestra cultura es también conocer y saber comportarte en espacios de la otra cultura.

Mi hijo mayor inició el pre escolar formalmente a los tres años, en un ambiente quechua de interrelación, comunicaciones, explicaciones, acuerdos con sus pares, actividades de aprendizaje, juegos, canciones, baile, producciones de textos. Le encantaba participar en toda actividad, era líder en diversas actividades. Recuerdo que a esa edad se iba con sus compañeros a sus casas y regresaba lleno de barro u hollín, porque hacía la misma actividad que los niños de esta comunidad. Mis hijos aprendieron con los niños en sus casas, en el corral, en la chacra, en todas sus actividades, era uno más de la comunidad, no he encontrado ninguna diferencia entre la vida de los niños de Machacca y la de mis hijos.

Cuando mi primogénito cursaba sus cuatro años, mi segundo embarazo se complicó y tuve que estar con descanso médico en la ciudad. Entonces buscamos una Institución Educativa Inicial. Pensando en que allí no sería tan traumático cambiar de ambiente, lo matriculamos en una Institución “folklorica” de la ciudad. Al parecer, no se sentía bien, porque tardó en adaptarse a esa realidad. En estas circunstancias, mi hijo algunas veces se expresaba en quechua y sus compañeros que no entendían el idioma se burlaron, lograron cansarlo con sus burlas, hasta que le llamaron ¡llama! Así les decían a los que hablan quechua, ¡llamaaa! Esta expresión era de un niño que abusaba a otros pequeños, además, tenía su grupo y entonces mi hijo reaccionó, y se enfrentó retándolos y saliendo vencedor. Las profesoras nos hicieron llamar para comunicarnos el incidente y que, además, el agredido era sobrino de un congresista. Al niño le molestaba que mi hijo hablara en quechua, por eso las profesoras estaban preocupadas y un pedido especial era que no hable ese idioma en la Institución. Cuando le pedimos explicaciones a mi hijo, él refirió que no sabían su quechua y tampoco tenían fuerza como sus amigos de su Machacca y que por eso los venció y los vencería cuantas veces pudiera hacerlo. Además, refirió que él no era ninguna llama y que era de Machacca, donde se hablan dos idiomas, y no “unito solamente”.

Durante ese lapso de tiempo, su interrelación con sus pares era netamente en lengua castellana, mi hijo contaba que allí nadie sabía

hablar o cantar en quechua, decía que extrañaba a sus amiguitos y preguntó si podíamos traer a sus amigos de antes para que juegue y hable con ellos. Frente a ello, le explicamos que faltaba poco para regresar al lugar de sus amigos en Machacca. A la vez, en familia hablábamos, cantábamos, le contábamos historias, experiencias vividas con sus amigos, con las personas del entorno de Machacca, con nuestra familia o en diversas actividades agropecuarias y festivas, expresándonos en quechua. Yo veía que así se tranquilizaba. Le manifestábamos que en esa nueva Institución Educativa Inicial que le habíamos matriculado conociera a nuevos amigos, ya que era un centro que decía ser folclórico y a mi hijo le encantaba desde siempre la música y la danza, las canciones, el arte y, sobre todo, bailar. Es así que participaba en las actividades de la Institución cantando las canciones aprendidas en quechua y bailando huaynos que él elegía y sugería, se hizo famoso por sus dotes de niño quechua, motivo por el que le pidieron que componga una poesía o una canción. Compuso una canción a un poncho que le compramos en Ocongate, una comunidad aledaña. La diferencia entre un poncho de Ccatca es que este es muy colorido y con flecos multicolores en todo el borde y el poncho de Ocongate tiene dos variedades, uno de colores pero otro de lana sin teñir básicamente de color blanco y negro, parece que eso no le agradaba mucho y compuso la siguiente canción:

“Ccatqueñito, Ccatqueñito
no te pongas ese poncho,
ese poncho no es de Ccatca,
ese poncho es de Ocongate” (bis)

Esto lo compuso y lo cantó antes de cumplir los cinco años. Desde esa edad, quien sabe desde antes, él se sentía parte de la comunidad campesina de Machacca, lo que explica que, al no soportar el desprecio por su pueblo, reaccionó golpeando al niño que se burlaba de su terruño. Reflexiono y pienso que desde una temprana edad, aún mucho antes, desde las entrañas de nuestra madre, se va sembrando en el alma lo que uno desea que en un futuro del mañana la persona con pasión ame, ame su lengua, defienda su procedencia y, sobre todo, que se comprometa por el bienestar de su pueblo.

Después de tres meses retomé mi labor de maestra en la comunidad campesina. Cuando mi familia se enteró de que retornaríamos a Machacca para seguir desarrollándonos con mis hijos dentro de la

cultura y lengua quechua, me dijeron que quizás estaba loca porque estaba sacrificando a mi hijo. Parece que el temor de la familia por lo que pudiera suceder con mis hijos era premonitorio, porque recuerdo la primera vez que retorné cargada de mi primogénito recién nacido, al bajar del carro, ya camino a la escuela por la cumbre donde la paja me acompañaba con su silbido y el hielo sonaba en cada paso que daba, el frío era incesante, como siempre. De pronto, sentí que mi hijo se retorció de dolor. Lo bajé de mi espalda donde lo llevaba cargado y pude comprobar con terror que mi hijo estaba morado, respiraba con dificultad, yo quería coger un carro para regresarlo a la ciudad del Cusco, pero mi pareja me dijo que lo lleváramos a una casa cercana.

Así que acudimos a la casa de la señora María Huamán, nombre que nunca olvidare, ella estaba sentada en la puerta de su casa *chacchando* (masticando) coca. Con una serenidad que me mortificaba me recibió, metió a mi hijo a su cuarto, lo puso encima de su cama, lo liberó de la faja con la que estaba envuelto (*walthasqa*) dejando ver su cuerpecito casi desnudo. Ella estaba con la boca llena de coca, a eso se aumentó un poco de sal y alcohol. Era increíble, a cualquier persona esta mezcla en la boca la asfixiaría, ella con los ojos que se le nublaban y roja por lo que tenía en la boca, movió las mandíbulas mezclando en la boca la coca, la sal y el alcohol. Esta mezcla verdosa la recogió en sus manos y le pasó en las axilas. Al rato mi hijo se curó. Cuando le pregunté cuánto le debía, ella me respondió: “Cómo me vas a pagar de esito. Además, cómo voy a cobrar por haber curado al hijo de nuestro Apu Salqantay”.

Este hecho marcó mi vida y siempre pienso que todo lo que pasa con mi hijo, su amor por la tierra que lo ha criado, la lengua con la que ha aprendido todo lo bueno en esta vida, es el compromiso que tiene para con ello, es su misión. A la fecha, tiene muy bien inyectada la lengua y cultura, tanto así que él se siente machaqueño (lugar donde vivimos) a pesar de haber nacido en la ciudad. También fue decisivo haberlo llevado a lugares de ceremonias, siempre acompañaba a su padre a diferentes lugares donde viajaba y hacía actividades muy propias de nuestra cultura ancestral. Veo a mi primogénito al igual que a mi segundo hijo con la cultura quechua y para lograrlo ha jugado un papel importante y decisivo sus participaciones en las actividades que su papá realiza.

Al iniciar mi trabajo de docente, pienso en esos momentos

difíciles que yo pasé, de la discriminación por mi lengua y mi cultura que soporté. Entonces aprendí a conocer a cada niño y niña, que tienen que usar la lengua materna para comunicarnos, evitando que el inicio de su vida escolar sea traumático, que tengan la posibilidad de aprender en su lengua, de soñar en su lengua, de reír en su lengua, de amar su lengua; después todo será fácil, el que aprendan el castellano y otras lenguas también.

¿Cómo nació “la idea”?

Nuestro interés principal fue que la comunicación y la interrelación con sus abuelas quechua hablantes fuera con familiaridad y de forma natural en el idioma quechua. Nuestros hijos lo hicieron desde el primer contacto, lograron ese propósito con el manejo de ambas lenguas sin interferencias, entendiéndose en todo momento. Hubiera sido injusto que por el problema del idioma la relación entre abuelas y nietos fuera como de personas extrañas. Expreso este punto porque conozco casos en los cuales por falta del idioma quechua u otro idioma originario de los hijos no hay un ápice de comunicación entre familias consanguíneas porque fue descuidada la transmisión del idioma originario quechua u otra lengua originaria. Esto, a pesar de que la primera lengua materna de la madre y el padre es una lengua originaria que dominan y con la cual se interrelacionan en espacios y tiempos con otras personas lugareñas. Con sus hijos e hijas utilizan sólo la lengua castellana y no utilizan el idioma quechua pensando erróneamente que este puede interferir en algunas expresiones en castellano y ocasionar que la gente su burle de ellos y los discrimine. De esta manera, los hijos se ven limitados a comunicarse con los abuelos con ayuda de un traductor. Lo más triste es que incide negativamente en cualquier enseñanza que los abuelos pudieran transmitirles hacia sus nietos.

Nuestra lengua materna es el quechua y hubiera sido injusto que no lo hubiéramos podido transmitir a nuestros hijos. El contexto de labor pedagógica, como lo presenté antes, es en quechua y era nuestra obligación aprovechar estos espacios también para que los hijos logren comunicarse en el idioma del contexto de trabajo, sin descuidar la comunicación en la lengua castellana. Consciente o inconscientemente conseguimos que nuestros hijos puedan ser bilingües y logren desenvolverse en ambos idiomas, de igual modo que

comprendan las dos culturas. Sentimos haber logrado que sean bilingües, lo que les ha facilitado en muchos aspectos. Son más comprensivos en muchas situaciones de la vida cotidiana; de acuerdo a lo que ellos han manifestado, el saber quechua les ha permitido aprender sin mayor dificultad el inglés como tercera lengua, ya que también muestran una fluida comunicación esta lengua; muchas veces ambos conversan y hacen planes indistintamente en quechua, en español o inglés. Esto nos hace sentir como padres enormemente feliz y satisfechos, aunque sabemos que tenemos que seguir alimentando en el camino y aportar para que cuando ellos tengan descendencia, no se olviden de sus raíces ni del compromiso y la responsabilidad que tienen con su cultura.

Particularmente yo me siento muy feliz, ya que ellos al aprender también el inglés no se sentirán frustrados como yo cuando viajé a Inglaterra. Allá todos me conversaban en inglés y yo no podía responder ni comprendía casi nada, no podía conversar ni preguntar. Como dicen en mi tierra, era una *opa* (discapacitada) en ese mundo. En mis adentros también pienso cómo se sentirán también los estudiantes cuando los y las docentes les hablamos solo en castellano cuando sabemos que no hablan todavía el castellano. Me imagino que se sentirán tan angustiados como yo cuando no entendía el inglés. El hecho de que hablemos nuestra lengua quechua no quiere decir que no podamos aprender el castellano y si es posible, otras lenguas también. Por eso deseamos garantizar la transmisión de mi lengua y mi cultura en ellos y pensamos seguir orientándoles para que en el futuro ellos no descuiden la transmisión de la cultura y lengua quechua a sus hijos el momento que formen y tengan familia, ya que por el momento aún son estudiantes.

También anhelo mucho que mis hijos provoquen el amor por la lengua y por la cultura en las demás personas, sobre todo en los de su generación, ya que este grupo es el que está dejando de lado nuestro idioma justificando que el quechua ya no sirve para nada, pensando que es innecesario aprenderlo porque no aparece en ningún juego virtual como el “dota”, juego que apasiona a muchos jóvenes. Sus intereses van por las cosas modernas más que por lo ancestral. Mi hijo mayor está trabajando algo en eso, en los grupos con los que se reúne siempre habla el quechua, comenta sobre toda su experiencia vivida y compartida en Machacca y sé que a muchos les interesa.

Lo que queremos lograr en nuestros hijos es que se comuniquen con fluidez en quechua y en castellano, que se sientan orgullosos de su cultura, lo que les va a brindar seguridad en su vida. También queremos que conozcan a través de la lengua la vida de sus abuelas para fortalecer su identidad y su quechua. Hemos pensado que si ellos hablan bien el quechua, podrán también tener acceso a todos los conocimientos de nuestra cultura, ya que el quechua guarda dentro de sí muchos conocimientos que son transmitidos por los abuelos. Para eso, ellos tienen que saber el quechua, esa lengua con la cual nos criaron nuestros abuelos.

En Machacca como en muchas comunidades indígenas hay tantos conocimientos y los *yachaq* (sabios) son portadores de todo esta sabiduría en diversos campos, Por ejemplo, en el tejido, cada poncho, cada textilera tienen su *pallay* que son motivos que grafican el sentimiento y la sabiduría de los pueblos. Cada uno de estos motivos es interpretado por los *yachaq*, que en su mayoría son los más viejos y que solo hablan quechua y dan toda la información en esta lengua. Muchos abuelos ya no están aquí y se van llevando todos sus conocimientos. O los alfareros, que en su corazón, en su mente todavía saben cómo hacer las cerámicas para las diferentes ceremonias que ahora casi no se hacen más, como el *llama t'ikachay*, *uwiba ch'uway*, San Isidro, San Marcos y tantas ceremonias que guardan tanto conocimiento y sabiduría que se va perdiendo porque ya no practicamos nuestras costumbres y ya no hablamos nuestra lengua. Nuestra mente que por años ha sido colonizada así nos fuerza a pensar.

Aspiramos quizás mucho pero hasta ahí queremos llegar, hasta aproximarnos cada vez más al conocimiento de nuestros abuelos. Deseamos de todo corazón que un día no muy lejano todos los maestros y maestras comprendan que lo que nos hace diferentes no nos separa, al contrario, en la diversidad de nuestra cultura está la esencia de nuestro país. Por eso deseo con todas las fuerzas desde la entrañas de madre que nuestros hijos y los de su generación permitan que la práctica de nuestras costumbres y nuestra lengua quechua y todas las lenguas y culturas originarias no sean una rareza y nos miren con sorpresa como si estuviéramos en un museo. Pretendemos que nuestros hijos y los que piensen como nosotros podamos permitir que todos logremos tener un gran corazón para nuestros hermanos no solo de nuestra comunidad, sino de todas los que pueblan nuestra *pachamama* de todo el planeta.

Las estrategias

En todo momento durante la gestación, el crecimiento y el mismo desarrollo de la niñez y juventud, la interrelación y comunicación con mamá y otros familiares quechua hablantes siempre fue y ha sido un espacio para fortalecer el quechua.

Una de las acciones que hemos utilizado como estrategia es el haberles “dejado en libertad” para que puedan compartir con el espíritu y la forma de pensar, de trabajar, de sentir de la comunidad de Machacca. Recuerdo que una fecha, aprovechando que nos quedábamos en la comunidad, fuimos para apoyar a una familia en la siembra de papas. Al llegar a la chacra, tendí una manta donde senté a mi hijo menor que tenía cuatro años más o menos, y le puse algunos juguetes a su alrededor para que “se distraiga” y no nos moleste mientras trabajamos en la siembra. En un momento, una niña de seis años se le aproximó y le dijo: “¡Yaw irqi, imatan chaypi laq’arayanki, imallatapas yanapakuy!” ‘oye niño, qué haces ahí tirado, ayuda en algo’. Diciendo esto continuó hablando: “Awir makikita puqtuy... aha chayqa makikiqa wanu churanaykipaq hinaña kachkan” ‘a ver, junta tus manos, ahí está pues, tus manos ya son del tamaño exacto como para dosificar el abono’. Dicho esto, juntos comenzaron a poner abono en la chacra y vi como mi *wawa* disfrutaba de la actividad más que sentado encima de la manta. Una cosa es mirar cómo se pone el abono, otra es tener entre tus manos y esperar que las semillas broten, es una gran emoción que vi en mis hijos al realizar este trabajo. Estas actividades marcan para siempre a nuestros hijos, por eso cualquier situación similar la supimos aprovechar para contribuir en su formación.

Mis hijos acompañaron siempre a su padre, él enseña quechua y cosmovisión andina. Recuerdo que cuando regresaban de ir a sus talleres, ellos venían repitiendo lo que habían escuchado de su padre, discutían entre ellos sobre la importancia de amar y respetar nuestro legado cultural. Así es como ellos replicaban entre sus compañeros el amor por lo nuestro.

Algunas veces, hemos provocado que mis hijos se queden a solas con sus abuelas que son monolingües quechuas, es decir, les hemos creado la necesidad de aprender el quechua. En la escuela solíamos invitar a los niños de la comunidad para que se queden

jugando con nuestros hijos y casi siempre permitiendo que vayan a la casa los niños de esta comunidad para que compartan sus juegos y sus costumbres. Así nos dábamos cuenta cómo los niños no tienen mayor problema en aprender e incorporarse a la vida de la comunidad. Eso sí, nuestras colegas nos incriminaban diciendo que estábamos poniendo en riesgo la integridad física y moral de nuestros hijos, ya que ellos podrían llenarse de piojos o, lo que es peor, temían que se pudieran contagiar de alguna enfermedad. Decían “esos niños son pobrecitos, sin ninguna aspiración”. Por mi parte, yo les decía “profes, dejen que sus hijos compartan con los de la comunidad, la pobreza no es contagiosa”. En verdad, es una mirada de temor que algunas personas tienen, lo más irónico es que estas profesoras también procedían de familias indígenas. Los niños que maravillosamente compartieron sus juegos y sus sueños con nuestros hijos ahora ya son jóvenes, ellos les reclaman a mis hijos por haberse ido del pueblo, “mira qué eres tú, nosotros ya somos regidores”, escuché decir a uno de los amigos de mis hijos.



Disfrutando de la lengua y la cultura quechua. Alejandra con Fernando y Siwar.

Nuestras fortalezas

Una de las fortalezas que considero importante es que la comunicación en lengua quechua con la que se interactúa en esta comunidad fortaleció el aprendizaje de la lengua no solo en mis hijos, sino también en nosotros que profundizamos el aprendizaje de nuestro quechua.

Una de las fortalezas que hemos tenido es pertenecer y vivir en una familia donde nuestros padres y hermanos son quechua hablantes, el estar en las diferentes actividades de la comunidad participando en muchas actividades donde todo lo que se hace hablando el quechua contribuyó mucho en el proceso de aprendizaje de nuestra lengua quechua. Los niños y niñas que fueron los compañeros de aula de nuestros hijos lograron que estos aprendan el quechua, en algún momento sus compañeros quechuas trataban de hablar en castellano y nuestro hijos les respondían en castellano y si los niños les hablaban en quechua, ellos también respondían en quechua.

También nos ayudó mucho el tiempo que vivimos en Cochabamba durante el tiempo que estudiamos en el PROEIB Andes, nuestra maestría. Nuestros hijos se quedaron sorprendidos en una ocasión cuando entramos a la sala de computo ya en la tarde después de que terminaran las clases y vieron que una señora campesina se había sentado en la maquina asignada a nosotros. Entonces, cada uno de nosotros empezamos a hacer algunas hipótesis sobre la presencia de una “campesina” en nuestra computadora, debe estar descansando o quizás mirando alguna película o simplemente observando fotos en google.

Antes de aproximarnos, una voz detrás de nosotros dijo: “Doctora, ya le toca su conferencia, la estamos esperando”. La “campesina” apagó la máquina y se dirigió a dar su charla magistral. Eso nos impresionó, nos quedamos sorprendidos porque en mi país una persona como ella no siempre llega a doctora ni maneja una computadora. De ahí nos dimos cuenta que podemos ser profesionales con grados de doctor y no por eso debemos de cambiar nuestro ser indígena. No solo fue el caso de esta doctora que caminaba sin renunciar a su ropa indígena, había también diputados, congresistas y estudiantes indígenas con sus ropas de su comunidad. La universidad acogía a las cholitas sin ser discriminadas por lengua originaria o sus ropas, la universidad reconocía a las lenguas originarias.

Quizás por eso, mi hijo mayor con frecuencia se pone la ropa de la comunidad de Machacca. Vestido de ese modo, se va a estudiar o sale con sus amigos, de ahí la importancia de haber conocido todo eso en Cochabamba.

La oportunidad de salir a realizar nuestro trabajo de campo también fue de mucha importancia para nosotros y nuestros hijos. Al primer trabajo de campo nos permitieron ir en familia, situación que facilitó mucho la inserción a la comunidad a donde fuimos a hacer nuestro trabajo de campo como parte de nuestra formación. Fuimos a una comunidad quechua hablante, Pacchapata Lux, donde nos insertamos en una familia para realizar el trabajo de campo. Ellos tenían tres niños que hablaban castellano y también quechua. Cuando se dieron cuenta de que mis hijos hablaban quechua, nos recibieron con más confianza y cariño, ya que en Bolivia nos enteramos que a los peruanos no nos tienen mucha confianza por la cantidad de compatriotas que dicen que no son “muy honrados”.

Pero en esta familia no tuvimos problema alguno, es más, nos incorporamos con facilidad a las labores cotidianas, ahí aprendimos muchas palabras nuevas en quechua, como “yakumay” que es la acción de ponerle un bozal a las crías de las cabras para que no se tomen la leche y haya que ordeñar al día siguiente. Como mis hijos sabían que nos interesaba saber sobre la comunidad y también nos interesaba el quechua, cada tarde al regresar del trabajo mis hijos nos repetían un listado de palabras quechua, que en este momento no se me viene a la mente. En esta comunidad de Pacchapata Lux también nos alojamos en casa de unos ancianos y con frecuencia los invitábamos a comer del mismo modo ellos a nosotros. Estos abuelos, durante o después de la comida, nos solían contar cuentos, compartían sus conocimientos, nuestros hijos siempre estaban atentos a la palabra de estos ancianos, estoy segura que ellos aprendieron mucho de las personas de ese pueblo gracias a que comprendían el quechua.

Otro lugar a donde fui, esta vez solo acompañada de mis hijos, fue Anzaldo. En este pueblo pudimos comprobar que todos hablaban en quechua, todos se comunicaban en quechua los padres de familia, los niños y también los docentes. Esto impresionó a mis hijos ya que ellos tenían el triste recuerdo de sus profesoras en mi país que no le daban importancia a lengua quechua.

Cuando visitamos lugares lejanos, igual siempre encontrábamos que el medio de comunicación más común en esa época era el

quechua, posiblemente como en muchos lugares este escenario haya cambiado. En Tolata encontramos niños quechua hablantes y su interacción de diálogo fue inmediata. Mientras yo recogía información de campo en Tolata, cuando preguntaba en quechua, los niños no querían hablar, pero cuando escucharon hablar a mis hijos, ellos también comenzaron a hablar en quechua. En este mismo poblado nos sugirieron visitar las chicherías, pero el responsable del cuidado del lugar donde se preparaba la chicha no nos quería mostrar cómo procesaban la chicha. Cambió totalmente cuando mis hijos le comenzaron a conversar en quechua y pedirle que nos deje ver el lugar donde preparaban la chicha. Argumentaron que veníamos de lejos y así fue como nos dejaron entrar al mismo lugar donde hacen la chicha. Fue impresionante ver los peroles gigantes y las llamas de fuego producto de unas garrafas de gas con las que hacían hervir la chicha. Era una producción a escala industrial en comparación con la forma de elaborar la chicha. Después de admirarnos, pasamos al salón a tomar chicha y ahí todas las personas que consumían chicha conversaban amablemente en quechua, todo era en quechua.

Un lugar que impresionó a mis hijos fue un mercado de coca en Cochabamba, ahí las personas se sentaban en unas banquitas que ponían las vendedoras o simplemente al borde la calzada y como si fuera un club, alrededor de las vendedoras se ponían a *chacchar* la coca y conversar en quechua.

En el PROEIB Andes nuestros hijos también constataron que se enseñaba el quechua, se daba importancia a la cultura, todo esto fue asimilado por ellos y siento que eso le ha fortalecido mucho su identidad.

Cuando buscamos un lugar para alquilar vivienda tuvimos la gran suerte de encontrar una casa donde los dueños tenían hijos casi de la misma edad que mis hijos. Estos niños, contrariamente a las otras personas que habíamos conocido, no hablaban quechua, y cuando mis hijos quería decir algo sin que se enteren los hijos del dueño de casa, lo hacían en quechua. Por alguna razón, estos niños querían aprender quechua, mis hijos les enseñaron algunas palabras durante el tiempo que estuvimos. Después nos enteramos que el papá de estos niños hablaba quechua porque les habló en quechua a mis hijos. Al escuchar esto, la esposa y los hijos gritaron en coro: “¡sabías hablar quechua!”. Su familia le reclamó porque sabiendo quechua, nunca les enseñó.

Durante el tiempo que vivimos con esta familia, siempre había ocasión para hablar sobre el quechua, mis hijos siempre estaban dispuestos a enseñar algunas palabras que les interesaba saber a esta familia.

Nuestras dificultades

En este punto, puedo señalar tres dificultades: la profesora, los prejuicios de la sociedad, el poco tiempo que dedicamos al fortalecimiento del quechua de manera programada.

La profesora: como señalé anteriormente, un obstáculo contra el cual hemos luchado fue la profesora de mi hijo. Cuando trabajaba todavía en la comunidad campesina de Machacca, mi hijo menor me contó ya muy tarde, cuando ya salimos de la comunidad, que su profesora les prohibía hablar en quechua, es más siempre estaba ridiculizando a los que se comunicaban en esta lengua, amedrentándolos, diciendo que si no dejan de hablar quechua, sería una desgracia para ellos. Las profesoras me decían “cómo puedes hablar a tus hijos en quechua, les estás malogrando su castellano”. Algunas veces, pensé que podía interferir en su comunicación, estuve con temor, pero al final comprobé que no había problema. Ahora veo que los hijos de estas profesoras no hablan quechua y se lamentan porque ahora para cualquier trabajo es necesario saber el quechua.

En las capacitaciones que iba, me decían las profesoras “oye Alejandra, mira, despierta, date cuenta lo que estás malogrando a tus hijos. ¿Por qué los traes al campo para que se junten con estos indios? No puedes dejarlos en la ciudad del Cusco? Qué les espera a tus pobres hijos, cuando vayan a la ciudad, van a sufrir, van a repetir. En nosotros nomás ya que se termine el quechua”. Pero ahora veo que mis hijos no han repetido de año ni ha sido tan dramático como lo desearon para mis hijos. Al contrario, ellos tienen más ventaja sobre sus compañeros y como dije, ahora en las instituciones se está enseñando el quechua y ellos se sienten muy orgullosos de saber más que sus compañeros.

Siempre me ha rondado la pregunta cómo vive la mayoría de los niños que han sido discriminados por su lengua, por su forma de ser. Posiblemente con este trauma lingüístico vivieron nuestros hijos y muchos como ellos que prefieren callar.

El prejuicio de la sociedad: por su parte la sociedad no reconoce las diferentes culturas que existen en nuestra región, en nuestro

país y quieren uniformizar el habla, la forma de vestir, etcétera. A las personas que hablan quechua no les hacen justicia, no los consideran, les piden que hablen en castellano, como lo que pasó en el relato que voy a citar: En Ccatcca hay una fiesta, a esta reunión asisten casi la totalidad de las comunidades campesinas aledañas a este distrito, dejando sin ningún cuidador en la casa. Aprovechando esta situación, unos ladrones que habían llegado desde la ciudad estuvieron intentando robar en una casa, pero por suerte algunos comuneros que pasaban por ahí los habían logrado capturar. Uno de los campesinos llegó corriendo hasta el puesto policial y le dijo al policía: “papáy, suwatan hap’iramuyku, haku risun chay suwata hap’iramuy” ‘señor, hemos agarrado a un ladrón, vamos a agarrar a ese ladrón’. A eso el policía le respondió: “Mira cholito, yo no hablo quechua, *manyas* (te das cuenta, variedad castellano popular citadino), no? Anda aprende a hablar castellano y regresa, entonces te voy a atender”. También una vez, cuando fuimos con mis hijos a visitar a una familia, tocamos el punto de cómo es que los que solo hablamos quechua somos despreciados.

La señora que visitamos nos contó este relato que escuché en varias ocasiones, no sé si es un invento o si es verdad, pero esto es lo que cuentan: Una señora quechua hablante por accidente se había encontrado envuelta en un caso de asesinato. Los policías le preguntaban en castellano y la mencionada señora solo contestaba en quechua. Los policías que no sabían quechua enfurecidos la golpearon y le gritaban diciendo: “¡habla en castellano ¿sabes o no sabes?” y la señora dijo “¡sí!”. A todo lo que le preguntaban, ella respondía “¡sí!”. “¿Es verdad que tú la matates porque te quería abusar?”. Ella respondió “¡sí!”. “Después de matarle ¿tú robaste su dinero?”. Ella dijo nuevamente “¡sí!” y así sucesivamente, a todo lo que le preguntaban, ella decía sí, sí, sí, por eso está en la cárcel ahora. Después de escuchar o ver situaciones como en la narración, yo me pregunto cómo se sentirán los niños o las personas que escuchan estos relatos. A veces me gustaría ser el corazón de mis hijos para saber qué sintieron cuando escucharon el relato o cuando veían el maltrato que siempre se ha dado a los quechua hablantes. Lo que más me inquieta es saber cómo, aun así, ellos y muchas otras personas persisten en querer difundir el quechua. Con esta forma de discriminación, pocos querrán que sus hijos aprendan el quechua ya que es ocasión de desprestigio, y eso ven los niños y niñas, por eso ya no quieren aprender el quechua.

También considero como grandes obstáculos el haber cortado el contacto del idioma quechua y la interrelación con niños y niñas quechua hablantes de mis hijos. Quizás por eso mi hijo mayor quiere regresar a la comunidad de Machacca a vivir con la comunidad, porque él ve que en la ciudad no hay forma de fortalecer la lengua, mucho menos la cultura de nuestro pueblo, más al contrario, en la ciudad hay una discriminación por el color de la tez, por el físico de las personas.

No hay lugares en la sociedad donde se pueda interactuar en quechua, por eso pienso que si no salíamos de la comunidad, ellos también hubiesen terminado el colegio en este lugar. Pero salimos por casi tres años a estudiar en Bolivia. En la universidad me descuidé de seguir hablándoles en quechua a mis hijos, pienso por la mucha carga de trabajos que teníamos y mis hijos ya tenían amigos que solo hablaban castellano y salían a lugares distintos a los de una comunidad campesina. Casi ya no estábamos con ellos como antes. De vez en cuando, para comunicarme con ellos daba todas las indicaciones en quechua, pero no fue suficiente. No obstante en Cochabamba, como ya manifesté tuvieron otras oportunidades que consolidaron la cultura y el amor por la lengua de sus abuelos en el corazón de mis dos hijos.

Así estamos ahora

El logro más importante es que nuestros dos hijos se comunican en quechua o en castellano de acuerdo a las circunstancias. Sin embargo, nuestro hijo mayor domina tanto la escritura como la lectura, se comunica con fluidez en cualquier ámbito, con cualquier persona. Nuestro menor hijo, en cambio, puede comunicarse oralmente en quechua o castellano con la familia o con cualquier persona de acuerdo a las circunstancias, pero tiene dificultades en la escritura del quechua. No obstante, él por su propia voluntad ha decidido matricularse al curso de quechua en la universidad del Cusco, porque desea viajar al extranjero a dictar quechua en alguna universidad. La comunicación con los abuelos y personas que hablan quechua ha fortalecido su identidad y esto contagia a los chicos de su generación

En Anzaldo, cuando los profesores escucharon hablar en quechua a mis hijos, los profesores decían “cómo unos peruanos hablan quechua y nosotros nos avergonzamos de nuestra lengua”, y prometieron enseñar a sus hijos el quechua. Lo mismo pasaba también en la

maestría, muchos de nuestros compañeros se impresionaban porque nuestros hijos hablaran quechua. Cuando solíamos salir a la calle y por alguna razón la gente los escuchaba hablar en quechua, se sorprendían y la mayoría de ellos les felicitaba y mis hijos se sentían estimulados y muy felices por ello. Esto no es más que una muestra de que si habría un reconocimiento por la lengua originaria, muchas personas se sentirían motivadas y felices de hablar en quechua. Creo que hay que trabajar en dar las condiciones para que la lengua se desarrolle no solo en la familia, sino que también encuentre en la calle el estímulo necesario para hablar con orgullo, sin sentir vergüenza de nuestras raíces.

Desafíos actuales

Tenemos muchos desafíos a nivel familiar: buscar formas amigables de fortalecer el quechua en nuestros hijos, dándole mayor atención a mi hijo menor; buscar estrategias para que aprenda el quechua y de ese modo lograr que con apoyo del centro de idiomas de quechua y el reforzamiento en casa, logre hablar el quechua de manera fluida; para ambos hijos, hablar con ellos cada vez en quechua en la casa para que mejoren su dicción y su desenvolvimiento. Una de las formas más rápidas y más seguras es involucrarlos en las actividades propias del campo, en la charca, en el pastoreo y en las fiesta de la comunidad.

El otro reto que nos hemos puesto como familia es ver un momento y un lugar para invitar a los padres de familia y a los hijos de estos que estén interesados en querer fortalecer el quechua en su forma oral y escrita. También pensamos realizar talleres foros y algunas reuniones para sensibilizar sobre la importancia de nuestra lengua y nuestras costumbres que nos legaron nuestros mayores.

Lecciones aprendidas

Es importante dar continuidad a la comunicación e interrelación utilizando la lengua materna, en este caso el quechua. Nuestro gran error ha sido el haber descuidado el uso cotidiano del quechua, dándole mayor peso a comunicarnos solo en castellano.

Debemos garantizar el proceso de consolidación de la lengua en nuestra descendencia, solo de este modo estará garantizado que nuestra lengua originaria no muera.

Es importante a la hora de invitar o sensibilizar a las personas que quieran aprender el quechua socializar por qué es importante aprender nuestra lengua originaria, qué beneficios trae, qué pasaría si dejamos de hablar nuestra lengua y así por el estilo. Deberíamos saber por qué es importante que una lengua no desaparezca.

Debemos estar conscientes que transmitir la lengua a nuestros hijos y a las personas interesadas que se encuentran en nuestro entorno, permite reflexionar sobre nuestra responsabilidad de preservar nuestras costumbres y nuestra lengua. Como dicen Scott y Paul en un taller sobre introducción a la lingüística quechua, las lenguas no desaparecen sino que los hablantes somos los que matamos cuando dejamos que nuestros hijos ya no hablen. Si una generación deja de hablar una lengua, es muy posible que esa lengua ya esté destinada a desaparecer, de ahí la importancia y gran responsabilidad de enseñar a nuestros hijos. Para eso, para motivar, el día de la clausura, mi hijo mayor fue a tocar su bandurria cantando en quechua y los asistentes se sorprendieron, primero, porque los jóvenes de su edad están en “otra onda” y segundo, porque había muchos docentes que conocían a mi hijo mayor y se sentían contentos con saber que él sigue hablando el quechua y practicando nuestra cultura.

Para que nuestras lenguas originarias no mueran, debemos trabajar desde diferentes lugares su fortalecimiento. En cierta ocasión, como parte de ir probando diferentes alternativas de difundir nuestro idioma, salimos a la plaza de armas portando un cartel que decía “hablemos en quechua”. Mucha gente se reunió alrededor de nosotros y conversamos en quechua. Realmente hay personas que solo esperan un lugar, una oportunidad para poder hablar el quechua. Como reitero y espero que se haga realidad en mi casa, quiero hacer un espacio donde pueda motivar a los hijos de los vecinos del barrio para transmitirles el quechua de manera lúdica, con canciones y en la misma forma cotidiana como se aprende por inmersión, alternando con juegos que estimulen el aprendizaje del quechua. Eso pienso. Creo que puede ayudar a transmitir la lengua en el barrio, ya que hay mucha gente que son hijos e hijas de padres quechuas que tienen vergüenza de hablar el quechua. Yo sé que poco a poco mucha gente se irá uniéndose a ese propósito.

El haber participado en esta convocatoria motivo de este trabajo me ha ayudado a comprender que la lengua quechua es importante

y que entidades como el FUNPROEIB reconozcan en nosotros la valía, eso nos motiva para seguir transmitiendo el quechua al igual que nuestra cultura.

Por otra parte, tendríamos que promover el uso social de la lengua, hacer que la lengua se hable en todas las instituciones públicas y privadas donde el usuario domina más una lengua originaria.

Nuestro quechua por sí solo no va a garantizar su vigencia, somos nosotras las madres que tenemos que promover su uso, comenzando a hablar en todos los espacios el quechua. Yo he podido verificar en varias oportunidades que cuando uno habla quechua con un amigo, por ejemplo, en un micro bus o lugares donde hay concentración de personas, este también comienza a hablar en quechua o hacer comentarios favorables. Claro que hay también personas que dirán cosas en contra del quechua, pero ese es nuestro reto, nada fácil tiene sabor a triunfo. Un reto que es más que eso, una responsabilidad a la que no debemos de renunciar.

Siento también que debemos trabajar y difundir nuestro idioma originario desde diferentes medios de comunicación, hacer ferias donde solo se hable quechua incentivando con algún premio a los participantes.

Mis hijos han comenzado a hacer varios registros etnográficos de nuestra cultura quechua. A inicios de este año viajaron con su padre a Challwawachu, un centro poblado que a pesar de la invasión de la minería, aún no ha perdido algunas costumbres como el *wayliya*. Ese video lo vieron algunos parientes y también compañeros de mis hijos que se entusiasmaron de sobremana. Creo que estamos contra el tiempo y contra la modernidad que nos amenaza con desaparecernos y cualquier acción que hagamos en beneficio de nuestra lengua será siempre un paso más por su desarrollo. Este es un trabajo que no podemos abandonar. Sueño un día donde hablar quechua sea una situación normal y que por fin los estados comprendan la importancia de mantener nuestra lengua y nuestras costumbres como una fortaleza que nos hace sentir seguros y nos une a nuestros mayores, nos dicen qué hacer y cómo trabajar para encontrar un buen vivir, un *sumaq kawsay*.

¡Chayllan chay! ‘eso nomás es’

IV CON LA CULTURA, LA LENGUA

De la cultura a la lengua

Hipólito Peralta Ccama
Quechua, Cusco, Perú

“Nuestra cultura y nuestra lengua no han muerto solo está empolvadas,
si las limpiamos con nuestro poncho, de por sí van a brillar de nuevo
para encaminarnos a un buen vivir”

Jerónimo Qama Arutaypi

Nuestra matriz cultural

Unos hilos de rayo salían con vigor desde el *apu* (montaña) Pachatusan, la deidad que sostiene el mundo. Mi abuelo con su sombrero apretando su pecho, muy reverente, se detuvo y se puso de rodillas mirando la ciudad del Cusco desde el abra a donde llegamos caminando casi 3 horas desde Wankarki, nuestro pueblo de origen. Con mucha solemnidad dijo una oración que repetíamos cada vez que llegábamos a ese mismo lugar y hacía que yo también la repitiese, aunque me recomendaba “no lo digas igual que yo, di lo que te sale de tu corazón, tal y cual le dirías a tu madre mirándole a los ojos”. “Qusqu Mama Qhapaq Ñust’a, chakiypi huchaykunaq qatikamusqantaya pampachaypuway ch’uya sunqu kusi sunqulla sunquykiman haykuymunaypaq” ‘Cusco gran madre, que las faltas que me han

seguido sean perdonadas para que pueda entrar al centro de tu ciudad con un corazón limpio y alegre'. La oración era casi la misma con algunos cambios de acuerdo a algunas peticiones por algún motivo especial, por ejemplo, la presencia de sequía. Reiteradas veces solía escucharle pedir a la *pachamama* (lit. madre tierra, naturaleza) por que cesen los abusos de los dueños de la hacienda contra la gente del pueblo.

De todos los abusos el que más me impactó fue que el hacendado de Taray, tan solo porque una oveja de un poblador había tomado agua en arroyo que pasa por el límite de la hacienda, había disparado contra dos ovejas de las tres que tenía un pastor. Mi abuelo decía que una oveja no hace tanto abono para sembrar una chacra ni la lana suficiente como para hacerse un poncho, cómo podía haber personas tan inhumanas abusando de gente tan sencilla.

En casa siempre mi abuelo se quedaba de rodillas mirando la ciudad del Cusco, los *Apus* que le rodean. Siempre al terminar de orar, de la comisura de los ojos comenzaban a rodar por sus mejillas lágrimas envejecidas, como *puquios* 'vertientes' después de las lluvias cuando surgen en las praderas y riegan haciéndolas reverdecir, florecer. Yo, por una fuerza desconocida, imitaba la acción y sentía que en cada llanto derramado había el amor y el cariño por esta tierra sagrada, más aun en estos momentos en que nos dirigimos a la *waka* 'lugar sagrado' de nuestros abuelos para officiar la ceremonia que desde siglos se continuaba haciendo en ese mismo lugar de Illapata. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos en ese trance, solo el sabor salado de mis lágrimas de infante me hicieron volver a la realidad.

El *Tayta Inti* más intenso, con su calor, enjugó nuestras lágrimas. Habíamos caminado casi tres horas desde la madrugada y estábamos en el lugar donde todos los viajeros se limpian y expían sus faltas para luego entrar a la sagrada ciudad del Cusco. Mi abuelo sacó unas hojas de coca y ofreciéndolas a los *apus* tutelares de esta ciudad (*Apu Awasqati*, *Apu Salqantay*, *Apu Pachatusan*, *Apu Wakanakawri*), comenzó a *chacchar* 'mascar coca'. Me sumé al acto y terminamos rociando la chicha a los cuatro *suyos* 'territorios en los puntos cardinales' y bebiendo un poco. Miramos el horizonte, se podía ver el camino que lleva al lugar conocido como Illapata, una *waka*, lugar sagrado donde haríamos la ceremonia de gratitud a nuestra

pachamama en la misma dimensión que lo hacían nuestros abuelos. Nosotros continuábamos de generación en generación con este acto de reencuentro espiritual.

Esta forma de comunicación con nuestras deidades la hemos practicado, según cuentan mis padres, desde varias generaciones atrás. Mi padre recuerda que lo hacían desde antes de sus bisabuelos, ellos continuaron enseñando a sus generaciones todas las forma de ritual, es decir, al padre de mi padre, mi abuelo a mi padre, mi padre a mí y, por supuesto, estoy haciendo lo mismo con mis hijos Siwar y Fernando.

Con ellos estamos caminando juntos a todo lugar, de preferencia, a espacios donde se vivencia nuestras formas originarias de vida, *anqusu* ‘fiestas de la comunidad’, *wasichakuy*, *sawinakuy* ‘casamiento’, *chukcha rutuy* ‘primer corte de pelo’, *pachamama raymi* ‘fiesta de la madre tierra’, *qucha raymi* ‘fiesta de la laguna’ *watunakuy* ‘visitas’, *alcalde chayamuy* ‘posesión del alcalde’, *tinkuy* ‘pelea ritual’ y otras festividades que nos hacen sentir íntegros y orgullosos de nuestra forma de vivir. Con todo esto, lo que pretendo es que puedan ver las formas y manera que tienen nuestros pueblos de manifestar sus sentimientos, su organización.

Lo que más me interesa es que mis hijos entiendan, sientan y vivan la dimensión de nuestra cosmovisión que nos hace interpretar el mundo de una manera diferente para interactuar con los hermanos, hermanas, con nuestros mayores y con todo cuanto nos rodea. Es la percepción de inmanencia que nos recuerda que no somos los “dioses de todo lo creado”, sino más bien elementos parte de un todo, de un universo regido por normas y por leyes de la *pachamama* inquebrantables, incorruptibles, en donde es imposible lograr algo mediante el soborno, la llamada coima, sino solo por el cumplimiento de sus preceptos, el orden y las leyes de la madre naturaleza.

Nuestros abuelos llaman esta dimensión *pacha*, este tiempo y espacio que vive en cada uno de nosotros, el espacio tiempo de nosotros mismos, el tiempo y espacio de nuestra espiritualidad, el tiempo y espacio de nuestro entorno, absolutamente todo lo que está próximo a nosotros, lo que podemos ver y lo que está más allá de nuestra elemental percepción. Solo de este modo logramos llegar a una categoría elevada del ser llamado *runa*, un ser armonizado, un ser magnánimo, equilibrado, es decir, *qbapaq sunqu* ‘de gran corazón’.

Entrar en relación de comprensión con estos tres tiempos y espacios nos permite relacionarnos en la dimensión cósmica que hace que haya una interacción de complementariedad armoniosa que nos permite vivir el *sumaq kawsay* ‘buen vivir’. Es simplemente seguir la corriente de la armonía. Para ello, nos debemos despojar de algunos aspectos que la vida moderna en su deterioro inclemente nos impone en la actualidad como “seres civilizados” de una civilización que ha provocado el desequilibrio de nuestra *pachamama*, o que pertenecemos a una religión que cree que es la única en desmedro de otras formas de fe, que nos adscribimos a un partido político que creemos es el “salvador” y todas las complicaciones de la vida moderna, todo el engorroso trámite del día a día.

Nuestros abuelos, sin embargo, organizaron una vida sencilla y bajo las pautas de nuestra madre tierra que es una antítesis de la forma de vida como la que plantean los que dirigen nuestra vida, marcándonos pautas desde los medios de comunicación donde los mensajes subliminales nos imponen patrones. Nuestros abuelos dicen al respecto que esta vida sería mucho mejor si abolimos la discriminación, las guerras, el mal uso del poder, la inequidad y todo lo que nos niega nuestro ser nuestra naturaleza de *runa*. Si tan solo podríamos vivir con la simpleza pero en observancia a nuestra situación de ser simplemente un elemento más de esta gran maravilla que es nuestra *pachamama* y bajo su obediencia. En la dimensión en que se relaciona todo lo que existe en nuestra *pachamama*, las plantas no tienen una religión, no tienen un partido político, son tan diferentes unas de otras, sin embargo, no se destruyen entre ellas, sino que cada una hace su parte en esta dinámica de construir la armonía en base a la obediencia de las leyes de la *pachamama*. En síntesis, esto es lo que pretendo inculcar a mis hijos con la intención de reconocerlos y respetarnos en nuestra diversidad cultural y lingüística.

La cultura, andamiaje para fortalecer la lengua

Nuestra lengua originaria es importante, nos une, nos da seguridad en la perspectiva de nuestra impronta lingüística, pero si esta no va fortalecida por la esencia de nuestra matriz cultural, nos lleva a ser un simple bilingüe compuesto que habla su lengua originaria y el castellano pero que olvida en esencia su universo originario. El saber

un idioma originario no siempre garantiza que nuestra cultura esté en la práctica del hablante de la lengua originaria, la lengua *per se* no es una alternativa para que nuestros pueblos indígenas salgan de la situación de negación de injusticia, de discriminación a las que nos posterga el sistema social, sino también es haciendo visible nuestra forma de organización, nuestra vida, nuestra cultura. Eso pasa no solo por el derecho lingüístico, sino también por el derecho cultural. El derecho a la diferencia que nos asiste.

Algunos recuerdos que tengo en torno a la lengua originaria

Históricamente se nos ha negado la lengua desde la llegada de los invasores. Hay tantos relatos que nos cuentan los cronistas y los mismos sacerdotes que participaron en el castigo que se les infringía por vestir con sus ropas originarias, por hablar el idioma, negándoles en muchos casos comunicarse en esa lengua. En lo que nos ha tocado ser testigos, como en mi caso, puedo dar cuenta de cómo han sufrido nuestros abuelos en relación a los hacendados. Estos hablaban el quechua con tanta naturalidad, que uno no podía distinguirlos, parecían indígenas. Pero no, ellos aprendieron y manejaron el quechua para su interés; hablando nuestro idioma nos sometieron, engañaron, robaron, nos infundieron miedo desde sus creencias, con el claro propósito de dominar a la gente de las comunidades originarias. Aprovechándose de las formas de pensamiento y organización que practicamos los indígenas, nos humillaron, hasta se sentían dueños de nuestras vidas.

Podríamos llenar libros y más libros contando las barbaries que cometieron los hacendados utilizando nuestra lengua originaria, y no solo en esta parte de nuestra historia, sino también en la actualidad: las minas contratan a las personas que hablan quechua para que estos, tal “Felipillo” (así se habría llamado el primer traductor indígena, alude a traductores intencionalmente engañosos), embauquen a favor de las mineras a los pobladores de las comunidades donde hay mineral; los candidatos en las elecciones utilizan las lenguas originarias solo en épocas electorales para engañar y mentir bajo el imperativo de sus necesidades personales o de grupos de poder. En ambos casos, saben que la gente no dudará si les hablan en quechua, porque nosotros sabemos que cuando se habla el *runa simi*

‘lengua de la gente’, solo se puede y debe decir la verdad, no se debe mentir ni engañar hablando esta lengua desde la percepción filosófica del *runa*. Pero ahora, en muchos de los casos, sí se miente, sí se engaña, desnaturalizando la percepción que se tiene de la lengua quechua.

Por todas las experiencias que me tocó vivir, como es en la época de los hacendados y ahora viendo a los políticos y a grupos de poder que utilizan la lengua originaria no por difundirla sino por conseguir sus intereses, mi preocupación se ha centrado en consolidar la cultura de mis abuelos en mi familia, particularmente en mis hijos. La cultura y la lengua tienen que ir de la mano, como es nuestra lógica, “ch’ullaqa manan imapis, ichaqa iskayqa huk” ‘uno no es nada, pero dos son uno’. En esta dinámica de la complementariedad, por lo tanto, cultura y lengua siempre van juntas, sino de qué sirve solo hablar del quechua, conocer el código lingüístico del quechua, si en esencia no lleva subyacentemente el código cultural, la idea, el amor, el hecho de llegar a ser *runa*, entendido como la máxima expresión del ser que genera y promueve el buen vivir. Es evidente, entonces, que solo hablar el quechua no es garantía de conservar aspectos culturales de nuestra matriz cultural, sino soñar en quechua, pensar en quechua, actuar en quechua, ser una persona que se ubica bien en el rol que le toca asumir en esta complementariedad de la cultura y la lengua.

A lo largo del tiempo, con mis hijos Siwar y Fernando compartimos espacios importantes en esta perspectiva de ir fortaleciendo nuestra cultura local. Lo que anhelo de corazón es que la cultura y el idioma de nuestros abuelos permitan a mis hijos ser los hombres agradecidos y orgullosos herederos de una cultura que nos da lección de vida en armonía y que finalmente nos permite vivir como en la misma naturaleza en completa reciprocidad.

Nuestra lengua quechua tuvo un gran auge y su expansión en un momento se ha generalizado en todo el Tawantinsuyo (lit. cuatro territorios, imperio incaico). Como dicen los abuelos, con nuestra lengua quechua hemos comunicado todos nuestros sentimientos, nuestros conocimientos, toda la sabiduría que ha permitido una organización para una convivencia armoniosa y un estado que, de acuerdo a los entendidos, fue una de las mejores sociedades en cuanto a la atención de su población. En él se han construido arquitecturas

como la de Machupicchu, Saqsaywaman, por citar algunos ejemplos, que hasta la fecha siguen siendo admirados por todo el mundo y, sobre todo, por la comunidad científica de nuestros tiempos. Aun con todos estos antecedentes, en la actualidad las personas que vivimos con respeto a nuestra matriz cultural y hablando nuestra lengua, irónicamente somos mal vistos, discriminados, desde que los españoles invadieron nuestro suelo, mataron y quemaron a nuestros sacerdotes, a nuestros sabios, nos dejaron el germen de la colonización en nuestro propio ser.

Recuerdo hace un lustro atrás estuve en una reunión de docentes, coincidentemente era el 12 de octubre y me solicitaron que diera un discurso sobre este aciago día. Me dijeron “dale duro contra esos malditos españoles que mataron no solo a nuestros abuelos, sino a nuestra cultura. En realidad, me puse a pensar en todo lo que hace siglos había pasado con este grupo de personas que insanamente hicieron tanto daño a nuestros abuelos, prohibiéndoles entre otras muchas cosas hablar el quechua. También dentro de mí reflexionaba cuánta gente, muchos de ellos indígenas y casi en su totalidad de nuestra región, hacían lo mismo que hicieron contra quienes hoy condenan, recordé que hay gente en la actualidad que odia a los españoles, pero que en el fondo hacen lo mismo o algo peor que estos hombres, discriminando en la actualidad a los de su propia cultura, creando colegios, espacios para no “mezclarse” con los “indios” y cuanta gente que pudiendo hacerlo no enseña ni trasmite la lengua ni la cultura de sus abuelos a sus hijos, quizás sean los neo colonizadores que hacen lo mismo o algo peor que las personas que ahora juzgan. Por eso decidí no hablar nada ese día, solo quería reconocer y rendir homenaje en silencio a tanta gente que había sido asesinada, muerto en las *mit’as* ‘trabajo forzado generalmente en minas’, como si fueran parásitos, por todas las sacerdotisas de la casa del *akllawasi* en Cusco.

Estos acontecimientos pasaron hace más de quinientos años y estas personas, por todo lo que han hecho y de acuerdo a sus creencias, ya habrán pasado por algo peor que el infierno, el purgatorio y quién sabe ahora estén a la diestra de dios padre todo poderoso. Como recibí presión antes de comenzar el taller y después de que la mayoría de los asistentes habían execrado contra los españoles, me dijeron que les sorprendía mi silencio. Entonces, no tuve más que

pensar en voz alta y les dije: En realidad compañero ya no me preocupan “esos españoles”, en realidad me preocupa nosotros, porque lo que hacemos en la actualidad nos es diferente de lo que hicieron todas esas personas, negamos nuestra lengua, discriminamos a nuestros propios hermanos, concesionamos nuestras riquezas y fuentes de energía en condiciones adversas, desde los templos seguimos haciendo extirpación de idolatrías y desde las escuelas continuamos negando nuestros conocimientos, sintiendo vergüenza de nuestra cultura y nuestra lengua, en nuestros propios hogares dejamos de transmitir toda forma de vida que nuestros abuelos que nos heredaron asumiendo solamente otras formas de conducta y de comportamiento que niegan nuestro ser y nuestra cosmovisión. Es decir, nosotros somos la continuidad de esos “españoles” que seguimos haciendo el trabajo por ellos desde nuestra mente colonizada, utilizando incluso toda la tecnología y diferentes formas para seguir negándonos a nosotros mismos y continuar el trabajo de los invasores, entonces no me preocupan los españoles de esa época, sino los que continuamos haciendo lo que ellos dejaron de hacer.

Quizás esto explica en parte que muchas personas se alegran de que sus hijos ya no hablen quechua hasta hace poco era frecuente escuchar “Gracias a Dios mis hijos ya no hablan quechua”, y no solo desde la familia, la negación a nuestra cultura también lo hacen de manera institucionalizada por ejemplo, una ONG, distribuía ropa deportiva de color azul con una inscripción en letra amarilla decía “intervida” algunos decía que es parte de “Solaris”, una asociación española de “apoyo” al tercer mundo. Hace años distribuían estas prendas en las instituciones educativas recomendándoles que si no se cambiaban inmediatamente de ropa, no tendrían el buzo, incluso algunos que distribuían estas prendas les decían “hasta cuándo van a vivir como indios, ya es hora de que progresen”. Yo vi de cerca este acontecimiento y pude comprobar que algunas niñas se habían cortado inclusive sus trenzas para estar más a tono con las nuevas prendas, y entre ellas casi en broma se decían, ahora ya estas “*mist'i* total”, (palabra despectiva para mestizo) para decir que ya no eran indígenas.

En la escuela donde estudiaban mis hijos en la ciudad del Cusco, la situación no era distinta, había más reconocimiento al castellano y a la forma de vida occidental. Por esta razón, pensamos como

padres que lo que queríamos para nuestros hijos es que aprendan nuestro quechua y nuestra forma de vida, queríamos cimentar identidad de nuestros abuelos, por una parte, y por otra parte, que aprendan nuestra lengua originaria, pero el entorno siempre es adverso, la escuela, otras instituciones del estado o privadas no son espacios que admiten hablar una lengua originaria.

Podría citar más casos como el de una escuela de Chara en Sicuani, en la década de los '70, donde había un docente que trabajaba en una escuela unidocente con 75 estudiantes. En esa época, la educación primaria se iniciaba en transición pasando por el primer año hasta llegar al quinto año, que en la actualidad sería de primero a sexto grado. Este docente tenía un "San Martín", así se llama el azote o disciplina que consiste en un látigo que termina en tres, cuatro o cinco puntas. Él usaba este aparato para dar de chicotazos a los estudiantes que escuchaba hablar en quechua. ¡Deben olvidar esa lengua satánica! –decía al momento de golpear a quien incurría en hablar en quechua. Algunas personas todavía recuerdan con dolor estos episodios, pero al final, agregan que era un buen profesor, "solo así hemos aprendido a hablar castellano que nos sirve para la vida". Es posible que muchas personas que han tenido similares experiencias de castigo por hablar quechua sean las mismos que prohíben o han dejado de hablar quechua a su descendencia. Persiste en la actualidad esta forma de pensamiento anti indígena.

Entre otros casos de discriminación, el que recuerdo ahora es el discurso del novelista Mario Vargas Llosa, cuyas declaraciones leí en un artículo que transcribo: "El precio que debe pagar Perú por el desarrollo y la modernidad es la extinción de las culturas indígenas porque estas no son más que un lastre anti moderno e irracional". (en *Harper's Magazine*, diciembre, 1990, p. 52-53). No menos agresivo es lo que manifestó el entonces presidente de mi país Alan García Pérez en su artículo "El síndrome perro del hortelano" publicado por *El Comercio* el 28.10.2007: "(...) En tercer lugar, derrotar las ideologías absurdas panteístas que creen que las paredes son dioses y el aire es dios. En fin, volver a esas formas primitivas de religiosidad donde se dice no toques ese cerro porque es un Apu y está lleno del espíritu milenario, no sé qué cosa. Bueno, si llegamos a eso, entonces no hagamos nada, ni minería, no toques esos peces porque son criaturas de dios y son la expresión del dios Poseidón. Volvemos

digamos a este animismo primitivo ¿no? yo pienso que necesitamos más educación, pero eso es un trabajo de largo plazo, eso no se arregla así. Usted puede ir a cualquier lugar donde la población, de buena fe ¡ah!, y de acuerdo a su educación dice ¡no! no me toque a mí esta zona que es un santuario, y uno pregunta santuario de qué ¿no?, si es un santuario de medio ambiente ¡santo y bueno!, es un santuario porque ahí están las almas de los antepasados ¡oiga! las almas de los antepasados están en el paraíso seguramente, ¡no están ahí! y deje usted que los que ahora viven se nutran y tengan trabajo en la inversión en esos cerros”.

De manera que es un largo trabajo, es decir, que estemos avanzando no significa que todas nuestras formas un poco antiguas de pensamiento hayan sido superadas. Estas formas de pensamiento de negarnos toda forma a la diferencia que nos asiste por derecho nos están todavía vulnerando en todos los espacios, en educación, en salud, en la misma instancia de justicia. No se entiende que todos tenemos derecho al respeto que cada pueblo, que cada grupo social tiene sus propias formas de percibir la realidad, de practicar su forma de vida. De ahí que nosotros pensamos en la lengua como un aspecto importante de nuestra cultura, por eso es que pretendemos, deseamos, exigimos para nuestra descendencia el amor y el reconocimiento no solo del quechua sino, con gran exigencia, del respeto por su cultura tan importante para la formación de nuestros hijos, tan necesaria para su interacción social.

El quechua para nosotros

En nuestro caso, la lengua quechua tiene una vital importancia porque mis hijos tienen la necesidad de comunicarse con sus abuelos y abuelas monolingües, con sus compañeros, que hablaban el quechua en la escuela rural donde estudiaron. Estos espacios no solo les crearon la necesidad de aprender el quechua para la interacción con sus *runamasi*, con sus semejantes, sino también para comunicarse con nuestras deidades de montañas, los *Apu*. Siempre nos han dicho que a los dioses tutelares les agrada que les hablen en quechua, de este modo, mis hijos, de una manera espontánea y por supuesto por necesidad familiar y comunal, comenzaron a hablar el quechua.

El mayor interés que tenemos es de que nuestros hijos a partir de la lengua puedan conocer mejor nuestra cultura, escuchar a los abuelos de la familia, a los “sabios” de la comarca, queremos que ellos puedan ser la generación que fortalezca, mantenga, generalice nuestras formas de ser desde nuestra perspectiva indígena, pero remarco que en este proceso la escuela como tal no ha contribuido mucho a que ellos desarrollen la lengua quechua, debido a que los docentes de la institución educativa donde estudiaron mis hijos no tenían una opinión favorable para el aprendizaje del quechua, argumentaban con frecuencia a sus alumnos y a los padres de familia que el quechua era signo de retraso y no permitía bienestar para los que lo hablaban sino simplemente postergación y rechazo por parte de la misma sociedad. Evidentemente ellos, como parte de este sistema, postergaban a los niños que hablaban quechua, tenía una preferencia para delegar algunas comisiones solo a los que podían hablar el castellano, esta forma de proceder marcó profundamente a mis dos hijos y con más fuerza al menor de ellos, situación que ha minado el interés de aprender el quechua.

Espacios aliados

Pero hubo otros espacios que permitieron que mis hijos consoliden su identidad. Uno de ellos fue haberlos tenido junto a nosotros en Cochabamba, Bolivia, cuando estuvimos estudiando en el PROEIB Andes, donde con frecuencia se quedaban en clases con nosotros sobre todo cuando venían invitados y escuchaban hablar el quechua, practicar su cultura local, sus costumbres, como los viernes de *q'wwa* (especie de ofrenda con incienso que se prende los primeros viernes del mes) donde solíamos participar con mis hijos, que les permitía constatar que aun siendo otro país, teníamos similitudes culturales, es decir, no estábamos solos, que hay mucha gente practicando y añorando lo mismo que nosotros, el fortalecimiento y reconocimiento de nuestra cultura.

La visita a Potosí para asistir al sepelio de una compañera de la primera promoción de la maestría también nos marcó la vida, a mis hijos y también a mí, yo siempre pensé que la vida dura era la de los campesinos por todo lo que se tiene que hacer para sobrevivir en zonas donde uno tiene que estar a merced de la voluntad de las llu-

vias, del trabajo duro en las chacras. Pero cuando conversamos con uno de los señores mineros en la entrada de un socavón, nos comentó que tenía que caminar casi medio día para llegar hasta donde todavía había veta de estaño. Mis hijos repararon que este minero no tenía más que una linterna, un poco de coca y aguardiente. El manifestó que se iba a quedar casi medio día dentro de la mina sin sol y con una ventilación reducida, para trabajar atentando contra su salud para sacar un poco de estaño vender al menudeo y con ese poco dinero comprar víveres y volver a la mina, todos sentimos una ansiedad e impotencia por ver esta realidad nos sentimos inválidos para hacer algo por revertir esta dramática situación.

En Sucre y Tarija, nuestros hijos seguían viviendo las manifestaciones culturales que siento fortalecieron su pertenencia, su identidad, especialmente en el Departamento de La Paz, donde la presencia de tantas culturas originarias terminaron por hacerles entender la belleza de la diversidad. En Siwar caló hondamente este sentimiento, tanto así que mi hijo mayor soñaba con ser parte de un grupo de *sikuris* (instrumentos de viento andinos), deseo que realizó al formar parte de la tropa de *sikuris* del grupo Willkamayu. Apenas pudo, también se integró al grupo de Los Italaques, una comparsa que tiene la peculiaridad de tocar zampoñas fabricadas de hojalata. No sé ni cómo, pero él participó en este grupo en una fiesta muy conocida en la ciudad de la Paz en época de carnavales.

Otros espacios que fortalecieron su identidad fueron haberlos acompañado en nuestros trabajos de campo, por ejemplo, en Paqchapata Lux, donde nos incorporamos a una familia con hijos casi de la misma edad que los nuestros. Ahí compartimos las labores cotidianas propias de una comunidad indígena, ir por agua, pastar a los cabras y ovejas, ordeñar a las cabras, hacer queso, salir a cazar, comer guisado de pichones, escuchar sus historias, compartir nuestras costumbres, contarnos la vivencia de nuestros pueblos alimentaba nuestras identidades, nuestro orgullo.

En este lugar, comenzaron a afianzar más su quechua y entender que el quechua es muy común a nuestras culturas, tenía una forma de hablar que difiere solo en algunas palabras. Siwar y Fernando tomaban conciencia de las variaciones dialectales del quechua, eso les hacía entender lo interesante de las lenguas, a nosotros nos gustó utilizar algunas palabras como *wawitúy*, nosotros diríamos

wawachay o si queremos ser más afectivos *wawakachallay*. Pero *wawitúy* nos sonaba también muy tierno. Una tarde fuimos a visitar a unos abuelos y decidimos hacer una ceremonia, este espacio que lo hicimos en quechua al final resultó siendo un lugar para intercambiar algunas palabras y sus significados, o aprender otras como el término *yukuma* que nosotros desconocemos porque es un bozal que se pone a las crías de las cabras para que estos no se tomen la leche sino hasta después de haber sido ordeñados. Un caso que nos acordamos hasta ahora es que le pedimos al abuelo en quechua que nos pase *sansa* (carbón encendido) para quemar el incienso, y el anciano nos corrigió diciendo que *sansa* era castellano que en quechua se decía “brasas”. Ciertamente sucede así en mi país, donde hay muchas palabras del castellano como “lata” que creemos son vocablos quechuas porque los hemos hablado desde nuestros padres y abuelos.

En Anzaldo y Tolata estuvieron más con su madre pero sé que ahí también tenían la facilidad de comunicarse con los niños de estos lugares de lengua mayoritariamente quechua, no les fue ningún obstáculo, mas al contrario, el usar el mismo código lingüístico los acercó más al círculo de los niños.

Todos estos espacios se convirtieron en aliados a la hora de fortalecer cultural y lingüísticamente a nuestros hijos. Entre los espacios que impactaron y marcaron con mayor fuerza en la vida de mis hijos está la oportunidad que tuvimos, también cuando estudiamos en el PROEIB Andes, de escuchar a Luzmila Carpio, quien nos hizo vibrar con sus canciones y nos demostró que nuestra cultura indígena nada tiene que envidiar a otras culturas. Ella contaba que en Europa le decían que los indígenas no tenemos canciones de cuna y ella demostró categóricamente que sí. Estos testimonios influyeron en mis hijos, al igual que la presencia de los hermanos de Tarabuco enseñándonos en la maestría, compartiendo toda su sabiduría. Recuerdo que cuando mis hijos miraban con asombro sus ponchos y, sobre todo, la montera, casco de cuero que fabrican ellos mismos.

Significó también haber podido ver a los sabios de mi pueblo, los *paqu* ‘sabios tradicionales’ de Q’irus del departamento de Cusco invitados a un encuentro en Cochabamba asumiendo el rol de “nuestros catedráticos”. El día que se realizó el *anqusu*, la ceremonia,

mis dos hijos estuvieron a un costado de ellos. El maestro mayor había seleccionado las hojas de coca para la ceremonia de una manera distinta a la que hacemos en mi comunidad; al ver esto, Fernando, el menor, había reordenado de una forma distinta a la forma como lo hacen los Q'irus, entonces el maestro q'iru con mucha tranquilidad le invitó a que vuelva a poner de la misma manera que encontró. El compartir con ellos y con otras personas más marcó en ellos este amor por lo originario que está en nuestro propósito, que mis hijos no solo consoliden el idioma quechua sino también su forma de vida, asumir en todas sus formas y exigencias nuestra cultura en esta dimensión de la lealtad cultural y lingüística. Es una forma de responder y hacer notar que nosotros somos los descendientes de las personas que torturaron, ahorcaron, descuartizaron, quemaron pero que su propuesta de vida, la matriz cultural con que nos criaron, se va enraizando y reverdeciendo más y más al paso de los días, como manifestó Túpac Catari: *“Volveré hecho millones”*.

Siwar, Fernando y su papá

Algunos aspectos que permitieron consolidar el amor y la necesidad por hablar quechua de mis hijos, como ya mencioné, fue el contexto donde se desarrollaron, compañeros monolingües quechua hablantes en la escuela, familiares cercanos que se comunican más en quechua que en castellano, como sus abuelas paterna y materna, espacios rituales donde con preferencia se necesita el quechua para comunicarse con las deidades, conversar con ellos, escuchar lo que nos hablan y ordenan.

Con Siwar desde muy temprana edad tuve la oportunidad de caminar en muchos espacios, casi desde que tenía 4 años es mi compañero de camino. En una de esas caminatas, visitamos el complejo arqueológico de Pakucha de la cultura Wari, nación que según cuentan los historiadores no se “sometieron a la sociedad inka”. Este lugar en esa fecha deslucía su arquitectura, había más piedras amontonadas que construcciones, la arqueóloga que nos explicaba se ufana manifestando que los incas nunca pudieron someter a los Wari, a lo que Siwar en voz alta comentó: “No es que los incas no los sometieron, simplemente no les interesó este lugar porque es solo un montón de piedras”. Aunque muy chauvinista su mirada, me llamó

la atención que, a su corta edad, tenía tan fortalecida su pertenencia a una cultura. Desde entonces me interese más en fortalecer esa parte de su interés, nuestra cultura local.

En otra ocasión, decidí llevarle a una ceremonia en un *apu* cercano a la comunidad donde vivimos, él solicito ser mi ayudante para hacer la ofrenda, los ayudantes en estas ceremonias deben saber el orden de cómo “armar” el *anqusu*, poner los elementos es básico en la ofrenda. Me emocionó la manera tan reverente con la cual me asistía. Yo iba pidiendo, coca... *wira quwa, sara*, y todo los elementos que se ponen en la ofrenda, al final, cuando pedí los chocolates, porque es una ofrenda para los *awkis*, que son los hijos de los *apus*, me dijo que no había, y cuando me fijé en su boca y los restos de chocolate que tenía en los labios que delataban que se los había comido, él no me dijo nada, pero entendí que habían comido entre niños, los *awkis* y Siwar.

Siwar estudió en la escuela rural en la que trabajé mucho tiempo, es allí que reforzado por el contacto con sus compañeros, en la casa comenzó a hablar el quechua de manera espontánea y natural. Siento que la necesidad de comunicarse contribuyó de manera rápida a su aprendizaje del quechua.

En cuanto a Fernando, este no tuvo el tiempo suficiente para consolidar su aprendizaje del quechua pero sé que dentro de sí, su impronta lingüística le permite activar su conocimiento cuando necesita comunicarse en quechua. Recuerdo que cierto día en época de carnavales, en la casa mi padre, comenzaron a jugar con agua y a mojarse y a mojar también el piso, salpicaron de agua toda la pared. En eso se apareció mi padre todo furioso agarrando un azote para castigar a los traviesos, gritando: “¡Pin pukllaschkan!” ‘quién está jugando’ y todos los niños y niñas huyeron menos mi hijo. Lo que hizo Fernando me sorprendió, él se quitó la camiseta y comenzó a lavar su polo en un recipiente. Le dijo a mi padre: “¡Manan papáy ñuqaqa pukllanichu, t’aqsakuchkanin!” ‘apá, yo no estoy jugando, estoy lavando’. Fue increíble escucharle hablar el quechua con tanta rapidez y tan bien dicho. Esto me hace pensar que los niños que han escuchado quechua desde niños saben este idioma, creo que la situación es la que determina su uso o no, por eso una forma para que hablen el quechua es crearles una necesidad y no siempre les creamos esa necesidad como para que lo practiquen.

Revisando los bilingüismos

En realidad, lo que nosotros queremos también es que aprenda a hablar bien el castellano pero que siga hablando el quechua, pensando y razonando en esa lengua. Trataremos siempre de evitar lo que nos advierten los estudiosos con respecto al fenómeno del “índice de sustitución”. Este fenómeno se refiere a la tendencia de reemplazar poco a poco una lengua por otra, en este caso, el quechua por el castellano. Creo que esta forma de “bilingüismo” no fortalece ni incrementa sus conocimientos, más al contrario, reemplaza su lengua originaria y desclasa al individuo de su matriz cultural. Lo que pretendemos, por lo tanto, es que nuestros hijos no pierdan su matriz cultural, tampoco su lengua que consideramos importante para su crecimiento personal y colectivo de la sociedad a la que pertenecen sin desmedro de las otras culturas.

Un apartado que quiero hacer en este comentario es en relación a que uno aprende por necesidad o por algún estímulo. Quiero referirme a que hasta hace unos años la mayoría de docentes no quería trabajar en la propuesta de Educación Intercultural Bilingüe (EIB), aducían que no conocían la lengua originaria de los estudiantes. El Ministerio de Educación, así como las Direcciones de Educación Regional y las administraciones intermedias, hicieron todos los esfuerzos por capacitar a los profesores y profesoras para lograr insertar capacidades en EIB a los docentes en diferentes talleres, cursos, grupos de inter aprendizaje, redes, etcétera, pero muy poco se logró para que tomaran interés en el tema, por saber la lengua originaria y la cultura del niño.

Ahora pasa un fenómeno interesante, “todos” los maestros y maestras ahora saben hablar el quechua, muchos se han declarado ser indígenas y otros tantos se han adscrito como tales de la noche a la mañana. Hay un inusitado interés por la EIB. El “milagro” es un solo hecho, el Ministerio de Educación, mediante la Dirección General de Educación Intercultural Bilingüe y Rural (DIGEIBIR) comenzó a pagar a los docentes que trabajan en una institución intercultural bilingüe un estipendio de 50 soles y en zonas de frontera 100 soles. Esto explica que muchos docentes exigen ahora que sus instituciones educativas sean consideradas EIB. Esto nos demuestra que esta es una forma de estímulo que permite motivar a los docentes asumiendo esta responsabilidad.

Pero falta trabajar a nivel de la sociedad, porque si la sociedad no discriminara a las personas que hablan lenguas originarias o su cosmogonía y en lugar de ello les reconociera, si el quechua estuviera visibilizado, reconocido, si las personas no estereotiparan de manera negativa a las culturas originarias de nuestro país, si las lenguas originarias fuesen de uso social, eso sería un tipo de estímulo para que las personas se interesaran por aprender y no olvidar su lengua, sus costumbres, por fortalecer su quechua para que no desaparezca.

Siwar y sus logros

Otro aspecto que quiero significar es que Siwar ha fortalecido su lengua y ha tomado mucho interés en ello a partir de escuchar las canciones quechuas. A pesar de que en la escuela en la que estudiaba en Cusco lo discriminaban, al año siguiente que asistió comenzaron a enseñar quechua en esta escuela, entonces era muy interesante ya que él era uno de los pocos sino el único que hablaba quechua. Inclusive el mismo profesor, para estar seguro de una palabra, consultaba a Siwar sobre su adecuada forma de pronunciar. Pasó de ser discriminado por su quechua a uno de los pocos que la escuela reconocía por hablar quechua. Situaciones como estas permitieron que él consolidara su aprendizaje de esta lengua.

El hecho de que mi hijo mayor hable quechua le ha valido reconocimiento en varias ocasiones en su vida de adulto joven. Una de las que más recuerdo es que pudo conseguir un trabajo porque justamente uno de los perfiles era conocer esta lengua y, por supuesto, también conocer la cultura quechua, trabajo nada difícil ya que Siwar cuenta con estas características. En otras ocasiones, colaboró como entrevistador para algunos trabajos de investigación en lo referente a la lengua y a la cultura de algunas poblaciones quechuas.

Con respecto a Fernando, aunque no habla el quechua, tiene mejor predisposición de aprender el quechua y la posibilidad de enseñar en alguna universidad este idioma.

Lidiando con los obstáculos

En este propósito, tuvimos algunos obstáculos, primero fue la escuela rural de mi país donde la profesora les manifestaba que

nuestra cultura local ya no era válida para estos tiempos, mucho menos el quechua, que los que hablaban esta lengua siempre se quedarían pobres y también amenazaba que se quedarían brutos si aprenden el quechua. Este hecho hacía que muchos niños dejaran de hablar en el aula o sintieran vergüenza de hacerlo. Yo me pregunto cuánto daño hace la escuela, cómo este lugar es tan importante y decisivo para infundir en los niños, en las niñas, en estas personas que recién están comenzando a formarse un sentimiento de amor o de odio por su lengua y su cultura.

Por otra parte, también está la comunidad, sobre todo, los padres de familia que dicen “¡Para qué vamos a enseñar quechua a nuestros hijos si esa lengua ya no sirve! ¿Acaso cuando vamos a la ciudad nos hablan en quechua? ¿Acaso hay oficinas, tiendas, hospitales, poder judicial que te atiende en quechua? ¡No hay! ¡Para qué ya esforzarse en hablar esta lengua si hay hostilidad, burla o la mirada de sorpresa y desprecio que ponen las personas cuando uno habla quechua!”. Estas formas de pensar también fueron algunos aspectos que dificultaron la asunción de la cultura y de la lengua en mis hijos.

La ciudad no reconoce otra forma de cultura que la occidental, separando a las personas en señores, señoras y “doncitos u hombrecitos o mujercitas o doñitas” como una forma de separar clases sociales, dándoles a los primeros algunos privilegios y la negación de sus derechos a los segundos. En una sociedad tan racista y discriminatoria, construir identidad en los jóvenes y peor aún querer que aprendan el quechua y lo usen en sus comunicaciones cotidianas es como pretender subir al Apu Illimani sin equipo de alpinismo.

En esta situación es que queremos lograr en nuestros hijos el amor por su cultura y su lengua, donde algunas personas se burlan de los que hablamos el quechua o vestimos con la ropa de nuestra comunidad. A esto se suman también los medios de comunicación que imponen en nuestros jóvenes los patrones de comportamiento, al vendernos subliminalmente la imagen anti-tesis de nuestra forma de vida: el individualismo, la forma de vestirnos, el tipo de comida, el tipo de ropa, la marca de carro, el tipo de casa que tiene un “triunfador” donde no caben la lengua originaria ni la forma y las características de nuestra cultura ancestral.

Pretendemos que nuestros hijos analicen esta forma de pensar con criterio y entendieran que por ahí no van nuestras aspiraciones. Esto les ayudó mucho en su autoestima, en su autogobierno, siento que logramos en ellos asumir su matriz cultural y, a partir de ella, entender también la forma de vida de las otras culturas.

Un obstáculo que pasamos con nuestro hijo mayor era el hecho del nombre “Siwar”. Un día me encontré con un sacerdote conocido quien me preguntó por mi familia. Como casi siempre suele ocurrir, me preguntó por el nombre de mis hijos. Cuando se enteró que el mayor se llamaba Siwar, me dijo que no era posible que en estos “tiempos de luz” se me haya ocurrido ponerle un nombre quechua que representa, además, un animal. El no entendía por qué la gente cambiaba el santoral de sus hijos si en el calendario judeo cristiano estaban bien descritos los nombres con los que se les reconocía a los hijos de Dios, a los recién nacidos. Yo aproveché para decirle que haciendo las indagaciones, mi nombre “Hipólito” era griego y una palabra compuesta, *hipus-litus* que significa caballo de piedra o sea, un animal y además de piedra. Bueno, ya no le dije que en Cusco se estaba generalizando poner nombres en quechua y que para los varones el más solicitado es Amaru que quiere decir serpiente, de seguro que el cura, perdía el conocimiento.

Por su nombre, Siwar fue objeto de burlas los primeros meses en el colegio ciudadano, le incomodaban diciendo que eran choladas ponerse nombres en quechua.

Una situación que tuvimos que afrontar fue cuando Alejandra, mi pareja, tuvo complicaciones con el segundo embarazo por lo que tuvo que quedarse algunos meses en la ciudad del Cusco. Para que Siwar aprovechara ese tiempo, buscamos una escuela de educación inicial que reforzara su lengua y nuestra cultura ancestral, por lo que decidimos matricularlo en una institución que decía atender nuestras exigencias. A los pocos días de haber asistido a esta institución educativa, mi primogénito se negaba a seguir yendo. Cuando hicimos las indagaciones del caso por su negativa, la profesora nos dijo que era normal que un niño de su edad no quisiera asistir, que solo era cuestión de unos días, que no nos preocupáramos. Pero nos alarmamos más cuando pasado el mes seguía con la negativa de asistir; habíamos tratado de que nos responda el porqué de su rechazo de asistir a su centro educativo, pero él se negaba a darnos el motivo.

Un día nos dedicamos a interrogarlo con mucha sutileza, solo después de un largo “interrogatorio” fue cómo nos enteramos de que un compañero de su salón le agredía de palabra y físicamente solo por el hecho de que mi hijo tenía una tez cobriza diferente a la de este niño y sobre todo, porque él hablaba quechua y hacía referencia a la vida en el campo con mucha alegría. Nos dijo que le decían que era un “indio” que solo hablaba quechua y le agredían. Un día, nuestro hijo no soportó más toda la presión que ejercían sobre él y respondió dando un golpe al niño que le agredía con frecuencia, como él cuenta, lo golpeó gritando “Toma indio, toma cholo”, privando al niño agresor. Este niño resultó siendo el sobrino de un congresista, por lo que la directora y docentes comenzaron a discriminar a Siwar. Cuando hicimos llegar nuestra decisión de retirar a nuestro hijo de este kinder, la directora nos dijo “llévenselo, en horabuena, porque su hijo es un ignorante desadaptado”. Es usual que cuando hay un conflicto como el que señalo, a nosotros no nos den la razón simplemente por ser indígenas.

Otro aspecto que tuvimos que afrontar aunque no tan fuerte como en otras familias es el hecho de que mis hermanos no estuvieron de acuerdo que mis hijos hablen quechua. El argumento es que “todos los que hablan quechua siempre motean”, que tienen interferencia al hablar el castellano y la gente se burla y los discrimina por esa forma de hablar. También solían decir que ya vivíamos en tiempos modernos, con tecnologías impresionantes, por lo que era inútil aprender y seguir practicando costumbres “antiguas” que ya no encajan en estos tiempos. “Qué máquinas vienen en quechua”, nos decían, y nos recomendaban que mejor era que aprendieran el inglés. Entonces, no solo hay una discriminación por la lengua sino que hay una mirada de desprecio por los que somos indígenas, inclusive por parte de las mismas personas de nuestra propia cultura, posiblemente porque han sufrido este tipo de maltratos por parte de la sociedad.

Por eso, hago énfasis en que solo el aprendizaje del quechua no basta ni garantiza el fortalecimiento de la cultura que lleva a una socioestima y luego a una autoestima, lo que finalmente favorece al desarrollo personal del niño. Estos aspectos como los que describo no han contribuido mucho para que nuestros hijos aprendan en condiciones agradables el quechua ni mucho menos han sido motivados por el amor a su identidad ancestral.

Un día, Siwar regresó un tanto molesto, desde hace algunos días lleva cotidianamente alguna prenda de vestir de la comunidad de Machacca. Una vez salió con *ch'ullu* y ojotas y un grupo de jóvenes le gritaban a voz en cuello “hola coquerito, chamancito, mírame la suerte” y cosas por el estilo. Eso provocó que él regresara a casa molesto y lamentándose porque la gente no respetaba la forma de vestir de cada pueblo o de cada persona y que no pasaba lo mismo cuando personas con vestidos diferentes al común sean criticados.

Este episodio me hizo recordar que la mayoría de los pobladores de Machacca, Umuto o aledaños suelen ir con su *runa p'acha* ‘ropa de la comunidad’ hasta cierta parte del camino antes de llegar a Urcos, la capital de provincia. En un lugar muy prudente, se cambian las ropas originaras por *lanla p'acha*, es decir, ropa de ciudad. Vestidos de esa manera pasan inadvertidos confundiendo con los ciudadanos, terminado todas sus diligencias de compra venta, trámites en diferentes instituciones, etcétera. Concluidas todas sus diligencias, ya de retorno y lejos de la mirada de los pobladores de la ciudad, se vuelven a poner su *runa p'acha* y de ese modo llegan a su pueblo. Cuando hice las indagaciones respectivas, algunas explicaciones que me hicieron fueron las siguientes:

Quando llegamos a la ciudad con nuestras ropas de nuestra comunidad, nos miran como si fuéramos raros, es más, nos dicen ‘miren las *wachachas*, los *maqt'illos* están llegando’, y cuando queremos vender nuestros productos, siempre nos engañan pagándonos precios por debajo del estipulado; muchas veces, nos engañan al momento de pesar nuestros productos, cuando entramos a las oficinas a nosotros no nos atienden, nos hacen esperar, sin embargo, a los que tienen ropa de ciudad o ternos, les atienden pronto y sin problemas.

De ahí tengo este testimonio que cuando hice mi exposición fotográfica, puse en el primer cuadro el testimonio de Gregorio Qqueccaño Pachacutep: “Cuando vamos a la ciudad nos miran, mira estos *ch'uspakus* diciendo, cuando vamos a las oficinas a nosotros nos hacen esperar, ‘indios son, sin cultura son’, así nos dicen; a los que tienen ternos, les atienden primero, pero el 23 de junio en el desfile por el día del Cusco todos se ponen nuestros *ch'ullos*, nuestros ponchos, nuestra ropa, por eso le he dicho al Juan ¿por qué se pondrán ropa de indios, no?”

Este relato pinta de cuerpo entero de cómo ha sido antes y como sigue siendo en la actualidad el discrimen, la forma de vestir es todavía castigada por los que están en la ciudades. Y lo más ilógico es que son nuestros mismos hermanos que ahora viven en la ciudad los que hacen este tipo de discriminación.

Un día conversaba con mi maestro que me formó espiritualmente en la lógica de mis ancestros, me dijo:

Dicen que antes, mucho antes de que la injusticia se apoderara de nuestros pueblos, vivíamos todos hablando nuestro quechua dentro del respeto y la ayuda para todos y entre todos. De pronto, llegaron unas personas de cuello rojo blancos y *titi ñawis* 'ojos claros', nos trajeron su dios diciendo que el nuestro era el diablo y que el único y verdadero era su dios que estaba clavado en una cruz y al parecer muerto; nos decían que por nuestros pecados había sido crucificado, ustedes lo crucificaron.

Mi maestro había respondido: “Nosotros no lo hemos crucificado, así crucificado ya nos lo trajeron”.

Con la imagen de esta cruz y sus preceptos, abusaron de nuestro pueblo, abusaron de nuestras mujeres, mataron a nuestros niños, por eso mucha gente se fue de la comunidad a diferentes lugares, otros cerca a las montañas donde estos seres no podían llegar. En la actualidad, no solo están lejos de nuestros pueblos sino que han llegado también a las grandes ciudades, claro que algunos ya nacieron ahí, por eso ya no piensan ni sienten como nosotros. Lo que tenemos que hacer es que estas personas que son de nuestro pueblo recuperen su amor y sentimiento por nuestro pueblo. Si logramos nuevamente querernos y respetarnos, habremos logrado mucho por nuestra cultura, nuestra lengua brillará de nuevo porque será un orgullo hablar nuestra lengua, vestir nuestra ropa, ese día está por llegar.

Algunos aspectos que considero logros

Algunos logros que debo de significar es el hecho de que Siwar ama no solo el quechua, sino también nuestra cultura. Me hace sentir bien porque sé que sabe muy bien quién es él y eso le permite saber lo que quiere hacer. Mi madre, la abuela de Siwar, le quiere mucho

porque es uno de los pocos nietos que conversa con ella en quechua, la única lengua de mi madre, lo mismo sucede con su abuela materna. En estas conversaciones, él ha logrado transmitirles el respeto y el cariño que les debe y ha recibido el afecto de sus abuelas como también muchos relatos e información que le han servido mucho como estudiante y en su propia vida.

En su vida de estudiante, él habla en quechua y cuenta cosas de la comunidad en la universidad donde está terminado arte. Muchos quieren ser como Siwar, ha logrado que la gente que lo rodea, sus compañeros, no tengan vergüenza de su cultura ni su lengua. Veo que Siwar y los jóvenes que piensan como él son la masa crítica que podría vertebrar una nueva forma de vida en los jóvenes sin sentir vergüenza de sus raíces. El se está formando en la “Escuela de bellas artes” y la mayoría de la temática que plantea es el aspecto cultural. Siento que será una masa en esta era crítica que permitirá que muchos jóvenes y personas asuman su identidad y su idioma con el orgullo que corresponde.

Un día, como tenía que suceder en la vida, Siwar me presentó a su enamorada. No me sorprendió porque ahora por las redes sociales uno puede ver a muchas personas y recibir tanta información que ellos mismos se encargan de registrar, así que yo ya tuve información por anticipado. Ya tenía las características de su enamorada, me pareció que era diametralmente opuesta a mi hijo. Le advertí a Siwar sobre la controversia que ella provocaría en su relación, ya que no parecía interesarle nuestra cultura por sus patrones occidentales bien marcados. Mi parecer era que esa relación no iba a funcionar por lo disímil de sus percepciones. El me dijo que la iba a “criar”, un concepto tan arraigado, la cultura de la crianza. Pasó un tiempo, ahora puedo comprobar que los dos se complementan. Es más, Illary, como se llama su novia, canta junto a Siwar canciones en quechua, sobre todo Sirinitay, que da cuenta del encuentro de romance por encima de las murmuraciones de las personas y sin el conocimiento de los padres.

Con respecto a los jóvenes de su generación, veo que trabaja con las personas de su entorno haciendo que amen la cultura, la lengua, ya mediante grupos musicales como Los Sikuri, el grupo T'ankar. Ahora, de manera más autónoma e individual, viene promoviendo estos aspectos que permitirán un fortalecimiento de nues-

tra cultura. En base a estos procesos es que Siwar y su mamá coincidieron en hacer un lugar que tenemos en la casa para que podamos abrir un espacio para los niños y jóvenes que quieran aprender quechua, eso sería una vez por semana o de acuerdo a la demanda de las personas que se involucren.

Otro incidente que recuerdo es que, después de varios años, Siwar, Fernando y yo regresamos a Ccatca, donde vivieron desde párvulos, para participar en una ceremonia que se llama *Alcade chayamuy*. Es un acto cultural que consiste que los alcaldes de las comunidades que terminaron su responsabilidad entran al pueblo muy contentos de haber cumplido su rol y los que van a recibir están con el rostro preocupados porque tienen un año de responsabilidades. Hay más aspectos en esta actividad, pero lo que quiero significar es el hecho de que mi hijo mayor se encontró con sus antiguos compañeros y cuando vieron que Siwar hablaba quechua de modo tan familiar, sus padres se sintieron satisfechos. Les decían a sus hijos: “Así como el Siwar tenemos que ser orgullosos de hablar nuestro quechua y de ponernos nuestras ropas de nuestra comunidad”.

Desafíos actuales

Después de todo este proceso, los desafíos actuales que tenemos empiezan por consolidar en nuestro primogénito el orgullo por su cultura y su lengua, lo cual le permitirá hacer lo mismo con su descendencia. Una manera de lograrlo, como él mismo lo ha planteado, es que retorne a la comunidad donde ha pasado su infancia, mejore el código del quechua, su pronunciación y su fluidez. También sentimos que no hay suficientes personas que se dedican al estudio de la lengua quechua, así que podría ser un buen candidato para ello.

Con respecto a Fernando, por diferentes razones no me acompañó como sí lo hizo Siwar. Lo que pasó con Fernando es que él no tuvo la misma oportunidad, más al contrario, una profesora que influyó negativamente en él. A mi hijo Fernando le hemos logrado crear la necesidad de consolidar el aprendizaje de su lengua, los desafíos que nos proponemos son que podamos provocar la masa crítica que pueda retar a muchas personas a trabajar por nuestra lengua y nuestra cultura desde sus familias.

Un aspecto que veo como desafíos es primero fortalecer en la familia el orgullo por nuestra cultura, por nuestra lengua originaria. Eso implica, entonces, empezar por transmitirles a los hijos desde su edad parvularia el amor por lo nuestro, acogerse a diferentes normas locales regionales y nacionales que apoyan la difusión de lengua y la cultura. En el convenio 169 de la OIT, artículo 8 se menciona: “Al aplicar la legislación nacional a los pueblos interesados deberán tomarse debidamente en consideración sus costumbres o su derecho consuetudinario. Dichos pueblos deberán tener el derecho de conservar sus costumbres e instituciones propias, siempre que éstas no sean incompatibles con los derechos fundamentales definidos por el sistema jurídico nacional ni con los derechos humanos internacionalmente reconocidos”.

Mis hijos en la actualidad

Mis hijos ahora están cursando su etapa de educación superior. Mi hijo mayor tiene bien cimentado el amor por su cultura y lengua, él difunde la música vernácula, aprendió a tocar varios instrumentos que escuchó desde su niñez en la comunidad de Machacca. Con frecuencia le oigo decir que se siente más seguro pensando en quechua, tocando la música que de niño le acompañó, él poco a poco ha ido fortaleciendo su cultura. Todo lo que hemos cultivado en él y, sobre todo, lo que él fue asumiendo, le ha servido mucho. Cuenta una vez que consiguió un trabajo gracias a que él sabe hablar quechua, de igual modo su conocimiento de la vida originaria le han valido para mucho, sobre todo, en lo referente a su trabajo como artista plástico.

De igual manera, también le ha valido para poder hacer algunos trabajos de campo apoyando en el recojo de data base sobre aspectos culturales de los pueblos originarios, haciendo entrevistas en quechua. Estos espacios le han dado satisfacciones y lo llevan a decir: “¡Cómo la gente puede decir que el quechua es un retraso, cuando a mí me ha dado tantas posibilidades y gratificaciones!”.

Fernando, quien no habla tan fluido como el mayor, cuenta que desde niños el quechua solo le ha traído dificultades, pero que ahora entiende la importancia de este idioma. El concluyó su estudio del inglés, algunos amigos nativos inglés parlantes me dicen que

tiene buen dominio de este idioma extranjero. El manifiesta que le gustaría aprender el quechua y que está buscando un horario para estudiarlo. Estoy seguro que aprenderá con mucha facilidad ya que sé que él entiende el quechua, por lo que aprender su pronunciación y la misma lengua será rápido. El quiere dictar quechua en alguna universidad extranjera.

Lecciones aprendidas

En cuanto a las lecciones aprendidas, sabemos ahora que no debemos cejar, que no debemos dar tregua para que nuestra lengua sea amenazada para su extinción. Para ello, aprovechemos cualquier espacio u ocasión en todo momento cuando se trate de nuestra lengua y nuestra cultura, sembraremos así las simientes que permiten la construcción integral de nuestros hijos. Debemos echar mano de todo cuanto podamos, amigos que hablan quechua, parientes, nosotros mismos, presentándoles lecturas y espacios que les provoquen aprender el quechua, en lo oral y en lo escrito. Todos los momentos, todos los espacios deberían ser bien aprovechados para que podamos darle el sitio que nuestras culturas y lenguas se merecen.

Cómo revitalizar el quechua y la cultura con padres que hablan poco o no hablan el quechua

Como una situación extra del trabajo siento que debemos preguntarnos también cómo sería la revitalización del idioma en parejas donde ninguno de ellos habla el quechua, por eso me permito hacer algunos apuntes.

En mi región cada vez siento que hay más interés por aprender a hablar el quechua, algunos de mi generación que no tuvieron las mismas oportunidades que algunos que sí tuvimos la trasmisión de nuestra cultura y lengua por parte de nuestros padres ahora reclaman a sus padres por haberles negado hablar el quechua. Sin querer hacer defensa de los padres que negaron la lengua a sus hijos, considero que era como una respuesta a una época donde el solo hecho de tener un rasgo indígena, una ropa originaria o, peor aún, si uno hablaba el quechua, era discriminado. Por querer que sus hijos “ya no sufran”, solo les enseñaron el castellano. De este caso hay muchos,

antes escuchaba con frecuencia decir incluso a mis colegas profesoras “Gracias a Dios mis hijos ya no hablan quechua”.

Para lograr o más bien para ocultar que sus hijos hablen quechua, no querían que estos interactúen con niños o niñas quechua hablantes, “Le pueden contagiar su quechua y sus piojos” decían. Si seguimos el listado de situaciones de discriminación, no terminaríamos, pero quiero citar que también que tener un apellido o nombre quechua estigmatiza, era común reclamar a las futuras madres “Cómo te vas a casar con ese Quispe, vas a malograr la raza”.

Regresando al tema, en alguna medida ya se está superando estas taras. De ahí, como dije, hay una necesidad de aprender el quechua, con más fuerza de estas personas cuyos padres muy a pesar de que hablaban quechua no les transmitieron el idioma a sus hijos.

Cierto día, unos amigos, padres jóvenes, me solicitaron para buscarles alguna jovencita que les ayudara a cuidar a sus hijos de 4 y 6 años, puesto que la “chica” que cuidaba era quechua hablante “había contagiado” a sus hijos con el quechua, ellos temían que sus hijos tengan interferencia y “hablen mal” el castellano. Esta situación me hizo ver la gran potencialidad que tienen las señoritas quechua hablantes trabajadoras de hogar, que con solo hablarles logran enseñarles el quechua a los menores a su cuidado por sumersión, sería una gran ventaja para ella como “nana” y para los padres que desean que sus hijos aprendan el quechua. Si a estas “nanas” les diéramos algunos alcances sobre la enseñanza de una segunda lengua, estaría asegurado el aprendizaje de este idioma de manera casi natural por los hijos, al igual que las “nanas” tendrían un plus en sus pagos y eso haría que ellas trabajen en estos espacios y no estén buscando otros.

Hemos podido comprobar que muchas familias que comienzan su vida de matrimonio requieren de alguien que les ayude en las labores del hogar, entre ellas, el cuidado de los niños. Con satisfacción hemos podido ver que estas personas que se dedican al cuidado de los niños y son quechua hablantes transmiten su lengua a sus protegidos. Por lo tanto, sentimos que preparar a la “nana” en la enseñanza del quechua como segunda lengua podría garantizar insertar capacidades comunicativas en los niños y niñas a su cuidado. Este hecho también haría que la lengua quechua tenga el estatus de la lengua dominante, el reconocimiento social que se le ha negado des-

de hace tiempo, y no solamente eso sino que permitiría una bonificación a la nana dándole también un reconocimiento y un plus económico por el trabajo.

A modo de reflexión final

Si la fecha de la invasión de nuestra Abya Yala, por parte de los españoles es certera diríamos que han pasado 515 años 5 meses dos semanas tres días a la hora que estoy escribiendo este párrafo, en esa época estos invasores nos negaron nuestro ser. El destruir nuestro conocimiento, nuestra ciencia, nuestra lengua y nuestra espiritualidad fue un trabajo de todos los días, muchos dicen hasta la fecha de la independencia, pero, en realidad, creo que ellos lo que hicieron fue sembrar en lo más profundo de nuestro ser la negación de nosotros mismos. Es decir, somos esos mismos bárbaros que mataron, asesinaron, violaron a nuestras mujeres, hicieron trabajar a nuestros hijos hasta que reventen sus pulmones. Ya no están, pero todo indica que todavía queda gente con esa “enfermedad” y utilizando cuanto tecnología a su alcance nos sigue negando nuestra cultura y nuestra lengua.

Están haciendo, desde otros espacio, lo mismo, abusando a las mujeres, explotando a nuestra gente, poniéndole precio a la vida. Sigue el virus de la colonia en todos nosotros en mayor o menor grado, por existe el *pinqay*, el virus de sentir vergüenza de nuestra forma de vida de nuestro idioma. Será en vano tratar de decir que estemos haciendo algo por nuestra identidad y nuestra lengua si no abolimos desde nuestra práctica el *p'inqakuy*, el tener vergüenza de nuestras raíces.

Por eso siento que el espacio de la familia debería ser el primer baluarte para crear la masa crítica para ir formando identidad, fortaleciendo nuestra lengua, no solo porque es un derecho sino porque todos los pueblos originarios del mundo tienen las alternativas para hacer una reingeniería de nuestra forma de vida republicana, o moderna que nos ha demostrado que es inviable. Por eso, la lengua y la cultura tienen que estar unidos y sincronizados como los pies del puma uno después del otro, pero juntos en este proceso de la dialéctica social que nos aproxime a las alternativas viables del *allin kawsay*, del buen vivir, del *sumaq qamaña*.

Si todos hacemos lo que podemos desde donde estamos, nuestro *ayllu*, es más probable que estemos cerca a nuestros sueños de respetarnos y vivir en armonía en esta diversidad que vitaliza la existencia. Por lo tanto el quechua debe llevarnos a entender nuestras lógicas culturales y en base a ella el respeto con las otras culturas.

Quiero concluir con algunas recomendaciones que son fruto de mi experiencia:

Ante la advertencia que el quechua está perdiendo su fuerza y vigor expresivo, el desarrollo de esta lengua debe responder a la necesidad de lograr la afirmación de aspectos culturales e íntimos de comunicación afectiva familiar, comunal y espiritual. En este sentido, es fundamental recuperar aquella comunicación en quechua que deja huella y se impregna de manera dinámica en el mundo afectivo de los hijos, no solo hablándoles nuestra lengua, sino haciéndoles vivir y sentir nuestra cultura. La comunicación oral en quechua debe estar acompañada de una fuerte carga afectiva, especialmente con los más pequeños, en donde el contacto físico y gestual dé cuenta de la relación idioma-afecto.

Al interior de las familias, desarrollar espacios para transferencias culturales si no de padres a hijos, de abuelos a nietos o de tíos y tías a los sobrinos mediante la expresión oral de historias de vida e historias comunales asociadas a la cultura local a los saberes y a las condiciones históricas de marginación y no reconocimiento que vivió y vive el propio quechua hablante. A la vez, presentarles las posibilidades actuales que se están abriendo para las personas con el uso del quechua en algunos sectores, sobre todo, en los ámbitos académicos extranjeros.

Promover en las generaciones de jóvenes un sentido de respeto y valoración de los ancianos por su condición de mayores así como de portadores del conocimiento y la sabiduría comunal, pues esto fortalecería el quechua con la vinculación intergeneracional, la autoestima e identidad.



Fortaleciendo nuestra cultura local, Hipólito con su hijo Siwar

Nuevos sentidos de resistencia: Cómo responder al awinkamiento¹ amenazante?

Ramón Cayumil Calfiqueo
Mapuche, Chile

En el presente ensayo, abordaré, desde mi experiencia personal, procesos o circunstancias importantes en la adquisición y aprendizaje del mapuzugun. Mencionaré diferentes momentos, desde mi infancia hasta la edad adulta, acerca de cómo el mapuzugun, así como el castellano se hicieron parte de mí, como lenguajes y formas de entender el mundo. A través del desarrollo de este escrito, haré breves menciones a los contextos sociales y políticos que se desarrollaban en Chile y que incidían directamente en los diferentes procesos y experiencias vividas.

En una segunda etapa de este ejercicio, abordaré la forma en que el mapuzugun es transmitido a mi hijo, mencionando además algunas estrategias utilizadas durante este complejo proceso y los contextos donde estos se desarrollan.

Relatos de mi aprendizaje del mapuzugun en comunidad

Yo comencé un proceso de aprendizaje de mapuzugun desde mi primera infancia, junto a mis abuelos, viviendo en una comunidad mapuche llamada Caucauche, a orillas del río Cautín en la IX región de Chile. Durante los primeros años de mi vida, vivíamos en la *ruka* (casa) de mis abuelos paternos junto a mis padres. A los dos años, mis padres construyeron un nuevo hogar muy cerca de la *ruka* de los abuelos y diariamente yo me escapaba a la *ruka* de mis abuelos para visitarlos y jugar.

1 Nota del autor: Término para persona no mapuche. En este contexto, chilenización

Los procesos de socialización inicial fueron bilingües, yo podía escuchar al mismo tiempo tanto el mapuzugun como el castellano. Mis abuelos hablaban mapuzugun cotidianamente, y estando junto a ellos, escuchaba solamente mapuzugun; en cambio, mis padres hablaban castellano y mapuzugun, pero para hablar con nosotros, solo lo hacían en castellano. Desde pequeño, participaba ayudando en las actividades cotidianas como buscar agua, buscar leña para el fogón, ayudar a encerrar las ovejas, alimentar a las aves, etc. Recuerdo principalmente a mi abuela paterna (Cucu) como la persona que más hablaba mapuzugun. Yo crecí hasta los 6 años escuchando y aprendiendo ambas lenguas de forma natural y simultánea, participando en las actividades cotidianas desarrolladas en contexto familiar y comunitario.

Mis padres no hacían mayor esfuerzo en hablarnos ni enseñarnos el mapuzugun debido a la discriminación y castigo que ellos recibieron en el proceso escolar. Ellos no querían que yo y mi hermano pasáramos por esos mismos sufrimientos y discriminaciones en el contexto escolar. Ellos recuerdan que al ingresar a la escuela, a la edad de 10 años, eran monolingües en mapuzugun, y se vieron enfrentados a un proceso educativo monolingüe en castellano, por lo tanto, vivieron momentos de mucho sufrimiento, ya que se les castigaba por no entender las instrucciones para realizar determinadas actividades de aprendizaje. Recuerdan ellos, con mucha tristeza, los largos momentos que debieron pasar de rodillas sobre semillas de arvejas en algún rincón de la sala, por no haber hecho las tareas, o por no aprender las lecciones escritas en castellano. Fue esa experiencia negativa que vivieron en sus primeros años de escolarización la que los llevó a tomar una decisión de no enseñarnos ni hablarnos mapuzugun.

Sin embargo, al estar yo diariamente junto a los abuelos, el mapuzugun entró paulatinamente a mi estructura mental y sin saber de qué forma, simplemente aprendí mapuzugun. Este proceso de aprendizaje del mapuzugun pareciera que no tenía una estructura establecida, simplemente era como parte de la vida cotidiana familiar donde todo fluía en forma natural.

Por otro lado, estaba el abuelo materno que vivía junto a toda su familia –mi familia– en otra *ruka* cercana y que tenía el don de la palabra. Él contaba historias antiguas en mapuzugun, hablaba de

familias viajeras, del origen o la descendencia de la familia, también contaba *epew* (cuentos) donde los protagonistas eran animales y pájaros. Eran momentos especiales en los que los niños disfrutábamos escuchando los inmemorables relatos del abuelo.

También recuerdo los momentos cuando se realizaban trabajos colectivos de siembra y cosecha, llamados *mingakos*. Estos momentos eran de mucha alegría y conversación, utilizando principalmente el mapuzugun y muy poco el castellano, los niños participábamos activamente en estos trabajos colectivos.

Vienen a mi memoria recuerdos inolvidables de participación infantil en ceremonias como el *guillatún* y el *zatum*, donde podía observar las dinámicas propias de estas ceremonias y el rol que desempeñaban las personas dentro de cada ritual. Aquí podía ver a los tíos tocando sus instrumentos musicales, otros familiares realizando danzas, podía observar a la *machi* dirigiendo las ceremonias, y en este contexto, el mapuzugun era hablado por todas las personas. Aquí el mapuzugun era la lengua oficial para realizar y coordinar los diferentes momentos, los cantos rituales y las oraciones principales de la ceremonia, y dicen los mayores que los *newen*, es decir, las energías superiores entienden el idioma mapuzugun.

A manera de anécdota, también recuerdo que cuando era adolescente, los fines de semana iba a la ciudad a vender productos del huerto o leche y durante el trayecto caminaba siempre con una anciana de la comunidad que también llevaba mercaderías en su canasto. En todo el trayecto, la conversación era bilingüe, pero con mayor uso del mapuzugun. Eran momentos de muchos aprendizajes de relatos antiguos, de nuevos conceptos y formas de decir algunas ideas en mapuzugun.

También viene a mi memoria otra etapa de mi niñez cuando cada año acompañaba a mi abuelo materno a la esquila² de las ovejas. Para desarrollar esta actividad, viajábamos en familia durante una hora, en dos carretas tiradas por bueyes, salíamos a las 6 de la madrugada para visitar a los socios³ y esquilar 30 ovejas o más. Cada momento de esta aventura viajera era interesante y entretenido, y

2 Esquila es la actividad de cortar la lana a las ovejas.

3 Se le llama socios a las personas que reciben en mediería en su predio, una determinada cantidad de animales cuyas crías se reparten al finalizar el proceso de crianza.

toda la comunicación entre los participantes era bilingüe, pero con mayor uso del mapuzugun.

Recuerdo que a la llegada donde los socios de las ovejas, los protocolos de saludos, las conversaciones de los mayores que participaban en esta actividad era solo en mapuzugun, por lo tanto, nosotros los niños de entonces vivíamos estas experiencias intensamente escuchando y hablando mapuzugun aunque también mezclábamos con el castellano. Continúan brotando recuerdos de tiempos hermosos, de mucha alegría y donde había colaboración familiar en diversas actividades productivas y culturales. Eran tiempos en los que el principal instrumento tecnológico que algunas familias tenían en la comunidad era la radio a pilas, aún no había llegado la energía eléctrica y nadie conocía la televisión.

En la década de los '80 llegan los primeros artefactos de televisión que funcionaban a batería y posteriormente, con la llegada de la luz eléctrica en los años '90, se masificó la TV en todas las familias de la comunidad. Esto trajo aparejados muchos cambios en las formas de vida, las nuevas generaciones adoptaron nuevos modelos y formas de vida propio de la sociedad chilena. En el ámbito de uso de las lenguas, el mapuzugun se vio desplazado de forma brutal a pequeños espacios de usos familiares, principalmente hablado por algunos mayores, ya que las nuevas generaciones solo comenzaron a hablar en castellano. Los espacios de conversación familiar que se desarrollaban al final de cada día fueron reemplazados por los programas de televisión y nadie se cuestionó este nuevo fenómeno social en la comunidad.

En un contexto más amplio, la escuela que ya había llegado al territorio en la década del año 1930 continuó su proceso castellanzante y chilenzante en las nuevas generaciones, las cuales comenzaron a dejar de practicar el mapuzugun. El castellano comienza a tomar valor y prestigio social entre los jóvenes y los adultos, desplazando al mapuzugun solo a ámbitos domésticos utilizados por personas mayores.

Durante la etapa de mi primera infancia que va desde 1963 a 1973, se implementaron políticas culturales y educativas desde el Estado chileno que invisibilizan y no consideran los conocimientos ni la lengua de los pueblos indígenas de Chile. En este contexto, se desarrolla mi primera etapa de escolarización en la lengua de mayor

prestigio social y de uso cotidiano, el castellano. Las personas de las comunidades no pensaban ni proponían que el mapuzugun también fuera considerado en el ámbito educativo. Si bien es cierto que el ambiente político de este periodo era muy convulsionado por los procesos de cambios estructurales en la sociedad chilena que implementaba el gobierno de la Unidad Popular, en las escuelas no había cambio en los enfoques y paradigmas educativos, tampoco había mayor cuestionamiento desde las comunidades mapuches respecto de la participación social en los procesos educativos, menos a la incorporación de los conocimientos e idioma mapuche en la escuela.

En el ámbito político, algunas organizaciones mapuches a nivel nacional planteaban demandas en temas educación (además de tierra y cultura); sin embargo, este proceso tenía que ver con mayor cobertura, más becas y hogares para estudiantes mapuches. El tema lingüístico no era abordado con la fuerza que aparece en décadas posteriores.

Mi paso por la escuela

A los 6 años, ingresé al sistema escolar en una escuela rural multi-grado en la comunidad vecina. Este proceso escolar trajo inconscientemente un cambio en el uso y la forma de concebir la lengua, dándole mayor valoración al castellano y casi un menosprecio por el mapuzugun. Este era un fenómeno social y cultural que vivimos muchos niños de mi generación que entramos a la escuela y fuimos sometidos a un proceso de enseñanza en castellano y nadie se cuestionaba por qué tenía que ser solamente en esta lengua.

Sin saberlo, desde pequeños fuimos apartados de nuestras formas de vida, de nuestro idioma por un sistema educativo diseñado para construir un ciudadano con valores propios de la sociedad occidental con sentido nacionalista chileno. Así fuimos poco a poco “formateados” en la indiferencia y el reniego hacia nuestra propia lengua, y hacia nuestros propios valores, los cuales continúan vigentes en la memoria de los mayores y en las energías infinitas de la naturaleza.

Los primeros grados de enseñanza (desde 1ero. hasta 5to. grado) fueron en esta escuela rural multigrado, siempre cercano a mi familia y vecinos de la comunidad. Teníamos una sola profesora para

seis niveles de enseñanza, la que tenía que “desdoblarse” para atender a todos los cursos y todas las materias del currículo escolar. Recuerdo que en aquellos tiempos se colocaba mucho énfasis en celebrar todas las fechas históricas del calendario como ser: el 21 de mayo (rememorar el combate naval de Iquique), el 18 de septiembre (fiestas patrias de Chile), el 12 de octubre (descubrimiento de América). En este proceso, el mapuzugun y todo lo que tenía que ver con diferentes temáticas mapuches no era abordado en los procesos educativos.

Hoy en día, recuerdo estos episodios como momentos muy divertidos, y lo más divertido aún es que ninguno de los integrantes de las comunidades mapuche cuestionaba la carga simbólica que llevaba cada una de estas celebraciones, puesto que con estas actividades y rituales propios de la celebración nos hacíamos inconscientemente más chilenos y menos mapuche.

Aquí en el sur de Chile pasaban cosas en esa época. Por ejemplo, recuerdo que cada 12 de octubre en la ciudad⁴ se realizaban grandes desfiles, y la escuela rural distante a 3 Kms. viajaba con todos sus alumnos y apoderados a participar del desfile. Recuerdo haber observado en estas celebraciones del 12 de octubre a muchos jóvenes y adultos de las comunidades mapuche vestidos de huaso⁵ desfilando a caballo para saludar el descubrimiento de América. No había mayor cuestionamiento por la significación de esa fecha para los pueblos indígenas en general y mapuche en particular.

En el colegio

Los últimos años de educación básica 6°, 7° y 8° años me fui a estudiar a la ciudad porque la escolita rural no tenía más cursos, y viajaba 4 kms cada madrugada y 4 kms de regreso a casa. Este cambio

4 Me refiero a la ciudad de Nueva Imperial de la IX Región de Chile.

5 El término “huaso” se usa en Chile para referirse al individuo que vive en la zona centro y sur del país y se dedica a las tareas propias de las antiguas haciendas del valle central y la costa de esa área. Este personaje tiene sus vestimentas características, sus costumbres que es propio de la cultura rural chilena y no corresponde a la cultura mapuche, sin embargo, muchos mapuches imitan algunas de estas costumbres dándole una resignificación propia desde el ámbito cultural mapuche.

del ámbito rural al urbano (a los 12 años) para mí fue muy fuerte. Sin embargo, mi adaptación fue relativamente rápida. Durante estos años de escolarización, sentía que, mientras más avanzaba hacia los cursos superiores, más me alejaba de los conocimientos e idioma que había aprendido durante mi primera infancia. Aquí, en la ciudad todo el sistema funcionaba en castellano y cualquiera que hablara un castellano mapuchizado⁶ era objeto de burla por los demás compañeros de la ciudad. Esas experiencias obligaban a hablar bien el castellano para no ser centro de burlas y recibir sobrenombres.

La primera parte de estos relatos abarca desde la década de los '70 hasta la década de los '90, tiempo en el cual no habían en el país políticas de revitalización lingüística ni cultural. En esta época, los jóvenes estudiantes estábamos sometidos a un proceso educativo monocultural y castellanizante que invisibilizaba los valores y saberes del pueblo Mapuche y de todos los pueblos originarios del país. Eran los tiempos en los que se ocultaba la historia real de nuestro pueblo en su relación con el Estado chileno.

Durante mi etapa de adolescente, me encontraba en educación media en un liceo técnico profesional en contexto urbano y sentía que la discriminación hacia lo mapuche de parte de los compañeros *winkas* (no mapuches) era muy fuerte; muchas veces, estos eran crueles con los compañeros mapuches que no lograban defenderse de los sobrenombres y otras formas vejatorias que actualmente se conocen como *bullying*.

Recuerdo esta etapa como momentos muy complejos, llenos de conflictos internos; era una época en la cual sentía un desapego con el mapuzugun y trataba de pasar desapercibido entre mis compañeros. La estrategia de aceptación entre mis pares fue destacar en el ámbito deportivo, jugando fútbol y representando al curso en las competencias internas y externas; así como también representando al curso en diferentes actividades artísticas a través de representaciones humorísticas, lo cual me subía la autoestima y ganaba el respeto de parte de mis pares. Al mismo tiempo, me surgían interrogantes y ganas de saber más acerca de nuestra historia y tener más herramientas para enfrentar la discriminación.

6 Castellano mapuchizado, entendido como la pronunciación de palabras en castellano mezcladas con entonación y sonidos del mapuzugun.

Durante este proceso educativo, mi residencia fue siempre la comunidad mapuche, pues continuaba viajando 4 kms. diariamente de mi casa al liceo. Muchas veces, antes de entrar a clases, tenía que vender productos del huerto o leche a gente de la ciudad.

En el ámbito lingüístico, muy lejos del mapuzugun tuve que aprender inglés que era una asignatura del currículo escolar la cual había que aprobar al final de cada semestre. Aprender un idioma extranjero era un desafío, ya que abría la posibilidad de entenderse con gente que hablara esa lengua y también despertaba la ilusión de viajar a lugares lejanos utilizando el inglés como lengua de comunicación. Fue también en este proceso que pude percibir que la estructura de la oración en inglés era la misma que la estructura en mapuzugun, lo cual facilitaba el aprendizaje de este idioma. En la realidad que nos tocó vivir, el idioma inglés, si bien tiene mayor prestigio social que el castellano y el mapuzugun, tampoco era una lengua de uso cotidiano, por lo tanto, los pocos conceptos y palabras aprendidos en las dos horas semanales del *pensum* escolar pasaron rápidamente al olvido, mientras que el mapuzugun continuaba subliminalmente activo en la memoria y volvía a aparecer en los espacios de habla existente en el ámbito familiar y comunitario.

En la universidad

Mi etapa de estudiante universitario transcurre en contexto urbano y lejos de mi comunidad y ciudad de origen. Vivía en un hogar de estudiantes universitarios, con becas y créditos⁷ del Estado que me permitían costear mis estudios. En este ambiente, mi proceso de reivindicación lingüística fue gatillado por las exigencias de los mismos compañeros de carrera, quienes me cuestionaron más de alguna vez por no hablar mapuzugun siendo verdaderamente mapuche. Esta situación, en lo personal, provocó un conflicto interno y dio inicio a una nueva fase de toma de conciencia de carácter más cultural y político sobre el tema mapuche. Al mismo tiempo, se provocan

7 Es importante mencionar que en Chile, la educación superior no era gratuita, y había que postular a créditos fiscales para costear las mensualidades y la deuda contraída con el Estado había que negociarla y cancelarla después de un año de egresado de la carrera.

las ansias por conocer la historia no contada y de retomar el uso de la lengua. Fue como volver a despertar y asumir fuertemente el compromiso de lucha por recuperar la cultura y la lengua en diferentes contextos. Así se inicia mi vinculación y participación en diferentes movimientos estudiantiles en la universidad y algunas organizaciones mapuches en pleno proceso de dictadura militar en los años '80.

Este nuevo proceso interno fue muy emotivo y desafiante, ya que comencé a sacar hacia afuera todo el conocimiento sobre el manejo de la lengua que había acumulado desde mi primera infancia y que tenía guardado en algún rincón de mi memoria. Aquí comenzaron a salir palabras, conceptos e ideas, cada vez con mayor grado de complejidad, pronunciados en mapuzugun, y al regresar a la comunidad los fines de semana preguntaba por nuevos conceptos y construía nuevas palabras intentando pronunciar pequeños discursos.

En un contexto más amplio, estábamos en ese entonces en plena dictadura militar donde era prohibido juntarse. Sin embargo, como estudiantes universitarios realizábamos algunos talleres literarios, espacios de reflexión, peñas folklóricas, que eran instancias donde los jóvenes a través de la música, del canto, de la poesía nos manifestábamos frente a la contingencia que estaba viviendo el país. Recuerdo que en estos espacios no se hablaba mapuzugun, y el castellano era la lengua de uso en todas las actividades artísticas y culturales. La revitalización lingüística y cultural mapuche no era tema en ese tiempo, ya que el objetivo mayor era manifestarse y terminar contra el sistema político imperante. Fueron años muy duros de mucha persecución y de detenciones de algunos compañeros de la universidad.

A pesar de las prohibiciones de reuniones sociales, en mi territorio se continuaba realizando el *gillatun*, y esta ceremonia era la instancia donde se practicaba el mapuzugun junto a las personas mayores y se recreaba la cultura mapuche en todas sus formas y expresiones, desde lo doméstico como hacer fuego y cocinar, hasta lo espiritual, como hacer oraciones y conectar con las energías superiores.

En esos años, había prohibición de realizar actividades culturales ya que se asociaban a actividades políticas que podían atentar contra el régimen vigente, y por lo mismo, no habían espacios de

carácter más público de enseñanza de la lengua y elementos culturales propios mapuche. No obstante, las comunidades mapuches continuaban realizando sus ceremonias y rituales en espacios más íntimos, y eran estas instancias las que nos permitían vivir experiencias de fortalecimiento de la identidad y aprendizaje de la lengua.

A nivel comunal

Recuerdo que desde los municipios se realizaban actividades culturales en sus centros culturales, trayendo orquestas sinfónicas, ballets o danza, conciertos de ópera, etc., bajo la premisa ideológica de que la verdadera cultura era la que venía del mundo occidental, marginando así toda expresión cultural distinta a su propia concepción ideológica y filosófica. Esta forma de concebir las manifestaciones culturales dejaba al margen, por un lado, situaciones específicas como las expresiones culturales locales (incluidas las expresiones culturales mapuche) por considerarlas de poco gusto y de escaso valor; y por otro lado, quedaban también al margen las personas de los sectores periféricos, por no tener los recursos económicos y, además, por sentirse muy distantes de esos tipos de manifestaciones culturales. En este contexto, la lengua mapuche no tenía cabida y todas las actividades eran realizadas en castellano.

Década de los '90, regreso de la democracia hasta la actualidad

Con el regreso a la democracia se inician procesos de cambio muy importantes en el país que no voy a describir en este texto. Sin embargo, puedo señalar que fue una etapa donde también se consolidaron algunas organizaciones mapuches; muchas de las demandas fueron acogidas por el nuevo gobierno a través de la promulgación de la nueva Ley Indígena 19.253 de 1993.

En lo personal, esa es una etapa muy importante de aprendizaje del mapuzugun y muchos otros elementos socioculturales mapuches; estos aprendizajes se producen durante mi acercamiento al movimiento mapuche de los años '90. En este contexto, recuerdo que en cada reunión o encuentro que realizaban las organizaciones mapuches se generaban importantes espacios de habla mediante interacciones y diálogos con autoridades originarias mapuche,

situación que de alguna forma me obligaba a mejorar la pronunciación y utilizar de manera fluida las ideas en mapuzugun. Desde la perspectiva del aprendizaje de la lengua, valoro mucho la posibilidad de estar presente en estos espacios de conversación y reflexión con autoridades y *kimche* (sabios) mapuches.

En las últimas décadas, en Chile ha habido un fortalecimiento de la cultura e identidad mapuche generado por los mismos actores mapuches tanto en contextos comunitarios como desde los contextos urbanos. Por otro lado, con el regreso de la democracia y con las luchas y conquistas de nuevos derechos por parte de las organizaciones y movimiento mapuche, se han implementado desde el Estado nuevas leyes y políticas educativas y lingüísticas que favorecen la recuperación y fortalecimiento de las temáticas mapuches en diferentes ámbitos.

Desde el ámbito comunitario, desde el interior de las comunidades (relación intracultural) se han fortalecido las prácticas culturales. En esta línea, en las comunidades mapuches las ceremonias religiosas o *gillatun* se realizan con una periodicidad de dos o tres años, y es la instancia que reúne en torno al ritual a casi todas las personas más allá de sus diferencias. En comunidades o lugares donde no se realizaban estas ceremonias, han surgido nuevas ceremonias con participación de nuevas familias, situación que genera nuevos espacios para hablar, aprender y pensar en mapuzugun.

En el ámbito de la medicina mapuche, puedo señalar que esta forma de abordar la enfermedad es una práctica que ha cobrado mayor vigencia en muchas familias mapuches y no mapuches. Se continúan abordando complicaciones de salud con medicina mapuche y realizando ceremonias de sanación de enfermos llamadas *zatun*, también conocidas como *machitún*, donde muchas personas concurren manteniéndose vigente esta práctica de atender las enfermedades desde la lógica mapuche.

Por otro lado, desde el Estado se ha reconocido la medicina mapuche y a través del Ministerio de Salud se han implementado centros de medicina intercultural con participación de médicos y *machi* (sabia) para abordar ciertas enfermedades. Actualmente, bajo estos programas, se realizan capacitaciones sobre temáticas relacionadas con salud y enfermedad y cursos de mapuzugun donde funcionarios de salud aprenden la lengua mapuche.

Otra de las prácticas culturales existentes en los territorios son los *eluwun* o entierros que se realizan cuando se muere una persona adulta. En este contexto se reúne la familia, se utiliza y recrea el mapuzugun durante el *pentukun* (los protocolos de saludo) y el *püllü* (los discursos de despedida del espíritu del difunto).

Se continúan realizando las prácticas comunitarias para realizar trabajos de siembra y de cosecha que se llaman *mingakos*, prácticas que si bien ya no se realizan con tanta frecuencia y masivamente como en décadas pasadas, continúan vigentes en estas comunidades. Aquí podemos identificar otro fenómeno que incide directamente en la pérdida paulatina de los *mingakos* como práctica cultural y tiene que ver con la división y subdivisión de las tierras mapuches⁸ por parte del gobierno, pasando desde la propiedad colectiva hacia la propiedad individual privada. Vinculado con este fenómeno social, también el mapuzugun pierde espacios de habla, sin embargo, se mantiene vigente cada vez que se realizan actividades culturales.

La celebración de Wexipantu

Es en esta época que en la IX Región emerge con fuerza desde las organizaciones y comunidades mapuches la celebración del *Wiñoy Xipan antü*, o *We xipan antü* (nueva salida del sol), conocido en nuestra región como año nuevo mapuche. Aquí, en el hemisferio sur, la naturaleza inicia un nuevo ciclo cada invierno entre el 23 y 24 de junio (solsticio de invierno). Este fenómeno cósmico era comprendido y celebrado por los antiguos mapuches, pero ocurrió que, a través del proceso de evangelización desarrollado por la iglesia católica, esta fecha fue reemplazada por la celebración de San Juan que es propia del calendario occidental cristiano. Producto de este proceso colonizante y evangelizador, muchas familias celebraban San Juan el 24 de junio, pero poco a poco esta práctica fue cambiando tomando mucha fuerza la celebración de *We Xipan antü*.

En la actualidad, muchas instituciones públicas se han sumado a este festejo, pero llevan la celebración que es de carácter más

8 Me refiero a la Ley 2568 de 1979 que divide y subdivide las tierras mapuche.

íntimo y cargado de espiritualidad de las familias mapuches a un contexto más público, donde considero que se pierde el sentido original de este rito.

Durante el desarrollo de esta celebración, las familias se juntan en sus casas o en las sedes comunitarias y preparan comidas típicas, festejan y cantan, se bañan en los ríos o esteros como una forma de purificarse con las primeras aguas de la madrugada, se hacen *lletipun* (oraciones) para pedir a las energías superiores por un buen año. Es en este espacio donde la cultura se recrea y resignifica y el mapuzugun cobra vigencia y protagonismo, emergen de forma espontánea nuevos espacios de habla, donde los mayores conversan y cantan, los niños escuchan historias y danzan en la madrugada. Esta fecha está llena de significado y simbolismo que no voy a describir en detalle en este estudio, sino señalar simplemente que el *we xipanttu* literalmente significa: “la nueva salida del sol”, es el inicio del nuevo año y representa para el pueblo Mapuche una de las actividades culturales o fiestas rituales más importantes relacionadas con los cambios en los ciclos de la naturaleza, es decir, la finalización de un ciclo y el comienzo de otro.

Encuentros de palín

El *palín*⁹ es un deporte propio mapuche que se continúa jugando en las comunidades mapuche y son instancias donde la cultura y la lengua se recrean. En la última década, los niños en las escuelas rurales también practican el *palín* y realizan encuentros periódicamente con otras escuelas del sector. Sin duda que estos encuentros de *palín* promovidos y organizados por las escuelas son espacios propicios donde la cultura y la lengua se recrea, principalmente teniendo al niño como protagonista de estos y donde también asisten adultos los cuales dan ciertas orientaciones sobre las reglas de juego y animan a los niños a jugar celebrando y divirtiéndose con cada jugada. En estas instancias se realizan algunas de las formalidades mapuche tanto en el saludo como en el desarrollo del juego.

⁹ *Palín* es el deporte mapuche que se juega en una cancha rectangular; cada equipo lo conforman 11 o más *palifes* (jugadores) que utilizan *wiños* o chuecas para golpear el *pali* (pelota).

Personalmente, he participado en algunos encuentros de *palín* y generalmente las instrucciones y los diálogos durante el juego se hacen en mapuzugun. De esta manera, el juego es una instancia de habla donde los *palifes* (jugadores) y el público interactúan en mapuzugun.

Quiero mencionar también que en la IX Región, en la localidad de Labranza, existe una radio emisora de la fe Bahai, conocida como la “Radio Bahai”. Esta radio hace uso de la lengua mapuche en sus distintos programas durante el día. En medio de la música y conversaciones sobre ciertas temáticas mapuche del ámbito doméstico o cotidiano, y de los mensajes y servicios a la comunidad, también difunde los mensajes propios de su religión en mapuzugun. Algunas familias mapuches de las comunidades escuchan esta radio, y la utiliza como medio de mensajería y saludos.

Actualmente, al hablar de las prácticas culturales y del uso de mapuzugun en las comunidades mapuche, se puede decir que estas son muy heterogéneas. Hay comunidades con intensa práctica cultural, donde la cultura mapuche y la lengua se presentan muy vigentes en el ámbito cotidiano, en las actividades sociales, y en las ceremonias. En cambio, hay comunidades donde la práctica cultural se encuentra un tanto deteriorada, predominando algunas costumbres y formas de comportamientos no mapuche, así también el abandono del mapuzugun como lengua de comunicación cotidiana. Este es el caso de la comunidad de Caucauche, mi comunidad de origen, donde la gente migra hacia las ciudades, abandona constantemente la comunidad, muchas veces también abandona su cultura y su lengua al entrar en relación con patrones y valores occidentales. Como consecuencia de esta situación de movilidad social y migración, ya no existe una fuerte práctica cultural, principalmente en las nuevas generaciones y, por lo mismo, ya no existe uso del mapuzugun excepto entre algunas personas mayores.

El mapuzugun como lenguaje en canciones y relatos

En las siguientes líneas mencionaré dos situaciones de uso de la lengua de forma entretenida, didáctica, y educativa en contexto familiar y a veces social, me refiero a los *ülkantun* (canto mapuche) y los *epew* (relato).

El *ülkantun*

Dentro de todas las expresiones internas en el ámbito cultural y remitido a lo más familiar y más privado mapuche tenemos el *ül*, cuya puesta en escena es el *ülkantun* o canto mapuche. El artista que desarrolla este arte se llama *ülkantufe*. Se puede hablar del *ülkantun* como un proceso formador porque, a través de este acto se manifiestan valores. También es un proceso formativo porque siempre que hay *ülkantun* se reúnen adultos y niños. Dentro de esta dinámica que emerge en forma espontánea, observo que hay una gran interacción entre todas las personas, es decir, tanto el que transmite los contenidos y mensajes a través del canto en mapuzugun, como de aquellos que lo reciben. Cada vez que observo un *ülkantun* en los ambientes en que surge, pareciera que los contenidos y mensajes históricos culturales, así como también las vivencias personales expresadas por el *ülkantufe* mediante el *ülkantun* fluyen de forma libre y dinámica en la improvisada audiencia. Esta situación emergente se transforma en momentos especiales de aprendizaje, destacándose el *ülkantun* como principal medio de transmisión, de conocimientos y de sentimientos entre las personas que allí se encuentran presentes.

El *epew* como estrategia de transmisión de valores

Otra situación de uso de la lengua en el ámbito cultural mapuche es el *epew*, El *epew* es un tipo de relato oral en que se narran sucesos ficticios, habitualmente protagonizados por animales personificados. Estos relatos se desarrollan en el ámbito familiar, donde las personas mayores son las encargadas de transmitírselos a los niños, destacando cualidades positivas y valores de los personajes del cuento. El relato se realiza en mapuzugun, pero también se mezcla con el castellano cuando los niños no están entendiendo el idioma. En este ámbito, destacamos el *epew* como herramienta o metodología de transmisión de valores, creencias y normas de comportamiento es utilizado para la formación de personas que se vuelven *nor che* (persona recta), *küme che* (buena persona), *kim che* (persona sabia), *newen che* (persona fuerte).

Oralidad y escritura

Desde los años '90 hasta la actualidad, personalmente he iniciado un proceso de escribir textos simples y letras de canciones en mapuzugun. Si bien es cierto que la escrituración del mapuzugun se viene realizando desde principios del siglo pasado, inicialmente por misioneros católicos y también algunos intelectuales mapuches, este fenómeno se intensifica en las últimas décadas con el surgimiento de poetas e intelectuales mapuches que escriben en mapuzugun, músicos y artistas mapuche que escriben y cantan en mapuzugun. Pasar de la oralidad a la escritura ha sido un proceso complejo, principalmente por los sonidos propios del mapuzugun que no se encuentran en el idioma castellano, lo cual ha generado algunas propuestas sobre grafemario y formas de escribir el mapuzugun.

Segunda parte

*Enseñando mapuzugun a mi hijo Mawlikan*¹⁰

En la segunda parte de este texto me referiré a la forma en que hemos enseñado el mapuzugun a nuestro hijo. Partimos del principio de que, como hablantes de mapuzugun, somos poseedores de una forma de construir la realidad a través de la lengua y podemos transmitir, recibir, codificar mensajes a través de nuestra propia lengua originaria. Por lo tanto, sentimos el deber de enseñar la lengua a las nuevas generaciones.

Tengo un hijo de 8 años que ha nacido y se ha criado en contexto urbano, en una ciudad llamada Padre las Casas. Su experiencia de vida comunitaria se desarrolla solo los fines de semana. En nuestro caso, el proceso de enseñanza y aprendizaje del mapuzugun comenzó desde la familia y ha pasado por varias etapas. En un primer momento, desde que nació hasta 1 a 2 años, le hablábamos mucho en mapuzugun, y él aprendió a decir varios conceptos básicos como ser *ñuke* (mamá), *chaw* (papá), *küpañe* para decir “ven hacia

10 Mawlikan es un nombre mapuche que significa lluvia de piedras poderosas.

acá”, algunos conceptos relacionados con ubicación espacial, entre otras palabras. Al ingresar al jardín infantil, tenía 2 años, y en su proceso de adaptación a este nuevo mundo, llamaba a sus papás en mapuzugun. Esta situación descolocó mucho a las educadoras de párvulos quienes no entendían el idioma, así que nos pidieron que les enseñáramos algunas palabras para entender a nuestro hijo. Aunque inicialmente abrieron su mente y su corazón para aprender algunas palabras y atender una situación puntual, no hubo mayor avance en el jardín, ya que las políticas de educación parvularia en esos espacios continúan siendo monolingües y monoculturales.

Comenzamos a hablarle en mapuzugun con la idea principal de que la lengua no se perdiera en el tiempo y que las nuevas generaciones de la familia continúen hablando la lengua. La otra idea es que el niño aprenda progresivamente el mapuzugun y en el futuro pueda asumir roles importantes en actividades culturales mapuche, especialmente en el desarrollo de ceremonias como *gillatun* y sea capaz de realizar *llellipun* (oraciones) usando la lengua, ya que este contexto de espiritualidad solo se realiza en mapuzugun.

Uno de los objetivos iniciales es que el niño logre entender y emitir mensajes breves en mapuzugun en los primeros años de vida y paulatinamente logre establecer conversación en mapuzugun. En este sentido, hemos instalado algunos conceptos básicos a partir de los cuales él puede continuar construyendo nuevas frases y oraciones en mapuzugun.

Por otro lado, pretendo que mi hijo, junto con aprender la lengua, construya su identidad y sentido de pertenencia mapuche. Esta idea se fortalece mucho más en los diferentes momentos de participación ceremonial en la comunidad.

Puedo señalar que la enseñanza del mapuzugun a nuestro hijo ha sido muy compleja.¹¹ La estrategia más efectiva ha sido “aprender hablando”, es decir, hablarle en mapuzugun en diferentes situaciones cotidianas en ambiente familiar, tanto en contexto urbano como en contexto comunitario. Enseñarle el mapuzugun hablándole en la

11 La complejidad está determinada por múltiples factores de carácter social, político, lingüístico, además por la escasa lealtad lingüística de los hablantes en el ámbito familiar y comunitario, reducidos espacios y ámbitos de uso de la lengua, etc.

lengua tal como nosotros la aprendimos en la comunidad no obedece a un proceso gramaticalmente estructurado, sino diciéndole oraciones e ideas cortas con sentido para el niño, donde él pueda interactuar y responder con palabras o frases simples. En algún momento de este proceso, cuando el niño tenía 2 a 3 años, colocamos tarjetas en las paredes de la casa con palabras en mapuzugun y el niño las identificaba y las repetía mecánicamente, posteriormente dejamos de hacer este ejercicio y solo usamos la oralidad.

Las fortalezas

Para el implementar este proceso de enseñanza de la lengua describiré brevemente algunas fortalezas identificadas en el ámbito familiar y comunitario. Una de las principales fortalezas que identificamos en este proceso es que ambos (papá y mamá) somos hablantes de mapuzugun, y en esta condición usamos la oralidad para enseñar hablando.

En el contexto comunitario, encontramos otra fortaleza que son los mayores (abuelos y tíos), los cuales hablan fluidamente la lengua, y siempre le están hablando palabras o preguntándole cosas en mapuzugun al niño. Sería deseable que ellos fueran más constantes en dirigirse al niño en mapuzugun, pero lo hacen solamente durante el saludo y después comienzan a hablarle en castellano.

Otra fortaleza es que en nuestra comunidad mapuche de origen se encuentran vigentes diversas prácticas culturales como: *gillatun*, *mafün*, *zatun*, *katanpilun*, etc. En este contexto, se desarrollan actos de habla donde el niño puede interactuar y escuchar conversaciones, relatos, canciones en mapuzugun. Cada fin de semana regresamos a la comunidad para realizar diferentes labores productivas, apoyando también el desarrollo de actividades culturales, donde el niño observa y a través de juegos va construyendo su mundo en contacto con los diferentes espacios naturales y sociales.

Desde una perspectiva más personal, puedo señalar que tengo la capacidad de ejecutar diferentes tipos de instrumentos musicales mapuches y no mapuches, y aprovechando esta habilidad, utilizo mucho la música para jugar y crear situaciones donde aparezcan conceptos en mapuzugun que el niño pueda repetir, recrear, etc.

Los obstáculos

La realidad que nos toca vivir cotidianamente plantea múltiples obstáculos para la enseñanza de la lengua, y estos obstáculos van desde el ámbito personal hasta instancias de orden sociocultural y político. En primer lugar, somos nosotros mismos (los papás) los que no somos constantes en la enseñanza del mapuzugun. Podemos señalar que siendo padres hablantes de esta lengua, no demostramos mucha lealtad hacia ella, ya que hacemos uso del mapuzungun solo en breves momentos del día y luego utilizamos el castellano. Esta complejidad no la hemos abordado de forma sistemática, y solo de vez en cuando reflexionamos sobre esta situación, y volvemos a recaer en la misma práctica, es decir, hablamos un rato en mapuzugun y luego volvemos a usar el castellano.

Otro obstáculo es el contexto, ya que vivimos gran parte de la semana en la ciudad donde toda la comunicación se realiza en castellano en los medios de comunicación, en la escuela, en la interacción con los vecinos, etc., y no hay espacios donde se hable el mapuzugun. Esta situación es difícil cambiarla, y por tal motivo, nos remitimos al ámbito familiar donde conversamos y tratamos de hablarle en mapuzugun al niño, en situaciones cotidianas de juego, en la preparación alimentos, al poner la mesa, etc.

La escuela aparece como otro gran obstáculo, porque ahí se continúa realizando procesos de aprendizaje desde una perspectiva monolingüe y monocultural. Este proceso, creo, está generado en el niño una percepción que el mapuzugun es una lengua con menor valor que el castellano, y a veces dice que no le gusta hablar porque sus compañeros se pueden reír.

Una manera que encontramos para enfrentar esta situación es buscando espacios de participación en la escuela durante el desarrollo de algunas fechas importantes como la celebración del *Wiñoy Xipantu* (la nueva salida del sol). En este contexto acudimos a la sala de clases con relatos mapuches, música mapuche en vivo, con comidas típicas mapuches y hablando mapuzugun como una forma de provocar también cierto cambio de actitud de los docentes y apoderados no mapuches.

Puedo señalar que, a partir del año 2014, la escuela comenzó a implementar la asignatura de Lengua Indígena en el primer año

básico, pero no aborda el tema cultural y lingüístico en los demás niveles de enseñanza.

Algunos resultados

A pesar de las dificultades mencionadas en las líneas anteriores, considero que hemos tenido algunos logros importantes en la enseñanza de la lengua. Uno de los logros que se percibe es que el niño tiene desarrollado un sentido de identidad mapuche, situación que se puede observar cuando dice “Yo soy mapuche” si una visita o amigos le preguntan sobre su identidad. Otra situación es cuando se incorpora con algunos instrumentos musicales como la *trutru* o *piñilka* a las actividades recreativas familiares y también a las actividades culturales comunitarias. Ultimamente realizamos muestras de instrumentos musicales y tocamos música en vivo para los turistas que visitan la zona en temporadas de verano.

En el ámbito de uso de la lengua, puedo señalar que otro logro importante es que el niño entiende y emite mensajes simples cuando se encuentra en ambientes de confianza, ya sea a través de los juegos con sus primas, con el papá, conmigo o en actividades familiares, pasando poco a poco de la fase receptiva a la etapa productiva de la lengua.

Considero también un logro importante el hecho de utilizar la lengua en el ritual del saludo al llegar a casa de amigos y familiares. Inicialmente este proceso era como repetir frases en forma mecánica, y actualmente puedo observar que estos diálogos le hacen sentido y dependiendo del interlocutor, los realiza cada vez con mayor fluidez y de forma más divertida.

Estos pequeños logros en el uso de la lengua significarían que el niño ya tiene incorporados varios conceptos e ideas en mapuzugun, en su estructura mental; lo que permite afirmar que, aun con la poca constancia que hemos tenido los papás en enseñar la lengua, el niño ha aprendido algunos conceptos básicos y se anima a hablarla en contextos íntimos y familiares.

En términos generales, desde una perspectiva de la actitud hacia la lengua en la familia, podría señalar que el hecho de nosotros como papá le habláramos mapuzugun a nuestro hijo en el entorno familiar inicialmente fue valorado por la familia, pero esta

valoración inicial no ha tenido mayor impacto en el aprendizaje de la lengua en el niño porque los miembros de la familia pronto cambian de código y dejan de usar la lengua en sus conversaciones cotidianas. En el contexto familiar, tíos y abuelos inicialmente celebraban que el niño hablara frases cortas y palabras en mapuzugun, y esta situación no generó mayor motivación para que los demás miembros de la familia lograran enseñarle la lengua a los demás niños de la familia.

Actitud hacia la lengua

En lo personal, desde la perspectiva de la actitud hacia la lengua, puedo señalar que como resultado de los diferentes procesos culturales, educativos, artísticos que me ha correspondido vivir, mi actitud ha pasado por varios momentos, es decir, desde una actitud positiva en la primera infancia, transitando hacia una actitud más bien negativa en la adolescencia y definitivamente pasando a una actitud positiva en la edad adulta. Actualmente mi actitud es siempre positiva y trato de usar la lengua en diferentes contextos.

En el ámbito familiar, y de manera no planificada ni estructurada, siempre estoy hablándole palabras o mensajes simples a mi hijo de 8 años en mapuzugun, el cual va aprendiendo palabras, conceptos, y, al mismo tiempo, asumiendo ciertas actitudes muy cambiantes hacia la lengua dependiendo del contexto, ya sea familiar o público. Este intento por salir con el mapuzugun del ámbito de la casa y hablarlo en la salida de la escuela, o en las micros me ha permitido observar cierta reacción o comportamiento de mi hijo frente al uso de la lengua en contexto más público.

Generalmente él muestra una actitud positiva hacia la lengua cuando se encuentra jugando junto a sus primas, o cuando se encuentra en la comunidad, y entre los niños en su relación lúdica hablan palabras simples como: *küpage* ‘ven’, *amuyü* ‘vamos’, *femkilge*, etc. Pero en los últimos 2 años, a partir de su ingreso a la escuela, comienza a evidenciar una actitud más negativa que se puede observar, por ejemplo, cuando yo le hablo mapuzugun en la salida de la escuela, él dice: “papá no te entiendo”, y trata de desviar el tema de tal manera que yo no le siga hablando en mapuzugun. No le gusta que sus compañeros de curso escuchen que yo le hablo en otro

idioma. La misma conducta la puedo observar cuando comienzo a hablarle en mapuzugun mientras viajamos en micro.

Sin embargo, en el ámbito identitario puedo señalar que el niño tiene una identidad cultural ya definida. Por ejemplo, se siente plenamente empoderado e identificado por el significado de su nombre, y a nivel de escuela es reconocido por sus pares, por los docentes y auxiliares por su nombre, ya que es el único niño cuyo nombre Mawlikan significa “lluvia de piedras poderosas”. Por otro lado, siempre mi hijo señala: “Yo soy mapuche” o también dice: “Nosotros somos mapuches” porque tenemos campo, tenemos música, tenemos danzas, tenemos *gillatun* (ceremonias).

Desafíos actuales

Un gran desafío a nivel personal, ahora que el niño tiene 8 años, es organizar o estructurar un proceso de enseñanza de mapuzugun familiar de forma más sistemática y ordenada. Ser más constante en enseñar la lengua en situaciones cotidianas de manera dinámica y entretenida utilizando recursos como la música, juegos con títeres y otras representaciones de personajes, etc.

En el ámbito familiar, motivar e involucrar a toda la familia para valorar y volver a usar el mapuzugun diariamente, hablándole a los niños mientras se desarrollan diferentes labores cotidianas, como también hablarle en los momentos de juego. Generar procesos de reflexión en la familia acerca de la importancia de revitalizar nuestra lengua invitando, por ejemplo, a personas de otra comunidad para que cuenten sus experiencias sobre el tema. La idea es generar una dinámica espontánea de conversación mientras se comparte un mate.

A nivel comunitario, promover la realización de talleres artísticos y culturales dirigidos a niños y jóvenes de la comunidad donde se puedan abordar temáticas como reconstruir la historia de la comunidad, aprender la lengua y cultura mapuche. Vinculado con estas iniciativas, también promover encuentros culturales con jóvenes pertenecientes a otras comunidades mapuche de tal manera que se den espacios de aprendizaje entre pares.

A nivel de escuela, incidir en los docentes y directivos para que incorporen la asignatura de lengua indígena e implementen un

proceso de EIB en todos los niveles de enseñanza. Por otro lado, apoyar al equipo docente en la generación y desarrollo de iniciativas culturales que contribuyan a la formación de ciudadanía intercultural.

A nivel de movimiento social, apoyar mesas de trabajo que desarrollen iniciativas de revitalización lingüística en la IX Región. En este sentido, existen mesas de trabajo multidisciplinarias mapuche que actualmente están trabajando para la oficialización del mapuzugun en la IX Región. Al mismo tiempo, se están generando debates acerca de cómo instalar las temáticas de conocimiento mapuche e historia mapuche en el contexto de la reforma educativa que está siendo discutida en el país.

Otras ideas que me surgen acerca de qué se puede hacer para recuperar espacios para la práctica y el uso del mapuzugun en contexto urbano sería restarle la posibilidad a la lengua dominante para que domine, en este caso, sería restándole espacios de uso al castellano y otorgándole mayores espacios de uso al mapuzugun. Para abordar este complejo proceso es necesario, desde los propios hablantes, la definición de ciertas estrategias.

Por un lado, desde el ámbito personal y familiar (desde lo intra): mejorar niveles de conciencia y de lealtad lingüística –apagar la TV– generar procesos de negociación con los abuelos para apoyen procesos de hablar la lengua a los nietos y nietas– utilizar diferentes recursos como la música, los cuentos antiguos, los juegos que permitan escuchar y hablar mapuzugun –visitar a los mayores (*kimche*) para escuchar y hablar mapuzugun– generar comunidades de habla con amigos de intereses comunes –hablar, cantar, beber, pensar, soñar en mapuzugun.

Por otro lado, desde la institucionalidad, es necesario generar políticas lingüísticas pertinentes con recursos necesarios para su implementación –lograr reconocimiento oficial de la lengua en los diferentes territorios– optimizar procesos de implementación de programas de EIB (educación intercultural bulingüe) en las escuelas.

Lecciones aprendidas

La lengua ya no se aprende de manera espontánea porque no hay la oportunidad para aprenderla, así que es necesario generar espacios tanto en contextos urbanos como rurales propicios para ello.

Lo cultural no se puede desvincular del tema lingüístico, ya que la lengua es el instrumento principal de construcción del mundo desde la lógica mapuche, no da lo mismo construir o aprender un concepto, una idea a través del castellano que a través del mapuzugun.

No forzar a los niños a que adopten una actitud favorable hacia la lengua, sino generar situaciones donde puedan, ellos mismos, ir tomando confianza y adquiriendo seguridad sobre su propia identidad y uso de la lengua indígena.

Enseñar a los niños la valoración y respeto hacia la naturaleza, hacia los mayores y sus saberes ancestrales.

Contextos de enseñanza-aprendizaje de nuestro hijo

El desarrollo de este complejo proceso de enseñanza y aprendizaje del mapuzugun ocurre en algunos contextos y situaciones específicas que a continuación describiré.

En contexto urbano

Como se menciona en líneas anteriores, mi hijo ha crecido en contexto urbano ya que pasa cinco días de la semana en la ciudad y solo dos días en la comunidad, por lo tanto, sus vivencias mayormente corresponden al ámbito urbano, y en este ámbito se describen algunas situaciones de aprendizaje.

En las relaciones cotidianas en la casa: En la casa siempre estamos dándole distintos tipos de instrucciones simples en mapuzugun como decir: “tráeme un lápiz”, “ven aquí”, “llévale esto a la mamá”, “no te mojes”, “sácate los zapatos”, “ven a tomar leche”, etc. También haciéndole preguntas simples como: “¿cómo estás tú?”, “¿tienes frío?”, “¿te duele el estómago?”, “¿dónde está la ñuke?”

En los juegos en el patio: en las instrucciones del juego, como ser: “juega tú primero”, o “lanza tú primero”. “Tú anda por esa orilla, yo por acá”, orientaciones espaciales, etc.

En la cocina: ayudando a preparar alimentos como sopaipillas, otorgándole pequeños roles y dándole algunas instrucciones como: “arremángate”, “trae más harina”, “anda a buscar más leña”, “échale agua al vaso”, “basta!”, “está bien”, etc.

Escuchando relatos o *epew*: en las noches le relatamos *epew* (mapuzugun-castellano) donde los protagonistas son animales. Los animales del cuento hablan en Mapuzugun y él entiende los diálogos.

En contexto rural

Los fines de semana nos trasladamos a la comunidad, a casa de los abuelos para desarrollar distintos tipos de actividades del ámbito productivo y cultural. En este contexto, el niño escucha mapuzugun, observa y se relaciona además con animales domésticos, aves y pájaros nombrándolos en mapuzugun. Algunas situaciones son:

Protocolo de saludos: Saludando a las personas en la comunidad. Al llegar a visitar a los familiares saludamos en mapuzugun y preguntamos: “¿Cómo está usted, cómo está su familia?”, El niño dice: “Mari mari”, y pregunta “¿Chumleymi?”. ‘Buenos días, ¿cómo está Ud?’ o responde “Inche kümelkalen” ‘yo estoy bien’.

En contexto familiar conversando con los mayores: Los abuelos y tíos/as en la comunidad siempre están hablando en mapuzugun y el niño escucha la conversación y entiende algunos diálogos, muchas veces comenta “el tata dijo que compró un *karwellu* (caballo)”, traduciendo lo que había escuchado de un diálogo en mapuzugun, en ocasiones pregunta ¿Qué quiso decir el tata? cuando el abuelo dice algún concepto que no conoce.

En las ceremonias como el *gillatun*: Durante los meses de noviembre y diciembre las comunidades realizan dichas ceremonias. En este contexto ceremonial, la gente mayor habla mucho en mapuzugun, el niño va escuchando y, muchas veces, pregunta qué significa tal o cual palabra. La ceremonia tiene sus momentos, sus pausas; y el niño participa tocando instrumentos, proceso en el cual va escuchando y aprendiendo en el contexto. Estos son los momentos en que además de la lengua está aprendiendo la lógica y el pensamiento mapuche, además en esta práctica comienza a entender los sistemas de creencias y las relaciones con las energías *newen*.

En los *elwun* o ceremonias de despedida de los difuntos: En estos contextos se dan dinámicas propias y ritualidades que el niño observa, y además escucha el mapuzugun en todo momento. Realiza preguntas sobre lo que se está realizando en los diferentes momentos

del ritual, refuerza muchos conceptos ya aprendidos y logra incorporar algunos nuevos conceptos.

En contexto de relacionarse con los diferentes espacios naturales y culturales: Estos son momentos muy importantes de aproximarse a los diferentes espacios con el respeto que se debe tener. Siempre salimos a caminar con mi hijo a orillas del río y antes de bañarse, le pedimos permiso en mapuzugun a la energía del río; de igual forma, al cruzar un bosque le pedimos permiso al *gen* o *nepen* del bosque en mapuzugun. En este contexto, va reforzando los conceptos ya aprendidos e incorpora nuevos conceptos. Lo más importante es que asume una actitud de respeto hacia los elementos de la naturaleza.

En las caminatas nocturnas por bosques y ríos: Estas son experiencias vividas todos los meses; en cada caminata yo le hablo sobre los respetos que se deben tener sobre estos espacios, pedimos permiso para pasar o atravesar los diferentes espacios bajo la oscuridad de la noche. Hablamos en mapuzugun recordando historias antiguas, o anécdotas de algún familiar en esos mimos lugares. Generalmente salimos a buscar las vacas y nos encuentra la noche caminando a la orilla del río.

Considero este ejercicio importante para adquirir la seguridad de caminar en la oscuridad y desmitificar los temores a la noche, principalmente influenciados por las películas y los juegos de videos.

Contexto escolar

En este contexto no se hace nada por aprender la lengua. Si bien en Chile se implementa el programa de EIB desde el año 2002, en la escuela donde estudia mi hijo comenzó a implementarse recién en el 1er año durante el año 2014, y mi hijo está en segundo y no tiene la asignatura de lengua indígena.

12 Término para persona no mapuche. En este contexto, chilenización

¿Cómo responder al *awinkamiento*¹² amenazante?

Colocado en un tránsito histórico

En la formación de mi hijo primogénito:

¿Cómo transmitirle nuestros valores culturales?

¿Cómo inculcar sentido de identidad y rebeldía?

¿Cómo orientar positivamente en esta lucha de significados?

¿Cómo apoyar en resignificar nuestros valores?

¿Qué hacer cuando su entorno próximo toma otro camino

Entregándose sin cuestionamiento a otros valores

Abandonando principios y valores ancestrales

Sometiéndose como indefenso a la cultura dominante

Confundido, atomizado e indiferente

Alejándose de la esencia original de la vida?

Lo que tengo que enfrentar en este día

Me provoca nuevos sentidos de resistencia.

Cuando el *awinkamiento* se asoma intenso y amenazante

Encandilando con sus brillos permanentes

La inocencia inicial de nuestros sueños y contrasueños

Para despertar de esta confusión efímera.



Nuestra actitud hacia la lengua en los procesos culturales, educativos y artísticos. Mawlikan y su papá Ramón.

YAPA DE LA EDITORA

Ni una lengua menos, ni un monolingüe más: Un hogar bilingüe con lenguas no-indígenas

Como crecí bilingüe en el norte peruano con el alemán en la familia y el castellano fuera del hogar o con la niñera, tener dos lenguas a disposición para la crianza de los hijos que vendrían estaba seguramente en mi inconsciente, de ninguna manera lo tenía presente como un propósito. Repetir la historia feliz que viví de niña y lograr que el alemán nos acompañe como lengua de afectividad era seguro un anhelo no declarado. Creo que daba por descontado que el bilingüismo beneficiaría a mis hijos como yo fui beneficiada, así que ni siquiera reflexioné sobre cómo lo haría. A propósito, habría tenido unos 8 años de edad cuando de repente caí en cuenta que hablaba dos lenguas porque una monja del colegio La Inmaculada en Trujillo me lo señaló, hasta entonces no tenía conciencia de esta maravilla.

La obviedad del bilingüismo de mis hijos por venir también derivaba de mi ser lingüista, creía firmemente en la riqueza de la diversidad de lenguas y culturas, motivo de mi nexos con Bolivia.

Desde enero 1986 que volví para establecerme definitivamente, el alemán me acompañaba solamente algunas horas en mi labor de directora y profesora en el Instituto Cultural Boliviano Alemán. Además, lo tenía presente como lengua académica porque el proceso de la elaboración de la tesis en Viena y los exámenes de doctorado recién habían concluido el año anterior. En el otro ámbito de trabajo, en CENDA, me acerqué mucho más al quechua por los viajes a Raqaypampa y la colaboración en la edición del periódico bilingüe CONOSUR Nawaqman. En el hogar con mi esposo argentino solamente existía el castellano. ¿Y a qué habría venido a quedarme en Bolivia si no era para “sus” lenguas y pueblos?

El alemán, lengua “extranjera” en este contexto, apareció como un torrente en un momento fundacional, desde el vientre, no

desde la cabeza. Fue cuando en agosto de 1987 sostuve a Santiago en brazos al retorno de la clínica y empezó a llorar. Como madre primeriza, a los 33 años estaba aún presa de temores que opacaban los impulsos o instintos maternos. Mi esposo tomó al bebé y le cantó “arrurru mi niño” por unos segundos. De repente, me lo pasó y dijo algo así como “ahora cántale tú en alemán, pues”. Habían pasado décadas desde que escuchara una canción infantil en alemán, no me acordaba cuándo había cantado una, no conocía casi ninguna letra. Dudé y tararé una melodía. En ese instante empezó todo, comencé a amamantar y criar en esa lengua.

A partir de ese incidente, posicioné conscientemente el alemán en el hogar ya que no es la lengua de mi esposo, aunque la entiende. Más y más se convirtió en “nuestra” lengua, la de la diada niño-madre, frente a la lengua de “todos los demás”. Lo malo, y lo difícil, fue que en este caso, mi esposo pasó a ser también parte de “los demás”.

A los días del destape, sentí también el deseo de continuidad con mi familia de origen a pesar de la distancia y a pesar de sentirme igualmente identificada con el castellano. Me di cuenta recién de muchas cosas profundas de mi familia de origen que llevaba dormitando que se gatillaron con ser madre y dejar de ser solamente hija.

A la acción

La primera palabra que Santiago pronunció fue “arbeiten” (trabajar), sería porque desde sus primeras semanas de vida salíamos a diario hacia el Instituto Alemán “zum Arbeiten”. Su primera oración completa y muy elaborada en alemán la escuché cuando tenía dos años, “morgen, wenn Sonne scheint” (mañana, cuando brille sol, literal) mientras mirábamos las montañas nevadas al anochecer desde el balcón de una cabaña en Grossarl, Salzburgo. Estoy convencida que semejante creación fue estimulada por las canciones infantiles alemanas que con juegos de palabras y frases son un magnífico estímulo de adquisición de la lengua.

Creo que desde el principio de la crianza sentí que la lengua debía estar empapada con lo cultural y lo afectivo, que así iba a poder “agarrarlos” a los hijos con la lengua, con el sentido completo de la lengua, con su base y contenido cultural: más allá de ser una he-

ramiento de comunicación, cualquier lengua, y el alemán también, es una manera de sentir, ver, hacer, pensar, reír, cantar y bailar, jugar, ir a la piscina, hacer galletas, celebrar cumpleaños y navidad, comer! Por otro lado, esto de no tener otra familia en Cochabamba generó una relación hijo-madre muy estrecha, sin tregua alguna!

El alemán como “lengua de nosotros” hijo y madre se generó y fortaleció porque no me desprendía de Santiago, él iba y venía conmigo a donde yo iba, al Instituto, a Raqaypampa, al cine, a reuniones, a conciertos, a conferencias y viajes de trabajo. Cuando ya no podía cargar a Santiago alias Pipo a costas y empezaba la etapa de independizarlo aunque sea por horas de su madre, se me ocurrió crear la guardería PUPI con una profesora bilingüe castellano alemán para “garantizar” que el alemán “persiguiera” a Pipo aún cuando yo no estuviera con él. De esta manera, conseguí material didáctico infantil, juegos, casetes, videos, libritos de Alemania y Austria.

Además, busqué la periódica reunión con un grupo de madres alemanas con hijos pequeños sabiendo que eso propiciaría una inmersión lingüística por algunas horas, por lo menos.

Otra estrategia fue hacer anualmente visitas a Austria para insertar a Santiago en un entorno “natural” de cultura austriaca y del alemán, importantísimo también para generar los lazos afectivos con la abuela. Esta no cejaba tampoco con este propósito, su constancia en el envío de muy esperados paquetitos con juguetes, dulces preferidos, mermelada casera hasta ropa para los cumpleaños y navidad era proverbial.

Con la llegada de Carlitos como hermano menor, uno de los obstáculos que más rompecabezas me provocaba aunque me desafiara todavía más a impulsar la crianza bilingüe fue el de los conflictos interculturales en la familia, sazonados con la distancia que con demasiada frecuencia se establecía entre mi esposo y “nosotros”, los niños y yo, debido al alemán en el hogar. La distensión solamente se dio cuando empecé a reservar el alemán para los hijos, dejando que el castellano ocupara el espacio de la familia, compuesta de mi esposo y sus hijos, quienes, a su vez, aprendieron rimas y cancioncitas infantiles en alemán. La empleada, claro está, era desde el inicio agente de bilingüización.

Me acuerdo que desde temprano ejercité con Santiago y luego con Carlos la habilidad de traducción encargándoles en alemán que

fueran donde su papá, sus medios hermanos o la empleada a transmitirles algo –obviamente, debían hacerlo en castellano. Viceversa, era por demás natural que un encargo “de los demás” me llegara en alemán.



En la hamaca con Carlitos y Santiago.

De cualquier manera, con los hermanos y con los amigos ingresó más y más la lengua predominante del entorno, el castellano, al hogar, así que Pipo y Carlitos hablaban castellano entre ellos. Imposible en este contexto no mencionar el efecto castellanizador de la televisión, que yo trataba de reducir al máximo armando cada noche con casetes infantiles eventos de canto, cuento, baile y juegos en alemán entre los tres, antes de las obligadas sesiones de lectura en la cama, ritual diario para concluir el día.

El constante monitoreo o gestión de lenguas en la crianza de los niños, el continuo ánimo que me daba yo misma para “no soltar la toalla” de establecer el alemán como lengua de relación hijos-madre por más fastidios con el entorno familiar que esto generaba, tuvo su máxima gratificación en una conversación telefónica. Estaba en Sucre en una reunión de los Institutos Bolivianos Alemanes, en esa ocasión sin los niños. Llamé a la casa desde la habitación de hotel que compartía con una docente boliviana y, por respeto a ella, hablé con Pipo en castellano. A los 5 años que tenía él ese momento, me increpó con su vocecita “¡warum sprichst Du Spanisch!” (por qué hablas castellano). El corazón me dio un brinco, sentí una plenitud y alivio porque fue evidente para mí que “uff, lo logramos, ya instalamos la lengua entre nosotros, y él hasta la reclama”. Efectivamente, el alemán adquiriría en muchas ocasiones un estatus de complicidad y lengua secreta frente a “los demás”.

Me acuerdo perfectamente que a ratos me flaqueaba la confianza por los cuestionamientos de afuera, aunque, con el mismo aliento, me daban más ganas de seguir por este camino porque sentía cómo me llenaba compartir una lengua con los hijos. Así, mi suegro, hijo de migrantes ucranianos a Argentina, castellano monolingüe, opinó como quien no quiere la cosa, que exponer a un niño a dos lenguas retrasaba su habla, que si yo sabía qué le estaba provocando a su nieto (pero él sí lo sabía!). Una señora radicada en Cochabamba hizo la profecía que mis hijos se negarían a contestarme en alemán por vergüenza, que así le había sucedido con su hijo que rechazó el holandés de su madre. Para mí, mostrar plena confianza en mis acciones y darles seguridad afectiva y cognitiva a los niños era la llave para el éxito.

Otra recompensa fue haber logrado alfabetizar a Pipo en alemán con material preescolar austriaco, meses previos a su alfabetización

en castellano en el colegio Jaime Escalante. De allí para adelante, los dibujos y cartitas que regularmente mandábamos a la abuela le provocaban un aliciente para desplegar su creatividad (a propósito, una estrategia que mi mamá utilizó conmigo en mi infancia). Pedía que le corrigiese los borradores de sus misivas, consultaba sobre cómo se decía correctamente algo, hacía ejercicios de escritura en cuadernillos para los primeros grados de primaria austriacos. Carlitos no pasó por la bi-alfabetización, él transfirió sus habilidades de escritura del castellano al alemán. Fue mucho más espontáneo en su creación verbal, se expresaba con total soltura en alemán oral y también escrito (siguiendo intuiciones fonéticas) de acuerdo a su nivel de desarrollo. A los 7 años “se graduó” de un curso infantil de inglés en el Centro Boliviano Alemán. A la abuela que nos vino a visitar a Cochabamba la esperó con una tarjetita de bienvenida de creación propia.



Dibujo de Carlos, 8 años (Abuelita te agradezco mucho que vinieras. Beso de Carlitos). En ortografía alemana: “Omi, ich danke Dir vielmals, dass Du kommst, Omi. Bussi von Carlitos”.

Conforme pasaban los años, la exposición a la lengua más débil en la familia debía ser más regular para ampliar la competencia y

fluidez en la medida del desarrollo cognitivo y maduración de los niños. Sin embargo, las oportunidades de estar juntos los tres disminuyeron, como es lógico, con la escolarización y sobre todo, con mi trabajo a tiempo completo en el PROEIB Andes allá en 1996. El tiempo que pasamos juntos empezó a estar cada vez más restringido a pocas horas al medio día y en la noche. Las visitas de ambos al territorio de la familia de origen materno permitían, además de muchas otras alegrías, “reconstituir” la lengua algo deteriorada de los niños que me tenían como única fuente y referente. A los 12 años, Pipo no tuvo empacho en viajar solo a Erlangen, Alemania, a estar unos meses con la familia de mi primo, yendo al colegio (alemán, por supuesto) con su primito. Más tarde, cuando concluyó el colegio en Cochabamba, se fue de intercambio a Suiza.

¿Qué hago yo aquí?

La interculturalidad que soñaba y pensaba forjar en mis hijos también mostraba sus lados problemáticos. Debo decir que fue a través de Pipo y Carlitos que recién empecé a percibir el racismo en mi entorno a raíz de “anécdotas” que reportaban del colegio y que empezaron a provocar, especialmente a Pipo, cuestionamientos sobre quién era él.

La primera impresión que compartieron los niños conmigo fue de una actividad intercultural que organizó el colegio Jaime Escalante en plena reforma educativa invitando a un señor quechua para hablar a varios cursos de primaria, donde se habrían reído y burlado los alumnos sobre el aspecto del señor, su ropa, y, claro, su castellano quechuzado. En otra ocasión, la anécdota sucedió en el salón de clase, cuando el sobrino de un conocido diputado del MIR, partido de izquierda en Bolivia por entonces, a sus 11 o 12 años se preguntó en voz alta por qué la maestra era maestra en el colegio en vez de ser barrendera o empleada, como le correspondía por el color de su piel. Por este tipo de situaciones, Santiago llegó a cuestionar la razón de estar aquí en Cochabamba, qué hacíamos aquí, por el color de su piel, a él le correspondía estar en Austria, que por qué había yo decidido vivir en Bolivia. Para terminar su cuestionamiento, afirmó que él no quería estar aquí. Recuerdo que una espina me perforó, me dejó muda. Aun siendo doloroso, fue una oportunidad sumamente

bienvenida para tematizar asuntos como los proyectos de vida, lo indígena (estaba recién apareciendo este término con el discurso de lo multicultural y plurilingüe en el país), la discriminación racial, su camino con las decisiones que tomaría, entre otros.

Una vez embrujado por las montañas años más tarde, Santiago elaboró su razón de ser y estar en Bolivia, que ya consideraba su terruño, su destino, “mi Bolivia... donde la tierra es tibia y está viva”. A los 17 años, en una conversación sobre el sentido de la asignatura quechua en el Colegio San Agustín para una investigación que yo estaba realizando en 2004, comentó:

Eso es algo muy querido, la admiración a la cultura altiplánica, a su gente, es.....Son personas que sobreviven tan bien solos y pueden pasarse la vida solos y caminando por el altiplano, caminan día y noche y son seres tan puros no? Tan infinitamente puros y sobreviven con tan poco, no? Los de la ciudad se enferman, son débiles. Este señor de Curahuara había salido a las 3 de la mañana y fue a la feria del pueblo a comprar algo, estaba llegando recién a las 10 de la mañana. Pueden caminar sin temor, hambre, no se enferman. Es un modelo a seguir aunque el rumbo de la humanidad está en dirección opuesta.

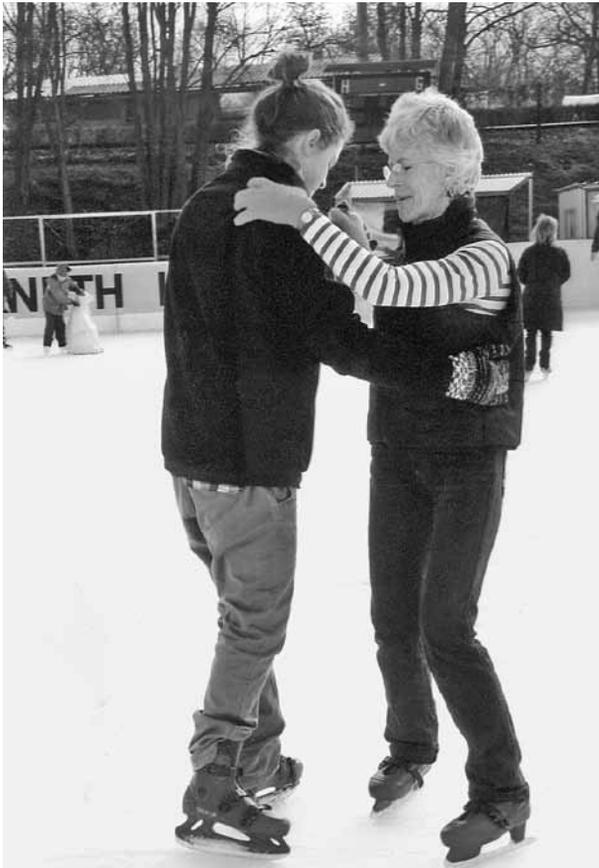
Santiago aprendió a superar barreras de distanciamiento o diferenciación racial, ideológica, cultural, a vivir en varios mundos y con varias lenguas, a comunicarse en el lenguaje específico de los seres que lo rodeaban y lo interpelaban, en especial, con los sagrados Apus.

Los desafíos actuales tienen que ver con mi paciencia y comprensión de que la lengua, una vez sentida como propia, puede estar descansando, no necesita constantemente ser exteriorizada si las condiciones o voluntades no se dan: las veces que Carlos ahora de adulto decide hablarme en castellano, no me siento siempre capaz de pedirle que lo haga en alemán por temor a que lo sienta como imposición. O cuando se le pido, cambia, pero en el transcurso de la conversación, vuelve al castellano. Yo mismo lo hago así muchas veces por su y también mi mayor fluidez en esta lengua de uso predominante.

Quiero cerrar afirmando que siempre, siempre y recontra siempre vale la pena el esfuerzo, la dedicación, el monitoreo de criar niños bilingües. Por más “interferencia” que se genere en la convivencia o entorno. Aún habiendo una motivación y estrategias afectivas, un

deseo profundo por hacerlo, la bilingüización de los hijos no es siempre algo que sale de por sí, naturalmente, por arte de magia. Hay situaciones como las que hacen a esta publicación y también como la de esta pequeña historia personal en las cuales hay que luchar y defender aún ante una misma y ante la familia y la sociedad la convicción y coherencia entre el discurso y la acción. Así como buscar todos los medios y estrategias para lograrlo. Es parte del derecho de perpetuarse en los hijos, de ser madre sin contemplaciones.

Inge Sicbra



“Todo lo malo se va, se te va bailando, no hay una pena que no se quite...” Patinando con Carlos en Krems, Austria, diciembre 2009

